ALEX
EL PLER
MAR
LLEGABA
HASTA AQUÍ

Alex Pler

EL MAR LLEGABA HASTA AQUÍ

Segunda edición: Febrero 2015

© Alex Pler, 2014

www.alexpler.com
Facebook: www.facebook.com/alexpler
Twitter: @LleonardPler

Diseño de portada: Jose Soriano

ÍNDICE

1 - NÁUFRAGOS
2 - FAROS
3 - REMOLINOS
4 - SALVAVIDAS
5 - ROMPEOLAS
6 - BARANDILLAS
7 - JARDINES
8 - REDES
9 - ACUARELAS
10 - PERLAS
11 - CENIZA
12 - SUSHI
13 - ECLIPSE
14 - TIERRA
15 - ESTRELLAS
AGRADECIMIENTOS

Para Dan,
por animarme a beber cerveza.

“I got exactly what I asked for
Wanted it so badly
Running, rushing back for more

I suffered fools so gladly

And now I find I've changed my mind
This is my religion"

(Madonna, *Drowned World / Substitute For Love*)

1 - NÁUFRAGOS

No podíamos escapar de la lluvia. Nos perseguía a todas horas, a todas partes. Por su culpa teníamos que colocarnos la capucha nada más salir de casa y entonces mis ojos se desviaban hacia la acera. Se quedaban allí anclados, viendo cómo el agua lamía el bordillo. Siempre un centímetro más arriba. A mis pies, los peces de colores aprovechaban la corriente para besarse en mitad de su búsqueda de migas de pan. Aunque estuvieran atrapados, era una imagen bonita. Claro que solo yo me fijaba en aquellas cosas.

—Tranquilo. Algún día dejará de llover, encontrarán la manera.

A Pedro le gustaba decirme eso. Al principio, al menos. Lo decía antes de perderse plaza abajo, donde dejaba de ser plaza y la riada se enredaba con los callejones del Born. En el último momento, como si hubiera tenido que pensárselo mucho, me tiraba de la manga. Forzándome más que invitándome a seguirle. Enseguida la soltaba y se alejaba. Y me dejaba a mí así, tambaleándome en nuestro portal. Encallado entre dos fotogramas: el que no se mueve y el que se lanza a la aventura. Yo no quería ser ninguno de los dos y por eso me olvidaba de los peces y me forzaba a sonreír. Por si Pedro se daba la vuelta. Quería que al menos me viera sonriendo. Que vira cuánto me fiaba de sus palabras, cuánto le creía a pesar de que miles de gotas estuvieran aplastándolo todo.

Pero él nunca se giró. Y yo un día dejé de creerle.

Un portazo, una maleta y un rellano. Así terminaban todas las historias. También la mía con Pedro. Lo más difícil, dejarle, ya estaba hecho. Con ese paso, empezaba un viaje sencillo: solo tenía que salir a la calle de nuevo y atravesar esa lluvia que no terminaría nunca. Llegar a alguna parte. Se escuchaba todavía el eco de nuestros gritos a lado y lado de la nevera, pero acabarían desapareciendo, lo sabía bien. Se evaporarían igual que los besos de buenas noches y las ganas de viajar, porque sí, en eso nos habíamos convertido Pedro y yo, al final, en una historia, otra más. Siete años

de relación que en adelante se podrían resumir con un par de frases, antes de cambiar de tema.

Y ahora qué, me pregunté al mojarme.

Seguía preguntándomelo después, ya en Granada. Lejos de Barcelona, lejos del piso de Pedro. En la huida, solo mi maleta me había seguido. Me vigilaba desde un rincón de la habitación de hotel, ese hueco entre el armario y la pared que ni el mejor de los decoradores sabría cómo llenar jamás. Había tenido que encajarla ahí porque no cabía en ningún otro sitio.

Le di la espalda y descorrí las cortinas. Típico gesto de turista cogiendo fuerzas para empezar el día. Iba todavía en calzoncillos, algo anquilosado tras esa primera noche en una cama demasiado ancha. No sabía qué me iba a encontrar al otro lado de la ventana. Sentía tanta curiosidad como miedo. Quizá solo habría una pared de ladrillos o, con suerte, un balconcito con tiestos y geranios.

—Ya nadie quiere ir a Granada.

Eso había dicho el taquillero de la Estación de Sants. Allí no queda nada, añadió, la gente prefiere visitar otras ciudades antes de que estalle la tormenta. Casi le había creído. Pero en cuanto descorrí las cortinas y abrí la ventana, supe que me había mentido. Allí delante, dándome los buenos días, estaba la Alhambra.

Un pedazo de Alhambra, mejor dicho. Era todo lo que podía ver: media torre de piedra y parte de la muralla ocre. La fortaleza asomaba entre todas esas casas blancas que el chubasco teñía de gris. Tan cerca estaba que me pareció irreal. De cartón piedra. Atrezzo demasiado obvio, igual que la Torre Eiffel en todas las películas que pasaban en París, como si París no fuera más que esa mole metálica emergiendo entre los edificios. No la había visto al llegar la noche antes; empapado como iba, solo pude fijarme en la puerta del hotel, el timbre, el mostrador.

Por fin entendía que me hubieran cobrado 140 euros por la habitación. Esas vistas bien lo valían, claro, pero por la mañana, ya seco, sin las mismas ansias por encontrar un refugio, no me entraba en la cabeza que hubiese pagado sin rechistar siquiera. Debería haberme escandalizado un poco; ofrecer, al menos, la tarjeta de crédito con dedos temblorosos. Con mi sueldo de teleoperador, a mí incluso los mileuristas me parecían ricos. Y peor iba a ser, a partir de entonces: Pedro ya no me ayudaría con el alquiler ni me invitaría a las palomitas del cine.

La mujer de recepción pronunció el precio como quien dejaba caer el típico nunca dejará de llover, eh, al entrar en el ascensor. No intentó justificarlo ni hacerlo más llevadero con una ampliación de

su sonrisa. Con las uñas cortó el aire para indicar cada una de las casillas del formulario que tenía que rellenar.

—Aquí, aquí y aquí.

Era la dueña y me debía de considerar otro de sus clientes bohemios, esos que recalaban en el hotel para disfrutar de aquel paisaje y no otro. Se registraban a horas intempestivas, calados hasta los huesos, el pelo desordenado y húmedo; a cuestas, solo una pequeña maleta y el corazón roto, imprescindible para pintar una serie de cuadros trágicos. Sabía que pagaríamos lo que ella pidiera. Dejé de importarle en cuanto cogí la llave de mi habitación.

Aquel vestíbulo suponía todo un cambio tras el ajetreo de estaciones y tren. Había azulejos en las paredes; en un rinconcito, el siseo de una fuente. Hasta la llave tenía su encanto, pulida y con el punto justo de óxido para que pareciera la llave de un castillo. Cada detalle me daba la bienvenida a una Granada de cuento, pero yo, en vez de sentirme acogido, conté de camino al ascensor todos los jarrones y estatuas a ambos lados, todas las cosas que podía romper.

—Cuidado con eso.

La frase estrella de Pedro. Jamás la usó al principio, cuando me invitaba a cenar y cada velada era romántica. El día que me fui a vivir con él, en cambio, la soltó en cuanto crucé la puerta. Con permiso, había dicho yo, un paso tímido en el recibidor. Y entonces golpeé algo con la mochila, sin querer, una mesita que nunca había estado ahí. Pedro gritó con tanta alarma que me giré como Neo de *Matrix*, abalanzándome ya hacia el buda de porcelana que estuviera cayéndose. No caía ningún buda, no había nada en peligro; sobre la mesita, descansaban sanos y salvos una bandeja de plástico para las llaves y un ejemplar atrasado de una revista de tendencias.

—Regalo de mi ex —dijo. Y no supe si se refería a la bandeja o a la revista.

Fue la primera de muchas veces que me sentí inferior, un polizonte en medio de aquel museo repleto de reliquias. Hiciera lo que hiciera, siempre estaría a punto de romper algo. Procuraba encender todas las luces y caminar a tientas, pero no bastaba. Tenía a Pedro siempre detrás. Era su piso y eran sus cosas, no dejaba de recordármelo. Cuidado con esto, cuidado con lo otro. Resoplaba en mi nuca, como cuando nos hacían escuchas en el trabajo para el control de calidad.

Por eso, cuando me fui, lo hice dando un portazo, de los que se te escapaban cuando había corriente, pero en este caso a sabiendas de la fuerza. Con toda la intención. Para dejar claro que no volvería. Dejármelo claro a mí mismo, más que nada. Deseé que se estampase

todo contra el suelo: su colección de tazas, su estuche para las lentillas y sus figuras de Batman heredadas de un antiguo ligue, todos sus discos de Kylie, de la que se hizo fan gracias a un segundo amor inolvidable.

Ya en la calle, se me ocurrió la frase que debería haberle soltado a Pedro. Que, como era su piso, podía metérselo por su culo. No tendría el mismo efecto si subía a decírsela ahora. Sonaría desesperada, una ocurrencia a destiempo; de hecho, lo era. Mejor esperar unos días. Para entonces, cuando volviera a recoger el resto de mis cosas, igual se me había ocurrido una frase mejor.

Me refugié en un portal de Drassanes. De noche, la zona me gustaba incluso menos que durante el día. Todo estaba sucio y el agua bajaba en tromba. Las hojas, los calendarios arrancados y todos los peces muertos que la lluvia arrastraba consigo: se precipitaban juntos al final de la calle, un último salto al vacío, como los Lemmings. Sentado como estaba, no podía mover el cursor por la pantalla para construir muros con los que detener a los animales suicidas.

En teoría, tenía que pasar la noche en casa de mis padres. Me habrían preparado, seguro, sábanas limpias en mi habitación de siempre, la de antes de Pedro, con los peluches y los pósters de películas ochenteras que nunca se reeditarían en Blu-ray. Aún no podía enfrentarme a todo aquello, tampoco darles explicaciones. Madre me lanzaría su mirada de te lo dije, aunque en realidad nunca me hubiera dicho nada. Ella adoraba a Pedro. Los domingos, cuando íbamos a comer, solo a él le daba permiso para repetir sus famosos fetuccini. Y me aterraba lo que pudiera preguntar Padre. Así que les mandé un mensaje. Que no se preocuparan.

Pensé en llamar a Verónica, pero ya era muy tarde y vivía muy lejos, no merecía la pena despertarla. Tampoco iba a llamar a Javi, claro; a estas horas, estaría dándolo todo en el podio de Arena o bien ensartado en una sauna. Tenía que empezar a asumirlo: ahora solo dependía de mis propios medios.

A lo lejos solo se distinguían las luces de algunos barcos a la deriva. Me concentré en ellas. Flotando en medio de aquella oscuridad, parecían estrellas. Intenté que su vaivén me ayudara a no pensar o, como mínimo, a tener un poco menos de miedo. Estuve mirando las luces hasta que desaparecieron.

Ya casi era de día. Tanto había crecido la corriente que temí por mis zapatos, pronto se los llevaría junto a todo lo demás. Y descalzo, dónde iría. Así que reaccioné. Me puse en pie de un salto. No podía seguir allí. Eché a correr hacia el metro, correr hasta

Sants, correr escaleras arriba, la maleta contra cada escalón, correr vestíbulo a través. Correr para sentir que sabía adónde me dirigía.

Pedí un billete, para el primer tren que salga, dije, y el primero resultó ser el de Granada, esa ciudad a la que por lo visto ya nadie quería ir. Tras la advertencia, el taquillero me sostuvo la mirada, convencido de que cambiaría de opinión. Le arranqué el billete de las manos y me alejé de él lo más rápido que pude.

Fui el único pasajero de todo el vagón. No había obstáculos en el pasillo, ninguna bolsa con la que tropezar, ningún niño llorando. Los televisores parpadearon para poner una antigua comedia romántica de Sandra Bullock que nadie miró. En algún momento, el revisor se asomó por la puerta, pero no llegó a entrar. No me habrá visto, pensé.

En mi iPod, sonaba *Hombres*. Fangoria siempre tan oportunos: "Hay hombres que ocultan la verdad, hay hombres que roban." Me acurruqué en el asiento. El libro que llevaba para el viaje lo había comprado al azar y me daba cuenta de que también con un poco de mala leche: *El amor dura tres años*. Siete, en mi caso, pero se sentían igual de escasos. Tirados a la basura.

—Nadie aguantaría tanto si no es feliz —me había dicho Verónica, semanas atrás, en pleno gabinete de crisis—. Hubo cosas buenas, muchas. Has crecido con Pedro.

No la escuché. Necesitaba desapuntalar la magia, acumular motivos para el inminente portazo. Más adelante, suponía, me quedaría con todo lo que aprendí, los buenos momentos compartidos, pero ahora, huyendo en aquel tren vacío, pasé página tras página de la novela, y lo hice con rabia, casi arrancándolas. "Hay quien no tiene suerte y prefiere engañarte, sabiendo lo fácil que resulta ganarte." Había aprendido la lección. No merecía la pena confiar en los hombres, no lo haría más, no me volvería a ocurrir. Me lo juraba y perjuraba. Cada ruptura tenía que ser la última piedra, no otra más en una interminable playa rocosa.

Volvía a sonar Fangoria. En bucle. Lo había cargado mal, el iPod. Por eso no llevaba más canciones. Fue un regalo de Pedro y durante los primeros días ni siquiera lo utilicé, me sentía culpable porque yo jamás podría regalarle algo tan caro. Después, nunca me esforcé en aprender a actualizarlo. Lo desenchufaba antes de tiempo. Pedro se ofreció a ser el encargado de renovármelo y en adelante, me tuve que conformar con llevar su música. Petardas inglesas, temas de Eurovisión, cosas que solo le gustaban a él. Pero nunca me quejé. Él habría aprovechado la ocasión para recordar lo cerrado de mente que era yo, siempre escuchando lo mismo.

El tren paró, uno tras otro, en pueblos donde no subía nadie, y en todos ellos sopesé apearme y dar media vuelta. Echaba de menos los susurros de Pedro, esos tan suaves cuando se enfadaba porque era demasiado listo para gritar. “Sabes que nunca me iré lejos de ti”, repetía Alaska en el estribillo. Sí, regresaría a Barcelona, escalaría hasta su rellano, desharía el portazo, me arrastraría ante Pedro una última vez aunque en realidad ya no quedase nada que solucionar.

Pero tal y como estaba previsto, el tren me escupió en Granada. Mis pies se hundieron en el agua negra que cubría el andén. Como pude, tomando impulso con los postes y las papeleras que salían a mi paso, avancé hacia la puerta de la estación. Unos bultos alborotaban el vestíbulo inundado. Daban bandazos con sus colas, tuve que esquivarlos. Casi en la puerta, los reconocí: eran peces y no encontraban la salida. De un expositor que flotaba cerca, cogí un mapa y los dejé atrás.

Ya en el porche exterior, apagué el iPod, enrollé los auriculares, lo guardé. Mi ritual previo a un saludo. No contaba con que esta vez no habría nadie a quien saludar. En Granada nadie me conocía. Ni rastro de Pedro sujetando un cartel con mi nombre, como cuando iba a recibirme al aeropuerto de la ciudad donde estuviera de prácticas aquel verano. Ni rastro de Verónica, siempre puntual al recogerme en la parada de autobús de Cadaqués. Ni rastro tampoco de mis abuelos apostados junto a su viejo 600. Bienvenido, cariño, me besuqueaba mi abuela, he hecho rosquillas, toma.

Nadie.

Dos pasos más adelante, se distinguía la frontera entre las baldosas que el porche cubría y las que estaban siempre bajo la lluvia. Ahí empezaba una plaza que podía pertenecer a cualquier rincón del mundo; demasiado ancha, pensada para los coches, aunque a aquellas horas no circulase ninguno. Todas las calles que se alejaban de la plaza parecían iguales, ninguna llevaba a la Granada auténtica.

En fin, me dije, son solo dos pasos. Los di: uno, dos.

Me compraría un mp3 en cuanto volviera a Barcelona. Lo decidí en ese momento, entre un paso y el siguiente. Un aparato sencillo que pudiera renovar yo mismo. Lo llenaría con toda mi música, la que a mí me gustaba. Sentí aquella decisión como un pequeño triunfo, Napoleón reescribiendo la historia. Después tuve que colocarme la capucha, como siempre.

Hubo un chispazo. De repente, a lo lejos, una luz verde se movió entre los círculos rojos de los semáforos. Pensé que sería un taxi,

aunque no tenía ni idea de cómo eran los taxis en esa ciudad. Un segundo después ya se había esfumado, pero supuse que si un vehículo circulaba por la zona, cerca habría civilización. Un punto por el que empezar a tirar del hilo. Fui hacia allí y enfilé una avenida infinita.

Tuve que tirar de la maleta, tirar y volver a tirar para que la corriente no la arrastrara cuesta abajo. Comprendí a Pedro cuando se quejaba de tener que cargar con dos maletas, la mía y la suya. Pero tampoco me dejaba ayudarle. Así demostraba que él era más fuerte. Y a mí ya me iba bien porque eso me daba libertad de movimientos; podía señalarle, de camino al hotel, todos los rincones que descubría: mira esa fuente antigua, mañana podríamos comer en la terraza de aquel restaurante, esta calle parece llena de tiendas bonitas. Pedro asentía sin ver nada.

—Sigue caminando. Iremos el último día, si hay tiempo —y no lo habría.

Para Pedro no existían los desvíos. Preparar un viaje con él implicaba semanas enteras de preparativos, no se podía improvisar. Comparaba todas las ofertas según fechas y horarios. Rebuscaba por los estantes de Altaïr hasta dar con el mejor manual de conversación. Compraba dos guías de viaje: una de bolsillo y otra, más cara y más completa, que solo usábamos en casa. Con ella, decidíamos nuestra futura ruta, punto por punto. La marcábamos con bolígrafos de varios colores. Pedro lo reservaba todo y después me tocaba llamar cada lunes a primera hora para confirmar las reservas.

—Nunca se sabe.

Cuando por fin llegábamos al destino elegido, habíamos invertido tanto tiempo planificando el viaje que nos veíamos con la obligación de disfrutarlo. Había que correr de un objetivo marcado al siguiente, por orden, siempre sudando. Delante de cada monumento, Pedro me daba cinco segundos, y los contaba, para hacer la foto de rigor. La mayoría me salían movidas.

Tan previsor era Pedro que hasta llevaba un registro de hoteles de las ciudades que aún no habíamos visitado. También de Granada. Y gracias a eso, cuando ya temía por mi maleta, cada vez más mojada, reconocí el peculiar nombre de un hotel en cuanto lo vi anunciado. El llorón de agua. Camuflado entre las palmeras de la plaza, un cartel señalaba la dirección. Chapoteé hacia allí.

Registrarme fue fácil. La mujer de recepción ni siquiera protestó por no tener reserva. Subí y me relajé bajo el chorro caliente de la ducha. Por todo pijama, me puse una camiseta vieja de Madonna y

unos calzoncillos, también viejos. La cama aguardaba en medio de la habitación. Era de matrimonio. Odié a Pedro porque incluso el final feliz de mi huida tenía que agradecérselo a él. Pero el colchón era tan ancho que pude abrir brazos y piernas sin temor a derribar algo. También era mullido. Nada más sumergirme en él, me dormí.

Y más habría dormido de no ser por el rugido de una aspiradora. Se acercaba desde la otra punta del pasillo con la intención de derribar mi puerta. Aún era pronto, pero no me quedó más remedio que levantarme. Estiré los músculos y abrí la ventana. Ahora aquel trozo de Alhambra me saludaba desde el otro lado. Invitaba a salir y explorar a mis anchas unas calles que siempre pensé que recorrería con Pedro, cogidos de la mano.

Media hora después, dejaba la habitación con la primera excusa que se me ocurrió. Que esperaba otras vistas. A la mujer del mostrador no le dije la verdad: que no podía permitirme esos precios. Y que no había dejado de dar vueltas en mi trocito de colchón, el lado derecho, un tablón a la deriva sin nadie para equilibrarlo en mitad de la noche.

O que las sábanas me habían recordado a nuestra funda nórdica, la de Pedro y mía, cuando solo era azul y no tenía aún aquellas manchas blancas, apenas un par de píxeles muertos entre tanto océano. Casi invisibles, aquellas manchas, pero imposibles de obviar. Y suficientes para desatar una guerra.

Las descubrí una mañana cualquiera haciendo la cama. No eran mías, eso seguro. Yo me pajeaba en el baño. Más que dolor, sentí sorpresa por la habilidad de Pedro para cuadrar horarios. Qué listo era, qué planificador siempre: sabía en qué horas exactas yo no estaría en casa, y por lo visto, las aprovechaba para sus citas de internet. Me lo imaginé con una tabla de Excel, marcando en verde las franjas libres.

A partir de aquel día, ninguno de los dos quiso cambiar la funda. Él porque decía que era un coñazo y yo porque, si la cambiaba, estaría admitiendo que había detectado aquellas manchas. Después de tres semanas haciéndonos los locos, la funda se convirtió en una lámina crujiente, como el alga nori del sushi. Delia, la asistenta, acabó cambiándola por nosotros. Puso una que olía a suavizante y nos hacía sudar menos. Ni aun así nos libramos de una discusión.

—Está mal puesta. La has dejado toda arrugada por dentro, mira.

Le recordé a Pedro que era lunes, que hoy la cama la había hecho Delia.

—Qué raro. Con lo que le pago, y lo mal que lo hace

todo. Podríamos apañarnos solos, te lo digo siempre.

Con lo de apañarnos solos se refería, claro, a que todo lo hiciera yo.

—No he dicho eso. No tergiverses, eh, que eso no lo he dicho.

Pero en el fondo lo pensaba. Que como yo pasaba más tiempo en casa, para compensar, tenía que encargarme de limpiar su mierda. La poesía del principio y el realismo sucio del final. Todos los te quiero desembocaron en discusiones acerca de sábanas mal puestas y cuartos de baño sin fregar.

En los inicios, cada cita había parecido un anuncio de condones. Nos comunicábamos a base de sexo, los enfados se diluían en cuanto nos quitábamos la ropa. Me apetecía follar a todas horas. Y a él también. Luego llegaron los exámenes y las prácticas y el máster y los trabajos de auxiliar administrativo. Teníamos menos tiempo para nuestros revolcones, pero hacíamos lo posible para mantener el deseo.

Cuando por fin me fui a vivir con él, aprovechamos para comprar una cama nueva. Me hacía tanta ilusión, mi primera cama de matrimonio, la nuestra además, que obligué a Pedro a dar mil vueltas por los pasillos de IKEA hasta decantarme por una. La misma que había visto al principio, pero quería estar seguro. Para montarla, comprobé cada paso como hacía de niño, la mañana de Reyes, con los castillos Lego.

La estrenamos con un polvo memorable. Después de tantos años juntos, ya no nos quedaban posturas por probar, y aun así agradecimos tener más espacio. Aquella noche, recién corridos, abrazados aún en la penumbra, mi oreja contra su pecho, durante ese instante de marea baja antes de levantarnos a por papel higiénico, me pareció evidente que jamás nos abandonaríamos. Tan seguro me pareció, tan escrito en piedra, que dejé de esforzarme. Para qué perder tiempo insinuándome, pasar frío al desnudarme o tener que untarme de lubricante y ducharme después. Mucho más cómodo darme la vuelta cada vez que Pedro estirase la goma de mi pijama. Me escudaba en un estómago pesado tras la cena o demasiado alcohol. O falta de tiempo. Mejor mañana, decía. Nunca me faltaron excusas para no salir a navegar.

Entonces aún creía que podía compensar cualquier rechazo susurrándole guapo cada mañana, al despertarnos. Guapo. El hechizo perdió efecto enseguida, y Pedro dejó de volverse y mirarme con sus ojos legañosos. Se hacía el dormido bajo la almohada hasta que yo me iba.

Tenía claro que Pedro acabaría poniéndome los cuernos. Estas cosas siempre se saben. Luego dije que no me lo esperaba, claro, qué iba a decir. Pero lo sabía. Era evidente en las fiestas, por ejemplo, cuando el talento natural de Pedro para enlazar chistes lo convertía en el centro de atención, un Woody Allen mucho más guapo y algo más alto. Los hombres se arremolinaban a su alrededor, todos presumían de pectorales y bíceps. Reían a cada chorrada de Pedro. Algunos me miraban de vez en cuando, con disimulo, intentando recordar si nos habían presentado. En cuanto me descartaban como competencia, devolvían su atención a Pedro.

Cómo explicarles que a mí también me conquistó así. Que en las primeras citas, Pedro hablaba tanto que nunca necesité buscar palabras que sonaran interesantes. Me limitaba a escuchar, a comerle con los mismos ojos que ponían ellos. Las mismas poses insinuantes, manos que subían la camiseta y enseñaban ombligo casi sin querer. Y Pedro miraba, claro que miraba, de reojo, como quien no se da cuenta o no puede evitarlo, pero sus ojos brillaban y yo lo notaba. La forma en que él fantaseaba con el resto del cuerpo, lo que podría venir después.

Por no quedar como un paranoico, en esas fiestas me quedaba en silencio, sonreía a la nada, desde mi rincón seguía sorbiendo el azúcar que se acumulaba al fondo del mojito. Tan bien asumí mi papel de novio cero celoso que me negué a sumar dos más dos cuando, en pocos meses, su colección de calzoncillos se duplicó. No hice preguntas. Firmé todos los paquetes certificados que llegaban de Aussiebum. Me imaginaba cómo le sentarían a Pedro esos slips tan vistosos y estilizados, todo lo que le marcarían. Y con eso me tuve que conformar, con imaginármelo, porque apenas se los ponía conmigo, ni siquiera presumía de ellos.

Yo, en cambio, seguía con los mismos calzoncillos desde hacía años. Los compré de rebajas. Pedro criticaba que la goma ya estuviera algo suelta, como también criticaba mi camiseta favorita. Me la ponía en todas las fiestas porque tenía un dibujo de un monstruo que sonreía y además era cómoda. A Pedro eso le traía sin cuidado, la despreciaba en público: siempre te la pones, tendrías que empezar a cuidarte un poco. Como me quería tanto, podía ser sincero y yo me dejaba despedazar porque también le quería. Solo a veces me atrevía a preguntarle por qué no me dejaba, si tanto asco le daba ya. En realidad pretendía forzar un piropo suyo, por pequeño que fuera. No lo conseguía. Me resignaba hasta el siguiente reproche que tuviera que hacerme.

Esgrimió esa misma sinceridad para reconocer que sí, que las

manchas de semen eran suyas. Suyas y de otro. Detalló infidelidades, enumeró sus motivos. Lo solo que se había sentido. Las ganas de experimentar. Quise arañarle. Quise arrancarle las pecas de las mejillas, pero me limité a pestañear, como si le comprendiera. En silencio, hice recuento de mis desplantes. No habían sido tantos y sin embargo, ahí estábamos los dos, en un banco mojado del que parecía imposible levantarse. Necesité abrazarle una última vez pero ni siquiera eso sabía ya cómo hacerlo. Rechazo a rechazo, habíamos olvidado la manera de coincidir, de tocarnos.

—Todo el mundo lo hace —dijo Pedro—, todos menos tú.

Hablaba de canas al aire, de tríos, de intercambios de pareja. No hablaba del final. Me ofrecía la oportunidad de elegir. Aún teníamos tiempo. Y entre quedarme con todo aunque fuera a disgusto o quedarme sin nada, lo elegí todo. Ya se solucionará, pensé. Es un bache, algo temporal. Somos Pedro y Leo. Todo saldrá bien. Sonreí, le di un beso como si besarnos volviera a ser lo más fácil del mundo.

Pero en adelante, cada vez que accedí a las peticiones de Pedro, renuncié también a mi idea de pareja perfecta. Me gustaba verle ilusionado, aunque fuera con los tríos y las aventuras, ver otra vez en su cara la sonrisa ancha de los primeros tiempos. Hice cuanto me propuso. A disgusto, pero lo hice. Mi última línea de defensa fue gritar. Por todo, a todas horas. No le dejé pasar ni una: unos espaguetis mal escurridos o una arruga en la camisa. Magnificaba esas cosas para no hablar de la fosa que estábamos cavando.

Y la gente le apoyó. Todos esos amigos que alardeaban de no tomar posiciones, después me miraban condescendientes en las fiestas. Deberías haberle hecho caso mucho antes, deberías haber follado más, o mejor. Ahora no te quejes. Yo me forzaba a contar nuestros escarceos entre risas, sin ahorrarme detalles porque no pasaba nada, era divertido, pero nadie me decía qué estás haciendo, para. Y yo necesitaba escuchar eso, que alguien me obligase a frenar en seco. Me había convertido en un kamikaze a punto de estrellarse. Pero todos seguían con sus copas y sus sonrisas de cóctel, mira qué modernos somos que hablamos de parejas abiertas.

A Verónica no le conté nada. A Javi sí, y solo él soltó algo sensato.

—Todo esto de los tríos es muy divertido. Siempre que las tres partes quieran.

Solté una risita, pero acabó llegando el día que me vi en el espejo del dormitorio, abierto de patas, con otro cuerpo que me

aplastaba y Pedro muy lejos, en una silla, meneándose la polla por encima de sus calzoncillos nuevos de Aussiebum. No me miraba a mí, miraba al otro, que tampoco era tan guapo. Dejé que ese cuerpo extraño me besara. Que me follase un rato y se me corriera encima.

Luego, en vez de cenar con ellos, me perdí a solas por el laberinto de nuestro barrio. El frío del viento sentaba mejor que cualquier ducha. Aquella noche, las calles de siempre las vi horrorosas. Un pastiche de edificios en ruinas y fachadas reformadas, cubiertas de ventanales que se aguantaban en el aire como sonrisas falsas. Cuanto más intentaban renovarlo, menos acogedor se volvía el Born. Empezaba a dudar de si merecía la pena abrir paseos a costa de derribar casas.

Al volver a la plaza, encontré a una pareja que se juraba amor eterno por primera vez. Las cosas cursis de los adolescentes. Esa forma de cogerse dos manos que todavía no estaban acostumbradas a cogerse. Podría haber alargado la ruta, chico y chica podrían no haberse conocido, pero no, ahí estábamos los tres, justo delante del portal de Pedro. Si levantaba los ojos hacia la lluvia, vería la terraza desde la que tantas veces habíamos admirado aquella misma plaza. La barandilla donde Pedro se me había declarado. El chico me clavó sus ojos como si ese primer te quiero me lo dijera a mí, y fue entonces cuando algo en mi interior se reactivó. Un engranaje. Noté el chasquido. Yo quería aquello.

Entendí por qué, por más vueltas que diera en la FNAC, no encontraba nada que regalarle a Pedro por su cumpleaños, cuando otros años el problema había sido justo al revés, que se me ocurrían tantas cosas que tenía que seleccionar muy bien, y aun así siempre acababa gastando más de la cuenta. Ya no.

Nos lo habíamos cargado. Todo. Nuestra relación, el respeto mutuo, la confianza. Y ahora no había marcha atrás ni botón de rebobinado ni máquina del tiempo ni Delorean posible para ninguna de las pequeñas cosas en las que yo había cedido por Pedro. Porque en realidad no eran tan pequeñas. Sí, había sorteado las olas una a una, sin esfuerzo, pero en el viaje de regreso tendría que enfrentarme a un océano entero. Y no me quedaban fuerzas para eso.

Así que decidí romper con Pedro. Él se sorprendió. No lo había visto venir, tan perdido estaba admirando las pollas de otros. Lo que para él fue un hachazo y un final, para mí tendría que ser un principio. El único principio posible. Las ganas de hacer las cosas bien, en el futuro, con otra persona. Otro lienzo en blanco. Y antes de eso, tendría que volver a valorarme a mí mismo. Con ese ánimo

me alejé de él.

Pero costó dar pasos mientras Pedro observaba cómo se encogía mi espalda y los hombros amenazaban con temblarme. Y me daría la vuelta para alargar la despedida, repetir el último beso, lo haría si supiera que serviría de algo. Enfilé aquel pasillo, el de la muerte, escoltado por todos esos muebles a los que ya nunca volvería a quitar el polvo con miedo de romperlos. Tuve que aguantarme las ganas de mear porque sonaría ridículo pedir permiso para ir al baño en una casa que cinco minutos atrás también era la mía. Sí: costó mucho, pero caminé. Hacia adelante, hacia ese pomo que habría de salvarme la vida. Saltar por la borda sería la única escapatoria.

Bien agarrado a mi maleta, abandoné también el hotel de Granada. No me daba pena la dueña. Le tocaría quedarse tras el mostrador, a la espera del próximo romántico lo bastante loco como para recalar allí.

—Suba al Mirador de San Nicolás —dijo ella a mi espalda, cuando ya creía que no diría nada más—, no encontrará lugar con mejores vistas.

Me giré sorprendido. Con la uña, trazó una ruta en un mapa y me lo ofreció.

—Aquí. Suba, no se arrepentirá.

No lo cogí. Desconfiaba de ella. Eso no se lo dije, por supuesto. Me limité a enseñarle el mini-plano que había cogido la noche antes, en la estación. Entonces ella abrió un cajón y me tendió un paraguas plegable. Aunque me extrañaba tanta amabilidad por su parte, lo acepté. Me ahorraría aplastar el pelo con la capucha. Ella sonrió, dándose por satisfecha, y yo retomé mi huida.

El rellano, unas escaleras que bajaban, una calle desierta. Se extendía el empedrado a derecha e izquierda, bordeando un río. Encendí el iPod. “Hay quien apuesta fuerte y decide quererte sabiendo lo fácil que resulta perderte.” Otra vez Fangoria: sospechaba que nunca me libraría de aquella canción. Siempre la asociaría a estos días. Me resigné, abrí el paraguas. Entre el mango, el mapa y la maleta no daría abasto.

Como pude, sorteé una riada que bajaba en tromba desde una pendiente. La ignoré y, siguiendo la calle principal, llegué a una plaza. Reconocí las palmeras y el letrero, pero estaba inundada. En el centro, varios chicos correteaban de un lado a otro. Iban disfrazados de piratas, obispos, médicos, alguno llevaba la máscara de *V de Vendetta*. Me extrañó porque era noviembre y todavía quedaba mucho para Carnaval. Algo buscaban: uno de ellos guiaba a sus compañeros mientras leía un papel en voz alta. Debían de

participar en algún tipo de gincana.

Parecían tontos, dando tumbos por el agua de aquella manera. Pensé eso pero en el fondo sentí envidia: a mí nadie me había dado instrucciones. Yo no me adentraría en la plaza inundada, ni siquiera tenía intención de abrir mi mapa todavía, por miedo a que se mojara. Y tampoco sabía qué iba a hacer el resto del día. Qué vería, dónde comería.

Volví sobre mis pasos y solo encontré callejones sin salida, puentes rotos. Estaba atrapado. “Hay hombres que se ahogan.” Acabaría volviendo al hotel, Alaska lo sabía tan bien como yo. A cambio de aceptarme otra vez, la dueña me obligaría a suplicarle de rodillas. Y yo lo haría.

Poco antes de llegar, me fijé en un edificio distinto a los demás. La fachada no estaba pintada como el resto sino que tenía relieve, figuras y flores talladas en piedra. En lo alto del balcón, había una inscripción. Entorné los ojos para descifrarla: “Esperando la del cielo”.

Así estaba yo. Esperando que un milagro cayera del cielo.

Y en aquel momento, algo me rozó el tobillo.

Un salmón. La cola de un salmón que remontaba la corriente. Iba rezagado, los demás peces ya escalaban la cuesta. De ahí venía la riada que había sorteado antes. Era, de hecho, el inicio de la ruta que me había señalado la dueña del hotel. Entre las hojas de una hiedra, distinguí un cartel: Mirador de San Nicolás. Y una flecha. Empujándome hacia el único camino que no había tomado aún.

Sin pensarlo, seguí a los salmones. Escalé como hacían ellos. Las pendientes desembocaron en escalinatas y estas en cascadas. Esquivé palmones secos y pieles de naranja, luché para que el agua no me arrancara la maleta. Como Michael Jackson en plena coreografía, hinqué los pies, usé a mi favor el empedrado que me atacaba a través de los zapatos. Encontré fuentes que funcionaban para nadie y coches atrapados en callecitas que habían encogido. Desde alguna parte, se escucharon pasos y gritos. Los participantes de la gincana. Pero se evaporaron antes de que pudiera preguntarles si iba en buena dirección.

Me dolía el brazo, las rodillas, todo. El paraguas pesaba más tras cada gota que impactaba contra él, y eran muchas. En cierto momento, agotado, pensé en rendirme, dar media vuelta y coger el primer tren. Qué sentido tenía tanto esfuerzo para explorar una ciudad que no me importaba. Los salmones acudieron a enredarse con mis piernas, tiraron de mí, me obligaron a continuar. Me dieron ánimos. Cada rellano se convirtió en una recompensa.

Y la canción *Hombres*, todavía en bucle en el iPod, adquirió un punto guerrero que me convenía. Ya no hablaba de derrotas sino de supervivientes. “Tienes que aprender a resistir, tienes que vivir.” Y con el subidón, aceleré el paso.

Y así alcancé el mirador. Mucho antes de lo que esperaba. Era una explanada con cuatro árboles. Como única compañía, algunas piedras asomaban la cabeza entre los charcos. Enfrente, al otro lado de la lluvia emergió la Alhambra, igual que las ruinas al fondo de un acuario. Al final sería verdad eso de que la Torre Eiffel se podía ver desde cualquier rincón de París: siempre la Alhambra en Granada. Supe que en el futuro, aunque aquel lugar acabara convertido en lago, habría más personas como yo, con ganas de viajar hasta allí, en barca si era necesario, y contemplar la ciudad desde las alturas.

Por curiosidad, recorrí con la mirada la ruta de mi ascenso. El reguero de casas blancas y farolas bonitas. Fue divertido jugar a unir los puntos de esos pocos lugares que identificaba. Entre palmeras y cipreses se alzaba el tejado azul del hotel y cerca de él, un pedazo de la plaza inundada.

Cerca había una torre que terminaba en un altillo de madera. Una especie de cabaña en el árbol con las ventanas rotas y unas vigas que resistían a duras penas. Me gustaría pintar ahí, pensé. Llevaba meses sin hacerlo; puede que años, si me ponía a contarlo. Me escudaba diciendo que con Pedro era feliz y la felicidad no me inspiraba. A punto estuve de revolver la maleta en busca de un lápiz y un bloc. Quería abocetar algo, cualquier cosa, pero entré en razón. Ahora la lluvia emborronaría el dibujo. Tenía que ser paciente. Tenía que encontrar primero mi propio altillo de madera. Entonces sí, cada mañana me levantaría inspirado y no me costaría trazar paisajes llenos de historias. Estaría solo y no me importaría.

Pero no estaba solo. Lo descubrí al terminar la panorámica. En la explanada, los salmones avanzaban hacia una hilera de bancos y sentado en uno de ellos, había un chico. Aunque me diera la espalda, pude intuir parte de su cara redonda, la barba de dos días, la nariz respingona y los labios, de esos que entre beso y beso mordisqueaban un poco. “Hoy hay luna llena y un hombre camina por ella”, cantó Alaska en mis auriculares. Y después calló: al iPod no le quedaba batería. Tenía que existir el silencio antes de una conversación importante.

Algo hacía el chico con sus manos de dedos finos. Leer, quizás. Escribir en un cuaderno, componer música. Me lo imaginé artista, con su chaqueta de terciopelo color burdeos y aquel tupé al viento,

como el de Tintín. Lo visualicé sentado en un café parisino, levantando los ojos para clavarlos en los míos. Acércate, diría él, qué quieres, en francés o cualquier idioma, y yo le entendería.

Aquí y ahora, en cambio, no me miraba. No me veía, ni siquiera sabía de mi existencia. Cómo es posible que no me vea, pensé, si yo le he visto a él. Si yo sí me he fijado y me gusta tanto. Llevaba gafas de sol: una antigualla triste que en su caso me transmitió esperanza. Sin cambiar de postura, lanzó un trozo de pan al agua y entonces lo entendí: estaba dándoles de comer a los peces. Por eso viajaban hasta su banco.

Con miedo, enrollé los cascos, guardé el iPod en el bolsillo, di un paso hacia el chico. Mi bamba hizo estallar uno de los charcos. Los salmones huyeron en desbandada. Y como si hubiera pisado algún botón, algo se elevó a lo lejos, sobre la Alhambra. Primero un fogonazo, pronto llegó el rugido y lo vi, por fin: un cohete camino del espacio. El destello metálico del fuselaje. Abrí la boca.

Me acordé del primero que había visto en mi vida, de pequeño. Mis padres me llevaron al parque de la Ciutadella a pasar la tarde. Alquilamos un bote. Puede que Padre me enseñase a remar justo aquel día, porque me había enseñado muchas cosas: a remar, a pescar, a cocinar pasta fresca, pero todo lo fui olvidando. El caso es que aquella tarde, atravesando el cielo encima de nuestra barca, vimos cómo despegaba un cohete. Incluso los cisnes del estanque irguieron el cuello para seguir su trayectoria. Salté para cogerlo con mis manitas, como si fuera un globo que se me escapaba. Por poco volcamos. Quiero ser astronauta, les dije a mis padres, y ellos sonrieron a medias, Madre me alisó el pelo, deprisa, mientras Padre recuperaba los remos.

En Granada no intenté coger el cohete. Llevaba vistos demasiados despegues frustrados, explosiones cuando todo parecía que iba a acabar bien. En vez de eso, soplé, soplé tan fuerte como pude, lo aventé con las manos, para darle impulso y evitar el desastre. Y no explotó. Tras un último empujón, el cohete salió a la atmósfera.

Solo quedó la estela de humo entre dos torres de la Alhambra. Por primera vez creí posible que algún día, dentro de mucho tiempo, parase de llover. Los atardeceres dejarían de ser una capa de cemento. El cielo recuperaría los tonos rojos, morados, naranjas, como en esas ciudades sin lluvia que evocaban nuestros abuelos.

Quise aplaudir, compartir mi euforia con el chico del tupé, pero ya no estaba. Sobre el banco, solo quedaban unas últimas migas de pan. Decenas de gotas se apresuraban en borrar la silueta que había

dejado él al levantarse. Los últimos peces boqueaban, desconcertados. Le busqué por el mirador y todavía pude ver cómo se alejaba más allá de los árboles. Caminaba ajeno a todo lo que no fuera él. Le admiré. La decisión de sus piernas, columnas en unos tejanos color mostaza. Un paso, otro, no dudaba, se le notaba feliz de perderse. Giró una esquina del laberinto y en un parpadeo, la chaqueta burdeos desapareció.

Tendría que haberle gritado hola, se me ocurrió después. No me sentí triste. Pensándolo bien, aún no estaba preparado para ver la cara del chico que sustituiría a Pedro. Era demasiado pronto. Pero como mínimo, ahora sabía que ese chico existía. Confié que tarde o temprano volveríamos a encontrarnos.

Aún sonreía embobado cuando me senté en la terraza de un bar que había a los pies del mirador, casi una extensión del mismo. Enseguida, el camarero me trajo una cerveza en un vaso de tubo y un bocadillo de jamón. No había pedido eso y no me gustaba desayunar salado, pero viendo aquel pequeño festín, mi estómago protestó y decidí hacerle caso.

Con el primer mordisco, noté todo el sabor del pan y el aceite de oliva y el jamón. Alcé la cerveza y brindé con la Alhambra. Cada sorbo me supo a gloria. Me merecía aquel banquete, ya era hora de mimarme un poco. Me dije que no me importaría que, en adelante, todas mis mañanas fueran como aquella. Era mentira, claro. El consuelo de las experiencias que sabía irrepetibles, tan valiosas por eso mismo. Aun así, confié haber ordenado, por un momento, mi vida.

Empezó a entrar gente y más gente en el bar. Ocuparon el resto de mesas de la terraza. Se quitaron los disfraces empapados, los cambiaron por ropa seca. No tardaron en aparecer más camareros y les sirvieron vasos de cerveza y patatas y aceitunas y tapas. De un manotazo, todos aquellos náufragos se apartaron el pelo que les tapaba los ojos y fue entonces, mirando al frente porque todo lo bueno lo teníamos justo ahí delante, cuando comenzaron a preguntar, comentar, dejarse llevar, atacar los platos y las bebidas, acariciar la mano que se posaba cerca, aplaudir, señalar las próximas rutas, bailar por el entarimado entre plantas muy verdes, reír a carcajadas. La gincana había terminado y ahora yo era uno de ellos.

El más lento de los salmones saltó al llegar a mi lado. Él también quería disfrutar las vistas. Durante un segundo, dio la impresión de que aguantaría en lo alto para siempre. Brillaba húmedo y orgulloso. Como yo, había tenido que resistir al oleaje, cruzar mil

ciudades, pelear, nadar contracorriente. Porque solo así se vuelve a la superficie. Donde siempre hay aire. No me alegraba de estar solo, pero sí me alegraba de haber sobrevivido.

2 - FAROS

Lo primero que hice fue tirar el mini-plano de Granada. Tan minúsculo lo habían hecho que apenas se distinguían las calles. Además, tampoco lo había necesitado para encontrar el mirador. Mejor así. Por fin tendría las manos libres para sostener bien recto el paraguas, la maleta controlada.

Bajé hacia la ciudad. Quise correr tanto que acabé perdido entre callejuelas empinadas donde lo más sencillo era resbalar. Por más que buscaba, no encontraba las placas con los nombres de las calles

y los números de las puertas se repetían uno tras otro. Descendía por rampas de piedra, pero todas me llevaban de vuelta arriba, a una barandilla con vistas. Desde ahí veía placitas, parques. Ropa tendida en algunas terrazas, desafiando el chubasco perpetuo. Aquí y allá aparecían palmeras y cipreses, campanarios. Todos los lugares que, al parecer, me estaban vetados. A lo lejos, los flashes de otros turistas centelleaban, inalcanzables.

—Presta atención —le gustaba decir a Verónica—, verás todas las señales.

La echaba de menos, en Granada. Verónica y sus conversaciones fáciles. Quise llamarla, pero no me quedaba batería. Me habría gustado escucharla, que me hablase de ese mundo suyo de casualidades donde al final todo estaba conectado.

—No esperes a tener suerte —me contestó cuando quise hablarle de las cosas que me atenazaban, meses y meses postergando la decisión de dejar a Pedro—. Tienes que ponerla tú en marcha, la suerte. Echar a andar para que el viento sople a tu favor.

Tenía razón, como tantas otras veces, pero entonces no la escuché. Para ella es más sencillo, me dije, porque acaba de conocer a Jaume. Dando tumbos, recordé aquellos primeros días: entonces Verónica me llamaba para contarme cada gesto de él, cada pequeño paso rebosante de significados. Sonaba ilusionada porque sabía que, esta vez sí, había encontrado algo que merecía la pena. Y si seguía avanzando en línea recta al ritmo de Jaume, todo saldría bien.

Verónica conseguía que la vida sonara como la mejor de las películas. No en vano, siempre había querido ser directora de cine, para disgusto de sus padres. Eran profesores de universidad y solo creían en los libros. Desconfiaban de todo lo que se proyectase en una pantalla. En su opinión, Verónica tenía que estudiar algo práctico, lo que ella quisiera pero práctico, si no quería terminar de camarera. Empeñada en demostrarles que la infravaloraban, vino a vivir conmigo y se matriculó en la ESCAC. Para costeárselo, vendió lo poco que tenía, pidió un crédito, trabajó en bares los fines de semana. Acabó dejando el primer curso a medias. No se le daba bien.

—Al revés —decía ella—, se me dio tan bien que me aburrí enseguida. Era todo tan mecánico y ensayado en esa academia. Dirigir se hace así, montar asá; hay que acercar el micro, se necesitan más grados de luz. Todo matemático. Tuve que dejarlo. Yo quería contar historias, muchas, pero también se pueden contar historias con las fotos. O con tus cuadros. Y por mucho que me guste el cine, lo mío es más espontáneo. Quiero fluir. Valerme por

mí misma. Hacer clic con mi cámara de fotos y que me sorprenda el resultado. Tarde o temprano tenía que desencantarme del cine. Ironías del destino: fue una película lo que me abrió los ojos, *Smoke*.

Enamorarse de un fotógrafo francés hizo el resto. Pierre. Coincidían en una cafetería que había al lado de la ESCAC. Tras muchas miradas y un film danés con subtítulos que Verónica no recordaba quién de los dos propuso ver, acabaron en la cama.

—Bueno, el sofá. Nos pillaba más a mano y estaba más despejado.

Enseguida empezaron a vivir juntos en el estudio de él, con vistas a una Torre Agbar aún en construcción. Entre humos de incienso y porros, debatían sobre la muerte y el fin del mundo. Nunca se pusieron de acuerdo sobre qué llegaría antes. Y les daba igual, en el fondo. Hacían planes con la tranquilidad de saber que jamás se cumplirían. La relación tenía fecha de caducidad y ambos lo supieron desde el principio. Duró unas cuantas semanas. Pocas. Sirvió para que Verónica abrazase, por fin y de forma definitiva, esa vocación que la perseguía desde niña.

—Nada motiva tanto como un buen meneo en el cuarto de revelado.

Me hacía reír cuando hablaba de sexo. No le pegaba nada. En general, Verónica parecía casi virgen y solo haciendo fotos o hablando de ellas se mostraba como el animal sexual que en realidad era. Hasta el pelo le lucía más salvaje, como agitado por el viento, más pelirrojo, cuando te apuntaba con su objetivo. Y eso que seguía utilizando la cámara que le regalaron sus abuelos con siete años. Después había comprado otras, claro, y la que le dio Pierre el día que se separaron la usaba a menudo, pero la de sus abuelos era su fetiche.

El regalo fue idea de su abuela y la compró ella misma. Con moño y vestido negro, la mujer se plantó en la única tienda de material fotográfico de todo Cadaqués. Puso un fajo de billetes encima de la mesa. La más cara, pidió. Después, envolvió la caja de la cámara con papel de periódico para que no pareciera que se había gastado un dineral y evitar así que su marido se enfadara.

Cuando Verónica abrió el paquete, se encontró con una cámara rosa, en una época en la que todas las cámaras eran negras. Rosa pero tan pesada que apenas la podía sostener con sus dos manos infantiles; le temblaban, su dedito no alcanzaba el obturador. Se sintió frágil como la niña que era. Dijo que odiaba su color y que nunca sabría cambiarle el carrete. Así que desterró la cámara al fondo del baúl que tenía en su habitación. No, jamás se detendría

para hacer una foto. A ella le gustaba correr.

—Ni me daba cuenta de las cosas que me rodeaban. En todos mis recuerdos de pequeña estoy corriendo. Hasta que un día, ya de adolescente, me caí. Pumba. —Sus pulseras tintinearon al recrear el golpe—. Entonces lo vi todo detenido, desde el suelo, formas y colores muy definidos. Un mundo nuevo, como si de repente llevase gafas.

Y entonces volvió a casa caminando, no por la cojera o la rodilla magullada, sino por el mero placer de disfrutar cada uno de los detalles en los que ahora reparaba. Su madre quiso curarle la herida. Verónica fue directa a su habitación, ya soy mayor, gritó, y tiró al suelo todas las SúperPop que cubrían el baúl. Suspiró aliviada: la cámara rosa de su abuela seguía allí. La rescató.

Cambió la correa por una más larga y aprendió a hacer fotos enseguida. Se acostumbró a todo aquello que había odiado. Cambiar el carrete, ajustar el objetivo, detenerse. Esperar. Se la llevaba al instituto, cada día, a todas las excursiones y a todos los viajes. La paga semanal se la gastaba en revelados, pidió que le dieran un poco más para así poder hacer más fotos. Era su hobby favorito, pero echaba de menos un argumento.

—Me hervían tantas historias en la cabeza. Tantas aventuras. Estudiar cine fue una forma de rebelarme, quería desnudarme a través de mis películas. Y por eso me afiancé en eso que en el fondo yo sabía que no era lo mío. Ya sabes lo cabezota que soy cuando me da por algo. Al final me rendí y volví a la fotografía. Qué es el cine sino una sucesión de fotos.

Verónica volvió al pueblo y se alejó de los grandes formatos, el cinemascope y el HD y todo lo aparatoso. Estudiar cine le había servido para descubrir que prefería fotografiar cosas pequeñas, trozos de paisajes como mucho. Primeros planos, nada de esas panorámicas que intentaron enseñarle en la academia. Insectos que nadie retrataría y señales de tráfico y todo lo que la gente tiraba al suelo por descuido. Ella le daba una oportunidad a las cosas sin importancia. Solo muy de vez en cuando le entraban ganas de fotografiar personas. Se cansaba de tantas rocas desprendiéndose y tantos faros al final de la costa y tanto arbolito torcido y llamaba a alguien para hacerle una sesión. Por lo general hombres y por lo general desnudos.

—Me gusta que me miren a través del objetivo.

Ella ya lo tenía más que comprobado en el estudio, pero lo confirmó en la calle el día que conoció a Jaume. Porque por eso contaba la historia, para demostrar que la vida podía convertirse en

un puzle del que encajaban todas las piezas.

—Había un hombre que salía en muchas fotos. Salía borroso, pero siempre mirando a cámara. Primero me asusté, pensé que me acosaba. Luego, fijándome en las fechas, vi que no aparecía en días aleatorios, solo en las fotos que hacía los viernes por la tarde, cuando subía a Figueres para ir a la biblioteca. Había empezado a leer en las horas muertas de la galería, horas muertas que eran muchas porque en Cadaqués, ya lo sabes, no hay ni un alma entre semana. Hacía años que no leía, pero no me costó retomar el gusto. Devoré todos los libros de la estantería, todas las cosas que había leído por obligación cuando estuve en pareja, los libros que me habían regalado y todos aquellos que dejaron atrás cuando se fueron. Una novela de Pasolini que le robé a Pierre, todo Kafka. Lo leí todo como si fueran libros nuevos y cuando acabé, ni corta ni perezosa, me fui directa a la biblioteca de Figueres. Aprovechaba esos viajes para visitar tiendas que habían abierto sin yo saberlo, para pasear por calles que ya ni me acordaba de que existían, a veces iba a museos. Estaba receptiva y de todo hacía fotos. Y allí estaba él. Jaume. Después de varios viernes buscándole sin éxito, aunque luego salía de refilón en alguna foto de ese día, lo descubrí. En medio de la carretera que lleva al castillo. Mirándome. Bueno, enfocándome con una cámara. Me estaba haciendo una foto. Esta vez pude mirarle yo de frente. No con el objetivo, con mis ojos. Me encendí entera, quería follar con él allí mismo. Lo juro. Le sonreí y él, después de apretar el obturador, bajó la cámara y también me sonrió. Clic.

Jaume no era fotógrafo profesional. Solo estaba ayudando en un rodaje y, entre otras cosas, se encargaba de la foto fija. Lo primero que comentaron Verónica y Jaume fue el libro que ella llevaba encima para devolverlo a la biblioteca. Uno de Pasolini, *Teorema*, porque el que le birló a Pierre la había dejado con ganas de leer más cosas suyas. Casualidad: la película que estaban rodando se inspiraba en un guión de Pasolini.

—Al final, todo encaja. Y siempre de la manera más inesperada.

Tropecé. Mi rodilla derecha crujió contra una piedra. Maldito empedrado de Granada. Es que siempre te pasa lo mismo, habría dicho Pedro, acompañándolo de una risa de desprecio que por suerte ya no tenía que soportar.

La Catedral la vi mientras me incorporaba. Un dibujo suyo, en realidad. Como en la historia de Verónica, había bastado un cambio de perspectiva para que el dibujo apareciera de repente. Sonaron, a lo lejos, unas campanas. Debían de pertenecer a la auténtica

Catedral. Me acordé de un artículo en el suplemento dominical: describía la basílica y sus alrededores, la plaza, los mercadillos. Era un lugar típico, y ni siquiera pensaba entrar en ella, pero podía usarla como punto de partida.

Volví a caerme poco después. Granada era una ciudad hecha para tropezar, llena de aceras y adoquinados irregulares, y con cada golpe yo descubría que eso me gustaba. Caerme y no necesitar ningún mapa. Porque en cuanto fijé el rumbo, fueron las propias calles, con sus baldosas y sus baches, las que guiaron mi maleta. A veces la hacían subir por una pequeña cuesta, o la inclinaban a un lado. Las ruedas traqueteaban contra los empedrados, donde había unas formas extrañas. A la quinta caída, las reconocí: eran granadas. Las había por todas partes: aceras, rejas, postes, bancos.

Alguien había trazado aquella ruta secreta a base de desgastar las piedras y los suelos de la ciudad, siglo a siglo. Como en el colegio, cuando nos pasábamos la hora del patio jugando a las canicas y memorizábamos cada una de las imperfecciones del terreno para saber por dónde sería mejor lanzar la canica, dónde tomaría impulso o cogería el efecto que necesitábamos. Nos adelantábamos, predecíamos. Con nueve años, ya éramos expertos en trayectorias y resultados.

En Granada, las calles tenían nombres rotundos: Silencio, por ejemplo. Algunas pizarras anunciaban teterías secretas tras cada esquina, pero al girarlas solo había iglesias y más iglesias. Ninguna era mi destino. Por eso, a todas las dejé atrás y en un primer momento no le di importancia cuando el muro de otra me cerró el paso. Pero enseguida vi que aquel edificio era demasiado alto para tratarse de una iglesia más. Era la Catedral, seguro. La rodeé sin encontrar una puerta. Ni rastro de la fachada tampoco. Choqué con una valla. Cerrada a cal y canto.

—Siempre hay otra salida.

Otra de las frases estrella de Verónica. La dejaba caer a menudo, y siempre la hacía encajar aunque la soltara sin venir a cuento: mientras cocinábamos y yo me quejaba de que no tuviésemos orégano, o al mirar la playa desde lejos porque estaba prohibido acercarse. Te la creías. Siempre había otra salida, sí.

Buscándola, di más vueltas. De repente las paredes formaban pasadizos donde tenía que batallar para que el paraguas y la maleta no se encallaran. En el escaparate de una juguetería, vi una silla colgada del techo y un puzle de Escher debajo: esa ilustración donde unos desconocidos subían unas escaleras que siempre volvían al principio. Parecía inspirada en aquella zona de Granada. Era

como un pueblo en miniatura, el decorado de una zarzuela esperando a que se levantara el telón. Me recordó al Poble Espanyol, los mismos colores chillones.

Casi pisé unas carpas rojas que nadaban calle abajo, tan perdidas como yo. Se alejaron más allá de un arco amarillo y las seguí. Llegué a una avenida con mucho tráfico. Las carpas se dispersaron entre las ruedas de los coches. Yo tuve que esperar a que el semáforo cambiara a verde. Llovía tanto que no se distinguían las caras de los conductores, solo agua y más agua cayendo contra los cristales. Estaba a punto de cruzar cuando unas campanas sonaron a mis espaldas. Muy débiles, pero más atrayentes que todas las anteriores.

Reculé, tomé un callejón que antes había pasado por alto, avancé a través de una plaza en ruinas, giré la última esquina y llegué. Llegué a la plaza de la Catedral. El edificio me sobrepasaba, se perdía en el cielo. Una ballena gris entre coloridas viviendas cuadradas. A los turistas que me rodeaban, bien equipados con sus sombreros y cámaras, les parecería un triunfo ridículo, pero yo me sentí como Ulises al regresar a casa. Lo había logrado por mis propios medios. Y ahora las tres puertas de la Catedral me daban la bienvenida. Podía entrar o salir corriendo, podía hacer lo que quisiera.

Durante los días siguientes, recorrí cada rincón de la ciudad, curioseé en mil tiendas. Perdí el paraguas y no me compré otro: empecé a usar los balcones con geranios como refugio. Cuando un puente derrumbado me bloqueó el camino hacia la Alhambra, tampoco me preocupé. Ya encontraría otra manera de cruzar el río, si es que tenía que hacerlo. Hasta entonces, continuaría explorando Granada a mi aire y la Alhambra me esperaría.

Convertí mi viaje en un videojuego. Como cuando combinaba objetos en las aventuras gráficas de mi infancia, me las ingenié para conseguir todo cuanto necesitaba. Dinero, comida, una cama. Reintenté diálogos siempre que me atascaba. Cada noche cambiaba de hotel, convencido de que aún no había encontrado el más cómodo de todos. Me compré calzoncillos nuevos en un arrebato: no para lucirlos sino por mí, para sentirme guapo. Y de tanto mezclarme con los demás, descubrí por qué sonreían tanto: todo estaba diseñado para quienes iban acompañados. Menús para parejas y ofertas familiares. Yo me sentía tonto pidiendo solo una cerveza y una tapa.

—¿Qué ocurre, mal de amores?

Miré al camarero con odio, no soportaba que se rieran de mí.

Pero me encontré con su sonrisa amable, enmarcada por un bigote. Los bigotes no me gustaban pero el suyo era estupendo. Sin saber cómo ni por qué, resurgieron mis ganas de enseñarle a alguien mi mejor sonrisa. Y eso hice: como si no llevara meses sin hacerlo, sonreí.

—Lo digo por el libro —siguió él—. Espero que el próximo sea más halagüeño.

Levanté *El amor dura tres años* para que pudiera limpiar la mesa. Era un título triste, sí. Así iba yo por la vida, dando pena sin pretenderlo. Él en cambio brillaba con su camiseta amarilla que anunciaba algún festival de jazz. Mientras pasaba un trapo húmedo por la mesa, me entretuve con su bíceps tatuado. Con cada sacudida, el músculo se hinchaba y el tatuaje cobraba vida. Y se me ocurrió preguntarle si sabía dónde comprar otro libro. Quizás por eso llevaba días vagando por Granada, porque no había encontrado una lectura mejor. Algún libro del que me atrajera su portada nada más verlo. Despacio, me sirvió la cerveza y la ensalada de pasta antes de responder.

—Uf. Cerca no. Pero a ver…

Suspiró, cambió de brazo la bandeja, se apoyó en el respaldo libre de la otra silla. Qué solo debía de parecerle yo y qué guapo él mientras hacía memoria. Su sonrisa ahora era traviesa. Notaba que me gustaba y quería hacerse de rogar.

—Hay dos librerías —dijo por fin—. Una en el centro, la otra tiene más libros.

Me dio las indicaciones para llegar a ambas y le di las gracias. Cené despacio y leí ignorando, o intentándolo al menos, las conversaciones de alrededor. Era como hacer zapping de películas ya empezadas. Diálogos fuera de contexto y risas que dolían porque yo no podía reírme con ellas.

Envidié un poco al protagonista del libro; a él no le importaba acelerar el coche, estrellarse contra el siguiente error. Entregarse a ciegas a cada nueva amante aun sabiendo que lo suyo estaba condenado al fracaso. Yo no me veía capaz de algo así. No sabía conducir, para empezar. Tras terminarlo, lo dejé encima de la mesa. Ya no lo necesitaría. Me había enseñado todo lo que podía enseñarme.

—No tienen pérdida —insistió el camarero cuando vio que me marchaba.

Enfrente del restaurante, había un bar musical. De él salían parejas de chicos y se quedaban hablando en la puerta mientras una bandera arcoíris ondeaba entre sus caras. Ellos no parecían darse

cuenta, tan enfrascados estaban en sus negociaciones. Urgía concretar si follarían, y dónde. Estuve tentado de entrar. Casi alargué la mano hacia el pomo de la puerta, como Eva frente al manzano.

—Ligar es como ir en bici —me diría Javi allí dentro—. Nunca se olvida. Antes de darte cuenta, ya estarás pedaleando.

Pero es que me daba miedo todo aquello, en el fondo. Ligar, exponerme, tener que fingir que estaba bien delante de decenas de hombres que disfrutarían de la noche.

Valoré aprovechar el billete abierto y regresar a Barcelona en el primer tren. Así evitaría tentaciones. Alejándome por la cuesta empedrada, a la luz de una farola se me ocurrió algo mejor. Demostraría que los libros de autoayuda tenían razón, tanto que me había reído de ellos con Pedro: estar solo dolía, pero solo obligándome a estarlo dejaría de doler. Satisfecho de la decisión, corrí a dormir en mi cama individual. Así se la había pedido al último hotelero para que no fuera demasiado grande.

—Pronto conocerás a alguien.

De golpe tenía en la mano una ramita de romero. A la mañana siguiente, una gitana aparecida de la nada me la entregó. Yo caminaba distraído por las callejas del mercadillo, maldiciendo mi suerte porque la primera librería estaba cerrada, cuando la mujer me asaltó.

Pensé que iba a robarme, que lo del romero no era más que una maniobra de distracción, pero no pude hacer otra cosa que cerrar el puño para impedir que cayera. La mujer me abrió de par en par la mano libre y con otra ramita empezó a hacerme cosquillas en los surcos de la palma.

—Os casaréis. Antes de lo que crees. Una chica muy guapa.

Aguanté la risa lo mejor que pude. A pesar de todo, no quería ofenderla. Así que en vez de explicarle mi ruptura con Pedro, la dejé hablar. Dijo algo de mucha suerte, de recompensas, y por un momento me recordó a Verónica. Los clientes de un puesto de souvenirs guardaron sus imanes con forma de mosaico bajo el abrigo y se alejaron de nosotros.

—Ojos marrones —La gitana me clavó las uñas para que le prestara atención—. Tiene los ojos marrones, recuérdalo.

Me soltó y entonces extendió su mano sin dejar de mirarme. Impaciente, flexionó los dedos, como si intentase aplaudir con una sola mano. Querrá que se la lea yo ahora, pensé primero. Y por fin entendí. Hurgué en mi cartera y le di una moneda de un euro, pero la mujer no dejó de mirarme. Aterrado, me fijé en sus ojos. Eran

marrones. Para no tener que casarme con ella, le di otra moneda, esta de dos euros. La gitana desapareció.

Y así me quedé, sujetando la ramita, mi rosa sin pétalos, como en un mal Sant Jordi. Esperaba que en cualquier momento alguien me dijera que acababan de estafarme. Pero nadie se acercó. Guardé la ramita en el bolsillo, junto a la cartera. Recordé que los ojos del camarero también eran marrones. A él no me importaría volver a verle; quizás aquella noche también cenaría en aquel restaurante. Me había cortado el pelo esa mañana, llevaba mis calzoncillos nuevos, me sentía poderoso. Hoy me miraría de otra manera. Hoy él también se fijaría.

Casi me había olvidado de mi misión, comprar una nueva lectura, cuando descubrí que la segunda librería estaba justo delante. Un rótulo discreto: Librería Kafka. De no ser por el asalto de la gitana, la habría pasado por alto. Crucé de acera, me agarré a un poste con forma de granada para que no se me llevara la corriente, y entré. No me importó que la estantería del escaparate solo tuviera polvo. Dentro, algo encontraría.

El vértigo no tardó en golpearme, en cuanto aquella otra mano agarró el mismo libro que minutos antes yo había distinguido desde lejos. Tenía un lomo inconfundible: de medio palmo, color salmón, con una franja blanca para el nombre del autor, David Foster Wallace. *La broma infinita*: ese libro me había acompañado durante tantos trabajos basura, taquillero, conserje, recepcionista, cajero, con los que me había financiado la universidad. Tardé casi dos años en terminarlo. Menudo tocho, decía al enseñarlo, pero fue su peso lo que me consoló cada día mientras subía las escaleras del metro. Sentía los golpes de la mochila cruzada y sabía que en las horas muertas leería aquella historia demencial de una academia de tenis. Hallaría el sentido en la locura.

Nada más verlo, le sonreí al libro desde lejos. No sabía cómo llegar hasta a él. Nos separaba un laberinto de estanterías. En su lugar, cogí el tocho que tenía más a mano: *Un saco de huesos*. Se conservaba bien, tenía un precio razonable y además hacía tiempo que no leía nada de Stephen King. Era una opción.

—¿Qué te apetece leer hoy?

Me lo preguntó el librero desde el mostrador. Tras las gafas, sus ojos marrones brillaban en mi dirección. Todo, podría haberle respondido, pero se me escapó la verdad. Que no tenía ni la más remota idea.

Nos quedamos el uno frente al otro, a punto de estallar entre risas, sin llegar a hacerlo, hasta que él devolvió toda su atención al

montón facturas que se acumulaban junto al teclado. Tuve tiempo de ver que sus ojos también eran marrones.

—Seguro que algo se te antoja —dijo—. Bienvenido.

Tenía muchos libros entre los que elegir, eso era cierto. Desde el escaparate no se apreciaba, pero en poco espacio habían encajado muchas mesas y estanterías, todas llenas. Por dónde empezar. De algún lado, manaba música a piano. Algunos clientes iban de una estantería a otra, sacaban libros y los manoseaban un momento. Muy serios y con los ademanes lentos de una ceremonia del té. Querían estar seguros antes de decantarse por uno de los títulos. Como si después ya no pudieran elegir otro. Les imité. Igual así me inspiraba. Toqué algunos libros, hojeé otros pocos, consulté el precio de un par. Ninguno me llamaba la atención. Ni en las mesas ni en las estanterías. Al devolverlos a su sitio, levantaban una nube de polvo. Escuché la puerta abrirse a mis espaldas, el rumor de nuevos saludos.

Y entonces ocurrió. Mientras yo seguía sin saber por qué lectura decantarme, un chico atravesó el otro pasillo, directo hacia *La broma infinita*, tenía clarísimo que quería ese libro y ningún otro, y lo cogió. Su barba frondosa apareció y desapareció entre las estanterías y después su mano se alargó hacia aquel tomo, cogiéndolo con la tranquilidad del deber cumplido.

Ante mis ojos, tomó forma esa cadena de casualidades de las que hablaba Verónica: la elección accidental de Granada, el cambio de hotel, *El amor dura tres años*, las indicaciones del camarero, el horario de la primera librería y hasta la predicción de la gitana. Porque yo no sabía de qué color tendría los ojos aquel chico, pero el color de su chaqueta brillaba en el centro de aquel lugar. Era burdeos. Por fin volvía a encontrar al chico del Mirador de San Nicolás. Sí, tenía que estar aquí y ahora, ver cómo sus dedos rotundos agarraban en este momento un libro que ya conocía porque años atrás me salvó la vida.

Envalentonado, sin pensarlo, sacando pecho gracias a todos los pasos que ya había dado en aquella ciudad, yo, el eterno tímido que en las fiestas prefería escuchar a los demás, eché a andar como lo haría Javi, descifré con facilidad el laberinto de estanterías, me planté delante del chico y fui capaz de soltar:

—Cómpralo, es buenísimo.

Él me miró de reojo, con un amago de sonrisa, como si no le sorprendiera tanto que un extraño lo abordase en medio de una librería. Vi flashes del pasado que dejábamos atrás, del futuro que compartiríamos. Y supe que de ahora en adelante, todo mejoraría,

porque había resuelto el acertijo y por fin podía pasar al siguiente nivel.

3 - REMOLINOS

—Ahora es el momento.

Tardé en comprender que el chico acababa de leer el título del libro. Tan idóneo sonaba. Como una de esas frases que nos escribíamos en los separadores de la carpeta del instituto: significaban el mundo durante dos días y luego las olvidábamos.

—¿Te lo has leído, entonces?

Su acento no parecía de Granada. Tampoco llevaba tupé ni gafas de sol como el chico del Mirador de San Nicolás, pero tenía que ser él, no habría dos personas con la misma chaqueta en Granada. Quizá había ido al peluquero, como yo.

Cerró el libro y pude ver la portada. Pánico escénico: no reconocí esa imagen de dos vaqueros en tonos sepia. Debería salir la fotografía de una familia feliz hasta la parodia. El lomo era casi idéntico al de *La broma infinita*, eso sí, los mismos colores. La confusión se podía entender porque eran de la misma colección, pero el libro era otro. La mitad de grueso, además; de eso me di cuenta entonces, al estar tan cerca.

Y siendo sincero, tampoco el chico parecía el mismo del mirador. Ni rastro de aquellas facciones redondeadas. El chico de la librería me apuntaba con una mandíbula recta, una nariz trazada con cartabón, el pelo mucho más corto y oscuro. No me quedaba otra salida que admitir mi error.

—Pensaba que era otro libro, perdona.

—¿Otro libro? ¿También de Tom… —consultó el apellido en la portada— Spanbauer? ¿Cuál? ¿Me lo recomiendas?

Le gustaba preguntar. Sin darme tiempo a responder, enseguida devolvió toda su atención a la contraportada. Sus labios se movían

mientras leía. Me lo imaginé leyendo así cada domingo, en su butaca del rincón, mientras desayunábamos. Cada semana un nuevo libro, o quizás el mismo si era muy largo.

—Da igual. —Me reí—. Era otro libro, de otro autor. Me ha confundido el color del lomo. El que yo decía es de David Foster Wallace.

Y entonces el chico dejó de mirar el libro.

Me miró a mí.

Dijo:

—David Foster Wallace es mi escritor favorito.

Remarcando cada sílaba.

—A mí tampoco me gusta tanto. Prefiero al autor de *American Psycho*, la verdad. O a Stephen King.

Zarandeé *Un saco de huesos*, todavía cargaba con él. Con ese gesto me sentí aún más tonto.

Pero él siguió hablando de su escritor favorito.

—¿Has leído *Algo supuestamente divertido*? Deberías…

Y sin esperar a que le contestara, se presentó. No le entendí a la primera.

—¿Cómo?

Ya no sabía si parecía yo tonto o sordo.

—Adán.

—¿Adán?

—Adán.

Y entonces me fijé en sus dientes. Mientras repetía su nombre y mientras masticaba. Eran rectos, demasiado rectos, como si no tuviera colmillos. Ya no estábamos en la librería sino tomando algo y Adán usaba los dientes para devorar el pan y las patatas y los champiñones, que luego desaparecían más allá de los labios. Pensé que me gustaría desaparecer tras ellos.

—Qué ricas están aquí las tapas, ¿verdad? Prueba esta.

Me pasó un trozo de pulpo y sumó otro platillo aceitoso a la torre que íbamos amontonando. Mastiqué como hacía él. Demasiado cerca del montón de platos, demasiado cerca también de nuestras jarras de cerveza, estaba el libro. *Ahora es el momento*. Lo habíamos comprado, al final. El único ejemplar que les quedaba.

—Toma —me había dicho Adán en la librería—, ¿por qué no lees el principio?

Hice malabarismos para colocarme *Un saco de huesos* bajo el brazo y cogí el libro. Nuestros dedos no llegaron a rozarse. Me arrepentí al momento de no haber buscado el contacto. Él permanecía a la espera, sin mirarme, como quien buscaba

supervivientes y se detenía para ubicar los gritos de auxilio.

—Todo tiene un principio —dije para darme ánimos.

Carraspeé. Abrí el libro. Busqué la primera frase. La leí, primero para mí y luego ya en voz alta. La leí y nos encantó y un minuto después ya estábamos pagando. Así, de la nada y sin saberlo, nació nuestro ritual.

—Mejor que te lo lleves tú, ¿no?

Me habría gustado que lo pagásemos a medias, así tendríamos una excusa para compartirlo, pero cuando Adán dijo eso, no me quedó otro remedio que pagarlo yo. Quería complacerle.

—Me sabe mal que no tuvieran otro para ti.

—Ya lo buscaré cuando vuelva a Madrid. Así será menos lío.

Adán construía muros. Con sus gestos, con sus frases. Me di cuenta enseguida. Ni bien acabábamos de sentarnos a la mesa del bar y ya se veía que nuestra conversación iba a ser muy fluida porque saltábamos de un tema a otro, justo entonces dijo:

—Adoro Barcelona, pero no podría vivir en otro sitio. Madrid es Madrid.

Cómo rebatirle eso. Al menos, lo de Barcelona no lo decía por cortesía. Había vivido allí de pequeño, varios años.

—Nos volvimos a mudar a Madrid en cuanto mi padre consiguió que lo destinaran allí. Estuvo muchos años intentándolo. Y por fin, cuando ya daba el puesto por perdido y se planteaba cambiar de empresa, lo consiguió, ¿sabes?

Qué extraño eso de saber que alguien vivió cerca de ti pero no conocerlo hasta mucho después. Lo diferentes que podrían haber sido las cosas.

—Nunca hay que tirar la toalla —dijo—. Es algo que aprendí de mi padre.

Asentí para darle la razón, pero no supe qué más decir. No me atrevía a preguntarle si su padre seguía vivo. Él volvió a concentrarse en la comida. Nuestra mesa era pequeña y, con el ir y venir de platos, mi rodilla acabó chocando con la suya. La dejé ahí, sin saber a ciencia cierta si de verdad rozaba su pierna o la pata de la mesa. Terminamos la patata rellena de carne, tampoco quedaba cerveza en las jarras. Adán le hizo señas al camarero para pedir otra ronda.

—Granada —dije— me está viniendo muy bien para inspirarme. Pintaré muchos cuadros gracias a este viaje.

—¿Ah sí? Yo soy músico, toco el piano, y en cambio aquí me he quedado seco. Pero, ¿qué pintas? ¿Qué tipo de cuadros?

—Un poco de todo: óleos, acuarelas... Solo es un hobby.

—¿Y en serio te inspira la ciudad? ¿Qué habrás visto? Porque en Granada siempre hay alguien que llegó antes a todas partes. No me quito de encima esa sensación.

Me incliné para hablarle de mi renacer y algo me tiró hacia atrás. El jersey se había enganchado en la verja que separaba nuestro cubículo. Tuve que girarme para desenredarlo. Era una prenda vieja, regalo de Pedro por nuestros primeros Reyes, pero continuaba siendo de mis favoritas. Cuando volví a encarar a Adán, ya no recordaba lo que iba a decir. Ni lo que me había preguntado. En realidad, seguía dándole vueltas a su frase de antes: toco el piano. Adán decía las cosas de pasada, pero sonaban todas importantes.

El camarero nos trajo dos cervezas más y una ración de arroz al curry. Se llevó el resto de jarras y todos los platos. Adán aprovechó para repasarle los bíceps y luego me miró desde el otro lado de la mesa. Medio vacía ahora, como la orilla al retirarse las olas. Toqué nuestro libro para asegurarme de que continuaba ahí.

—Me encanta el curry —dijo Adán, que ya estaba atacando el plato.

Pensé que luego nuestros besos tendrían sabor a curry. Al menos estaríamos en igualdad de condiciones porque los dos habríamos comido lo mismo. Sonreí y probé el arroz. Picaba mucho. Corrí a beber un trago largo de cerveza. Era la cuarta jarra ya, me notaba contento.

—La verdad es que —seguía hablando y comiendo Adán— siempre uso muchas especias cuando cocino. Tú no, ¿verdad? Ya veo que estás sufriendo con tanto picante.

—Mis padres son italianos y sobre todo usan orégano. Se lo echan a todo. A veces también albahaca. Así que me he acostumbrado a eso. Es más suave, sí.

Adán sonrió. Hablaba sin parar y parecía que no le importase nada, pero en realidad memorizaba todos los datos, o esa impresión me dio. Igual luego me hacía un examen para comprobar si le volvía a decir lo mismo. Me sentí halagado. Ni recordaba la última vez que alguien se interesaba por mis tonterías. Quise preguntarle algo, demostrarle que a mí también me interesaban sus cosas, aún le daba vueltas a lo del piano, pero era él quien había cogido el timón.

—¿No te acordarás de una serie de dibujos, una japonesa, sobre un niño que era cocinero? ¿Sabes cuál digo?

Dudé:

—¿Una que el jurado tenía alucinaciones al valorar los platos? *El*

petit Sushi.

—Bingo. Esa misma. Él también le daba mucha importancia a las especias. ¿Nunca te fijaste? Usaba unas u otras, según la situación. De vez en cuando no está mal experimentar con cosas nuevas.

—A veces aciertas.

—Exacto.

Nos miramos. Menos tiempo del que me hubiera gustado, pero nos miramos. Después, Adán se centró en el plato de arroz, para terminárselo.

—Es lo que más recuerdo de vivir en Barcelona. Las series de dibujos japonesas. Sobre todo *Bola de Drac*.

Sonreí ante su esfuerzo de pronunciar el título en catalán. Él prosiguió:

—Y *Arale*, y *Fly*, y *Cinturó Negre*…

—Ostras, sí. De esa no podía perderme ningún capítulo. La hora de la merienda era sagrada.

Adán tarareó la sintonía de la serie y yo me uní a medio estribillo. Por un momento, pareció que ya acumulásemos toda una vida de recuerdos en común. Me gustó la sensación. Incluso sincronizábamos los tenedores para que no chocaran.

—En Madrid empezaron a dar estas series dos o tres años más tarde, tampoco todas, no creas, pero gracias a eso, cuando volvimos allí me pude reenganchar. Entonces no entendía muy bien por qué los personajes tenían otras voces. Y cuando todavía vivíamos en Barcelona, cuando hablaba con mis primos por teléfono o cuando nos reuníamos toda la familia por Navidad, y yo les hablaba de Goku o les lanzaba un kame-hame-ha, me miraban como si estuviera loco.

—Después te adorarían como a un visionario.

—Qué va. ¿Te puedes creer que se consideraban ellos los descubridores? Me arrastraron delante de la tele para decirme mira, mira y yo fingiendo: “Oooh”.

—En la carrera, uno de los trabajos estuve a punto de hacerlo sobre los grabados eróticos japoneses. Influyeron mucho en el manga.

—¿En serio los japoneses se dedicaban a pintar guarradas?

—Pues sí, ni te lo imaginas. Cosas muy fuertes.

—Me muero por ver esas imágenes.

En realidad, aquel trabajo nunca llegué a planteármelo en serio, solo fue una idea que descarté enseguida, pero sabía que a Adán le gustaría oírlo. Confiaba con que no me preguntase el trabajo que

acabé haciendo, un mamotreto de doscientas páginas acerca de todo el arte inspirado por los campos de concentración.

—Mi profesor no compartía tu entusiasmo —dije para aparcar el tema.

—“Oooh”. Menudo malfollado. Ojalá lo hubieras escrito, a pesar de todo.

Fui a coger un poco más de arroz, pero ya no quedaba. A lo largo de la cena, le había reservado a Adán empanadas y croquetas y patatas, un poco por cortesía y también por no quedar como un glotón delante de él. Y ahora me había quedado sin arroz. Así llevaba toda la vida: renunciando a las cosas que me gustaban solo para quedar bien.

—¿Sabes? Me acaba de venir a la cabeza *Mi vida sin mí*...

—Oooh —le imité.

—¿La has visto?

—Es una de mis películas preferidas.

Lo había sido de Pedro, de hecho, pero como con tantas otras cosas, yo terminé por ceder. Entonces aún pensaba que en eso consistían las relaciones: querer convertirme en la otra persona, ceder tanto y tantas veces que un día dejaba de ser yo. Ahora ya no recordaba las veces que nos habíamos cogido de la mano sino todos los abrazos enredados, cuando ninguno de los dos distinguía de quién era cada extremidad.

—Aún quiero abrazar tantas cosas —dijo Adán—. Siento que me queda tanto por hacer. ¿A ti no te pasa? Antes de que todo se vaya a la mierda, tendríamos que vivir lo máximo posible. Probarlo todo.

—No lo sé. Sí. Quiero pintar mucho.

Lograr un gran cuadro, pensé. Viajar más, cocinar mejor. Besarte.

—Ojo —dijo Adán—, eso también, pero yo me refería antes de irme de Granada. —Y preguntó—: ¿No te gustará el jazz, por casualidad?

Y de pronto estábamos en la tercera fila de un concierto. Adán viajaba a Granada cada año para asistir a aquel festival de jazz. Me acordé de la camiseta promocional que llevaba el camarero del día anterior. Continuaba mi camino de baldosas amarillas.

—Pues claro que me gusta el jazz —contesté.

Jamás escuchaba ese tipo de música, pero eso Adán no lo sabía. Con él, podía jugar a ser otra persona.

—Siempre me pongo algún disco de fondo, mientras leo.

—El concierto de Lizz Wright es el último del festival. Tengo dos entradas. Y nada me llenaría más que tenerte de

acompañante, Leo.

Aquella fue la primera vez que pronunció mi nombre. Lo remarcó. Me hizo sentir importante. En aquel momento, me hubiera ido con Adán a cualquier parte. Él tejía una tela de araña y yo me enrollaba en ella tan a gusto.

—¿A qué esperamos, pues? —pregunté—. ¡Vamos!

Y corrimos bajo los balcones para llegar a tiempo. Jadeando, mientras la cantante le susurraba al micrófono "This is new beginnings, come into my life", yo miré a Adán en busca de una sonrisa cómplice. Ahora él solo tenía ojos para el escenario. Me acariciaba la mano, eso sí, distraído, como si ya no recordara por qué lo hacía y aun así no quisiera dejar de hacerlo. Los focos acabaron por tragarse a Lizz Wright y no quedó más que el piano negro. Se suponía que así cada nota sonaría más trascendente. En las butacas, todos sudábamos por el calor acumulado. Todos menos Adán. Tampoco sudará en la cama, pensé. Porque íbamos a acostarnos, qué duda había ya. "Don't you wanna take me home?" A aquello se reducía todo: por mucha conversación y mucho concierto de jazz, buscábamos lo mismo que todo el mundo. No éramos especiales en absoluto. Pero que, con tantos sustitutos posibles, eligiéramos estar justo ahí, haciendo manitas el uno con el otro, eso a mis ojos nos hacía únicos. "It's everything I wanted."

Y seguimos alargando el momento en el Rincón de San Pedro. Así se llamaba el bar musical de la bandera arcoíris que había visto la noche anterior. No le dije a Adán que no me apetecía entrar en un sitio con el nombre de mi ex, no quería sonar borde al poco de conocernos. Así que entré tras él, sin darle mayor importancia, y nos unimos al mar de hombres que bailaban house. Brindamos con cerveza y giramos de un lado a otro bajo lámparas con forma de planetas.

Entre el gentío, perdí a Adán de vista y, ayudado por el alcohol, liberé mi libido. Me puse a admirar al resto de hombres. Todos parecíamos guapos en los espejos tras la barra. Sobre todo me gustó un chico de pelo canoso que fumaba en el balcón: él no aparecía en el reflejo. Se apoyaba en la barandilla, meditabundo como un cantante al final de un videoclip. No distinguí si entre calada y calada prefería mirar el río furioso o la Alhambra en lo alto del monte oscuro. Incluso ahí dentro, aquella fortaleza velaba por nosotros y eso me serenó. Dejé de oír el caudal revuelto. Me pregunté si a él le ocurriría lo mismo.

Entonces Adán regresó más contento que antes. Había ido al baño. Le di la espalda al balcón y al chico canoso para poder

centrarme en Adán. Con él delante, era fácil olvidarse de todo lo demás. Todo sonrisas y desparpajo, pidió dos cervezas más; a saber cuántas llevábamos ya.

—Una cerveza para cada canción —dije sin entender mi propio comentario.

Pero él se rio. Soltó una risa entrecortada y exagerada. Aunque sonaba fuera de lugar, a mí me encantó porque se la había provocado yo. Con tal de lograr que la soltara otra vez, ni siquiera me importó hacer el tonto bailando. Me alegré de haber salido de discotecas con Javi en las últimas semanas, así no estaba tan desentrenado. Brazos arriba, brazos abajo. Bailando, nunca sabía bien cómo ponerlos.

—El caso es moverlos —decía Javi.

Y esa noche por fin le hice caso. Deseé que me viera. Cómo bailé para gustarle a otro, cómo nos frotamos cada vez que la música invitaba a acercarnos. Las caderas encontraban huecos donde acoplarse. Y así acoplados, cruzamos un puente. Junto a Adán, ya no estaban rotos, llevaban a alguna parte. Giramos antes de lo que esperaba, nos besamos contra un portón árabe, con las manos entrelazadas subimos por una callejuela empinada. Nuestras caras iban y venían al antojo de las farolas.

Poco después, Adán me tendió una cachimba humeante, larga como una cobra. Estábamos en una tetería que no cerraba hasta el amanecer. Entre roces y besos en la mejilla, tirados en unos cojines con lentejuelas que se clavaban a través de los tejanos, habíamos apurado el vino blanco de unas copas sin pie. Las sosteníamos como si fueran senos, con los cinco dedos pero con ganas de pasar a otra cosa. Y ahora él pretendía que fumara aquel humo espeso.

—Te encantará. Sabe a melocotón. ¿Te gusta el melocotón?

Esa vez me reí yo en vez de Adán.

—¿A quién no le gusta?

A Pedro no le gustaba. Por eso lo aspiré con ansia, hasta que no quedó nada, y yo aún aspiré un poco más, mirando a Adán como si le desafiara, pero en realidad rendido ante él.

Y luego tuvo que ayudarme a cruzar la plaza inundada. El agua ya cubría hasta la cintura y unos enormes remolinos succionaban vasijas, troncos de palmera, ladrillos. Todo lo engullían. Me detuve. Borracho como iba, yo seguiría el mismo camino. No sobreviviría a aquellos agujeros negros. Tenía que detenerme ahora que aún estaba a tiempo. Pero Adán me tendió la mano.

—Anda, ven conmigo. ¿No confías en mí?

Sus dedos gruesos separaron los míos cuando me agarró y tiró de mí hasta la otra orilla. Ya a salvo, varias ranas se nos acercaron porque querían jugar. Nosotros teníamos deseos más urgentes.

Y por fin llegamos a su hotel. Quedaba algo más lejos que el mío, pero no hubo discusión posible: la habitación de Adán tenía cama de matrimonio. Tenía también buenos muebles y una alfombra azul marino que nos separaba y un balcón a medio cerrar por el que se colaba la luz naranja de la calle. Me sentí bien, como si ya hubiera estado allí antes. Adán me miraba, también muy nervioso o excitado, como yo, respirando muy fuerte. Éramos dos medusas frente a frente, hinchándose, deshinchándose, volviéndose a hinchar.

Atacó él. De repente su boca me comía los labios. Sus dedos desabrocharon mi cinturón o lo intentaron, al menos. Tuve que ayudarle. Me excitó que no lo abriera a la primera. Daba un poco de miedo pensarlo: Adán sería el primer cuerpo en más de siete años; a los de los tríos, ni los contaba. El primer cuerpo nuevo, para mí solo. Le agarré el cuello para que me besara más fuerte. Como mínimo llevo calzoncillos nuevos, me tranquilicé.

Y ahora el trayecto hasta la cama, cuatro besos mal dados entre paso y paso, las chaquetas contra la silla, empapadas como algas en una roca, los zapatos perdiéndose bajo la cómoda, nos los habíamos quitado sin tiempo ni ganas de deshacer los nudos. Dejé, eso sí, el libro en la mesita y casi tiré la lámpara. Nos lanzamos sobre la cama, un colchón grande en el que perdernos, me agarré a Adán, noté su carne caliente bajo la ropa, el punto exacto donde empezaban los calzoncillos o la manga de la camiseta bajo el jersey y así seguí, sobando y suspirando, dejando claro que suspiraba, hasta que noté que era el único que lo hacía. Adán se había quedado dormido en pleno magreo, con los pantalones a medio bajar. Sus dedos continuaban enredados en mi cinturón.

—Mejor mañana.

Lo susurró a modo de disculpa, sin abrir los ojos. Me odié por todas las veces que se lo había dicho yo a Pedro. Adán me pasó el brazo por encima, como si quisiera utilizarme de almohada, y yo le dejé hacer. Mientras de la ventana llegaba el canto de unos delfines, aproveché para acariciarle el pecho a través de la camisa medio desabotonada. Era peludo, nada que ver con los pechos depilados que había visto hasta entonces. Para no dormirme, me propuse hacer inventario de todas las prendas de ropa que no reconociera. Una camisa verde, unos calcetines de lana, la maleta enorme...

Y entonces me desperté asustado. Sin saber en qué dirección

estaba la pared o el hueco. Era otra de esas noches que la lluvia crecía de golpe, transformada en torrente, como si el mundo decidiera acelerar su final.

Alguien había abierto las contraventanas y una luz grisácea inundaba la habitación. Pronto amanecería. Me ubiqué al distinguir, entre la cortina de agua y las casas de enfrente, un trozo de Alhambra. Quise contárselo a Adán, me giré hacia él, contento, como si él no supiera de sobras cuáles eran las vistas de su habitación, pero entonces descubrí que su lado de la cama era un mar sin olas. Vacío. Frío. Ni rastro tampoco de todas las prendas que había visto por la noche. Solo quedaba mi ropa.

Había una nota. En la mesita, encima del libro. Como en las películas. Quizás Adán se había escabullido sin pagar y en la carta me avisaba de que en recepción me retendrían, pretendiendo cobrarme a mí.

Tuve que leerla una, dos veces. Se había tenido que ir, no se acordaba de que esa misma mañana salía su tren de vuelta a Madrid. A primerísima hora. Tan temprano, que le supo mal despertarme. Para compensar el desastre, me regalaba un CD. Lo llevaba en su equipaje, era una selección de canciones que le gustaban. Se lo había pasado bien conmigo, a pesar de todo.

Estrujé el papel. Ni siquiera abrí la caja del CD. Eran las ocho y media, así que todavía me daba tiempo de desayunar en mi hostal. Mientras buscaba el paradero de mis calcetines, desde el pasillo rugió una aspiradora. Se acercaba por la moqueta con un sonido familiar.

Pues claro. Estaba en el primer hotel, el carísimo refugio para locos románticos donde recalé al llegar a Granada. No era la misma habitación, pero se le parecía mucho, las mismas paredes azules y un cuadro marinero similar. La misma aspiradora.

Tantas vueltas para un polvo fallido. Me sentí como un actor porno al que hubieran eliminado su única escena en la mesa de montaje. Qué absurdas parecían ahora mis premoniciones. Qué absurdas también las palabras de la gitana, toda aquella cháchara de los ojos marrones. No me había fijado bien en los de Adán, puede que fueran verdes o azules, incluso grises. En ningún caso marrones. Y desde luego, Adán no era una chica ni tampoco íbamos a casarnos. La gitana se había equivocado en todos los puntos. En fin: se lo contaría a Verónica y nos reiríamos.

Había dejado el CD de Adán encima del libro. Fui a cogerlos y de repente el título de la novela me golpeó. Por fin cobró sentido. *Ahora es el momento*, mi momento. Porque habían merecido la pena

aquellos días en Granada. A pesar de todo, sí. Acumulaba varios logros: sentirme bien conmigo mismo, explorar sin mapa, tener una idea más precisa de lo que buscaba en la vida, vencer mi timidez. Y no me iba de vacío. Tal como quería, ahora tenía un libro conmigo. Mi próxima lectura.

Apreté los cordones de los zapatos, me levanté poderoso. Ya entendía la finalidad de los viajes: avanzar. Como en las escaleras de Escher, había vuelto al principio, pero un poco más adelante.

4 - SALVAVIDAS

Me pasé dos minutos analizando aquel meollo. Líneas y más líneas de colores. Era el plano del metro, enorme, de la estación de Sants. La gente pasaba de largo. No entendí por qué corrían tanto. Acababa de volver a Barcelona y me aferraba al libro que había

comprado con Adán. Me recordaba a él, aún no quería romper ese hechizo. Tampoco quería aceptar lo que acababa de leer en el tren. La confirmación de que nuestra historia tuvo que ser así, corta y sin sentido. Una revista mencionaba de pasada la muerte de su escritor favorito, David Foster Wallace; se había suicidado tiempo atrás, sin que lo supiéramos. Me dio pena imaginar la cara de Adán al leer ese artículo. Pero no podría ser yo quien le consolara.

Y entonces caí en la cuenta. No tenía que ir a Drassanes sino justo en la otra dirección. Línea azul hasta Diagonal, a casa de mis padres. Porque ya no vivía con Pedro. En Barcelona, la ruptura volvía a existir. Por mucho que hubiera disfrutado en Granada, ahora tocaba pensar en las responsabilidades. Qué iba a ser de mí y todo eso.

—Es solo temporal.

Fue lo que les dije a mis padres. Lo que me repetí a mí mismo. Es solo temporal, no estoy atrapado. Me sentía ridículo por regresar con ellos apenas un año después de independizarme, pero no me quedaba otra opción.

—Tranquilo, cariño, tú tómate el tiempo que necesites.

Feliz de volver a tenerme en casa, Madre me mimaba. Ni siquiera tenía que hacerme la cama yo mismo. Vacaciones de mentirijilla, como cuando de pequeño fingía estar enfermo para no ir al cole y ella se quedaba a cuidarme. Apagaba la consola cuando la oía acercarse por el pasillo para traerme el desayuno. La taza de Cola-Cao se llevaba consigo todo sentimiento de culpa. Las galletas Príncipe, el zumo recién exprimido, la mano acariciándome la frente. Me gustaba volver a sentirme como aquel niño que manipulaba el termómetro.

En casa de mis padres tenía todo lo que necesitaba. Bueno, todo no: la mayoría de la ropa y mis libros, series, utensilios de pintura, todo eso seguía en el piso de Pedro, preparado en cajas. Algunas noches, antes de dormir, me preguntaba si Pedro se habría tropezado con alguna caja al ir a buscar agua a la cocina. No podía evitarlo: seguía pensando en su piso diminuto, donde siempre acabábamos rozándonos. Y de vez en cuando también pensaba en él, en Pedro.

Nunca hubo marcha atrás, no desde mi portazo, pero mientras no me llevase nada, no tendría que enfrentarme a la despedida definitiva. Me daba miedo imaginarla. Qué ocurriría. Un último beso en el pasillo, quizá.

Y por eso ponía excusas a la hora de mudarme.

—Vivir con un desconocido me aterra.

—Con un amigo se corre el riesgo de estropear la amistad.

—Mi sueldo no da para ninguna fianza.

Tampoco aceptaría que me ayudasen mis padres, me quedaba una pizca de orgullo. Fantaseaba, eso sí, con la sección de alquileres del periódico. Cómo sería mi vida en aquellos pisos ideales para reformar, qué muebles encajarían entre sus paredes. Jugaría al *Tetris* para decidirlo. Todos los periódicos terminaban en la basura.

Conforme dejaba que pasaran las semanas, ese momento en que tendría que echar a nadar hacia alguna parte lo veía más y más lejano. En mi horizonte, solo existía mi trabajo de teleoperador. Un mareo de cambios de horario, cuarenta llamadas diarias, cientos de timbrazos alrededor, la siguiente llamada, la siguiente venta, reprimendas por no llegar a unos mínimos. Como si fuera culpa nuestra que cada vez llamaran menos.

—Tenéis que ir al grano. Atenderles en minuto y medio. Venga, venga.

Aguantábamos cabizbajos. Estudiantes, recién licenciados y amas de casa que habían cruzado la barrera de los cincuenta. Todos cobrábamos la misma miseria, pero pensábamos que eran los otros los que no habían tenido suerte. Codo con codo en los escritorios estrechos, formábamos un muro contra el que chocaban los clientes.

—Es solo temporal.

También soltábamos esa frase durante los descansos. Cinco minutos de pausa: nos los cronometraban. Apenas daban para mordisquear a toda prisa las chocolatinas frías de las máquinas. Hablábamos de una vida mejor que, en aquel sótano, el más bajo de todo el edificio, parecía ciencia-ficción.

—Estoy ahorrando —decía una—, en cuanto pueda, me largo.

—Yo me he apuntado a una web, te mandan ofertas de trabajo en Inglaterra. Brighton, Bournemouth, incluso Londres. Hay que ponerse las pilas.

—Dicen que en Berlín también encuentras cosas.

—Y con la vida nocturna que tiene…

Creíamos que los trabajos basura serían más divertidos en el extranjero. O estarían mejor pagados. En el peor de los casos, practicaríamos otro idioma. Viviendo en Londres o Berlín, no tendríamos que correr escaleras abajo para ver las caras serias de los coordinadores. Allí los compañeros no nos mirarían de soslayo, ya enfrascados en una llamada, las almohadillas parecerían siempre limpias y no tendríamos que sentarnos delante de un ordenador viejo durante seis horas. Tendríamos un Mac.

La sonrisa nos aguantaba los primeros cinco minutos, como si

viniéramos de una cita y no de sufrir empujones en el metro. Después, solo quedaba contar los segundos hasta el siguiente descanso, confiar que las llamadas acabaran pronto, comprobar los próximos turnos para evitar sustos. Y correr otra vez a casa, cenar, ir y venir del trabajo, día tras día, ir y venir de la vida social.

—¡Tú ve con tus amigos, corre! Ya recogeremos nosotros la mesa.

Con la soltería, iba fabricándome una ajetreada agenda que jamás había tenido: amigos recuperados, cine, cena, teatro, bailoteo. Todo me apetecía, con todo sonreía. Mis padres no me preguntaban a dónde iba ni con quién, ya no era un adolescente, pero me sentía con la obligación de informarles. Al fin y al cabo, era su casa.

Quedaba sobre todo con Javi, cómo no. A él le daba igual salir de fiesta por su cuenta y siempre ofrecía los pormenores de sus juergas hasta las tantas en la discoteca Metro, la gente majísima que acababa conociendo, aparte de los ligues. Y aun así, se alegró de que yo volviera a acompañarle.

—Así es más divertido. Deprisa, dime: ¿cuál de esos dos está más bueno?

Señaló con la copa a dos chicos. Distintos: un gafapasta con barba y un esclavo del gimnasio. Intercambiaban gritos, acodados en la barra de Átame.

—Hay que elegir.

—Es difícil, los dos son monos.

—La semana pasada hice un trío con ellos. Y ahora no sé con cuál repetir. ¿Cuál crees que encaja más conmigo? Tengo que ser más rápido que ese buitre.

Decía que solo buscaba polvos de una noche, pero a veces Javi parecía inmerso en un reality para encontrar marido. Y por eso le gustaba que yo fuera con él, para preguntarme. Pero también porque podía educarme. Y gracias a él, poco a poco aparqué mi nerviosismo, los andares de novato. Por muchos pasos que hubiera dado en Granada, ahora, en mi vida real de Barcelona, pesaba mucho la falta de práctica. De alguien con mi edad, los demás esperaban unas tablas y una predisposición que yo no tenía. Años y años de óxido acumulado. Y los recuerdos de los últimos escarceos con Pedro, que seguían doliéndome. Me consolaba pensando que yo estaba por encima de todo eso. Que tras la ruptura me había vuelto más espiritual que sexual. Después volvía a casa enfadado por no haber ligado, pero si Javi me llamaba mojigato, le contestaba con una risita, juraba y perjuraba no necesitar hombres por ahora.

—No es que ya no me guste follar. Es que ahora mismo no me apetece, en serio.

—Por favor, dime que no te estás guardando virgen para el tío ese de Granada. Porque me consta que la virginidad la perdiste hace tiempo…

—Eso es —me reí—, hasta que no me case con él, nada.

—Para volver al ruedo —Javi me pasó su cerveza—, basta con dejarse ver, moverse. Jugar a mirar. Lo principal es que te lo pases bien, ojo. Que se te note en la cara. Si te ven feliz, te mirarán. Y te hartarás a follar. ¡Ya lo verás! Te perseguirán unos tíos que ni los de *300*. Observa.

Envidiaba la facilidad de Javi para ligar. Mientras yo le custodiaba su vaso, él corría a comerse la boca con alguien, sin mediar palabra. Feliz por la breve conquista.

Si no ligabas, costaba pasárselo bien en Átame. Siempre ese pasillo franqueado por guiris y habituales y ese espacio sobrante al fondo, reconvertido en pista de baile. Las mismas canciones mezcladas a trompicones y la misma cortina que más que adornar tapaba la pared. De tanto ir, nos conocíamos hasta los chistes de Patrick, la travesti residente. Cada noche pensábamos que hoy no actuaría, pero siempre acaba subiéndose al escenario entre fanfarrias. Hacía playbacks de la Pantoja, soltaba los mismos chascarrillos sobre el cruising en Montjuïch, los mismos giros bruscos para lucir pelucón ante el deleite de un público entregado. Entregado y con muy mala leche. Algunos la insultaban, otros la grababan con la esperanza de que Patrick se enredase con la cola del vestido y se cayera y ellos fuesen los testigos de excepción que subirían el vídeo a Youtube. Ella, encantada, se tragaba el micrófono hasta la tráquea: la versión folclórica de un faquir. Cada noche el mismo panorama. Lo sabíamos, y aun así, daba igual dónde empezásemos la noche, allí recalábamos siempre.

Algunos hombres, tan arrinconados que se confundían con el polvo de las esquinas, intentaban ligar conmigo. Me buscaban con sus ojos hundidos, suplicándome una mamada en su última noche en la Tierra, pero yo prefería admirar a los camareros. Procuraba que me atendiera el más guapo, con su camiseta de tirantes y su sonrisa blanca. Siempre me acercaba a la barra por su zona, cerca de la entrada.

—¿Vamos más al fondo? —Javi se impacientaba—. No te esfuerces. Los camareros son simpáticos porque es su trabajo. Si te sonríen, les pides más copas. Está demostrado científicamente.

Me costó aceptar que tenía razón. Fui a pedirle la copa a otro

camarero esmirriado que con cualquier canción movía la cadera como un corista de Gloria Estefan. Antes de colocarnos junto a una columna, de cara a la pista, para ver quién iba llegando, Javi y yo brindamos.

No mencionó lo raro de verme pasar del Sprite al ron-cola. Cuando empecé con Pedro, sus amigos se reían de mí porque no pedía nada más fuerte que una cerveza. La razón era sencilla: nunca lo había hecho. Como mucho, bebía algún mojito de vez en cuando, que me subía enseguida. Para cuando me apetecieron copas más fuertes, ya estaba atrapado en mi papel de buen chico que no fumaba ni bebía. De eso presumía Pedro con los demás, y todos asentían, copa en mano, qué bien, qué suerte, qué sano, y yo sonreía mientras daba sorbos a mi refresco, pero por dentro solo me apetecía un cubata bien cargado. Ahora me desquitaba con Javi y cada trago de alcohol de garrafón me devolvía a la vida.

—Estos cubatas son como la sangre para Drácula. No me extrañaría que los inventara él.

—Estás fatal, Javi.

—¡Una cosa! Hay que darse caña, que el flyer termina a las dos y media.

Y todas las noches corríamos hasta Arena con la misma ilusión, como si al bajar las escaleras hacia la pista fuéramos a encontrarnos algo nuevo. En la sala principal, nos dedicábamos a alargar la noche, que “ya no era oscura, era de lentejuelas”, según Gloria Trevi. Con los años, Javi se había inventado una coreografía y yo intenté imitarle sin éxito. Demasiados giros y cascadas con los dedos. Javi agitó al aire una melena imaginaria. Cabello, tacones, puerta, cadenas, para todas las palabras tenía un gesto. Me señaló en cada “y todos me miran, me miran, me miran”, animándome sin decirlo: bebe, pásalo bien, ligarás. Sabía que tenía razón. Y aunque hacerle caso implicaba mucho esfuerzo por mi parte, me contagié de su euforia. Esa sonrisa de oreja a oreja le rejuvenecía. Por fin, levanté el brazo cuando subieron los violines, aplaudí con Javi durante los cánticos finales. Brincando los dos, por un instante rozamos la felicidad con los dedos. Parecía tan al alcance como las decoraciones del techo.

Maldije todos los demonios al día siguiente, en el trabajo, con el timbrazo de cada llamada. Tuve que atender a los clientes con los ojos cerrados mientras me masajeaba las sienes. En Arena no me había parecido que fuéramos tan borrachos. No sabía cómo Javi podía aguantar ese ritmo y después ir a trabajar a la ONG. A veces sospechaba si no sería un superhéroe de los cómics que tanto le

gustaban.

—Ay pillín, ¿creías que hoy te tocaba el turno de tarde?

Busqué a la compañera que me había hablado y no la encontré. Su silla estaba vacía. Todas las sillas lo estaban. En las pantallas, anotaciones a medio escribir. Y ningún timbrazo serrando el aire.

Nos habían convocado en una de las salas de formación. La supervisora se sentó en el borde de la mesa para comunicarnos que traspasaban el servicio a otra empresa más barata, en Melilla. Esgrimió un fajo de papeles. Éramos un buen equipo, lo habíamos hecho bien, el cliente nos daba las gracias. Todo eso dijo. Nadie le preguntó que si éramos tan buenos, por qué no nos trasladaban también a nosotros.

Al irnos, depositamos las almohadillas de los auriculares en la máquina purificadora, como hacíamos al final de cada jornada. Pero aquella sería la última vez. Siempre había dudado de que la máquina funcionara de verdad, y aun así me dio pena abandonar las almohadillas. Nadie las recogería al día siguiente.

Improvisamos una cena de despedida en un chino reconvertido en asiático. Nos sirvieron arroz frío, ningún condimento parecía una delicia. Se llevaron los platos a medio comer. Al despedirnos, ya era de noche. Nos fuimos cada uno por una calle distinta. Ninguna llevaba hasta Londres, lo sabíamos muy bien. Ni a Berlín. Seguiríamos atrapados en Barcelona. En trabajos similares y con jefes peores.

—Mantengamos el contacto, sobre todo. Cenemos de vez en cuando.

Todos dijimos que sí. Nunca se materializarían aquellos planes. Al final, acabaría por desactivar las notificaciones del grupo de Facebook.

Apoyé la frente contra la ventana fría del Nitbús. Las gotas se deslizaban por el cristal, desdibujando las fachadas que había fuera, como si los edificios lloraran por mí. El autobús aceleró y con él aceleraron las lágrimas, quedaron atrás casas, farolas, árboles, semáforos. Aquel despido era la puntilla: sin novio, sin casa propia, sin dinero, sin rumbo, ahora sin trabajo. Intenté tomármelo con humor. Repetir aquello de es solo temporal. Ni yo me lo creía.

Al día siguiente, aunque no fuera domingo, Madre cocinó sus fetuccini al pesto rosso. Cogió el plato sin esperar a que se lo diese y los sirvió con sumo cuidado, como si el plato pudiera romperse o los fetuccini escaparse. Los plantó delante de mí. A continuación, se cruzó de brazos y, con sus tetas de mamma italiana atrapadas entre ellos, muy quieta, ignorando su propio plato, dijo:

—Cómelos rápido, que la pasta fría no vale nada.

—Estoy bien —le dije porque sabía que era lo que ella quería oír —. En serio. Mañana saldré a echar currículums.

—Ya, ya. Y buscarás un piso.

Padre arqueó las cejas. Solo un segundo, después miró su reloj, asintió para sí mismo y siguió enfrascado en la prensa económica. Entre semana, tenía a todo un equipo de brokers trabajando para él y el móvil no dejaba de vibrarle y recibir alertas, pero comiendo se permitía el lujo de leer el periódico. Aunque nunca se lo diría, envidiaba su parsimonia. No se alteraba por nada. Era como el obelisco que teníamos al lado de casa: inamovible día y noche en medio del tráfico de la Diagonal.

Empecé a pasar cada vez más tiempo en mi habitación. Diciendo que esbozaba nuevos cuadros pero navegando en internet. Buscando porno. Acostumbrado a las pantallas antiguas del trabajo, ahora la pantalla lisa de mi portátil era demasiado perfecta, echaba de menos las curvas. Los actores parecían de papel. Y se movían a cámara lenta. Hasta que dejaron de moverse. La pantalla quedó congelada y un segundo después murió el ordenador. Puf. Me lo quedé mirando un rato hasta que lo asumí. No funcionaría más.

Sin el ordenador como excusa para levantarme, pasé a estar más a gusto en la cama, examinando cada poro de la pared. Me dedicaba a contar hasta mil, hasta olvidarme de contar. Comer a las tres pasadas, no leer ni pensar. No hacer caso a las miradas de reproche de mis padres. Como si estuviera curándome de una gripe y no enamorándome de mi techo desconchado.

—Hay que pintarlo todo de arriba abajo.

Verónica me pidió que la ayudara con su mudanza, cambiaba Cadaqués por Sitges, y acepté de cabeza. Cargar cajas, pintar: en realidad lo odiaba, sobre todo odiaba que por haber estudiado Bellas Artes la gente siempre recurriera a mí para ayudarles en estas cosas, como si fuera lo mismo pintar un cuadro que una pared. Pero me vendría bien mantenerme ocupado durante un fin de semana.

—Déjalo allí, en aquel rincón, al lado del mueble.

Sin listas ni titubeos, le detalló al dependiente todos los productos que necesitaríamos, uno por uno, describiendo las características exactas. Colores y cantidades, medidas. El hombre apenas dio abasto yendo de un lado a otro de la tienda. Verónica tenía un punto mandón. Estaba acostumbrada a tener que valerse por sí misma y esperaba que las cosas y los demás se adaptaran a ella. A su visión.

Había vivido sola desde que se independizó a los

dieciocho años. En París, en Barcelona y Sevilla, en Lisboa, en un pueblecito de Suiza. También en Londres, aunque allí solo aguantó tres semanas. Demasiada niebla, dijo. Se definía como nómada, y aunque lo decía medio en broma, no había adjetivo más propicio. Hubo una época que, si quería enviarle una carta o una postal, cuando todavía se mandaban aquellas cosas, tenía que asegurarme de que no hubiera cambiado de piso en el último mes.

—Ni siquiera ahora renuncio a mi independencia, ojo. Me vengo a Sitges, sí, pero viviré sola.

Se había buscado un estudio, no muy caro para los precios de aquel pueblo. Como si eso lo justificara todo, Verónica me enseñó el lavabo que transformaría en cuarto de revelado y después se arremangó como los cowboys, vertió pintura en la palangana, me lanzó un segundo rodillo. Daban un vídeo de REM en la tele, que estaba en el suelo, ya encendida. Dando brochazos, Verónica se puso a silbar al ritmo de *Losing My Religion*. Le envidié esa ilusión por instalarse. Claro que ella tenía motivos, su relación se afianzaba.

Jaume le había insistido para que vivieran juntos. Con razones de peso, además: verse más y pagar menos. Ella se negó.

—Funcionará mejor así. En el mismo pueblo pero con pisos separados.

Ella y su plan perfecto de las cosas. En adelante, la tendría más a mano cuando necesitara sus consejos, pero echaría de menos ir a Cadaqués, las dos horas de tren hasta Figueres y luego esa media hora de autobús dando tumbos entre árboles y montañas. Aunque en realidad, el viaje en tren hasta Sitges no había sido tan distinto. También después del último túnel se abría el cielo y al fondo, por sorpresa, como si pudiera haber otra cosa, aparecía el mar.

—Pon la cinta un poco más arriba, Leo.

Me sorprendí disfrutando de proteger bordes y esquinas con cinta aislante. Y el placer casi infantil de arrancarla después, toda de un tirón, y descubrir que habíamos trazado de punta a punta una línea recta. Con cada pared pintada, el piso ganaba luz.

—Aquí —señalé el punto exacto— nos hemos salido un poco del margen.

—No pasa nada. Ni se nota. —Se alejó un poco para mirarlo con perspectiva—. Casi se ve mejor así. Más integrado. Además, a Jaume no le gustan las simetrías.

Nos pasamos todo el fin de semana pintando. Miles de pasadas de rodillo hasta que aquel viejo estudio de un poeta se convirtió en otro, el de Verónica. Y entonces, derrotados los dos

sobre el plástico que protegía el suelo de la habitación, con la ropa llena de motas que saltaban al rascarlas, Verónica me confesó algo.

—Jaume dormirá aquí algunas noches.

De una de las cajas, sacó un cepillo de dientes y me lo enseñó. Todavía iba en su embalaje.

—Se lo compré el otro día. Entre semana dormiré sola, sí, pero los fines de semana los pasaremos juntos. Me gusta la independencia, pero también me gusta estar con él. Y para tener las dos cosas tengo que ceder un poco. Ese color —señaló la pared que habíamos pintado de turquesa en el comedor—, lo elegí por él.

—Así que esa es la clave. Ceder un poco. Renunciar a tus ideales, como en la canción de REM. ¿Tendría que haber hecho yo lo mismo con Pedro?

—*Losing My Religion* no trata de perder la religión ni de renunciar a nada. Eso es lo que la gente piensa. En verdad, habla de la diferencia entre hacer mucho o muy poco. ¿Deberías brillar bajo los focos o mantenerte al margen? Lo horrible es quedarte con la duda. Yo diría que con Pedro hiciste todo lo que estaba en tu mano.

—Supongo que tienes razón. Aunque al final no saliera bien, nadie podrá decir que no lo intenté.

—No sé qué ocurrirá con Jaume, pero en mi casa de Cadaqués, él siempre iba a ser un intruso. Demasiados recuerdos. Por eso decidí que quiero vivir en un sitio del que él se sienta orgulloso. Que tenga cosas suyas. Apostarlo todo por esta relación, incluso si eso supone, como decías, ceder un poco. No me quiero quedar con la duda.

Mientras asimilaba sus palabras, apoyé la cabeza contra la pared recién pintada y bebí del té helado que acabábamos de preparar.

—Me pondré a buscar un piso en serio —dije después—. Voy a atreverme.

—Haces bien. ¡Tenemos que lanzarnos!

Deseaba, por primera vez y de verdad, mudarme. Pensar de una vez en mi futuro. No me quedaría con la duda. Alquilaría un piso pequeño, un sitio donde tener mis cosas y volver a sentirme a gusto pintando, entrar y salir sin tener que rendir cuentas.

Cuando Padre volvió a insinuar que, si a mí me parecía bien, ellos podían ayudarme con la fianza, o incluso con las primeras mensualidades del nuevo piso, le respondí que sí. No le abracé porque estábamos en medio del pasillo y yo llevaba los platos sucios hacia la cocina. Pero le dije que sí. Que aceptaría.

Y aunque todavía no hubiera encontrado ese nuevo puerto en el que recalar, fui a buscar mis cosas al piso de Pedro. Acordamos una

hora en la que él no estaría. Pensé que eso sería lo mejor o más sensato, y él estuvo de acuerdo.

Cargué mi recién estrenado mp3 con un remix de Whitney Houston. Ella me daría fuerzas. “It’s not right, but is okay”, iba repitiéndome en el metro a modo de mantra. Más escaleras y más pasos que nunca. “I’m gonna make it anyway.” Las percusiones me empujaban hacia adelante. Entraría, cogería mis cosas y le dejaría las llaves en la bandeja de plástico, junto a la revista de tendencias. Sería rápido.

Pero nada más entrar, vi las estanterías, todas las hileras antes perfectas y ahora sembradas de huecos. Como un diccionario con medio abecedario arrancado. Tropecé con una caja donde Pedro había separado mis DVDs de *Friends*. Las temporadas las comprábamos de forma alternada, una él, la siguiente yo, y las veíamos siempre juntos, acurrucados bajo nuestra manta roja, riéndonos con los comentarios locos de Phoebe. Con alguna temporada se había confundido, pretendía quedársela aunque fuera mía. A modo de revancha, pensé en quitarle los muñecos de vinilo que le había regalado por nuestros aniversarios, cada año otra figura en el estante. Tocaba subastar las ruinas. Por orgullo, fingiríamos que nuestros regalos habían sido préstamos.

Entonces me fijé en las cosas nuevas que no reconocía. Un cuadro abstracto sustituyendo aquella foto nuestra en la montaña, libros de autores que hasta entonces Pedro había detestado, una camiseta de tirantes sobre el sofá. Era evidente que tampoco a él le estaba costando salir adelante. En vez de kleenex empapados de lágrimas y notas desesperadas, me encontraba pedazos de otra vida. Y ver eso, ver nuestro antiguo hogar reducido a un montón de objetos, me hundió. Me planteé lo que hasta ese momento me había prohibido plantearme: volver con Pedro. Quizás así todo volvería a su sitio por arte de magia y nosotros podríamos continuar siendo los novios enamorados del principio. Era un cuento de hadas, claro, pero durante unos segundos de debilidad me apeteció creer en aquella reconciliación imposible más que nada en el mundo.

Y si hablaba con Pedro, sería por última vez: tendría que confesarle lo inconfesable. Admitir lo sucio que me sentía porque yo contribuí a nuestro final. No en vano, mi mejor orgasmo con Pedro lo gocé al verle follándose a un jovencito indefenso que podría haber sido yo, pero no era yo. Y eso me excitó como nunca. Esa imagen prohibida. Ver a Pedro atacando como un animal aquel culo hambriento. Verlo desde un ángulo nuevo que no me ofrecería ningún espejo. Me corrí en abundancia mientras ellos follaban. Y

me volví a correr cuando les oí acercarse sin mí al clímax. Para limpiar mi consciencia, a partir de aquel instante tuve que vender a Pedro como el verdugo. Sí, de vez en cuando soltaría que el desastre de los últimos meses también fue culpa mía.

—En parte.

Pero lo diría por quedar bien. Porque solo yo sabía cómo disfruté del derribo. El placer de un niño que diseccionó un pajarillo caído en vez de devolverlo al nido. Y ahora odiaba a Pedro porque no podía odiarme a mí mismo. Aunque las malas decisiones también hubieran sido mías, conmigo no me quedaba más remedio que seguir conviviendo. A Pedro, al menos, sí podía apartarle, no verle más y confiar que algún día su recuerdo dejara de doler.

"Pack your bags up and leave", cantó en los auriculares una voz que se parecía demasiado a la de Pedro en el SingStar. No rompí nada, al final. No me llevé más que una maleta con algo de ropa y una caja con mis utensilios para pintar y mis libros de arte. Junto a las llaves, le dejé una carta ofreciéndole quedarse con todas las series y películas, todos los discos, ahorrarnos el mal trago de tener que dividir. Le deseé mucha suerte. Intenté que la frase sonara lo más sincera posible. Lo más cercana a lo que suponía que debía decirle para no terminar aun peor de lo que habíamos terminado. El *Ray Of Light* de Madonna que me regaló en la primera cita, ese sí lo cogí, porque incluso después del naufragio, le tenía cariño. Pero todo lo demás tendría que quedarse allí.

No me quedaba otra salida que aprender a ser otro Leo. Un Leo sin Pedro. Y qué tremendo sonaba, eso. Dejar de ser dos, volver a ser solo yo, adaptar el vocabulario y que en adelante siempre hubiera que aclarar a qué ex me refería con la palabra ex. Enfrentarme a la soltería como quien descubría un pozo en medio de ese jardín que creía más que explorado.

La plaza se ensanchó. Ya nunca más nuestra plaza: solo la plaza. Se convirtió en lago y apenas distinguí el paso de cebra bajo las aguas revueltas de aquel río, con piedrecitas para saltar de una a otra. Eso si no me caía antes, o no resbalaba. Aguanté el equilibrio justo en el borde. El semáforo pronto cambiaría a verde, los últimos coches aceleraban, decenas de paraguas negros con pares de piernas debajo entraban y salían de la boca de metro, todos me empujaban, no me tenían en cuenta, el semáforo ya en verde y los demás cruzando a la otra orilla, saltitos de piedra en piedra. La vida seguía, contra todo pronóstico, y a nadie le costaba seguir su ritmo.

Pero yo iba cargado con una maleta y una caja. Cómo iba a saltar. O dar un paso siquiera.

Con aquel vértigo.

Por más que me desgañitase como Whitney para cantar el resto de la letra, por más liberado que asegurara sentirme, me aterraba el futuro. Puede que me estuviera equivocando. Precipitando. Quizá me había rendido demasiado pronto. La canción paró y distinguí una aleta de tiburón. Merodeaba entre las fuentes de la plaza. No, yo no era valiente.

Entonces me acordé, por primera vez en semanas, de Adán. Cuando me tendió la mano para llegar a su hotel. Él no tendría miedo, ahora. Y tampoco me gustaría que me viera temblando. Quería que si por casualidad volvíamos a encontrarnos, me viera como ese chico que se le acercó para decirle que había cogido un libro buenísimo. Así que subí el volumen de la música hasta que dejé de oír el tráfico. Ahora los tsunamis los levantaban las percusiones, no los coches. Me descalcé. Dejé atrás la maleta y la caja, ya volvería a por ellas. Whitney gritó y gritó a través de los auriculares; ayudada por el ordenador, sostuvo la misma nota en medio del ataque de los tambores. Y me lancé al río. Y aunque era más profundo de lo que parecía, casi un océano, salí a flote. Recordé las clases de natación del colegio, los caballitos de mar de colores que indicaban mi nivel, el sabor del cloro y mis padres saludando desde las gradas. El cabello recogido bajo el gorro. “I’m gonna make it anyway.” Seguí nadando.

Y nadé y nadé hasta que dejé de ver el fondo, y ya ningún tiburón podía morderme, y los brazos no se cansaban, ni las piernas. Avanzaba. Casi sin darme cuenta, llegué al mar. El río terminaba abrupto, en forma de cascada. Todo moría allí, pero tampoco hoy pensaba convertirme en un Lemming. Así que di media vuelta y continué explorando las calles de la ciudad. Cualquier rincón estaba a mi disposición. De repente, todo eran orillas. Para arribar solo hacía falta quererlo.

Con Javi me apunté a locuras. Una carrera benéfica que organizaba su ONG, por ejemplo. Recorrí los diez kilómetros sin preparación alguna, y llegué bien, en hora y cuarto, apenas veinte minutos más que Javi. Nada más terminar, tuve que beberme de un solo trago una lata de Aquarius y sin embargo, durante el recorrido, para sorpresa de Javi y también mía, apenas me quejé. Desde las aceras, la gente nos animaba. Me vitoreaban a mí. Gritos de estás soltero pero estás vivo. Coreaban con tanto entusiasmo que solo podía correr, resistir, contener cada resoplido, apretar el paso todo lo que permitiesen mis bambas del Decathlon, las más baratas, seguir en marcha porque así no les decepcionaría.

Correr, bailar, talleres de cocina, manualidades, costura, poesía. Empecé a hacer las cosas que no había hecho con Pedro, no porque él no me dejara, sino porque a base de noches tirados en el sofá, nos habíamos apalancado en nuestra rutina. En adelante, preferiría siempre lo nuevo. Lo inesperado. Aparecían actividades gratuitas y me apuntaba a todas. Solo durante un día o unas horas y sin dominarlas del todo pero sabiéndome capaz. Por fin me atrevía.

Mis compañeros de fatigas eran gente solitaria. Como yo. Gente sin trabajo, sin hijos, recién licenciados ante el páramo, viudas hartas de quitar el polvo, parejas en crisis dándose una última oportunidad. Todos usábamos la misma sonrisa. Era nuestro escudo. Nos enseñábamos a ser fuertes a base de fingir ante los demás que lo éramos.

Una de esas personas, un chico muy vasco y muy alto que también había estudiado Bellas Artes, me contó entre cupcake y cupcake que llevaba meses echando currículums en todos los museos de la ciudad. Que no había tenido suerte.

—Todavía.

Esa palabra me hizo sonreír. Ese todavía suyo tan ingenuo. Lo dijo y coronó el último frosting con gracia: esponjoso y encrespado. Azul, porque tenía la cara del Monstruo de las Galletas y por ahora, él era el único de todo el taller a quien le había salido bien. Me animó a intentarlo yo también, lo de mandar currículums. No supe explicarle por qué, pero un día había tirado la toalla y ya nunca probaba fortuna en las salidas profesionales de mi carrera. Ni museos ni galerías ni nada. Había decidido que me conformaría con mis cuadros, aunque nunca pintase. Porque todos tenían razón, Bellas Artes no servía para nada, solo la estudiabas por afición, y abracé aquel destino de trabajos basura, entrevistas en el pasillo de una ETT, cubículos de tapizado azul donde no podía colgar mi título.

—Pues mal hecho —dijo el chico—. Yo seguiré nadando. Contracorriente, si hace falta.

Me gustó que usara aquella metáfora. De eso sabía yo algo.

Verónica le dio la razón. Me aconsejó ella misma cómo actualizar mi currículum, repasamos los puntos que necesitaba reforzar. Los dos sentados en cajas, tomando otro té más potente, reponiendo fuerzas antes de seguir montando el armario de IKEA. El piso ya no olía a pintura, pero aún quedaban muchas cosas por hacer. Los estantes seguían vacíos. Lo que más recuerdo de aquella tarde es el lápiz sujetando el moño de Verónica y, luego, cuando ya corregía mi currículum y con el lápiz anotaba cosas, su pelo suelto,

pelirrojo. Salvaje como después de una tormenta.

—Tienes que potenciar tus cualidades. Ordenar los trabajos para que se note una progresión, aunque no hayan sido los mejores.

Con ella al mando, encontraría trabajo seguro.

—Esto te va a venir fenomenal, ya lo verás. Ese chico es listo, dale las gracias.

No pude hacerlo porque no le volví a ver. No vino a la siguiente clase de repostería creativa. Quise pensar que por fin había encontrado trabajo y ya no podía combinarse los horarios. Al preguntarle, la profesora se encogió de hombros: no había pagado la última sesión. Había desaparecido, como tantos otros.

—¿Y estaba bueno? —preguntó Javi cuando le hablé de él.

—No sé. —Usé la pajita para remover el cubata antes de admitir —: Vale, era bastante mono.

—¡Joder! Cómo necesitas conocer gente... ¿Desde cuándo dijiste que no follas?

—Semanas —mentí. Habían pasado meses desde mi último trío con Pedro.

Javi tenía razón. Me vendría bien conocer gente. Y para ello, me metí en páginas de contactos. Me sonaban los nombres de todas, cómo no: mis amigos las usaban y las redes sociales no dejaban de bombardearme con publicidad. Para mi sorpresa, incluso conocía sus sonidos de notificación, habían salido del baño cuando Pedro se encerraba para una de sus, creía yo entonces, sesiones de porno. No me dolió. Me pareció gracioso, sin más.

Y cómo había cambiado todo. Cuando conocí a Pedro, solo existían chats de texto y foros con el fondo negro. El misterio detrás de cada nick. Ahora, en cambio, tuve que rellenar una exhaustiva ficha, diseccionar mi cuerpo, enumerar todos mis intereses, subir varias fotos. Haciéndolo, vi que me había descuidado. Sobre todo en el peso, nunca había pesado tanto, ni en el instituto, cuando la ansiedad me llevaba a comer Donettes mañana y tarde. Decían que era el metabolismo, y sería verdad, porque ahora sin golosinas y algo de ejercicio, las carreras con Javi por ejemplo, yo había engordado lo que no estaba escrito. Tenía claro que no pondría una foto sin camiseta. Si no me gustaba a mí mismo en el espejo, menos les iba a gustar a los demás.

—Siempre puedes mentir un poco —dijo Javi—. Como hacemos todos.

Y a punto estuve de hacerle caso, quitarme cuatro o cinco quilos. Luego me acordé de mis primeras citas, cuando el

ligue de IRC nunca era tan guapo como en la foto, porque me había pasado la única en la que salía resultón. El que era bastante alto en realidad no me llegaba al hombro, el delgado tenía barriguita y al bien dotado había que buscársela con microscopio.

Aquello era una charcutería donde todos pujábamos por la mejor pieza, sí, pero me negaba a venderme con mentiras. Así que escribí la verdad. Había engordado y no pensaba esconderlo. Al fin y al cabo, con mi cuerpo actual, le había gustado a Adán en Granada. No podía estar tan mal.

Me contactó poca gente. La mayoría entraban a trapo con interrogatorios sobre prácticas y tamaños a los que no sabía cómo responder. Otros no me gustaban. Y los pocos que sí me gustaban, no contestarían por más huellas que dejara en sus perfiles. Un guiño en el ciberespacio, para que supieran que yo existía. Algunos contestaban por curiosidad, pero al segundo mensaje desaparecían. Sus sonrisas estáticas en la pantalla. Y así me di cuenta de que tenía que aspirar a lo mismo que yo ofrecía.

—¿Por qué no te apuntas conmigo al gimnasio? —propuso Javi—. Spinning, body-pump. Va genial. Y ponen buena música, ya verás.

—No me veo con disciplina suficiente.

—Joder, Leo, ni que fuera un entrenamiento Jedi.

Empecé, eso sí, a comer mejor.

—Dieta libre —lo bauticé.

Más ensaladas, más verduras. Tanta salud no me ayudó a ligar, pero sí creo que se notó en la entrevista de trabajo. Me sentía tan bien conmigo mismo que les causé buena impresión y me cogieron. Al final el currículum corregido por Verónica había surtido efecto. Lo último que esperaba era que me llamaran cuando nadie más me había llamado, ni siquiera de mi opción favorita, el MACBA. Casi había perdido la esperanza cuando sonó el teléfono. Fue Verónica la que me convenció de intentarlo primero en los museos importantes. Justo lo contrario de lo que yo pretendía.

—Al principio es cuando más energía e ilusión tienes. Aprovéchalo y ve a por todas. Imagínate que en los pequeños te rechazan, ¿con qué ánimos mirarás a los grandes entonces? No. En este caso, tienes que empezar la casa por el tejado.

Y tenía razón. Al final de la escalera apenas me quedaban fuerzas, pero al menos había encarado los primeros pasos con ilusión. No me había rendido y para cuando nadie más lo hizo, aquel museo pequeño creyó en mí. O al menos algo vieron. Aun así, después del apretón de manos que sellaba el contrato, me sentí

como un intruso. Tanta gente que se habría quedado fuera por mi culpa. Llevarían tiempo intentándolo y de repente llegaba yo y les quitaba el puesto. Pero me lo merecía. No había sido fácil, nadie me había regalado nada: durante semanas estuve convencido de que no volvería a trabajar. Y ahora tenía ganas de entregarme de lleno, aunque solo me contrataran para vigilar las exposiciones y ayudar en las actividades interactivas.

Lo primero que me impactó del museo fue la luz natural. Al cruzar la puerta temí por un momento todo aquello desapareciera. Las cristaleras, los biombos de papel blanco. Volverían las oficinas alineadas donde preguntar mil cosas a superiores cuyos papeleos siempre sería más urgentes que mis dudas. Pero crucé el umbral y allí seguía el museo, la luz atravesando los cristales, sus columnas y puertas escondidas, personas tomando el sol, repantigadas en los sofás del vestíbulo mientras consultaban sus móviles, las rampas cruzándose en el aire y aquel olor sin identificar, que no me parecía el de la pintura de los cuadros, aunque quizá lo fuera.

La encargada de mostrarme los distintos espacios fue la mujer que me había entrevistado. Tan metódica señalando las salas de exposiciones, señalando el archivo, señalando el área de descanso, tan metódica y tan seca. Sus ojos eran como dos salpicaduras azules que Pollock le hubiera estrellado contra la cara. Quería asegurarse de que daba las gracias por trabajar allí, porque sería lo más cerca del arte que llegaría. Aquel museo que no salía en los mapas turísticos aunque estuviera justo al lado del CCCB y el MACBA.

Me presentó a mis compañeros. Hola, hola, hola. Las primeras sonrisas. Pronto las acompañamos de las bromas privadas que íbamos acumulando. Y cuando no venía nadie, hablábamos de arte, de exposiciones y anécdotas que habíamos visto sufrir a los visitantes. Imitábamos sus caras de incredulidad frente a esos cuadros que nosotros envidiábamos.

El grueso del grupo lo formaban un montón de chicas con flequillo, gafas gigantes y jerséis anchos como batas. Solo éramos dos chicos. Nada más llegar al trabajo, las chicas se quitaban sus bufandas de colores como si acabaran de descubrir que las llevaban enroscadas al cuello. Con cada vuelta que daban para quitárselas, golpeaban algo, una pared con volumen, la silla de un diseñador sueco. Invertían horas enteras en aquello de enroscar y desenroscar. Las más atrevidas conjuntaban la bufanda con los calcetines. Tenían decenas de modelos de una y otra cosa, a cada cual más vistoso.

El otro chico se llamaba Óscar. Algo mayor que yo, alto y de espaldas anchas, con barba. Un oso amoroso que me ignoraba. Los

primeros días intenté entablar amistad con él, por mera supervivencia, la afinidad de ser los dos únicos chicos en aquella corte de modernas, pero no hubo suerte. No hablaba. Aunque asintiera a lo que yo le decía, se escabullía a la menor oportunidad. De repente ya no estaba apoyado en la máquina de bebidas y su vaso de plástico lo había abandonado encima de la mesa más cercana a la puerta. No pensé que fuera tímido, no tenía cara de serlo. Pensé que yo no le caía bien, sin más.

En Átame estaba más que acostumbrado a desplantes similares. Hombres de ojos hundidos aparte, solo los turistas aguantaban la mirada. Ellos querían ligar a toda prisa: tenían vuelos que coger, hoteles que pagar, no podían perder el tiempo. Pero me descartaban rápido y acababan juntándose entre ellos. Yo fingía que no me importaba, que solo iba ahí a bailar. Y bailaba, pero sin abandonar mi búsqueda de una mirada distinta.

—¿Probamos en otro sitio? —preguntó Javi una noche, tras dejar su cubata a medias.

—¡Por favor!

Desafiando la lluvia, vadeamos las calles del Eixample. El agua ya nos llegaba hasta los tobillos. Era como peregrinar a través del Nilo. Maldije aquel barrio donde todo parecía más lejos. Aunque llevara toda la vida viviendo ahí, nunca me acostumbraría. Javi ignoró las luces de los coches que bajaban y cruzó el semáforo en rojo.

—¿Tienes pensado algún sitio? —grité.

—Si te digo la verdad, no. ¿Punto? ¿O quieres que volvamos a Átame?

Se me torció el gesto solo de imaginarlo, y eso que sabía que Javi bromeaba. Nunca le había gustado ese sitio. El desprecio de los demás clientes le recordaba a su pasado de gordo, las burlas, las humillaciones, lo cruel que había sido él después.

A lo lejos, sobrevolando el Tibidabo, se distinguían destellos entre las nubes grises y naranjas. Debían de ser cohetes despegando, pilotos probando suerte. Desde Granada no había visto ninguno. Apenas les presté atención porque justo entonces, Javi salvó la noche:

—Y Museum, ¿qué te parece?

Era el local de moda. Allí los camareros sonreían lo justo, y antes de hacerlo te recordaban el precio de la copa. Echaría de menos al camarero simpático de Átame y su camiseta de tirantes, pero supe ya en ese momento que no saldríamos de Museum. Nos hipnotizaron las enormes pantallas que proyectaban vídeos.

Enseguida se me fueron los hombros al ritmo de una melodía tonta. Se llamaba *Happiness*, según averiguó Javi con una aplicación de su iPhone.

—Tienes que pasármela.

—Shhh, que sino no la reconoce.

Mientras él sostenía el móvil en alto, yo seguí bailando y tarareando aquellos "quick, quick, quick" que tanto me hacían sonreír. No podía dejar de mirar los bustos romanos y los cuadros repartidos por el local. Cerca de nosotros, un grupo de amigos se turnaban para sacarse fotos en el sofá, tumbados como *La Maja Desnuda* que tenían justo encima.

El nombre del local estaba muy bien elegido, no tanto por la decoración como por su público habitual, amontonado en la salita del fondo. Quedaba medio escondida y por eso no la descubrimos hasta la segunda noche. Por curiosidad, dejamos atrás los lavabos, ignoramos la pared donde colgaban pósters alertando sobre las últimas desapariciones, atravesamos la puerta que habíamos visto y llegamos a un pequeño Edén. Otra barra, pantallas más grandes. La gente iba allí a exhibirse. Eran estatuas que admiraban a otras estatuas. Un auténtico museo. Y como en mi trabajo, no podías tocar las obras de las vitrinas, ni descolgar los cuadros para llevártelos a casa. Pero al menos en Museum nadie intentaba venderte humo. Las intenciones estaban claras desde el principio. Sexo y seducción. Agradecí no tener que descifrar nada.

Me coloqué con Javi junto a una de las columnas y seguimos bailando a nuestro aire. No esperaba que nadie se fijara en mí. Me habría gustado, cómo no, pero si en Átame ya era difícil, en Museum lo daba por imposible. Lo intentaba en la calle, en los vagones de metro. Repetir el flechazo de Adán no tenía que ser tan difícil. Eso me decía al fijar la mirada en cualquier chico desconocido, medio mono y de mi edad.

Era inútil. No había señales ni magia. Al verme, todos apartaban los ojos deprisa, continuaban trasteando el móvil, aceleraban el paso. Cada rechazo era un alivio, en cierto modo: significaba que lo de Adán había sido especial. Solo él me había mirado con aquellos ojos de escorpión.

—Tú no te rindas. Con calma. Tarde o temprano, llegará algún romance.

Estábamos en el estudio de Verónica, la ayudaba a terminar de decorarlo. Solo nos faltaba una caja por vaciar. Me pasó la última cámara y dijo:

—Cuando conectas con alguien especial, aunque esa relación no

prospere, es el mejor momento para sintonizar con otro que comparta las mismas afinidades. Fíjate cuáles son y poténcialas.

Ella lo llamaba frecuencias. Los libros: eso me había unido a Adán en Granada. Así que decidí apuntarme a un club de lectura. Ese mes tocaba leer a Raymond Carver y lo cogí con ganas, como si en la última página fuera a hallar la iluminación después de tanta penuria. A dos cuentos del final, levanté la vista para comprobar la parada y en los asientos de delante descubrí al chico más guapo del mundo. Llevaba una camiseta de *Evangelion*. Y con el ceño fruncido y los labios entreabiertos, leía un libro. El tercer volumen de *Cincuenta sombras de Grey*. Aunque los pasillos del metro estuvieran forrados de carteles publicitando la saga, nunca se me había ocurrido leerla. El chico cerró su tocho. Antes de ponerse en pie, me miró y yo le sonreí. En cuanto vio que no llevábamos el mismo libro, me dio la espalda para bajarse una parada antes de la mía, en Paseo de Gracia. Debí de parecerle un puritano, con mi sonrisa boba. Fui a levantarme, a decirle que se equivocaba, que yo también me dejaría atar si eso quería, pero el metro arrancó sin él. Y a medio túnel, frenó. Tuve que apoyarme en una chica para no caer. Ella me dedicó una mirada comprensiva, pero se apartó enseguida. Entonces me agarré a la barra, caliente todavía por el contacto de otra persona.

Cinco minutos después, continuábamos en el túnel. No llegaría a tiempo al club. Mejor así, me ahorraría tener que teletransportarme al taller de cocina. Y entonces vi que ese taller también podía saltármelo. Ese y todos. No disfrutaba ya de ninguno. Solo me servían para alardear: hago pasteles, pinto caligrafía japonesa. Y qué necesidad tenía de llenar tiempo, cuando en el museo había superado el periodo de prueba y tenía un sueldo aceptable. Si tenía que llenar algo, que fuera un piso.

Lo deseé y llegó. Una noche, en Museum, Javi me presentó a un amigo suyo. Se lo acababa de cruzar saliendo del baño. Habían estudiado juntos Ciencias Políticas, cuando Javi aún era gordo y el otro llevaba rastas. Se pusieron a repasar batallitas de la facultad y yo aproveché para ir a por otra copa. Dejé que los camareros sirvieran primero a los hombres más cachas que yo. La barra iba despejándose; al final, por fuerza, me verían.

Cuando logré mi ron-cola, volví con Javi y su amigo. Este mencionó algo de un piso.

—Lo hemos heredado de mi tía abuela. Y tal como está todo, lo alquilaremos.

—Qué casualidad —Javi me señaló con su cerveza—, Leo anda

buscando algo.

Miré a Javi. Yo todavía no le había dicho nada sobre eso. No creía que le importara. Y sin embargo, a veces Javi me sorprendía con gestos así. Quizá no daba los mejores consejos y parecía ir a su bola, absorbido con tanto ligoteo y tantas reuniones de la ONG, pero en el fondo estaba atento a las señales. Sabía cuidar de mí. No era justo reducirlo a salir solo de fiesta. Le pasé un brazo por la espalda. Sonriente, dije que sí, que aún no había mirado en serio, pero que ya iba tocando vivir por mi cuenta.

—Es un piso muy pequeño —advirtió el chico—. Vivía sola, la pobre mujer, y ella se apañaba. Pero vaya, si quieres verlo…

—Me apañaré yo también.

Aún no lo había visto y ya quería vivir allí.

Todo fue tan rodado que, de hecho, tuve una copia de las llaves antes de verlo siquiera, antes de haber firmado o pagado nada. Me las entregó el amigo de Javi mientras subíamos hasta aquel quinto sin ascensor. La escalera estaba de obras para instalarlo. Con todo desconchado y andamios que entorpecían el paso, el edificio parecía más viejo de lo que en realidad era. De hecho, me habían sorprendido los rojos y verdes de su fachada, resaltaban al lado de los apagados edificios del resto de Gracia. El amigo de Javi se detuvo de pronto en el rellano. Las ondas del plástico que cubría el suelo levantaron un humo blanco. Me entregó un manojo de llaves y las miré sin entender. Pesaban.

—No te las daría, pero siendo tan amigo de Javi…

Asentí. Sí, Javi tenía ese poder, las propiciaba, conexiones instantáneas de gente que no volveríamos a vernos en la vida. Me guardé las llaves en el bolsillo, todavía incrédulo. Le di las gracias. Continuamos subiendo. Al llegar al quinto piso, dejé que la puerta la abriese él con su copia de las llaves.

—Es perfecto —dijo Verónica nada más entrar—. Una buena mano de pintura y ya verás, tendrás un estudio bonito para ti solo.

Bonito, bohemio, diáfano. Todo eso dijo Verónica. En realidad, el piso solo era pequeño, un agujero construido a partir del espacio sobrante de las demás viviendas. Un único espacio desnudo, un baño. Sin muebles. El papel de las paredes ya amarillento. Tenía el techo bajísimo, nada que ver con los techos del Eixample a los que estaba acostumbrado. Allí, al levantarme del sofá, siempre lo haría con miedo de chocar con el techo.

Un piso pequeño y desierto. Pero todo lo demás se conseguiría después.

—Pintándolo de blanco. Y con los muebles adecuados, también

—me animó Verónica.

Daba a una plaza de Gracia, eso sí me gustó. Desde la ventana se veía un trozo de la iglesia. Esa fachada demasiado lisa, como recién limada. Me imaginé desayunando con Adán, la misma visión que en Granada, más elaborada, dos sillas junto al balcón, la luz perezosa de los domingos bañándonos las piernas y parte de los calzoncillos. El murmullo de los cereales al masticarlos mezclándose con el frufrú de los árboles y la gente que desayunaba abajo, en la plaza, bajo los toldos.

—Sí, es perfecto —dije—. Un piso con muchas posibilidades, que dirían en los anuncios. Vamos a pintarlo.

Cuando anuncié que me iba, Madre se echó a llorar. Pensé que era porque no le había comentado el nuevo peinado, ni siquiera me había esperado a ese qué, no notáis algo distinto, que acababa soltando ella durante la comida, y entonces Padre se interesaba por sus pendientes, si eran nuevos, le preguntaba. Antes de que ella torciera el morro, yo descubría el misterio: el pelo, te queda bien. Madre murmuraba gracias y seguía comiendo, como si mi comentario hubiera sido espontáneo y no le diese importancia. Cada dos semanas, la misma escena.

Aquel día, aunque la vi entrar con el pelo a lo Jacqueline Kennedy, solté en medio del pasillo:

—He encontrado piso. Me mudo este fin de semana.

Madre me abrazó entre lágrimas. Esta vez era la definitiva, ambos lo sabíamos.

—Es el momento de echar a nadar —dijo—. Pues nada, hijo. ¡Nada!

Padre asintió en silencio. Lo vi a lo lejos, recortado a contraluz en el umbral del salón. Tenía a punto un sobre. La ayuda económica prometida.

Los chapoteos del principio se convertían así en brazadas con una dirección clara. Primero una línea, luego una franja de arena y palmeras al fondo, por fin la playa bajo los pies. En aquel piso, hasta el tacto de la arena sería un descubrimiento. Tenía que estar orgulloso del camino recorrido, los golpes de suerte que llegaron cuando me puse en movimiento y cedí, me dejé ayudar.

—Esta lámpara le gustaría a Adán —le dije a Verónica cuando tocó decorar el piso.

—¿Y esta lámina? ¿Le gustaría?

—Creo que no conozco a nadie que no tenga esa foto de Audrey en el dormitorio.

—¡No! La otra, la del samurái. Como decías que a Adán le

gustaba Japón...

Verónica me seguía la broma de Adán. Al fin y al cabo, ella le había comprado un cepillo de dientes a Jaume aunque no vivieran juntos.

Compré el cuadro y lo colgué justo al lado del perchero. Se veía a Musashi nada más entrar. Llegaba entonces el primer ruido, el mejor: las llaves al dejarlas en el cuenco de cristal. Dring, dring. Ya no me importaba estar calado hasta los huesos. Tampoco tenía que dar cuentas de mis idas y venidas. Podía tirar al suelo lo que quisiera.

Enseguida me secaba, me ponía el pijama, me apoyaba contra el radiador hasta entrar en calor. Los cajones aún nuevos, resistiéndose, los crujidos de algunas zonas del parquet que todavía no había pisado, el tic tac del horno, el zumbido de la nevera, las motos serpenteando por el barrio, el crac del sofá-cama al desplegarlo.

Sabía que al final tantos sonidos me harían sentir solo. Nadie encendería la tele si yo no lo hacía. Y usar el mp3 para escuchar música en el piso no era un opción; aislado con los cascos, me sentiría más solo. Y tampoco me atrevería a bailar entre mis muebles nuevos. Así que me hice con una minicadena barata, con que pudiera reproducir mis CDs me bastaba. La coloqué en la estantería, entre todos los volúmenes de Taschen. Solo entonces me di cuenta de que no tenía discos. Se los había dejado a Pedro. Y el único que me llevé, el de Madonna, no me apetecía escucharlo ahora mismo. Demasiados recuerdos.

Me acordé entonces del CD que me había dejado Adán antes de abandonarme en la habitación de Granada. Rebusqué entre todos los paquetes que quedaban por abrir y al fondo del último de todos, lo encontré. Mientras se cargaba el disco, descubrí un papel en el suelo. Debía de haberse caído de la caja del CD. Tenía anotado un teléfono. El de Adán. Un número, su firma, tres frases: “Esta noche era justo lo que necesitaba, gracias. Sé que volveremos a encontrarnos, pero llámame pronto. A ver qué pasa.”

Y cuando ya no lo esperaba, saltó una canción. Una guitarra solitaria enseguida encontró la compañía de una voz y se contagió del ritmo de unas baterías. “Me compré un chaleco salvavidas y lo rompí para sentirme viva.” Sí, así me sentía. Vivo. Porque aquella era mi recompensa. Ahora que había ordenado mi mundo y tenía un lugar donde dejar el paraguas secándose, solo ahora podía reencontrarme con Adán. Tenía sentido. De un salto, me puse a preparar la cena haciéndole los coros a Pastora. Corté los

champiñones al ritmo de los sintetizadores mientras la olla con la pasta humeaba cada vez más. Por encima del borboteo, silbé acompañando la música. “¿Qué es esta pasión que me trae hasta aquí para verte y reír?” El éxtasis de volver a tierra firme y ponerme en ruta.

5 - ROMPEOLAS

A Madrid fui a la aventura. No contacté antes con Adán. Igual no le iría bien quedar aquel fin de semana, igual ni siquiera se acordaba de mí. Lo mismo daba. Tenía que comprobar de primera mano si la marea continuaba a nuestro favor, como aquella única noche de Granada. Como si *Antes del amanecer* la hubieran cortado a la mitad y todavía faltara por rodar el resto de la película. Me aferré a aquel "A ver qué pasa" suyo como a un talismán.

—Si tú lo tienes claro, adelante —dijo Verónica—. No te quedes con la duda.

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir? ¿Tirarme dos días pateando Madrid a solas? Bienvenido sea.

Tampoco Javi se llevó las manos a la cabeza.

—Pero follad, ¡por dios! —dijo—. Como conejos.

A eso iba también, sí. Y por eso, para gustarle a Adán, me dirigí el viernes por la tarde hasta el Maremagnum. Quería cortarme el pelo y comprarme ropa. Aunque pudiera hacerlo al lado de casa, parecía lógico cruzar media ciudad para los preparativos. Así le daba importancia al viaje.

Con la nuca escociéndome aún por el rasurado, entré al probador del Springfield y me probé tres o cuatro prendas, las que podía permitirme. En aquel espejo me quedaban bien; luego en casa, descubrí una camiseta demasiado ancha, que hacía bolsas raras, un pantalón con más bolsillos de los previstos. Detalles que no encajaban conmigo. Pero tendría que servirme, esa ropa: ya le había cortado las etiquetas.

Compré el billete esa misma tarde, ida y vuelta. Mientras el tren cogía velocidad, una manada de leones marinos intentó seguirle el ritmo. Cómo corrían con las aletas. No fue suficiente: mis ganas locas de ver a Adán le daban alas al tren. Para cuando desaparecieron los edificios dormitorio de Bellvitge, el último animal se despidió de mí desde el otro lado de la ventanilla. Puso

ojos de pena, antes de quedarse atrás y volver al agua. El tren ya iba desbocado, acercándose a los 300 kilómetros por hora pero nunca rebasándolos. No pude más y cogí el móvil para escribir a Adán. Bastante había aguantado. Días y días teniendo su teléfono y escuchando su CD pero paralizado. Le mandé un mensaje breve. El traqueteo del tren y mis latidos y el zumbido del móvil al pulsar las teclas. Le dije que estaba por Madrid, que mañana tendría la tarde libre. Que si le apetecía vernos.

Después intenté leer, intenté ver la película que daban, intenté escuchar música, cerrar los ojos. Sin éxito. Miraba el móvil a cada minuto, por si me había pasado por alto la vibración y ya tenía alguna respuesta. Mi vecina tenía un graznido por risa y me asustaba a cada rato. Se había puesto auriculares porque al parecer, le divertían mucho las aventuras de ese chihuahua parlanchín que salía en la pantalla. Sin sonido, parecían aún más absurdas de lo que ya debían ser.

De pronto, una voz anunció que nos aproximábamos a Madrid. Ni siquiera había tenido tiempo de ponerme nervioso. Los demás pasajeros se desperezaron, cogieron cosas de las maletas y las volvieron a guardar, mera excusa para comprobar que no les hubieran robado mientras dormían. Yo me limité a mirar el móvil. Un acto reflejo: tuve que volver a mirarlo porque no me había fijado en la hora. Y entonces vi que tenía un mensaje. De Adán. El tren desaceleró, como si entrar en Madrid le costara más que cruzar media península. Entendía sus reparos.

—Todo llega cuando te pones en movimiento —algo así diría Verónica para darme ánimos. Abrí el mensaje.

"¡Claro que nos vemos! Qué ilusión. Tengo toda la tarde para ti. ¿Qué te apetece hacer? ¿Hasta qué hora podrás quedar?"

Había olvidado lo preguntón que era Adán.

Fue extraño, nuestro reencuentro. En el fondo, todos los reencuentros eran así. Uno deseaba que una cámara de cine grabara una panorámica de 360 grados, la famosa foto de El Beso en movimiento, sin París pero con la misma pasión. Se acabó la guerra, la separación forzosa: nos besaríamos delante del objetivo, hora y media de beso, hasta que llegara el cartelito de The End.

Para nosotros, no hubo cámara alguna. Tampoco hubo beso. Demasiado tensos estábamos. Normal: apenas nos conocíamos. Como aquella vez que, con diecisiete añitos, me había escapado a Bilbao para conocer a Gorka. Llevábamos meses chateando por IRC. Mil frases enviadas pero apenas 2 o 3 fotos pixeladas; les habíamos bajado la resolución para que tardaran menos en enviarse. Mentir

en casa, bajar del autobús con el corazón a cien, desvirtualizar a la otra persona. Aquello sí que había sido toda una aventura. Ahora sumaba doce años de experiencias, incluso las ruinas de una relación. Qué tontería sentirme otra vez como un adolescente, pero no lo podía evitar.

Desde luego, no había ayudado la frase del conserje de mi hotel:

—No se pueden subir visitas.

Se enteraba de todo, el hombre. Aunque tuviera la piel pálida y un colchón en la oficina para no salir de ella, sabía que a dos esquinas, los clientes discutían precios con las prostitutas apostadas en el Edificio Telefónica. Yo pretendía subir con Adán a la habitación, así que aquella frase me la tomé como un mal augurio. Y la soltaba cuando ya me había duchado a conciencia, vestido, perfumado, dejado de temblar ante el espejo.

Fui saltando canciones para ver si con *La Fuerza del Destino* cogía fuerzas. El modo aleatorio se empeñó en hablarme de fracasos. Odié la adorable *Torn*: "Illusion never changed into something real". Habría sido más fácil buscar a Mecano en el menú, pero entonces no me hubiera puesto tan contento cuando sonara de repente. Prefería creer en la casualidad, sorprenderme de encontrar lo que yo mismo iba buscando. Cuando me cansé de dar vueltas por las escaleras mecánicas de las tiendas de Preciados, me dirigí a Sol. Habíamos quedado ahí porque era el único punto de Madrid que tenía controlado. Pisé el kilómetro cero con fuerza y la baldosa no se rompió. Las salpicaduras mojaron los bajos de mis pantalones.

Adán. De la nada, justo delante. Él todavía seco. No lucía la chaqueta de Granada sino un anorak azul, más deportivo que aristocrático. Tan guapo como lo recordaba. Más alto.

Apenas tuve tiempo de guardar el mp3. Ya me rodeaban sus brazos y yo, que en ese momento no conseguía recordar cómo se hacían los abrazos, le dejé hacer. Adán parecía más corpulento de lo que en realidad era, o yo más diminuto. Su abrigo como la nieve de una avalancha, igual de mullido. Un montón de músculos que yo no conocía. Apretó con tanta fuerza que llegué a creer que me levantaría en brazos. No lo hizo. Seguí en el suelo, pisando el kilómetro cero. El agua lamiéndome las bambas y él flotando.

—Qué guapo estás —dijo.

—Vaya, gracias.

Nuestra ropa húmeda hizo un chasquido al deshacer el abrazo. Nos separamos enseguida, como dos trozos de mantequilla al derretirse en la sartén. Esforzándonos por sostener la sonrisa, dimos una vuelta absurda alrededor de la plaza y Adán aprovechó para

contarme anécdotas igual de absurdas sobre aquel lugar. Chaperos, robos. Me reí con cada dato. Luego acepté ir a un Starbucks. No me gustaba el café, pero qué iba a decirle yo, que no podía proponer alternativas.

Ya en la cola, mareado por todas las opciones de los carteles, se lo confesé. En voz baja, para que no me oyera el resto de la cola. Que odiaba el café.

—¿No confías en mí?

Desarmado, dejé que pidiera por los dos. Mientras esperábamos a que nos prepararan las bebidas, Adán se dedicó a repasar las espaldas de los turistas que se apoyaban en la barra.

—Toma, espolvoréalo con un poco de canela —dijo al darme el vaso de plástico—. La canela sí te gusta, ¿verdad? Ya verás qué rico queda.

Aunque era un vaso enorme, no tardé en acabármelo. La cafeína me tranquilizó. Ordenó mis latidos como las agujas de un reloj que hubieran llevado a arreglar. Saboreé el chocolate blanco del fondo. Quedaba un poco de nata, demasiado espesa para salir por la boquilla de la tapa. Girando el vaso, descubrí que en uno de los lados habían escrito "Adán" con rotulador negro; en el suyo, también. Me gustó la sensación de haber bebido de un recipiente con su nombre. Mejor que una señal: el preludio de lo que tarde o temprano llegaría. Como en cualquier relación, algún día todo lo mío pasaría a ser también suyo. Otra vez yo dejaría de ser del todo yo y no opondría resistencia.

—Pues sí, pues sí —dije.

—Pues sí, pues sí —repitió Adán, afable—. Lo dices mucho. ¿Yo tengo alguna coletilla? Dicen que todos las tenemos, aunque no nos demos cuenta.

—Como los cuernos, ¿no? Que el cornudo siempre es el último en enterarse.

Me arrepentí de la broma. Él continuó sorbiendo el café, despacio. Se había pedido uno más grande, incluso, que el mío. Busqué alguna frase con la que suavizar mi comentario o al menos llenar el silencio. Aún no entendía que estaba bien aquello de no decirse nada, que dos personas podían sentirse a gusto solo mirándose. Con Pedro siempre hubo una verborrea incesante de anécdotas y chistes y naderías hasta que todo se volvió demasiado tonto como para seguir escuchando lo que soltaba el otro.

—Me voy mañana —dije. No sé por qué, si no tenía ganas de irme. En aquel momento, nada me apetecía más que quedarme allí, en Madrid, con él, sin hacer otra cosa que compartir

cafés gigantes del Starbucks con su nombre escrito.

—Vaya, un viaje exprés. ¿Has venido a ver a algunos amigos?

—Algo así, sí.

Se quedó pensativo. Quizá se había dado cuenta de que mentía. Pedro decía siempre que yo era incapaz de mentir, que se me notaba demasiado. Cambié el vaso de sitio, el peso liviano de la nata, quise secarme los labios aunque ya estuvieran secos, cogí una servilleta, la usé, la arrugué. Adán y yo parecíamos un matrimonio en su última reunión antes de firmar el divorcio.

—Me gustó mucho Granada —soltó él de sopetón, cuando ya temía que no tuviéramos nada más que decirnos—. Al final me pasó un poco como a ti: me inspiró.

Bien, Granada entraba en mi lista de temas de conversación. Tantos que había anotado y ahora no acertaba a sacar ninguno. Recuperé la servilleta, la alisé. Empezó a sonar una canción que se parecía a *La Fuerza Del Destino* y abrí la boca, dispuesto a tararearla. Pero no lo era. Tampoco estábamos en el Bar del Oro.

—Fue un viaje catártico, ¿no? —dijo Adán.

—Pues sí, catártico.

—Pues sí, pues sí.

Me reí. Se rio. Fueron risas a destiempo. La suya, entrecortada, volvió a enamorarme: nunca llegaba otra ola hasta que había desaparecido la primera.

Al salir, tuvimos que atravesar el canal de Gran Vía. Padres e hijos se apoyaban en el puente de piedra para lanzarles migas de pan a los peces. Recordé las historias de Madre, cuando decía que, de pequeña, alimentaba las palomas de Plaza Cataluña.

—¿Quieres darles de comer?

Sin esperar mi respuesta, Adán se inclinó sobre la barandilla. Yo fui detrás. Los salientes de piedra se me clavaron en los codos, pero no me quejé. Tampoco busqué el puesto de comida para peces. Tenía miedo, de repente. Porque si les dábamos pan, los peces que ahora se arremolinaban allí abajo quizás empezarían a crecer y se lo comerían todo, nos comerían a nosotros, incluso los edificios a cada orilla de Gran Vía los acabarían devorando.

Alejé aquella imagen de mi cabeza. Intenté calcular cuánto habríamos avanzado desde el Kilómetro cero. No mucho, apenas cien o doscientos pasos, pero me dio igual. Nos habíamos parado por el mero placer de pararnos. Los peces solo eran una excusa. Importaba más estar juntos y que todo pareciese nuevo. Pronto

comprendí que podíamos seguir así, apoyados en ese puente como si fuera el único punto importante de Madrid. El que marcaban todos los mapas. Ya no existía la urgencia de aquella noche en Granada: ahora todo el tiempo era nuestro y podíamos dosificarlo a nuestro antojo.

Así, me conformé con observar cómo otros hacían lo que ni Adán ni yo íbamos a hacer. En cuestión de segundos, las migas de pan desaparecían entre remolinos de agua negra, engullidas por peces que no se dejaban ver. Los niños gritaban y los padres les jalonaban con sus manos empapadas.

Después Adán me guio hasta Malasaña. Tiraba de mi manga cada vez que yo no sabía por qué esquina girar.

—Te encantará este barrio, se parece a Gracia.

A punto estuve de decirle que de hecho, ahora vivía allí, en Gracia. Me apetecía hablarle de todos los cambios que inspiró nuestro breve, brevísimo, insignificante primer encuentro. Qué cara pondría Adán si descubriera que había viajado hasta Madrid solo para verle y contarle todo aquello.

Desembocamos en una calle ancha y concurrida, Espíritu Santo. Un festival de flequillos, gafas de pasta, camisas de cuadros, parejas de modernos que desfilaban de un local a otro. Me sorprendió tanta animación porque las calles que llevaban hasta allí las habíamos visto desiertas, llenas de locales en alquiler y carteles de gente desaparecida. Iba a decir que tenía hambre, que me apetecía entrar en una de esas cafeterías tan monas, sentarnos en un sofá y acompañar otro café con un pastel de chocolate y plátano, comprar un cupcake decorado con un corazón. Pero Adán señaló una librería de segunda mano.

—¿Te apetece entrar?

Parecía el salón de una casa de muñecas, con sus baúles y varias mesitas de té. Daba miedo tocar las estanterías de alrededor, por si se caían y nos aplastaban. Adán fue leyendo las contraportadas de varios libros y yo tuve la tentación de comprarlos todos, pero en realidad no nos convencía ninguno.

Ya nos marchábamos cuando Adán sacó de un cajón dos ejemplares de *La soledad de los números primos*. Ambos en buen estado, porque no era un libro tan viejo como los demás. Me ofreció uno. Con los ojos abiertos, el chico de la portada nos pedía que lo rescatáramos. Adán dijo:

—La primera frase.

Y entonces entendí. Nuestro ritual. Así recuperaríamos la chispa del primer encuentro. Feliz, abrí el libro. Pero estaba escrito en

italiano. El ejemplar de Adán, en cambio, era una traducción al castellano. No quise quitarle la ilusión, yo apenas sabía cuatro frases en el idioma de mis padres. Tendría que acordarme de sus chapurreos cuando yo era pequeño y entre ellos todavía hablaban su lengua. En el fondo, me halagaba que Adán recordase aquel dato. Me aclaré la garganta.

—Siempre he querido leerlo —dijo él, mientras esperaba.

—Yo también. Suerte que lo has visto.

Y leí. Mientras tanto, Adán hizo lo propio, en silencio, resiguiendo con el dedo, palabra a palabra, las primeras líneas de su ejemplar en castellano. Mis palabras en italiano cavernícola, en un orden distinto a las que él tocaba, y yo que no entendía nada, porque me fijaba más en cada gesto de Adán, sus labios leyendo.

—Jo, qué evocador, ¿verdad? Necesito saber más.

Asentí. Sería divertido leerlo juntos. Adán pagó, me regaló el ejemplar en italiano. Ya compraría la traducción en Barcelona. Aunque nos habían dado dos bolsas de plástico, al salir guardamos los libros bajo el abrigo, para que no se mojaran.

—¿Crees que nos parecerá la misma historia? —se me ocurrió preguntar.

—No lo sé, pero no sonabas nada mal ahí dentro, en italiano.

Me había escuchado, pero no me había mirado. Se le iban los ojos de una estantería a otra en la librería, se le iban los ojos a la acera de enfrente, hacia esos hombres valientes que llevaban camiseta a pesar del frío de Madrid. En mi ropa nueva ni se fijaba. Calculé cuánto me había gastado en ella.

—Yo creo que sí te miraba —opinó Verónica días después.

Desayunábamos en una terraza del paseo de Sitges. Una mañana helada en la Fragata, típica como los cuadros que algunos ancianos vendían a los paseantes. Al fondo, muchas olas rugían antes de comerse lo que quedaba de playa. Avisaban del peligro las embarcaciones del puerto deportivo con sus cuerdas metálicas. Un tintineo que yo asociaba tanto a Cadaqués, a nuestros desayunos adolescentes de cada sábado. Ahora estábamos en Sitges y se repetían los sonidos. Verónica dejó la taza de té, clac, y asintió para remarcar sus palabras.

—A escondidas, sí, pero te miraba. Lo que creo es que notaba cómo tú no dejabas de comértelo con los ojos, y por eso no podía cruzar miradas contigo. Demasiado intenso. No le mires tanto y se atreverá a mirarte más.

Javi no fue tan benevolente.

—Adán es como todos estos tíos de aquí.

Señaló a todos los chulazos que bailaban en la sala pequeña de Museum. Ninguno miraba las pantallas, demasiado ocupados exhibiéndose. Se movían como gatos, pretendían tener la melena de Beyoncé. Solo les faltaba una pasarela.

—No queremos mirarles y lo hacemos. No podemos parar. Adán es igual. Él encantado de que le adores. Se alimenta de esa energía, como hacen los vampiros. Si al menos estuvieran tan tremendos como los de *True Blood*…

Tuve que darle la razón al contarle la siguiente escena del reencuentro.

—Exhibicionismo en el probador —la bauticé. Javi se rio, intrigado.

De tanto callejear por Malasaña, ya no distinguía dónde estábamos. Los mismos balcones estrechos bajo los que refugiarnos, las mismas plazas fundiéndose con las calles en cuesta. Habíamos visitado otra librería donde servían vinos. Adán habló con uno de los chicos que atendían; no me quedó claro si lo conocía, pero sí que le gustaba. Después se detuvo frente al escaparate de una tienda de ropa.

—Necesito como el respirar esa camisa —dijo.

La señaló clavando un dedo en el cristal. Lo convertía todo en un asunto de vida o muerte. Sus frases eran como esos acicates al final de cada página en los libros de *Elige Tu Propia Aventura*, tenían que entusiasmarte para que entrases en el juego. Yo elegía la página 97, seguir al lado de Adán. Su intensidad me divertía.

—Pareces Quim Gutiérrez en *Azul oscuro casi negro*.

—¡Adoro esa película! ¿La has visto?

Otra coincidencia. Otra esperanza. Otro clavo ardiendo.

La camisa no parecía nada del otro mundo. Gris, con costuras y botones rojos. Al entrar, casi tropezamos con una bala de heno decorativa. Los clientes deambulaban por la tienda, se abrían paso entre los obstáculos, hasta que se detenían ante una maleta de esquinas desgastadas y llena de ropa, cogían una blusa a topos para mostrársela a su acompañante, suspiros de admiración, devolvían la prenda.

Se nos acercó un dependiente. Tenía los dientes blancos, radiantes, como si se los acabara de cepillar para Adán. Los pantalones de pitillo le marcaban las rodillas tanto o más que el paquete y no llevaba calcetines.

—Hola. ¿Puedo ay…?

—Gracias, pero ya sé lo que quiero.

—Perfecto. —Se sonrieron—. Estaré por aquí, entonces. Si puedo ayudarte…

Adán fue directo a la estantería donde tenían la camisa, como si ya lo tuviera ensayado. Cogió una talla S sin importarle que los demás modelos se arrugaran y con dos pasos más, llegó a los probadores.

—Entro, ¿eh?

—Perfecto —repitió el dependiente, esforzándose para que su coletilla profesional sonase más encantadora que nunca.

Adán intentó arrastrarme al interior del probador. Por mucho que me excitara la idea, preferí esperarle fuera. Corrió la cortina. Le oí desvestirse. En la nuca, notaba la mirada feroz del dependiente. Me giré y se puso a recoger tickets por todo el mostrador para luego graparlos, como si no hubiera nada más urgente.

Adán reapareció ya vestido con esa camisa que tanto necesitaba. Le quedaba ajustada, resaltándole los pectorales y los bíceps. Dio una vuelta sobre sí mismo, echó un último vistazo al espejo y empezó a desabotonársela.

—¿Qué tal? —preguntó.

Los pelos del pecho se le precipitaban por un vientre planísimo.

—¿Te gusta?

—Bien, bien —contesté a la primera pregunta.

—¿Tengo que comprarla?

Penetrándome con sus ojos porque quería adelantarse al veredicto.

—¿Ves cómo sí te miraba? —dijo Verónica.

Girándose hacia mí con una sonrisa, al final de uno de los rompeolas de Sitges.

La falta de costumbre. Andar piedra a piedra todo aquel camino, con las olas rompiendo por encima de mi cabeza, sin saber si me gustaría lo que hubiera al final o si podría desandarlo. La espalda de Adán reflejándose al fondo. Era la primera vez que se la veía. Cuántas pecas, cuántas gotas de espuma oscura.

—Si a ti te gusta y te la vas a poner —dije.

—No te pregunto eso. Te pregunto: ¿tengo que comprarla?

Sentí que mi futuro dependería de la respuesta que eligiera. Página 63 o página 222. Mientras me decidía, el dependiente devoraba a Adán con la mirada.

—Pues claro —respondí al fin—. Te queda muy bien.

Adán sonrió satisfecho. Se volvió a poner su ropa y con pose triunfal lanzó la camisa sobre el mostrador. Al dependiente, el pulso

le tembló solo un poco cuando cogió el lector de códigos de barras. Le envidié, porque yo estaba a cien. Creía haber acertado con la respuesta y, por primera vez en toda la cita, o lo que fuera aquello, sentía que sí, que acabaríamos en la cama. Llevábamos toda la tarde evitando hablar del polvo pendiente pero buscando una forma de llegar a él. Nos acercábamos casilla a casilla, como en las damas, recordando las reglas sobre la marcha.

—Ay… —suspiró Adán, condescendiente.

En cuanto salimos de la tienda, me pasó un brazo por los hombros. Me había visto temblar de frío. Agradecí el abrazo. O casi abrazo, porque en la otra mano Adán cargaba la bolsa con su camisa nueva.

Caminamos así un rato, muy juntos, yo protegido por él, algo que siempre había echado de menos en Pedro, más bajo que yo. Hasta que nos refugiamos debajo de un balcón. Entre nosotros, caían goterones teñidos con la tierra negra de las macetas. Para esquivarlos, tuvimos que deshacer el abrazo.

—¿Quieres mi anorak? —preguntó, alejado—. Tapa más que tu abrigo.

—Estoy bien, gracias. No te preocupes.

—Puede que en Barcelona no haga frío, pero aquí sí.

Como en el probador, Adán se reflejaba en el escaparate de una tienda de cerámicas. Los vampiros no tienen reflejo, pensé. Él me envolvió con su anorak azul.

—Qué hambre tengo —dijo—. Mataría por un trozo de pizza, ¿tú no?

Y dos pasos más allá, al final de una pendiente a la que se aferraban los árboles para que la riada no los tumbase, me preguntó:

—Oye, ¿te gusta Mecano?

—Mi primer cassette fue *Descanso Dominical*.

—*Laika*. Qué bonita.

—Y *La Fuerza Del Destino*. De pequeño —me envalentoné con aquella conexión—, no llevaba otra cinta en el walkman. Cada verano cruzaba media Europa con mis padres, en coche, y les hacía parar en todas las gasolineras para comprar más pilas. Intentaba ahorrar, claro, rebobinaba con un boli, pero daba igual, al final la voz de Ana Torroja sonaba como la de un camionero. Siempre odiaron a Mecano, mis padres.

—Podríamos haber ido al musical. Si hubieras venido la semana pasada.

—¿Musical?

—El de Mecano, el de *Hoy no me puedo levantar*. Tenía dos entradas.

—Siempre tienes entradas —Me reí—. Lizz Wright, Mecano… ¿Y qué tal?

—No fui. Las tiré. Estaban compradas hace meses, tenía que ir con Fran.

Un nombre. Otra parte de su vida. Todas las gotas de lluvia: de repente, podía contarlas. El semáforo se puso en verde. Yo me quedé quieto. Adán me esperó. Sin darnos cuenta, ya estábamos en la Gran Vía, la confluencia con Callao. Nos golpearon las bolsas de la gente, compras y compras. El semáforo volvió a ponerse rojo. Salté para esquivar los salpicones que levantaron los coches al arrancar.

—Mi ex —aclaró Adán.

Sentí cierto alivio. Siempre había un ex. Nos pasábamos la vida curando las heridas de otros para dejar espacio a las que provocaríamos nosotros.

—Oye, ¿cenarás con tus amigos?

—Al final no podían quedar —mentí.

—Es que tengo antojo de… ¡nachos con queso! ¿Te parece bien cenar aquí?

Como un presentador, señaló el VIPS que teníamos justo enfrente. La luz roja del cartel le iluminó la sonrisa. Pensé que dentro, mirando la carta, Adán encontraría otra cosa que le apeteciera más que los nachos y pediría eso. Pero yo no quería pararle los pies; al contrario, quería mimarle como si fuera un niño pequeño con las rodillas magulladas, así que le dije que sí, que perfecto el VIPS.

—Ya que has sacado el tema, ¿no te extrañó que en Granada tuviera dos entradas para Lizz Wright?

Lo preguntó en cuanto se alejó la camarera. Tras mucho esperar junto a la valla, había quedado una mesa libre para nosotros y habíamos pedido los nachos.

—Para compartir —dijo Adán, y eso me animó.

También pedimos una hamburguesa distinta para cada uno. Dejé que él me recomendara. La suya con salsa barbacoa, sobre todo. Y entonces le respondí.

—Pues no, no me sorprendió. Pensé, la verdad, que eras muy previsor.

Como Pedro, estuve a punto de decir.

—Fue algo parecido a lo de Mecano. Fran y yo también teníamos entradas, pero al final no fuimos.

Dudó antes de añadir:

—Desapareció.

—¿Qué pasó? ¿Os peleasteis?

—No. Solo eso, desapareció. La segunda noche salí de la ducha y ya no estaba. Pensábamos que nos vendría bien el viaje, nos apetecía mucho el festival de jazz. Siempre íbamos a todos los festivales.

—¡Qué suerte! Y yo sin dinero para ir a ninguno.

—Bueno, todos los que podíamos permitirnos. Nos une, o nos unía, la música. Nos conocimos en un concierto, de hecho.

Ya hacía tres años de eso, y desde entonces Fran acompañaba a Adán y su banda en los bolos que hacían por todos los pueblos de Madrid y alrededores.

—Vaya, así que tocas en un grupo.

—Claro. El teclado, ¿no te lo dije?

Fran también era músico, les ayudaba cuando alguno del grupo fallaba.

—Toca la guitarra. —Sonrió—: No muy bien.

Lo soltó con esa complicidad entre dos personas que acababan de salir de una relación. Ya sabes lo que quiero decir, me decía su sonrisa. Y yo lo sabía, desde luego. Nada unía tanto como el despecho.

—Llevaba un tiempo raro, Fran. En el tren me armó un pollo por unos cacahuetes que se me cayeron. Nos llamaron la atención. La chica de delante tuvo que cambiarse de asiento porque no la dejábamos leer tranquila. No era la primera vez que discutíamos, pero en el tren noté que era el principio del fin. Había algo distinto, ¿sabes? Nos habíamos perdido…

La camarera regresó con las cervezas y los nachos. Enseguida unté uno en la salsa de queso, tan espesa y caliente que lo reblandeció, pero quedaba bueno el conjunto. Adán esperó a coger otro, lo sumergió solo un poco. Le pedí que continuara.

—…el respeto, eso es, nos habíamos perdido el respeto, nos insultábamos. Me da asco que te cortes las uñas de los pies en el sofá, en el grupo nos retrasas porque eres un puto controlador. Esas cosas. Sabíamos cómo herirnos, por dónde atacar. En el tren me di cuenta. En realidad llevábamos más de un año así. Yo ya no aguantaba que fumase tanto, tiraba las cenizas en cualquier parte. Y supe… bueno, no lo supe, lo imaginé, lo *vi*, que el viaje a Granada sería un desastre. Escena a escena, vi lo que ocurriría. Lo que ocurrió.

—Un flashforward —dije.

—Eso mismo. ¿Te ha pasado?

—Sí —y para no confesarle todas las veces que nos había imaginado desayunando juntos los domingos, abrevié—: A mi amiga Verónica le ocurrió algo parecido. Ella opina que a veces tu cerebro te enseña a cámara rápida el futuro más probable. Para que estés preparado. Asusta un poco, la verdad.

—¿Así que no soy el único raro?

—Supongo que, en el fondo, todos somos un poco raritos.

Adán rio. Hizo saltar la espuma de su cerveza. Unas gotas encima de la mesa, otras pocas en mi cara. Cogió una servilleta de papel y solo limpió la mesa. Me froté la cara con el dorso de la mano.

—Y en Granada todo siguió torciéndose. A Fran no le gustaba el hotel que yo había elegido…

—Pues era precioso.

—…no le gustaba el restaurante que me habían recomendado, no le gustaban los conciertos que había programados aunque eran parecidos a los del año anterior, con los que habíamos disfrutado tanto. No le gustaba nada. Y entonces desapareció.

—Dejaría alguna nota, algo.

—Nada. Teníamos el concierto de Wayne Shorter, y a mí me encanta, a saber cuándo vuelve a España, así que ya me ves yendo, que le den a Fran, ya llamará. Intenté disfrutar. Me concentré en la música mientras tenía el móvil bien agarrado por si vibraba. Suena *I Didn't Know What Time It Was* y tengo ganas de llorar, pero sonrío, y al final aplaudo, y cuando salgo, le llamo, salta el contestador, Fran te quiero, te quiero mucho, perdóname, ven, vamos a cenar algo. No sé cuántos mensajes le he dejado desde entonces. Ya me había avisado que si me dejaba, sería de un día para otro.

—Espera, ¿todavía no habéis hablado?

—No. Dicen que se ha cambiado de número. Que se ha ido a otra ciudad. Ahora vive con otro, dicen. Un niñato. Rumores. Nadie sabe nada. Su ex me dijo que cuando le dejó por mí, le hizo lo mismo, que desapareció y al cabo de los meses él se enteró de que vivíamos juntos. —Adán apuró el vaso de un trago—. Supongo que Fran hizo ese último esfuerzo, ir conmigo a Granada, para estar seguro de que ya no me quería.

—¿Seguro de eso o seguro de que con el otro le iría mejor que contigo?

Detuvo el nacho a medio camino de su boca. Se lo

comió al fin, masticándolo entre ruidos. A Pedro no le habría gustado esa forma de masticar, y seguro que a Fran tampoco. Adán me sonrió y asintió varias veces.

—Por eso me gusta hablar contigo, Leo. Te haces el tonto, pero haces las preguntas adecuadas. Las que nadie haría. Me gusta. Todos mis amigos, bueno, todos *nuestros* amigos, porque fue presentarlo y todos le adoraron, lo incluyeron en sus vidas… bien, todos nuestros amigos me compadecen con frases típicas, pero a mis espaldas intentan localizarle. Echan de menos salir de fiesta con él. ¿Para qué tanto compadecerme si preferirían ser amigos de quien me rompió el corazón? Así que sí, tú los has dicho: Fran quería estar seguro de que con el otro le iba a ir mejor. Así de fácil.

Unté el último nacho. Lo rebañé bien, para que no sobrara queso.

—Pedro no me dejó. No creo que lo hubiera hecho nunca. Me fui yo. Y aún tuvo los huevos de decir que cómo le podía abandonar así, después de todo lo que habíamos pasado. Le recordé que eso, todo lo que habíamos pasado, era el motivo principal.

—Buf, me duele que Fran desapareciera, pero más me dolería si se hubiese ido como tú, hurgando en la herida.

—No creo que haya una manera correcta de dejar a alguien —dije—. Creo que al final lo que te molesta es que te dejen. El hecho en sí, no la forma o las razones.

—Y a todo esto, ¿por qué dejaste a Pedro?

Mientras devorábamos las hamburguesas, saqué fuerzas para contarle lo que me había llevado a huir a Granada meses atrás. Y así hablando, con Adán dedicándome toda su atención y asintiendo en las partes escabrosas, me di cuenta de que, a estas alturas, hablar de los cuernos era como enseñar fotos al volver de vacaciones: un trámite.

—¡Vaya! Dos cornudos en Granada…

—Pues sí, jaja.

Ya puestos en situación, me atreví, por fin, a contarle todos mis avances en Barcelona. Las pequeñas cosas que a mí me parecían importantes: la soltería recién estrenada, el trabajo en el museo, aunque no fuera lo que había soñado. La mudanza.

—Te envidio tanto —dijo—. Yo sigo paralizado. ¿Sabes que tiene un nombre esto que me hizo Fran? Panteras: no dejan a su pareja hasta que tienen otra nueva, y con ella siguen haciendo las mismas cosas. La misma rutina, los mismos bares. Todo igual.

—Son animales de costumbres, las panteras.

—¿Cómo es capaz de hacerlo? Si yo ni siquiera puedo escuchar

su música.

Para animarle, le conté que yo seguía la estrategia inversa. Que me machacaba con la música de exnovios y rolletes varios. Queen, Roxette, Pet Shop Boys; muchos de mis grupos favoritos tenía que agradecérselos a varias rupturas, de hecho.

—Me paso semanas con su disco favorito, un hartón de llorar, hasta que, cosa curiosa, las canciones dejan de importarme tanto. Les he aplicado nuevos recuerdos.

No le dije que seguía sin escuchar a Madonna, después de Pedro.

—Yo me niego a escuchar la música de Fran. Jamás. Ya te lo he dicho: no fui al musical de Mecano, y mira que me moría de ganas, había amigos dispuestos a acompañarme. Y yo en mis trece: ¿pasarlo mal? ¿Para qué?

—Para *exorcizar* las canciones.

Intenté pronunciarlo bien, casi lo conseguí. Adán sí pudo:

—¿Exorcizar canciones? Qué bonito.

—Si no escuchas la música que te hace daño, le das más poder del que tiene. A ver, saca el iPod. Pon la canción favorita de Fran. —Me sorprendí a mí mismo yéndome a sentar a su lado. Ni lo pensé: me arrimé contra él—. En serio, ponla.

Dudó un primer momento. Luego empezó a desplazarse arriba y abajo del menú, sus dedos daban vueltas a la ruedecilla del aparato. Me coloqué uno de los auriculares blancos y le puse el otro a él. Siempre me costaba encajarlo en la oreja de otra persona. Adán eligió por fin, un álbum de Björk, *Homogenic*. Saltó hasta la última pista.

—*All is full of love* —dijo, para ganar tiempo, pero sin ponerla.

Me adelanté a su titubeo y pulsé play. Mi dedo y su dedo, en distintos puntos de la misma rueda, sintiendo el mismo tacto suave, como de helado.

Sonaron tras un chasquido los primeros compases de la canción y, poco después, aquellos versos: “You’ll be given love, you’ll be taken of”.

En silencio en medio del VIPS abarrotado, disfrutamos de la música, sus ojos en mis ojos, poco a poco dejando de ver en ellos los de Fran, mis ojos en sus ojos, imaginando los recuerdos de Fran que atravesaban su mente ahora mismo, todas las veces que habrían escuchado aquella canción juntos, quizás en el coche o haciendo el amor. Ahora se sumaría esta noche nuestra. Con la mirada, quise decirle que todo aquel amor que Fran no le había dado, intentaría dárselo yo. Que yo sí le cuidaría. Y a medida que los arreglos de cuerdas crecían y Björk repetía a gritos el título, la cara de odio de

Adán se transformó en algo parecido al agradecimiento. Una expresión casi humana, pero solo casi, extraterrestre en el fondo como la cantante en aquella portada. La canción terminó y Adán seguía vivo.

—¿Ves? No era tan terrible. Eres capaz de escucharla.

Volvió a ponerla. Esta vez el botón lo pulsó él. Mi dedo ya no estaba sobre la ruedecilla del iPod.

—Con Mecano no creo que pueda hacerlo —dijo a la salida del VIPS.

Acordándome, por mera asociación de ideas, de los "Dos cines y un par de conciertos" de Mecano, la vista se me fue hacia los pósters del cine que había al lado.

—Vale, pues nada de musicales. ¿Y una peli?

Las últimas sesiones estaban a punto de empezar. Hice un comentario benévolo sobre una comedia romántica, con la esperanza de convencerle, pero él aseguró que no tenía el cuerpo para algo de ese estilo. Consultamos el resto de la cartelera sin encontrar nada que nos apeteciera. Me consolé: de todos modos, el cine nos robaría tiempo de conversación. Ahora me arrepentía de no haber aceptado su propuesta en el restaurante.

—¿Te apetece postre? Tienen cosas ricas.

—No, prefiero no tener que esperar otra vez.

Seguimos paseando. Me pareció que bajábamos: en Barcelona habríamos llegado al mar y aquí llegamos a una red de calles empinadas y kebabs y teatros y plazas donde algunos hombres susurraban entre sombras.

—Lavapiés —dijo Adán—. Como el Raval, pero sin tantos bares para modernos. Pero poco le falta.

Yo confundía barrios. En Madrid eran pequeños y aparecían de golpe, como si los pillaras in fraganti, sin tiempo a vestirse. Barcelona era más predecible, un degradado que perdía un poco de brillo en cada esquina.

—Vivo por allí.

Señaló hacia ninguna parte. Había menos farolas en aquella dirección. A lo lejos, se acumulaba el agua de todos los afluentes, oscura y en calma. Sobre nuestras cabezas, un reloj marcaba cada segundo con sus agujas. Estaba instalado en la pared mejor conservada de una torre a medio derruir.

—Parece *Mary Poppins* —dije—. De repente, los niños salen del banco de su padre y de una calle a otra pasan a un barrio de mala muerte, con esa vieja pidiendo limosna y el perro que les ladra.

Adán rio. Pero no lo suficiente. Yo me habría enamorado al instante de quien hiciera aquella comparación con una película de mi infancia.

Volvimos a subir. Entendí que no iríamos a su casa. Que dábamos vueltas sin rumbo, a la espera de que uno de los dos dijera que tenía que irse. Todavía le podía proponer que subiésemos a mi hotel. Esbocé un plano de la recepción, sopesé estrategias para colar a Adán sin que se diera cuenta el conserje. Sol quedó atrás, Callao quedó atrás, otra vez Gran Vía. Sorteamos las colas que había a las puertas de las pizzerías. No recordaba haberle dicho la dirección, pero Adán me guio hasta el hotel.

—Aquí es —dije.

Con la voz más templada que me salió. En los bolsillos, me sudaban las manos.

—Bien —dijo Adán.

Un matrimonio leía en el vestíbulo como lo haría en el sofá de casa. Más allá, en la esquina del Edificio Telefónica, las putas piropeaban a los chicos que pasaban por delante. Le conté a Adán la advertencia del conserje. Las visitas prohibidas. Esperaba algún comentario picante por su parte. Una invitación a infringir las normas.

—Pero no sé —me adelanté, por si acaso— si los clientes le hacen mucho caso, esta mañana en el pasillo me he cruzado a un par que iban del brazo con una puta.

Pestañeó. Sin entenderme. O creyendo que usaba el comentario del conserje como excusa para no invitarle a subir. Nos estábamos mojando, no nos quedaba nada por hacer y yo no sabía decirle algo tan sencillo como sube, sube conmigo a la habitación, follemos. Empapadas, mis bambas nuevas ya no parecían tan nuevas.

—Vivo aquí —dijo Adán, en cambio, la segunda vez que fui a Madrid.

Se detuvo de repente, como si acabara de recordar que, en efecto, vivía allí, a mitad de una calle cualquiera de Lavapiés, en esa hilera de edificios feos que se disculpaban por estorbar. El portal estaba medio oculto bajo carteles y más carteles de eventos que ya habían pasado de fecha. Dos pasos más allá, una librería-café-galería parecía el único punto de luz en kilómetros a la redonda. Me detuve yo también, sujeté la maleta a contracorriente. El pelo nos cubría media cara a los dos. Esta vez no se trataba de ninguna despedida, yo acababa de llegar y ese fin de semana iba a alojarme en su casa.

Llevábamos meses mensajeándonos casi cada noche, tantos

comentarios y tantos me gustas en Facebook. Me había acostumbrado a despertarme con el zumbido del móvil, tantear la mesita para cogerlo, o mirarlo nada más levantarme. Que nunca me dijera nada importante, pero sonreír al ver que había recibido un whatsapp suyo. Avances a base de emoticonos: algunos besos llevaban corazón.

Hasta que un día, hablando de lo difícil que era encontrar capítulos antiguos de ciertas series, Adán propuso hacer una maratón en su casa y yo, por supuesto, acepté. Peluquería, ropa nueva, y me planté en Madrid.

En la penumbra de su portal, Mordisquitos voló hacia la puerta. Era el llavero de Adán. Mi personaje favorito de *Futurama*, además. Los seguí a ambos hacia la oscuridad de su piso. Cuando él encendió la luz, esperaba un largo pasillo lleno de puertas. En vez de eso, me encontré en medio de un recibidor que también servía de comedor. Varios cuadros y plantas intentaban darle calidez. Desde ahí pude ver la cocina a través de un hueco en la pared, como un cuadro. Dentro apenas cabía una persona, pero la nevera tenía imanes de todas las partes del mundo. Adán corrió a cerrar la puerta de la habitación de Ruth, su compañera de piso, y solo me enseñó la suya.

Tan pequeña como el resto de la casa, pero más desordenada. Había un piano de pared junto a la cama de matrimonio. Mientras Adán se cambiaba, me senté encima de las sábanas revueltas para examinarlo. No entendía de pianos, ni de marcas. No sabía si era bueno o no. Era negro, de madera, eso sí lo sabía, y estaba cerrado, cubierto de partituras y papeles garabateados, un cenicero, un incensario y un par de libros de bolsillo. Una lámpara, incluso. El piano parecía más una mesita de noche que un instrumento. Cayó al suelo un calzoncillo granate. Cerca, muy cerca. Aparté la mirada y vi el metrónomo en una de las estanterías, perdido entre libros y películas.

—Ya estoy más calmado —dije, acariciando la tapa del teclado.

—¿Es que estabas nervioso? Vamos, hombre. Que soy Adán.

—Por eso mismo.

—Qué bobo eres. Ven, que te enseño el salón.

Adán me tiró del jersey. Se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes roja por la que asomaban algunos pelos del pecho. Camiseta imperio, la llamaba Madre. Le marcaba pectorales. Y bíceps. Y músculos que no sabía que existieran. Temblé: su sofá no era muy grande, así que acabaríamos rozándonos.

Enfrente, encima de un mueble abarrotado de libros y cuadernos y muchos DVDs, había una reproducción de un disco de David Bowie. *Low*, se leía entre tanto naranja. Bowie salía de perfil. Miraba hacia la nada, no pertenecía a aquel lugar. Tampoco ese leve olor a coco, quizá el perfume de su compañera.

Adán había colocado, lo noté, un cojín entre nosotros. Rojo, como su camiseta.

—Es uno de mis discos favoritos —aclaró—. No todo va a ser Britney.

—Jaja. Ni música clásica. ¡Qué aburrido sino!

Mis bromas nunca graciosas. Adán se levantó del sofá, el cojín apenas se movió.

—¿Quieres algo? ¿Una cerveza? Tengo cerveza japonesa. Asahi, muy suave. Y también hay sushi, ahora que lo pienso, una bandeja de esas que viene todo preparado. Podemos cenar aquí, ¿verdad?

Entonces, aún creíamos que todo lo japonés tenía que gustarnos. Pero a mí no me gustaba el sushi. Bueno, para ser sincero no lo había probado jamás.

—Tranquilo, ya cenaremos fuera. O pedimos unas pizzas. Me sabe mal que abras la bandeja.

—¿Qué pasa, Leo? ¿No te gusta el sushi?

Sonreí. No sabía si me conocía muy bien o ya se lo había confesado en algún mensaje. Habíamos hablado de tantas cosas que ahora no me acordaba de ninguna.

—Mira, ¿qué te parece esto? Abro la bandeja y pruebas uno. Si no te gusta, tranquilo, me como yo todo el sushi y a ti te preparo un bocadillo, o una tortilla.

Ya iba camino de la cocina. Volvió con la bandeja abierta, un único par de palillos y las dos cervezas. Apartó unas revistas y lo dispuso todo encima de la mesa Lack roja, tan cuadrada y endeble como todas. Abrí mi lata enseguida, por si tenía que quitarme de la boca el sabor a pescado crudo.

Adán se inclinó y dio el primer mordisco, como si yo fuera Cleopatra en el diván y él mi sufrido catador. Luego, sin soltar los palillos, me ofreció otra pieza. Me la acercó. Yo solo veía aquel círculo negro y blanco, el trozo de pescado pálido en el centro. Dudé. Adán, con el profesional empujón de un actor porno, me colocó el sushi sobre la lengua. Cerré la boca, mastiqué. Era blando. Ante la mirada curiosa de Adán, lo tragué.

—¿Está rico? Está rico.

Lo estaba, para mi sorpresa. Blando pero sabroso. A

partir de aquella noche, me gustaría el sushi. Lo asociaría a esa imagen de Adán apuntándome con los palillos.

Brindamos.

—Por el sushi —dije.

Y él añadió:

—¡Por los bloqueos superados!

En el metro, antes de bajarnos en Tirso de Molina, habíamos estado hablando de nuestros bloqueos. Él volvía a componer y yo a pintar. Lo había exagerado un poco: pintaba a ratos, según me apeteciera, garabatos y esbozos, de momento. Nada serio. Pero decir eso, que volvía a pintar, igual que él volvía a componer, me servía para construir puentes entre nosotros.

—Cómo me alegro de que volvamos al ruedo —dijo—, en serio. No podemos dejarlo. Tenemos unos trabajos de mierda. Sin pintura, sin música… ¿Qué nos queda?

—¿Y qué estás componiendo? ¿Una canción?

—La verdad es que todavía no lo sé muy bien. Por ahora compongo estructuras, dejo que vayan apareciendo las notas, las melodías.

Se puso a mover los dedos en el aire, tan gruesos como los recordaba. Quise imaginarme la música, pero no oí nada. Solo el barullo de la gente que subía y bajaba del vagón, el anuncio de la siguiente parada, Antón Martín, ya casi habíamos llegado.

—A un amigo de mi padre le interesa mi música —dijo Adán—. Trabaja en cine, igual puede ponerla en la última película de su productora. No cobraría mucho; nada, en realidad, porque no les va muy bien, por algo prefieren compositores noveles, pero ¿quién sabe?, igual doy la campanada. Te tengo que tocar un trozo.

Pero ahora estábamos en el sofá de su casa y supe muy bien que lo de tocar música no entraba en sus planes. Igual ni siquiera existía aquella pieza, o solo en su cabeza. No teníamos tan superados los bloqueos por los que acabábamos de brindar.

—Te he hablado alguna vez de mi amiga Verónica, ¿verdad? —le pregunté.

—¿La de… Figueres?

Lo pronunció tal cual, Figueres, remarcando la e. Le divertía jugar con las pronunciaciones catalanas, forzarlas para hacerme rabiar o sonreír.

—Cadaqués. Aunque ahora ya vive en Sitges.

—Sí. Cadaqués, es verdad.

—Pues bien, ella está convencida de que el lenguaje afecta a lo que pensamos, a todo lo que nos pasa. Por ejemplo, el

brindis de ahora. Aunque hayas dicho “bloqueos superados”, esos bloqueos, los has pronunciado, siguen ahí. Volverán en cualquier momento.

—Vaya… Qué interesante —No supe si era irónico. Con Adán nunca se sabía—. ¿Y qué debería haber dicho?

—“Por la creatividad recuperada”, por ejemplo.

—Entonces… —Volvió a alzar la lata—. ¡Por la creatividad recuperada!

Reímos, me abrazó. Como el cojín continuaba entre nosotros, se me clavó la cremallera de la funda. Los pelos de su brazo me rozaron el codo.

—Siempre da gusto hablar contigo. Aprendo.

—La teoría es de Verónica.

—Claro, pero a mí me la has contado tú. Es lo que cuenta, ¿no?

Cogí con los dedos otra pieza de sushi. La mordisqueé, sonriendo y soltando algún que otro mmm para remarcar que de verdad me gustaba.

—El de salmón el mejor, de momento.

—¿Vemos una serie? *Pushing Daisies* te va a encantar. ¿O me bajo una peli?

Adán volvió a despejar la mesa para hacerle sitio al portátil. Sin mirar, me dejó la bandeja entre las piernas.

—¿Para qué quieres tantos DVDs, si no tienes tele?

Se encogió de hombros.

—Me hacen compañía, como todo lo demás. Forma parte del exorcismo.

Volvía a pronunciar bien aquella palabra que a mí se me atragantaba.

Al final puso *500 días juntos* porque yo no la había visto y eso no podía ser, dijo. Hizo palomitas. Pudimos masticarlas entre ruidos, sin miedo de que nadie nos mandara callar, nuestras manos enzarzadas en una coreografía para no tocarse. A media película, tuve que luchar para mantenerme despierto. Pestañeaba y los personajes habían cambiado de escenario, del apartamento desordenado a un banco en el parque. Adán fue a buscarme una manta. Cuando quiso sentarse otra vez en el sofá, tuvo que hacerlo en un extremo, porque yo ya estaba medio tumbado.

—¿Te molesto? —preguntó dos escenas después.

—Un poco.

Me salió del alma. No podía decirle que me encantaba calentarme los pies contra sus piernas desnudas. Adán se sentó en el

suelo. Me estiré del todo. Desde mi escondite, le miré a él, sus ojos pequeños y no los de Zooey Deschanel cuando miraba con indiferencia al protagonista. Su perfil azul como si el salón de pronto estuviera bajo el agua. Al final, Adán se cansó de la película o de estar en el suelo. Llevó el bol vacío a la cocina y volvió para darme un beso. En la mejilla. Se iba a dormir.

—¿Seguro que no quieres otra manta?

—Estoy bien así, gracias. Da calorcito.

—Oye, si te entra frío, puedes venir a mi cama. Cabemos los dos. Y tres, incluso.

—O cuatro.

—Lo digo en serio. Hasta mañana, Leo.

—Hasta mañana, Adán.

Me desperté de madrugada, tiritando en el sofá. El portátil continuaba sobre la mesa. Apagado e inofensivo, costaba creer que ese mismo aparato lo usara Adán para escribirme.

Me acurruqué en la manta, que olía a armario y apenas abrigaba. Froté las manos, las calenté entre las piernas. Pensé si Adán lo habría dicho en broma o no, aquello de ir a su cama. Y con qué intenciones. Era muy distinto descifrar en diferido sus mensajes que enfrentarme a las frases en directo. No tenía a Verónica para leérselas y que ella opinara.

—No hay que pensar tanto, hay que lanzarse.

Javi habría dicho algo así en Arena. Así que crucé el comedor, las manos por delante para palpar las paredes. Tropecé con algo. Una caja. Reprimiendo un grito, miré el pie en la penumbra, convencido de que me había roto un dedo. Al fondo, se encendió una luz y Adán apareció por la puerta de su habitación. En calzoncillos. Blancos. Se le marcaba todo.

—¿Buscas el interruptor? —preguntó con una sonrisa—. Anda, ven a la cama.

Le seguí. Mil posibilidades bullendo en mi cabeza. Nos metimos bajo el nórdico. Dejé un espacio prudencial entre nosotros, para que atacara él. Entre nosotros, los cuadrados naranjas y rojos del estampado de IKEA formaban un valle. Aunque me había quedado al borde de la cama, se estaba mejor allí que en el sofá. Más caliente.

Pero Adán apagó la luz. Se acomodó para dormir. Me mordí el labio, dormiría yo también, qué remedio. Y entonces me rodeó con el brazo. Comprendí a tiempo que solo quería usarme de almohada, como en Granada. Mi pijama oficial de los viajes aún era la camiseta vieja del *Drowned World Tour*, y en la penumbra, vi cómo

la mano de Adán tapaba media melena al viento de Madonna. Sus dedos gruesos, sus brazos velludos solo al principio, luego más bien pecosos, los bíceps cada vez más definidos, la barba de dos días, su nariz algo aguileña. Y siempre su boca, que se abría con el vaivén de la respiración y por la que asomaban aquellos dientes demasiado rectos.

La polla me dolía, aprisionada en el pantalón de pijama. Valoré si merecía la pena ir al baño. O sería mejor esperarme. Me aparté un poco. El colchón terminaba en un precipicio. La mano de Adán me siguió. Y entonces le descubrí a él, con los ojos abiertos, mirándome. Tragué saliva. Quizás, a pesar del nórdico, a la luz de las farolas que entraba por la ventana había notado el bulto de mi entrepierna.

—Me acabas de recordar a Fran.

—Por la noche, todos los gatos son pardos.

Me odié por rescatar aquel refrán que no sabía ni de dónde lo había sacado.

—No, es que él también se mueve mucho, ¿sabes?

—Lo siento. Me pasa en todas las camas nuevas. Tengo que acostumbrarme al colchón, pero tardaré solo dos noches.

—¿Te has dado cuenta? Sigo hablando de Fran en presente.

Me acomodé el pijama. Nada me apetecía menos que ponerme a hablar de su ex, pero me gustaba tener el perfil de Adán tan cerca. Notar una vaharada de menta con cada frase que soltaba.

—Tranquilo —dije—, son los primeros meses. Es normal. A mí también me pasaba con Pedro.

Ni a Verónica le había confesado aquello.

—¿En serio? Me gustaría odiarle como me gustaría odiar a Zooey Deschanel en la película. Y mira, a los dos les adoro. Me preocupo por ellos. ¿Soy masoca?

—Yo tardé semanas en llevarme mis cosas del piso de Pedro porque sabía que, cuando lo hiciera, sería el final de verdad. Pasar página cuesta. No te obsesiones.

—No lo sé. Tengo ganas de verle, ¿sabes? ¿Te pasaba eso con Pedro?

—No, porque también se está muy bien solo. Lo descubrí nada más instalarme en mi estudio. Y tú lo comprobarás pronto, te lo prometo.

Se pegó más a mí. Noté los pelos de su pierna a través del pijama. Me encogí y mi erección se hizo más grande. Latía.

—Es que me muero de ganas de verle, Leo.

Pronunció mi nombre como si me leyera el horóscopo.

—No puedes machacarte así. Tú mismo me lo has dicho en mil mensajes. Que sabes que el futuro son muchos caminos…

—…Y en ninguno está Fran. Lo sé, y es así. Pero no le quiero olvidar. Me da miedo. No querría volver con él, ¿eh? Eso tampoco. No, no, Dios me libre.

—Quieres que aparezca para saber por qué desapareció.

—O para decirle te quiero. Se lo escribí muchas veces, claro, casi cada día, pero ¿de viva voz? Nunca. Si se lo dijera… todo sería distinto. Eso creo. Pero nunca se me dará bien decir las cosas que de verdad siento.

—A mí me pasa al revés —dije—. Las suelto demasiado pronto. Y luego tengo que repetirlas sin parar para seguir creyéndomelas.

Un suspiro por toda respuesta. Silencio largo.

—Por cierto, ya me leí el libro.

Esperaba que me preguntase cuál, pero no respondió. Se había dormido.

Por la mañana, me encontré abierta la ventana del salón. La cerré y vi que al otro lado, rasgando el cielo nublado, aún quedaba el rastro de los cohetes nocturnos. Decenas de líneas negras como recordatorio de las oportunidades perdidas. No había servido de nada colarme en su cama. El mismo resultado que en Granada. Nos quedaba todo un fin de semana por delante, veríamos series, iríamos a una exposición de pintores impresionistas en el CaixaForum, al cine para ver una película “de las nuestras”, como le gustaba decir, y me enseñaría el Retiro y el Templo de Debod y tantas cosas de Madrid que yo no conocía. Haríamos de todo y aun así, al final nos despediríamos con la sensación de ser dos extraños. Como en *Atrapado en el tiempo*, una y otra vez se repetiría la misma escena que en mi primer viaje a Madrid. Cuando hartos de mojarnos haciendo tiempo, buscando unas palabras mágicas que no llegaban, dije:

—Aquí es.

—Bien.

—Ahora saldré un rato, llamaré mis amigos —mentí—. Para ver qué hacen y unirme a sus planes, según. Supongo que me llevarán a Chueca.

—Sí, yo también voy a salir. Estamos en lista de una discoteca nueva.

—Qué suerte. Ya me contarás. Nos veremos pronto, espero.

—Claro, tienes que volver. ¿Sale muy pronto el tren?

—A las nueve. Son tres horas de viaje.

—Te dará para una cabezada, ¿no?

—¿Y perderme otra vez la peli del chihuahua?

Pausa. Y entonces, como si le hubieran dado una orden por el pinganillo, Adán soltó:

—Venga, que lo paséis bien con tus amigos. Y buen viaje mañana.

Dos besos en la mejilla y uno visto y no visto en los labios, veintisiete escalones, cinco zancadas de pasillo, algunas lágrimas en la ducha, una llamada a Verónica, seis horas dando vueltas en la cama, otras tres horas de viaje, ninguna cabezada. Ese perezoso "Estamos llegando a Barcelona" que salía de los altavoces del tren y que sonaba como Ana Torroja en *La Fuerza Del Destino*, cuando se le gastaban las pilas al walkman: "Empezamos mal y yo que creía que esto era un buen plan". Jamás volveré a Madrid, pensé entonces, y ya en ese momento supe que no sería verdad. "Quiero estar junto a ti." Quedaban muchos viajes por delante porque, a pesar de todo, aunque no hubiéramos follado, me había llenado hablar con Adán. Mucho. Como si él fuera ese lienzo en blanco donde me gustaría retratarme. A su lado me sentía muy cerca de ese lugar al que siempre había querido llegar.

6 - BARANDILLAS

Durante meses, fantaseé con el primer polvo tras mi ruptura con Pedro. Me convencí de que sería con Adán y que además sería casi perfecto. En cada ocasión me preparaba, me mentalizaba. Ensayaba las frases de placer que soltaría: “Nunca me habían follado tan bien.” Pero todos mis esfuerzos eran en vano. Hasta que un día, desprevenido, me cogieron del cuello de la camisa para plantarme un morreo y la cosa acabó en la cama.

Ocurrió en el cumpleaños de un colega de un amigo de un conocido de Javi. Nunca entendería cómo podía conocer a tantísima gente, si luego tampoco quedaba con ellos al margen de tres o cuatro eventos al año. En cualquier caso, quien de verdad no conocía a nadie en aquella fiesta era yo. Tantas y tantas personas desconocidas brindando por las esquinas de un ático en el Paseo San Juan.

Había agradecido la invitación, la verdad. Llevaba todo el sábado encadenando capítulos antiguos de *Mujeres Desesperadas* y otros recién descargados de *Fringe* que me había pasado Javi. Una de mis maratones cuando quería que el tiempo pasara menos despacio. Segundos, minutos, horas fingiendo que no estaba pendiente del reloj. Pero de vez en cuando, no podía evitarlo: miraba la última hora de conexión de Adán en WhatsApp, consultaba Facebook en el portátil por si las notificaciones del móvil no funcionaban bien. Y nunca llegaba ese mensaje que Adán me había prometido. Según él, tenía que contarme algo importante. Luego sería una tontería. Me hablaría de algún ligue, su última cita aburrida con uno de aquellos tíos que poblaban su muro con fotos sin camiseta y comentarios más directos que los míos. Sí, cuando por fin me escribiera, dolería leer a Adán contándome según qué cosas, pero viniendo de él, incluso todo lo que dolía me hacía feliz. Significaba que él me consideraba algo más que un amigo: un confidente. Nada menos. O quizá me equivocaba, quizás esta vez si fuera algo importante. Le había notado raro en las últimas charlas.

—Anda, que te distraerás —dijo Javi por teléfono—. Y habrá buen material.

—Es que no me apetece.

A punto estuve de contestarle eso. Ya tenía la boca abierta para soltarlo cuando vi en la pantalla la imagen estática de una palmera y no reconocí la serie. En cualquier momento Susan Mayer podía tropezar en medio de un lago helado y la rescataría Peter Bishop con su sonrisa discreta. Se mirarían entre chispazos, pero como eran tan torpes seguro que alguno de los dos terminaría atrapado en otra dimensión. Tan pendiente estaba de Adán, de sus silencios incluso,

que ya ni siquiera disfrutaba de las series que me gustaban. Y por eso pensé que si era capaz de mendigar amor hasta aquel punto, no me costaría mucho más buscarlo en otros sitios.

—¿A qué hora dices que es la fiesta?

Y ahora me encogía de hombros en medio de aquel comedor abarrotado, con un vaso de plástico tan lleno que no podía moverme o lo derramaría. Atronaba por los altavoces *La Revolución Sexual* y sin quererlo tarareé "Va a suceder el verano del amor". Me animé al escuchar algo familiar en medio de aquel ambiente extraño. Verónica habría hablado de señales; a mí me pareció gracioso que aquella fuera la primera canción. En el fondo, no estaba tan mal aquel jaleo. La gente bebiendo, ensanchando sonrisas, haciendo como que bailaba. Incluso yo me notaba con ganas de moverme.

Tomé la decisión de no mirar el móvil en toda la noche, ni siquiera lo sacaría del bolsillo. Tocaba socializar. Me habían presentado a varias personas nada más llegar, varias chicas y algún chico guapo, el famoso material que decía Javi, pero ya no recordaba ningún nombre. Me arriesgaría a acercarme a alguien. Y en esas estaba, arrimándome a una bandeja de Doritos y así tener la excusa perfecta para acoplarme al grupo que charlaba al lado, cuando Javi volvió a por mí. Se le había olvidado, tenía que presentarme al colega de un amigo.

Resultó que yo lo conocía de vista. Era un chico que visitaba a menudo mi museo. Iba siempre con su mochila roja a cuestas y sus gafas rectangulares y su pelo rizado pero no demasiado largo, lo justo para notarse que era rizado. Tomaba notas incluso delante de las paredes blancas. Me preguntaba qué apuntaría. Alguna vez había pensado en saltarme todos los protocolos y acercarme. Pero a menos que se dirigieran a nosotros, teníamos que ser invisibles para los visitantes, así que me limitaba a vigilar de lejos las idas y venidas de su mochila roja, esas tardes que venía a hacer su tesis sobre las paredes blancas de los museos.

Aquella noche, en la fiesta, por fin, descubrí su nombre.

—Héctor.

Tuvo que levantar la voz por encima de La Casa Azul. A pesar del subidón final y los "nanana" que exclamaban todos alrededor, le oí. Era una de esas personas que ya imaginaba que se llamarían como se llamaban. Héctor, cómo no.

—Yo Leo. Encantado.

—Es un buen amigo —acabó de presentarnos Javi.

Creo que ninguno de los dos estuvo muy seguro de si se

refería a Héctor o a mí. Javi nos dejó solos. Soltamos dos ah, dos besos, dos sonrisas de aprobación. Llevaba colonia; en el museo no la llevaba, o al menos yo no se la había olido nunca, claro que tampoco me había acercado tanto como ahora. No reconocí la marca.

—¿Qué tal, te traigo algo? Hay cerveza, hay vino, han traído vodka, ron… ¿Qué quieres? También hay whisky, yo bebo whisky, ¿te apetece?

—Estoy bien servido, gracias.

Le enseñé mi vaso. Por darle continuidad al gesto, bebí un poco. Lo poco que quedaba, de hecho, medio aguado ya. Me lo había terminado más rápido de lo que creía. Ahora sí aceptaría otro, si me lo ofrecía.

—Me suenas —dijo Héctor, mirándome con la ceja levantada—, ¿puede ser? De… ¿dónde?

—Pues… No sé… —Me hice el despistado. Para no quedar como un acosador y para seguirle el juego, por si acaso estaba jugando—. Trabajo en un museo. Uno pequeño…

Y antes de que siguiera expicándoselo:

—¡Ah, sí! Sí. ¿Y qué tal? Qué chollo trabajar ahí, ¿no? Pequeño pero tranquilo. Y muy interesante…

Me tomé como un piropo que fingiera reconocerme. Tan deprisa y tan mal.

—No te creas, sobre el papel suena mejor.

—Tan aburrido que no te queda otro remedio que trabajar, ¿no?

—Pues sí, pues sí.

—Yo voy allí porque… Bueno, estoy preparando un proyecto. Y voy para relajarme. A veces también me da por viajar, pero el museo es más barato.

Me reí, fui a decir algo, quizá preguntarle por cortesía de qué iba su proyecto, pero unas chicas surgieron de la nada.

—Te lo robamos —dijeron entre risas.

Y se llevaron a Héctor a otra habitación. Él no se giró, ni se despidió, para él yo ya no existía. Javi pasó por delante, y sin detenerse me dijo:

—Tengo entre manos un posible polvo. ¡La cosa promete!

Seguro que luego regresaba para pasarme el parte o pedir opinión.

Volví a mi plan original de integrarme entre desconocidos. Se habían formado muchos grupos por toda la casa, pero la mesa del salón seguía siendo la base de operaciones. Me serví otro cubata,

más ron que Coca-Cola. En el bol de los cubitos solo quedaban restos de agua. Un gato saltó sobre la mesa y tiró al suelo varios vasos. Por suerte, eran de plástico y estaban vacíos. Pero tuve miedo de que los demás se pensaran que los había volcado yo. Nadie me miró. Ni siquiera habían hecho ruido. El animal me miró un momento con sus ojos enormes antes de desaparecer.

Los del grupo más cercano hablaban del último vídeo de Lady Gaga. Me puse junto a ellos, como si fuera uno más que había ido a por bebida. Quizá dejarían algún vestido por criticar y ahí yo podría meter baza. Entre los tertulianos, había un chico más mono que el resto. Sus labios sorbían el vaso de sangría como una cuchara de jarabe para la tos. Más que erótico, el gesto me pareció adorable. Se llamaba Guillem, por lo que cacé al vuelo de la conversación.

Me había integrado tan bien que nadie reparaba en mí. Animado por el alcohol, que subía deprisa porque no había cenado, me desabroché el segundo botón de la camisa. Y tras un momento de duda, también el tercero. El chico lo notó y me sonrió, o yo interpreté que sonreía por eso. También podía parecerle gracioso que alguien llamara el momento *Como una ola* a la imagen de Lady Gaga embestida por la corriente.

Y entonces empezó a sonar *Bad Romance* y todos colocaron las manos en forma de garra. El chico que quizá se llamara Guillem dejó el vaso a un lado y se unió a ellos y dijo que esa sí era buena y yo, por no desentonar, me dejé llevar por la euforia colectiva, repetí sílabas, coreé todos los “oh-oh-oh-oh”, grité aquellos “I don’t want to be friends” hasta desgañitarme. Era divertido amoldarse al resto, pretender que solo cantaba esas frases por diversión. Pronunciábamos como si fuéramos rumanos y estuviésemos más borrachos de lo que íbamos. Al terminar la canción, todos aplaudimos, aguardando al siguiente tema que saliera de los altavoces.

No hubo tiempo. Alguien apagó la música y nos convocaron a todos en la terraza. De todas las habitaciones salió gente, de golpe nos apelotonábamos cincuenta personas ahí fuera. La cola del gato de antes se escurrió entre las cortinas. Yo había perdido de vista a Guillem. En un rincón, Javi cuchicheaba con dos chicos en un sofá improvisado: cuatro cojines que habían repartido por el suelo. Risa tras risa, echaban mano de un bol de ganchitos y se los daban de comer entre ellos. Se lamían los dedos naranjas.

Por instinto, nos fuimos amontonando entorno a una tarima de madera que antes no estaba, así que tenía que significar algo. Nuestros murmullos, cohibidos por la ausencia de música, acabaron

por extinguirse. Ya solo se oía cómo la lluvia retumbaba contra el toldo.

Pronto subieron tres chicas a esa especie de escenario. Sus tacones apenas hicieron ruido porque el tablón no era mucho más grueso que los que serrábamos en clase de pretecnología, en el colegio. A ellas las había visto por la fiesta, pero ahora no distinguía cuál era cuál: se habían arreglado con el mismo maquillaje exagerado, las mismas faldas cortísimas con estampado de topos y el mismo pañuelo, también de topos, atado al cuello. Solo el peinado las diferenciaba: una llevaba moño, otra, coletas y la última, bucles. Parecían pin-ups de los años cincuenta.

La rubia, tan rubia que quizá fuese sueca, enchufó un reproductor de música y pulsó play. Sin previo aviso, como autómatas a los que hubieran dado cuerda, se activaron las tres al mismo tiempo. Empezaron a cantar encima de un alegre instrumental. Repicaban sus zapatos de tacón sobre el escenario, movían las faldas al unísono.

—¡Vaya! Pensaba que eran cuatro…

—La otra se esfumó sin decir nada.

—Míralas qué monas, se atreven con un número nuevo.

Eran graciosas. Cómo gesticulaban, sobre todo. Abrían al máximo bocas y ojos, como si a ellas les sorprendiera más que a nosotros eso de estar ahí delante cantando. Parecían el número musical de una película de Tarantino antes de que unos matones irrumpieran en la fiesta y nos descuartizasen a todos. Entre el público, creí ver a Guillem hablando con Héctor. No quería que me descubrieran mirándoles y por eso devolví toda mi atención a las chicas. Me uní a los vítores del público y aplaudí cuando tenía que aplaudir, sujetando con los dientes el vaso aún medio lleno.

Terminada la canción, las cantantes pidieron tres voluntarios. Uno de los chicos con los que estaba flirteando Javi saltó sobre los tablones, pero faltaban dos personas más. Todos nos pusimos a estudiar los vasos o las paredes o el toldo.

—Venga, que es divertido.

—No hay que hacer casi nada, nosotras cantamos y os guiamos.

—Me levantaré la falda si subís.

Nos reímos porque a la mayoría nos gustaban los hombres y ella lo sabía. Por eso se sentía cómoda para bromear así, de hecho. Pero se apagaron las risas y seguía sin subir nadie al escenario. Por fin, las chicas se abalanzaron sobre el público y arrastraron de la mano dos *voluntarios*.

Uno de ellos era yo, me di cuenta ya de camino al escenario, todos mirándonos con curiosidad y cachondeo. Nos jaleaban. Me volví a abotonar la camisa hasta arriba. Odié a Javi por haberme invitado a la fiesta. Él silbaba, encantado, pero le hacía más caso a su ligue. Entre tanta gente, no encontré a Héctor ni a Guillem, pero seguro que estaban viéndome también. Sudando, seguí las instrucciones de la chica que me había cazado y coloqué una mano sobre su cintura.

Empezó una cancioncilla swing sobre una chica enamorada del malote Johnny. Me sonaba de algún anuncio. De cerca, impresionaba aún más ver cómo las chicas se trasformaban en muñecas hinchables con ojos y boca abiertos de par en par. En algún momento, el disfraz y el maquillaje se habían vuelto reales. Los chicos solo teníamos que balancearnos al ritmo mientras ellas se esmeraban en cantar y bailar. Saltaban, toc-toc los tacones, las faldas de las tres nos rozaban los tejanos. Querían gustar. Hacia el final, se agacharon. Las tres cabezas delante de nuestras entrepiernas. “Oh Johnny, oh Johnny” seguían cantando ellas, y nos miraban desde abajo. Los aplausos del público se incrementaron, también las risas.

Encontré a Héctor entre la gente, pero él devoraba con los ojos a otro de los voluntarios, el chico de mi derecha. Era guapo, o mejor dicho morboso: moreno, lleno de piercings y pequeños tatuajes, no muy alto, gestos robóticos al bailar; de alguna manera, todo eso lo hacía aún más atractivo. El deseo de Héctor encendió el mío y sin dejar de mirar al chico tatuado, bailé con más ganas, chasqueé los dedos. Ahora ya nos habíamos aprendido el estribillo y lo tarareábamos, de puro repetitivo se enganchaba.

Cuando terminó el número y los aplausos se desbordaron, salpicados de risas y silbidos entusiastas, tuvimos que hacer varias reverencias. Los chicos las exageramos como si perteneciéramos a la corte de Versalles, pero a ellas de verdad se las notaba contentas de que el número hubiese triunfado. Me despedí de mi compañera y entonces, al pasar del tablón de madera al suelo granate de la terraza, noté dos golpecitos en la espalda. El chico de los tatuajes. Una sonrisa traviesa, con ese toque casi infantil de quienes se sabían atractivos pero no querían usarlo como arma.

—¡Buenas! Soy Raúl —se presentó.

—Yo Leo. Encantado.

Me dio solo un beso, cerca, muy cerca de los labios. El perfume dulzón de su colonia Jean Paul Gaultier no pegaba nada con esa pose de niño malo.

—Vaya suerte la nuestra —dijo—, con el número.

—Pues mira, al final no lo he pasado tan mal como creía.

Volví a desabrocharme los primeros botones de la camisa. Como si no me diera cuenta de que lo hacía. Los demás invitados se servían alcohol a espuertas, merodeaban otra vez los boles con Doritos y unas bandejas de canapés que yo aún no había probado. Raúl me ofreció su copa. Contenía algo demasiado oscuro para ser Coca-Cola. No pude decirle que no me apetecía porque tenía el vaso vacío y mucha sed.

—Vodka negro con limón —dijo—. Está bueno.

Primero me mojé los labios, como mi abuela con el champán, que solo bebía por cumplir, o eso decía, porque en las fiestas no dejaba de levantar la copa para que se la llenaran. Luego di un sorbo más generoso.

—Pues sí, está bueno. Gracias.

—Deja la lengua azul —Me enseñó la suya y se acercó a mi oreja —. No pasa nada, ¿verdad? Ahora los dos la tendremos azul.

El tufo a alcohol eclipsaba el de su perfume. Iba borrachísimo. Busqué la botella de vodka negro en la mesa de las bebidas, seguro que ya estaba medio vacía. Como yo no decía nada, él siguió hablando, frotando ahora su cuerpo contra el mío. Tuve que clavarme en el suelo para que no me derribase. Claro que igual era su intención.

—He visto cómo me mirabas antes, en el baile. Vamos a casa.

El alcohol y el calentón y las ganas de demostrarle al mundo de una vez por todas que yo no era ningún mojigato, me llevaron a abrir la boca para decir vale. Raúl se adelantó con un morreo torpe. Y sin separar sus labios húmedos de los míos, su aliento de vodka negro penetrándome la garganta, soltó:

—A mi novio también le vas a gustar, le gustan los pasivos tímidos, le gusta follaros hasta que gritáis y os corréis sin tocaros.

—Ah. —Me aparté—. La verdad es que, mira, ya he ligado y bueno, tendré que irme con él. Y mañana madrugo, además. Pero gracias. —Añadí—: Me halagas.

—Ok. Como quieras.

Raúl se alejó. Medio segundo y ya buscaba a otro para ofrecerle su vodka negro con limón.

—Así son las cosas —decía Javi cuando le ignoraba un tío en la discoteca.

Y yo le devolvía su vaso, le animaba, suerte que aquí las canciones siempre hablan de autoestima, le decía, porque había que ser muy fuerte para aguantar tanto desprecio. Pero en la fiesta, aún

no habían vuelto a enchufar la música.

Fui a por otra bebida. Había perdido la cuenta de cuántas copas llevaba encima y empezaba a arrastrar las sílabas, pero aún caminaba en línea recta. Más o menos.

Dentro, se habían dividido en grupos. Unos debatían de cine soviético, otros acerca de las injusticias de la guerra. Leían con entusiasmo los datos que acababan de buscar en Wikipedia, alzaban la voz para demostrar que opinión estaba más fundamentada que la de los otros.

Al verles trastear con los móviles, les imité y saqué el mío del bolsillo. Le mandé un whatsapp a Adán. "Estoy en una fiesta estupenda en casa de un amigo de Javi. Ojalá estuvieras aquí. Acaba de sonar Mecano." Era mentira, pero así me aseguraba una respuesta cómplice. Esperé dos, tres minutos. Nada. Cansado de que no aparecieran las dos rayas azules, volví a guardar el móvil. Luego fingiría ir muy borracho y así tendría la excusa para soltarle alguna indirecta. Mal escrita, eso sí, por disimular.

—¿Cómo va? —preguntó Héctor—. Por cierto, menudo bailarín estás hecho.

No le había visto llegar. Levantó su whisky con Coca-Cola y brindamos sin que llegaran a tocarse los vasos. Sus gafas brillaron.

—Bien, bien. Voy conociendo gente.

—¿Sí? Qué suerte la tuya. Como todos se han traído a amigos de amigos, no conozco ni a la mitad.

Iba a decirle que yo también era uno de esos amigos de amigos, pero entonces Héctor saludó a alguien a lo lejos y me palmeó el culo a modo de despedida.

—Bueno, nos vemos ahora. Diviértete.

De espaldas, sin la mochila roja que llevaba en el museo, me recordó a Adán la primera vez, cuando todavía no lo conocía y se marchó del Mirador de San Nicolás. Su culito, el culito de Héctor, prisionero en aquellos pantalones a rayas demasiado elegantes, casi de boda. Alejándose en línea recta, decidido, por el pasillo, teniendo muy claro qué quería lograr y qué puertas abrir.

Empezó a sonar *Nothing Really Matters* de Madonna. Una canción extraña para una fiesta. Y una de las favoritas de Pedro, también. "Because of you…" Estaba en el único disco que me llevé de su casa y de hecho, era la primera vez que la escuchaba desde entonces. Temí por un instante que él estuviera allí, invadiendo mi territorio. Para huir de tales pensamientos, me dio por fantasear con un futuro con Héctor. "Nothing takes the past away like the future." Aquella podría ser nuestra canción. El

resumen de tantas casualidades: paso a paso, siguiendo las señales nos habíamos encontrado. Del museo a esta fiesta, nuestras piezas encajarían. Así debió de sentirse Ted Mosby al conocer por fin a la madre de sus hijos. Me reí por lo absurdo que era todo. “Love is all we need…” Volví a mirar el móvil. Nada de Adán. Tenía cobertura, quedaba batería de sobras.

Una carcajada femenina me devolvió a la realidad. Junto a la puerta de la terraza, varias chicas iban pasándose un porro mientras se reían de todo. Vi entre ellas al chico que podía, o no, llamarse Guillem. Se le veía desubicado ahora. Me abrí paso como pude entre la gente, algo de bebida se me derramó en la camisa, la sacudí rápido, como si así ya no se fuera a ver la mancha. Llegué hasta Guillem y él me dedicó una mirada entre desconfiada y expectante. Entendí que antes tampoco me había sonreído. Solo me lo había parecido. Y de todas las cosas que había pensado que le podría decir, dije:

—Hola.

Y él fue lo bastante educado para responderme a ese hola con otro. Pero ya sin mirarme. Al poco, se fue. Dio una última calada y yo me quedé ahí, cachondo perdido. Le cedí mi turno a la siguiente chica.

—¿No te apetece?

Lo que me apetecía era follar. Por fin. Follar con alguien que no sería Pedro, ni Adán. Alguien nuevo. Me moría de ganas, sí. Tenía que darle las gracias a tanto alcohol. Cuánto me había reído de Javi cuando decía que jamás podría pasar más de veinticuatro horas sin sexo y ahora, en medio de la fiesta, se me cortó la risa, porque incluso yo tenía un límite. Sonaba una canción en francés que ponían en todas partes y a mí me evocaba el final de una verbena, cuando ya ni los músicos tocaban bien. Quizá por culpa del olor a porro, empecé a marearme.

—Bueno, bueno —Javi llegó copazo en mano, meciéndose con la música—. ¡Madre mía! Cómo te comían la boca hace un momento…

—El tío iba borrachísimo. Me ha cortado el rollo.

—Hijo, haber aprovechado. Ahora a por otro. El nivel está alto, no me digas que no.

Los observé de reojo. Todos reían muy fuerte, como para demostrar que se divertían más que el resto. Los chicos movían sus peinados de bailarín de Kylie, llevaban camisetas de tirantes para resaltar sus bíceps ganados en el DIR. Héctor, Guillem y Raúl daban vueltas por alguna parte. Ellos también eran así. Intenté sonreír, integrarme. Quería formar parte de aquella fiesta eterna y

sentirme una pieza de algo.

—Sí. No está mal el material.

—Oye —Javi me miró muy serio—. ¿Ya estás pensando en Adán? Te lo tengo dicho: haz tu vida. No follasteis en Granada y no follaréis nunca.

Eso opinaba también Verónica.

—Si hubiera tenido que ocurrir, ya habría ocurrido. Dices que él saca lo mejor de ti, pero ¿dónde está eso? Porque yo no lo veo. Solo piensas en él, solo hablas de él, solo haces tiempo hasta volver a saber de él. Espabila, coño. No eres imprescindible en su vida, pues que él no lo sea en la tuya.

Pero no me gustaba escucharla, prefería echarle más azúcar al té, removerlo hasta que se enfriaba y podía bebérmelo de un trago. Durante todo el proceso, yo continuaba hablando de Adán, aunque supiera que mis amigos estaban cansados de oírme. No sé si ellos entendían que aquellas palabras, aquel darle vueltas a la misma no-historia, analizando cada pequeño avance que yo creía ver, era lo único real que tenía. A fuerza de repetirlo, lo moldeaba a mi antojo, como un escultor condenado a dar golpes en el mármol sin hallar nunca la forma exacta que intuyó al principio. Hablaba y hablaba, encantado de enredarme en mi fantasía, y solo me daba rabia ser consciente de que Adán, en Madrid, no hablaría de mí con nadie, o que si alguna vez lo hacía, sería como de pasada, sin invertir ni una décima parte de la energía que yo gastaba hablando de él, sabiendo de él, buscando su nombre en Google, incluso, para encontrarle en otra red social que ya no utilizaba pero donde de repente yo encontraba un tesoro, una foto antigua o un dato que me revelaba otra faceta suya. Sí, me había convertido en alguien cansino y era incapaz de frenarlo.

—Oye, Javi. ¿Tendrán infusiones en esta casa? Necesito una.

—Ven conmigo, anda.

Javi me arrastró hasta un sofá, uno de verdad, donde le esperaba la misma pareja de antes. Hacían manitas. Tan tiernos que parecían ahí, no podía imaginármelos luego en pleno trío.

—Chicos, este es Leo. Dejadle un hueco, que va fatal.

Me senté como pude, entre ellos. El queso del sándwich.

—¿Es tu novio?

—Qué callado te lo tenías.

Era lo único que les importaba. En cuanto descubrieron que solo era un amigo, desaparecí de su radar. Javi intentó incluirme en esa conversación sobre los lavabos de las distintas Arenas. Los de Arena Madre, al parecer, eran más aptos para follar.

—¿Verdad, Leo? —me preguntó Javi.

Y yo, que jamás había follado allí dentro, bastante me costaba mear, asentí. Los otros dos asintieron con más energía. Debían de ponerse las botas en esos lavabos. Para cuando pasaron a analizar los de Metro, según decían tan asquerosos que muchos preferían aguantar y mear en casa, la parejita ya se había recolocado para que Javi pudiera sentarse encima de ellos. Les sobó los tatuajes de los brazos. Yo ya no era el queso sino las migas en el rincón.

Trasteé con el móvil. No acertaba con los dedos, pero si les daba por mirarme, quería que me vieran ocupado. Intenté sin éxito escribir a Adán. Cuando dejé de saltar de una aplicación a otra, me descubrí solo en el sofá. Dos chicas esperaban frente al baño, llevaban los bolsos colgando. Ya no sonaba música. Solo se escuchaba el run-rún de varias despedidas desde el pasillo. En la mesa, la mayoría de platos estaban vacíos. En uno, flotaba por el líquido amarillento una oliva solitaria; otro tenía el mismo montón de patatas light que al principio. Para qué las comprarían, si nadie las probaba nunca. Tampoco tenían tan mala pinta.

—¿Sigues con hambre, o qué?

Una pregunta y una risa. Era Héctor. Héctor de frente. No se parecía a Adán ni tampoco llevaba la mochila roja, pero estaba guapo, con sus rizos cortos y sus patillas y sus gafas. Recogió los platos mientras tarareaba *La Revolución Sexual* y sentí un destello de asco por aquella indirecta tan poco sutil. Como haciéndose el loco pero obligándome a ser cómplice. Me gustó más cuando cambió el canturreo por una cara viciosa. Sin máscaras. Apagó la luz del comedor y todo quedó en penumbra, como en una tienda de campaña. Ya no quedaba nadie más aparte de nosotros. Se aproximó al sofá, sin llegar a sentarse.

Me levanté cuando lo tuve cerca y el mareo fue en aumento. Volví a sentarme. Volví a levantarme.

—Se han ido todos —dije. Quizá hablando aguantaría de pie.

—Sí. Tú y yo somos los últimos.

—Pues nada, tocará irse.

—¿No te quedas? Mañana viene mi madre a comer, pero puedes quedarte un rato más. Te invito.

Era su casa. Era quien había organizado la fiesta. El cumpleañero. Por eso Javi me lo había presentado nada más llegar.

—Me llamo Leo —dije. Pero eso ya se lo había dicho antes.

—Y yo Héctor. ¿Te acordabas?

Me agarró del primer botón aún abrochado de la camisa y me acercó a su cara y me plantó un morreo tan bien dado

que parecía que no estuviéramos borrachos. Ni siquiera nos estorbaron sus gafas.

Luego se descalzó. De repente ya me encontraba mejor así que le imité y fui tras él cuando me guio hasta el balcón. El suelo estaba más frío que en la terraza, pero desde allí se veía parte de la Sagrada Familia, cuatro torres fantasmagóricas tras el telón de lluvia. Entre los andamios y la iluminación nocturna, parecía una nave espacial a punto de despegar.

Las sillas de mimbre crujieron al sentarnos y enseguida los cojines nos humedecieron la ropa. Ya no estaría cómodo hasta quitarme los calzoncillos. A los pies de nuestro balcón, a punto de convertirse en un lago, los patios comunitarios recibían con resignación las cascadas que se desbordaban desde los tejados. De alguna parte, Héctor sacó una botella de ron y otra de Coca-Cola.

—¿Me los acercas, por favor?

Señaló un par de vasos de cristal que había debajo de mi asiento. Se los di. No me atreví a preguntarle qué hacían junto a unas macetas sin plantas.

—He corrido mucho, ¿verdad? Con el beso.

—¿Cómo? No, no. Besas muy bien.

—Por cierto, ¿qué te has llevado a la boca?

No le entendí. Sus manos eran un lío de manipular botellas y tapones y vasos.

—Tu lengua —dijo—, ¿a qué viene que la tengas azul?

—Ah, es por el vodka negro.

—Está mejor este ron —sonrió.

Me pasó el combinado que acababa de preparar. Dejé que me echara un par de cubitos. Tampoco le pregunté por qué ya no bebía whisky como antes.

—Le das demasiadas vueltas a las cosas.

Verónica tenía razón. Igual se le había terminado la botella de whisky, fin del misterio. Así que levanté el vaso, sin más, y brindé con Héctor. Tan fuerte que el choque rebotó por todo el patio de vecinos como la bocina de un barco al llegar a puerto. Aunque el cubata estaba muy cargado, disimulé la mueca.

Se escuchó a lo lejos, camuflado con la tormenta, un rugido. Una línea de fuego cruzaba las nubes grises y naranjas. Era un cohete, pero por un momento creí que la Sagrada Familia cobraba vida: el aparato tenía la forma de las torres. Contuvimos la respiración durante un minuto o dos. Sin beber. Ni movernos. El cohete no explotó. Al poco, se elevó otro, que tampoco explotó.

A finales de verano, despegaban más cohetes de lo habitual, a

menudo varios a la vez. Como una lluvia de estrellas fugaces que, por llevar la contraria, ascendían hacia el cielo. La gente aprovechaba esa época para pedirle un deseo a cada cohete, pero en ese momento, borracho como iba, no se me ocurrió ninguno. También decían, me acordé luego, que cuantos más cohetes veías junto a alguien, más próspera sería la relación. Tonterías que hacían gracia hasta que te agarrabas a ellas en busca de otra señal.

—¿Cuántos habrán enviado ya?

Lo preguntó Héctor. Yo me encogí de hombros. Ningún deseo y ninguna respuesta. Seguimos mirando hacia adelante, a la espera de otro cohete. Más altas que las torres de la Sagrada Familia, había varias grúas. Parecía que estuvieran ahí para demoler el monumento, no para terminarlo. Si es que lo terminaban algún día. Abajo, en el patio, dos delfines retozaban como pronto lo haríamos nosotros. Me pregunté si soltaríamos los mismos sonidos, si también resbalarían nuestras pieles al rozarse. Durante un rato, los dos bebimos en silencio porque después de su morreo quedaba ya poco por decirnos. Todo aquello era un mero trámite, en realidad.

El gato de antes apareció de la nada y se enroscó en los pies descalzos de Héctor. Enrolló la cola en sus pantalones a rayas, mucho más cómodos que mis tejanos.

—Es de una vecina —dijo, como excusándose por la irrupción del animal—. ¿Crees —empezó a preguntar— que algún día dejará de llover? ¿Lo conseguirán a tiempo?

Sentí que tenía que responder, ahora sí. Héctor había preguntado lo que nadie se atrevía a preguntar jamás. Removí mi bebida mientras buscaba las palabras correctas, si es que las había. El vaso no hizo ruido porque los hielos se habían derretido. Solo se escuchó el ronroneo de aquel gato.

—Me gustaría pensar —dije al fin— que un día, antes de la tormenta, alguno de los cohetes que no explotan cruzará el espacio, ese espacio que en el colegio nos enseñaban que había más allá de las nubes, y no tendrá ninguna avería y llegará a un planeta donde nunca llueve.

—Y podremos vivir tranquilos en ese planeta.

Los dos sonreímos como bobos. Y eso que en nuestros veintinueve años de vida habíamos visto explotar demasiados cohetes como para seguir creyendo en un final feliz. Sin dejar de acariciar el gato, Héctor me observaba a través de sus gafas. Le daban aspecto de científico; de hecho, vestía como lo haría un científico en su día de fiesta. En ese balcón, con todos esos patios inundados a nuestros pies, supe que, si alguien tenía que descubrir

una manera de que dejase llover, sería él. Héctor. Me lo imaginé subido a su cohete, colocándose el casco de astronauta como un príncipe se colocaría la corona que le convertirá en rey. Su mochila roja antes de cerrarse la compuerta.

El tercer cohete explotó.

Y esta vez, envalentonado por ese último cubata cargado, fui yo el que se abalanzó. El gato huyó de un salto. Me senté encima de Héctor, lo morreé, le desabroché la camisa. Palpé su pecho. Áspero, el vello recortado a medias. Reseguí los pelitos que bajaban en torrente hasta su ombligo.

—Pensaba que no atacarías nunca —dijo él—. ¿Pasamos a mi habitación?

Ya en su cama, de inmediato sacó el lubricante y un condón. Ni siquiera nos había dado tiempo a desnudarnos del todo. Y yo que no recordaba en qué cajón de la mesita tenía guardados los míos.

Héctor tiró el pantalón al suelo, se había quitado también las gafas, y soltó:

—Métemela.

Y eso me dispuse a hacer. Me acordé de Raúl, el chico tatuado y de su novio al que le gustaba follarse a los tíos hasta que gritaban. No se me debía notar tanto que con Pedro me había pasado siete años siendo pasivo, si Héctor me esperaba a cuatro patas, con los ojos cerrados, a la espera.

Tanto que me había costado ponerle cara al chico que llegaría después de Pedro y ahí estaba. De espaldas, pero real. Podía agarrarlo por las caderas, si quería. A saber con cuántos se habría acostado ya Pedro desde que lo dejamos. Ahora llegaba mi turno de pasar página. Lo de Adán solo había sido esa frase que saltaba al hojear un libro, ni siquiera la recordaría cuando llegara por fin a esa parte de la historia.

Dejé el vaso en la mesita, me bajé los calzoncillos. Cogí todo el instrumental. Chof-chof, hizo el aplicador del lubricante. Un olor a chicle barato, porque era un lubricante nuevo, de maracuyá o guaraná, algo así. Y era demasiado líquido, también, como el helado deshecho que se escurría entre el pulgar y el índice y tenías que lamerlo. Pero aquello no pensaba lamerlo. Apliqué un poco en el esfínter de Héctor, que palpitó al notar mi dedo, y luego yo me apliqué otro poco.

Entonces recordé que no me había puesto el condón.

—Ay —dije.

Como aquella vez que fui al hospital a visitar a una amiga de

Madre. La mujer acababa de pasar por quimioterapia y nos exigían que entráramos en la habitación con mascarilla. Me puse la bata, las bolsas encima de los zapatos, me lavé las manos, me puse los guantes, y entré y ella saltó al verme, la mascarilla, exclamó, y salí gritando.

—Ay.

Mis dedos húmedos resbalaron al abrir el sobre del condón. Lo coloqué mal. Quedó aire en la punta y se hinchó como una anémona. Intenté aplastarla. No había manera. Lo volví a intentar. Esta vez sí, quedó bien colocado. Más o menos. Héctor seguía esperando, sin enterarse de mi tardanza. Fingía muy bien o estaba muy excitado. Apunté hacia su agujero, apreté y mi polla se dobló. Segundo asalto, segundo doblez. Había olvidado aquella opresión.

—Lo siento —dije.

Héctor resopló.

—Ya te lo hago yo.

Se levantó para encender una lámpara de lava. Llevaba la entrepierna rasurada como los actores porno y al verlo, me avergoncé de mi mata de pelo salvaje. Corrí a buscar la almohada. Me la puse debajo. Recordaba que así dolería menos, o al menos entraría más fácil. Si es que servía de algo esa almohada, tan fina como las del tren nocturno a Madrid. Entre eso y los nervios, nunca podía dormir en los viajes.

Héctor abrió un condón. Ensanchó la base para colocárselo y lo deslizó con la facilidad de quien salía a navegar cada mañana. Otra vez chof-chof, me apliqué lubricante con diligencia y me limpié la mano con las sábanas.

Intenté imaginar movimientos que podía ejecutar, me esforcé en respirar a un ritmo normal. Recordé que tenía que levantar las piernas: las levanté, las separé un poco. Mis piernas haciendo malabarismos en el aire.

—¿Te apetece, o qué? —preguntó.

—Estoy muy borracho, pero sí, sí.

La punta gélida atacó mis entrañas y, como acto reflejo, mi polla se desinfló. Me la tapé con la mano derecha, pretendiendo que lo hacía para que él estuviera más cómodo. Gemí. Pero no sonó a gemido de placer. Me acordaba de todas las veces que fallé durante los tríos con Pedro, tantos ojos clavados en mi entrepierna flácida. Con cada embestida, la cabecera de la cama golpeaba la pared, clac-clac, los huevos de Héctor chocaban contra mí, clac-clac.

—Probemos otra postura —dije.

Él asintió, se tumbó en la cama, recolocó la almohada bajo su cabeza. Su polla era un mástil que ni la peor de las tormentas doblegaría. A horcajadas y arrancando chirridos del colchón, me ensarté en ella. Lo justo para que no doliera pero que tampoco se saliera, o tendríamos que volver a empezar.

En la mesita estaban nuestros vasos y el bote de lubricante y la caja de condones y un bulto extraño. La funda de las gafas, lo identifiqué al fin. Qué aplicado era Héctor, que se había tomado la molestia de guardar las gafas en su funda. Ahora, sin ellas, no parecía tan científico. De vez en cuando, me embestía con especial fuerza y soltaba un gruñido por el que le habría reprendido en el museo.

El sexo dolía, pero no era difícil. Bastaba con imitar a los perros. Y con dejarme hacer. De hecho, podría haberme quedado así el resto de la madrugada. Pero pensé que todo terminaría antes si yo ponía de mi parte, así que agité las caderas arriba y abajo. Sin tener claro si se me notaba apasionado o solo borracho.

—¿Estás bien? ¿Te gusta así?

Las preguntas me desconcentraban. Héctor se irguió de repente, me abrazó y, cuando fui a besarle, porque eso me pareció que quería, desvió la cabeza para morderme el pezón derecho. Nada del típico mordisco juguetón. Me clavó los dientes. La doble dentadura de *Alien* disparada contra mi pecho.

—¡Au, au! ¡Joder, para!

—Jajaja.

Con cada grito, llegaba un nuevo mordisco. Héctor siguió penetrándome y me arañó la espalda y la luz de la lámpara nos convertía en una única sombra que reptaba por la pared, y yo lo único que podía hacer era gemir, gemir cada vez más débil, como los últimos ciclos de la secadora.

—¿Paramos?

Aunque supe que era una pregunta de cortesía, le contesté que sí.

—Estoy un poco mareado.

—No pasa nada. ¿Puedo correrme en tu cara?

Asentí demasiado deprisa.

Se quitó el condón y sujetó en alto su polla. Me acomodé. Empecé a chupársela. Ahora sabía a plástico y olía al lubricante tropical. Era como comerse el envoltorio de la piruleta y no la propia piruleta. Pero no iba a despreciarla a estas alturas. Pensé en Javi. Me pregunté si al menos él estaría disfrutando de su trío. Y mi lengua subía, bajaba, de lado a lado, mecánica. Solo a ratos

cambiaba de ritmo, porque una vez, en el instituto, fisgando la revista Nuevo Vale de una compañera, leí que convenía variar los movimientos de la lengua, para que las terminaciones nerviosas del glande no se insensibilizaran. Mover la lengua en forma de ocho. Como un Calippo. A lo loco.

Salté al notar algo hurgándome el culo. Esperando encontrarme al gato, me asustó ver el pie azul de Héctor. Su pulgar tocándome otra vez. Y Héctor sonreía. En fin, si eso le excitaba y así acababa antes, bienvenido sería. Mi flacidez ya no iba a remontar, de todos modos. O eso pensaba. Como un contorsionista profesional, Héctor agarró mi miembro inerte entre el pulgar y el segundo dedo, empezó a agitarlo y por fin la sangre fluyó como tenía que fluir. Retomé la mamada con más ganas.

—¿Paro?

—¡Ni de coña!

Héctor sonrió, su orgullo hinchado por haber salvado la situación. Llegado el momento, me apartó para masturbarse a su antojo. Los suspiros se aceleraron. Acerqué la mejilla y mientras esperaba me fijé en una moneda de dos euros que había en el suelo, entre toda nuestra ropa revuelta. El suelo parecía un tablero de ajedrez, con sus baldosas gris claro y gris oscuro, ese tipo de suelos antiguos de Barcelona que, según Madre, al momento de fregarlos ya se veían sucios. La moneda era una ficha diminuta encima de una de las casillas más claras del tablero. No sabía si era mía o de Héctor, pero pensaba cogerla luego. La necesitaría para el taxi.

El semen tibio de Héctor se deslizó por mi mejilla. Goteó hasta el rectángulo oscuro que enmarcaba su pubis. Acto seguido, sacó de la nada un paquete de kleenex.

—No ha estado mal, ¿no?

—Gracias —dije, refiriéndome, claro, a los pañuelos, no al líquido que se escurría por mi cara.

Me limpié la mejilla. Me limpié el cuello. Le limpié a Héctor la entrepierna. En total gasté tres kleenex, que dejé en el suelo, cerca de la moneda, pero no la cogí. Primero me vestiría.

Y entonces Héctor me abrazó. No esperaba algo así. Me apretó tan fuerte contra él que tuve que doblar las rodillas para amoldarme a su postura. El sudor que le cubría el cuerpo se iba enfriando como escarcha, y también las sábanas. En mis pezones, palpitaban las mordeduras de antes. Mi erección estaba atrapada contra el colchón. Yo aún no había terminado. Pero no dije nada.

Acaricié otra vez su pecho e imaginé el tacto que tendría si no estuviera depilado, cómo me enredaría con sus pelos cruzando de

un pezón a otro. Ronroneó. Como el gato. Que era de la vecina, recordé. Era un sonido al que me podía acostumbrar.

Había fotos de montañas repartidas por las paredes de la habitación, mapas geológicos con chinchetas de colores por doquier, fotos de ruinas en el fondo del mar. Y la mochila roja, medio escondida en un rincón, entre la cómoda y una lámpara de pie. También libros embutidos en estanterías. De lado, parecían conchas oscuras aferradas a una roca. Seguro que estaban en orden alfabético. Títulos científicos y novelas. Habría alguna de Michael Crichton y otras de autores que me sonarían solo de oídas. A la mañana siguiente, le pediría que me recomendase alguna.

—Hay una panadería —dijo Héctor en mi oreja— aquí al lado. Mañana podríamos desayunar juntos. Nunca he ido, pero en el escaparate tienen unos croissants con muy buena pinta.

—Suena bien.

Y entonces, Héctor me besó la cabeza. No hizo ruido y lo cortó enseguida, como si nunca hubiera dado ese beso. Tuve ganas de llorar, un vacío inmenso porque Héctor, de todas las boyas posibles, era la única que había aparecido en medio de la oscuridad y tenía que aprovecharlo, agarrarme a él con todas mis fuerzas si no quería ahogarme. Volvieron a mi mente las imágenes pixeladas del tsunami de dos o tres años atrás, en los telediarios día y noche, una y otra vez, las olas arrasando con todos los rascacielos.

Me despertó el graznido de un pájaro. Sonaba cada quince segundos. Primero pensé que sería una gaviota que salía en mi sueño, luego ya me di cuenta de que era real. Algún cuervo perdido por el Eixample. A través del balcón abierto, solo asomaban las hojas de los árboles. La lluvia las usaba de piano. Mi cuerpo no se había enfriado del todo porque Héctor y yo continuábamos abrazados. Cada vez que pensaba que el pájaro se habría ido, volvía a graznar. Me zafé y busqué los calzoncillos entre el barullo de ropa. La moneda no se había movido.

El pasillo seguía adormilado en la penumbra. A punto estuve de pisar un bol de ganchitos y luego de dar una patada a una botella de vino. Descubriendo nuevas tierras siempre habría escollos. Palpé las paredes rugosas, como pieles de gigante viejos, dejé atrás varias habitaciones hasta que encontré la puerta que buscaba: la del baño. No encajaba bien. La cerré lo mejor que pude para que nadie oyera mi chorro de pis contra el agua. Tuve que lavarme las manos con cuidado de que no se mojara el papel higiénico; alguien lo había dejado junto al grifo, con los cepillos, la pasta de dientes, un vaso, otro estuche para las gafas. Estas eran de sol, vi al abrirlo. La

curiosidad de fantasear con un futuro allí, cuando ya reconociera cada objeto y su dueño.

En el camino de vuelta, la intrincada cenefa de las baldosas hidráulicas se ordenó para guiarme. Yo ya no era ese niño que un día se adentró en una casa encantada creyendo en fantasmas. Ahora sabía que los crujidos que llegaban del fondo del pasillo los hacía Héctor al desperezarse en la cama, aprovechando mi ausencia.

"Bienvenidos al mundo paradisíaco de Héctor". Una simple hoja impresa en Comic Sans, pegada con celo en la puerta de su habitación. La pintura blanca de la puerta saltaría cuando la quitase el próximo inquilino. Lo de "mundo paradisíaco" lo había resaltado en negrita. Su fanfarronería me produjo un ataque de ternura.

Héctor estaba acabando de vestirse. Las únicas prendas que quedaban en el suelo eran las mías. Con la cama hecha y todo recogido, ni rastro de los pañuelos usados, la habitación se veía ahora más pequeña. Y olía diferente. Un ambientador floral había desterrado los últimos restos de su colonia.

—¿Qué, vamos a desayunar? —pregunté tras coger mis pantalones.

Él se atusó el pelo rizado, abrió el estuche de las gafas y se las puso. Solo entonces me miró, como si no pudiera reconocerme sin ellas.

—Bueno. Si no tardas mucho, puedes desayunar en la terraza.

—Pensaba que probaríamos esos croissants que decías…

Tuvo que pensárselo uno, dos segundos.

—Oh, los de la pastelería. No sé, es que la resaca me quita el hambre.

Desvió la mirada hacia un reloj. Así comprendí por qué Javi tenía por norma no quedarse nunca a desayunar. Se ahorraba estos rechazos.

—Da igual —dije para salvar el poco orgullo que me quedaba—, ya comeré algo de camino. Vivo cerca.

Como si eso le importara.

—Te acompaño hasta la puerta.

—Por cierto, feliz cumpleaños. —Y una vez allí—: Que comas a gusto con tu madre.

—Vaya, te acuerdas de todo.

Héctor rio, inquieto, porque no recordaba lo que me habría contado o dejado de contar. Calibraba los riesgos que correría conmigo. Quise estar lejos de aquel piso. Y aun así me giré para el beso de despedida. En la mejilla o en los labios, como prefiriese él, yo no sabía cómo se besaba a un desconocido al que nunca

volverías a ver.

—Bueno —dijo, entornando la puerta.

Farfullé algo, ya trotaba hacia la calle por una escalera que con Javi no había subido. No entendía nada. Para qué tanto abrazo y tanto beso si a la mañana siguiente te apetecía quedarte solo cuanto antes. Claro que quizá fuera culpa mía. Sí, yo complicaba las cosas, las pensaba demasiado: un polvo tenía que ser algo divertido, sin mayor trascendencia, y a pesar de todo yo me había empeñado en ver en los gestos corteses de Héctor una prueba de algo más que solo existía en mi cabeza. Yo siempre tan tonto.

Como pude, tiré del portón de hierro, que pesaba demasiado o acaso a mí ya no me quedaba energía ni para abrir una mísera puerta, y salí a toda prisa. Al principio pensé que temblaba yo y no el móvil. Me sorprendió que aún tuviera batería. Lo saqué del bolsillo. Era Adán. Me apoyé en un poste húmedo y respondí.

—¿Te despierto? Que ya sé que ayer estuviste de juerga, ¿eh?

—Tranquilo, me he levantado hace un rato.

—Al final te llamo, mira. ¿Sabes eso importante que quería contarte? Tenía que decírtelo de viva voz. Es que el otro día sufrí una cita desastrosa y me di cuenta de algo. Tiene que ver contigo. ¿Preparado?

Cogí aire. Desde mi posición, ya no distinguía cuál era el balcón de Héctor. Todas las barandillas se veían iguales, oxidadas y a un paso del derrumbe. Imposible apoyarse en ellas. Supe que en el futuro, cuando pasara por allí al salirme de mi ruta habitual, solo reconocería las curvas del portal modernista. Las ramas enroscadas, las flores de piedra que trepaban. Y me acordaría de aquella noche. Aquel edificio sería mi trofeo.

Solté aire.

—Te gano, créeme. Yo acabo de echar el peor polvo de la historia.

—Oh, ¿en serio? Vaya. —Se rio—. ¡Enhorabuena! Cuenta, cuenta.

Hasta entonces, me había resistido a reconocerle que pudieran gustarme otros hombres. Era absurdo esconder lo obvio, pero lo hacía. Esta vez no, esta vez se lo conté todo. Así entrábamos sin remedio en una nueva etapa de nuestra amistad extraña. Y sentí alivio. Alivio a pesar de que durante la noche hubiera ocurrido, por fin, lo que tanto temía: el nivel del agua ya superaba el bordillo. Transformadas en cascadas horizontales, las aceras habían dejado de ser seguras. Cuerdas y plásticos se enredaban con mis tobillos y la corriente lo arrastraba todo lejos, muy lejos, no me importaba

adónde porque, para mi sorpresa, yo seguía en pie.

—Qué locura, ¿no? Ahora no querré que nadie se quite los calcetines.

—Lo fuerte es que nunca me habían follado tan mal, pero ha sido una noche muy, muy divertida, la verdad.

Colgamos entre risas. Tarde, me di cuenta de que Adán se había olvidado de contarme lo de su cita y justo cuando iba a llamarle para preguntárselo, descubrí que en la agenda del móvil tenía el número de Héctor. Lo borré sin apenas dudar.

Guardé el teléfono y crucé a la zona peatonal de Paseo San Juan, bordeada por dos torrentes que se unían más abajo. Allí la gente hacía vida de domingo. Paseaban al perro, llevaban bolsas con el desayuno y barras de pan, el periódico a resguardo, doblado para esconder las noticias sobre catástrofes. Yo bailé al ritmo de un músico callejero. Estaba preparado para cualquier reto tras el baile forzoso de la fiesta. En la primera panadería, compré una ensaimada embadurnada de azúcar y me supo a gloria. Sí, en el futuro pensaba permitirme más, muchos más de esos pequeños placeres.

7 - JARDINES

No me decidía por ningún sabor. Reseguí con el dedo toda la vitrina de helados, me atraían tantos colores que era imposible escoger. Al final eligió Adán por los dos. Un cono de dos bolas: chocolate negro, su favorito, y nueces de macadamia, que me gustaba a mí, para compartir.

Adán y el heladero se sonrieron durante toda la operación. Le sirvió más parte de chocolate que de macadamia, así que luego, mientras serpenteábamos por las callecitas del Gótico, Adán pudo dar cucharadas que solo tuvieran chocolate. Las mías, en cambio, mezclaban los dos sabores. El chocolate era tan fuerte que apenas se notaba el caramelizado de las nueces.

Le devolví el helado y aproveché para mirarle, tan guapo recortado de perfil contra las paredes de piedra. Más vivo que las gárgolas. Aun así, me costaba creer que por fin, después de tantas promesas y viajes frustrados, tuviera a Adán en Barcelona. Había venido a buscarme al trabajo. Por sorpresa, porque me había dicho que llegaría por la noche.

—¡Buenas! —dijo. Ese tono que utilizaba para hacerse perdonar las travesuras.

Apareció por un rampa del museo, rascándose el pecho. Me asusté tanto de verle allí, en medio de mi rutina, como si yo tuviera una doble vida y me hubiera pillado con mi otra mujer, que en vez de lanzarme a sus brazos, me llevé un dedo a los labios. Estábamos rodeados de carteles que pedían silencio. Me sentí mal de inmediato. Después ignoré las normas y le abracé. Pasé los brazos alrededor de su mochila.

Adán se acercó al proyector que me tocaba vigilar. Una paloma daba saltos en la pantalla. Estaba atrapada en el balcón de un edificio en obras, iba de una barandilla a otra, pero no podía escapar porque una red verde lo cubría todo.

—Así que aquí trabajas, ¿eh? —susurró Adán.

—Bueno, aquí solo esta semana. La pasada hice visitas guiadas. Una sustitución. —Y añadí—: Fue un poco más divertido.

—Sí, ¿no? —Adán no apartaba los ojos de la pantalla—. Me lo puedo imaginar.

La música de la proyección, una pista machacona de dieciséis minutos que ya me sabía de memoria, rebotaba en las paredes. Nuestras voces no llegaban a hacerlo, morían a medio camino. La

sala era muy grande y las paredes quedaban lejos.

—Mira que lo he visto veces, y todavía no entiendo cómo quedó atrapada la paloma.

La red no tenía aberturas a la vista, ninguna escapatoria, así que el pájaro chocaba contra ella y volvía a posarse en la barandilla para luego saltar de nuevo. No se rendía.

—¿Todo el rato es así? Nunca se escapa, ¿verdad?

Adán se rio todo lo fuerte que pudo sin armar un escándalo. Cuánto la había echado de menos, esa risa entrecortada. Se me hacía extraño escucharla en el museo. Con Adán había vivido una especie de vacaciones en el limbo, un viaje a Granada y muchos a Madrid en los que desconectaba de todo y solo existía Adán. Ahora, en cambio, lo tendría unos días formando parte de mi mundo. En el trabajo, en casa, en mis calles.

Fuera, tuvimos que esquivar una jauría de skaters que desafiaban las lagunas y las ordenanzas municipales. Me extrañó que Adán no hiciera ningún comentario sobre coger unos skates y sumarnos a la rebeldía. Quizá porque desde hacía dos semanas ambos teníamos treinta años, eso de ser rebeldes ya no nos pegaba. Al menos, mi cumpleaños había servido para que Adán viniera. Chocamos entonces con un rodaje publicitario. No les importaba que la fachada del MACBA ya hubiera salido en otros mil anuncios, protegían la cámara con plástico y estudiaban los posibles ángulos con entusiasmo.

—Es como si acabaran de descubrir —dije— esta mole de cristal en el fondo del mar. Como los restos del Titanic.

—He ido a la librería del museo, para hacer tiempo. ¿Has visto cuántos libros de arte tienen? Y catálogos de exposiciones antiguas... Estarás en tu salsa, ¿no? He tenido que buscar con lupa la sección de música, pero algo tenían.

No me atreví a confesarle que jamás había pisado la librería. Tampoco le dije que el trabajo no era la panacea soñada. Estaba un paso más cerca del arte que cuando trabajaba en el McDonald's o de teleoperador, cierto, pero no podía tocar las obras, todo eran cristales, barreras, y tenía que aceptar de una vez por todas que nunca vería un cuadro mío colgado de esas paredes. Mi vinculación con el museo terminaba cada día al salir por la puerta de camino al metro. Pero quería que me viera como la persona optimista de siempre. Para tres días que venía, no iba a amargarle con mis quejas. Así que sonreí. Y no le pregunté por esa bolsa de la librería que tenía en la mano.

Esquivamos a un grupo de chicas alemanas. Se hacían fotos en la

plaza con sus paraguas y botas de colores. Saltamos el último charco y llegamos a las calles del Raval. Allí Barcelona dejaba de parecer Barcelona. Aquello podía ser un barrio de la periferia de Berlín o París, los mismos hombres en los portales discutiendo a saber qué.

Intenté acelerar hacia las Ramblas, pero Adán me agarró de la manga. Se había detenido ante un shawarma. Una fachada vieja y sucia, como todas allí. Una excavación a medio desenterrar. Cerca, una mujer con top de leotardo, falda de tubo y tacones nos miró con la esperanza de tener unos clientes jóvenes.

—Vaya —dijo Adán, susurrando como si siguiéramos en el museo—, creo que aquí había una pastelería muy rica. Mis padres me trajeron alguna vez, de pequeño. ¿La conocías? No me acuerdo del nombre. Era muy famosa.

—Este barrio está desapareciendo. No sabía que vivíais aquí.

—No. Cerca de Francesc Macià. Un pisazo, un chanchullo de la empresa de mi padre. Mi tía sí vivía por aquí cerca. En esta pastelería, los domingos comprábamos un brazo de gitano antes de comer con ella. Íbamos casi cada semana, y estaban riquísimos, llenos de nata. Qué pena.

De balcón en balcón, llegamos al Gótico, que me gustaba mucho más, se notaba que esas piedras un día fueron las primeras de Barcelona. Le llevé a la plaza de Sant Felip Neri porque en todas mis citas siempre acababa yendo allí. Y con Adán no iba a ser distinto.

—Creo que me trajeron mis padres —dijo—, de pequeño. Me suena.

Me gustaba descubrirle aquel rincón a la gente, pero todos ya lo habían visitado antes con alguien que no era yo. Por enésima vez, trataba de impresionar con un viejo truco.

—Es especial este sitio —dije como decía siempre—. Me inspira.

Sentados en el bordillo de la fuente, comimos lo que quedaba de helado, riendo porque con la lluvia se derretía deprisa. Adán apenas sacaba una fracción de lengua para lamer los chorretones antes de que reblandecieran el cono. Todo lo contrario que yo, que me relamía los dedos pringados de helado. Pedro habría dicho que no sabía comerlo bien.

—A la gente normal no se le derrite así.

Adán en cambio, me miró de reojo y se rio conmigo. Nuestras risas las ahogó el sonido de una cascada que caía por la pared de la iglesia. Los agujeros de balas, bajo el agua, parecían

cuevas secretas. Estaba muy cómodo allí con él, pero ni de lejos tan feliz como había pensado que me sentiría. Tantas rutas y planes que había diseñado para Adán en Barcelona y ahora no se me ocurría nada, aparte de lo típico. Incluso habían sido mejores los mensajes de WhatsApp que ahora nuestras frases.

—Al final pude ver *Closer* —dije para desencallarnos—, la otra noche. Tenías razón. Me recordó muchas cosas. No para bien precisamente, pero me gustó.

—Es cruda, ¿eh? Vaya, como todas las rupturas. ¿No te dio que pensar?

—Un poco sí. Puede que Alice tuviera razón. ¿Y si la mejor forma de dejar a alguien es diciendo ya no te quiero, adiós? No regodeándome como hice yo.

—Ni callando para siempre, como Fran.

Me reí para que no empezara a hablar de él. Adán dio la última cucharada de helado y se levantó. Tiró la servilleta emulando a un jugador de básquet. No acertó a la primera. Tuvo que agacharse para recogerla. La encestó al fin. El gesto quedó pobre al segundo intento. Nadie le hizo una foto, los turistas apuntaban sus cámaras réflex hacia los relieves de los balazos en la piedra. Pero a mí me pareció adorable. Aplaudí un poco. Adán volvió hacia la fuente con pose triunfal.

—¡Bravo! —dije.

Saltó un riachuelo y llegó a mi lado. Por instinto, le subí la cremallera del anorak, le ajusté el cuello. Aquel gesto me sorprendió incluso a mí. Me abrigué yo también, como si así lo explicara todo.

Había intentado pasar página, pero Adán medía muy bien los tiempos. Justo cuando me creía a salvo, sin apenas escribirnos durante una semana, calmando la ansiedad gracias a la distancia, él tenía uno de esos gestos inesperados que luego analizábamos con Verónica para no llegar a ninguna conclusión. Como esta tarde, que había venido a recogerme al museo. La ilusión en su cara al girar la esquina y verme. Mi impacto al verle, el vértigo en el estómago otra vez, como si volviera a subirme a mi montaña rusa favorita. No era fácil desengancharse de eso.

—Tienes que decidir —dijo Verónica una tarde, tras devolver la taza, ya vacía, al plato. Más que soltarla, sus dedos la dejaron caer —. Futuro o pasado, Leo. Lo de Adán podría haber sido muy bonito, sí, pero ahora mismo no te deja avanzar.

—Pero me gusta hablar con él. Lo que hablo con él no lo hablo con nadie.

Yo no me había terminado el té, aplastaba el filtro con la cuchara para exprimirle hasta la última sustancia.

—A menudo pienso que no dejé de querer de verdad a Pedro hasta que conocí a Adán. Me quité un clavo para clavarme el siguiente, supongo.

—Clavártelo metafóricamente hablando —sonrió Verónica.

—Metafóricamente siempre. Ojalá.

Dos carcajadas.

—No, en serio, Leo. ¿Por qué te haces esto? A veces es mejor no tener nada que tener solo un poco.

—Prescindir de Adán sería como tirar esta taza contra el suelo en un mundo sin pegamento. ¿Tú te atreverías a hacerlo?

Verónica calló, como si yo ya tuviera que saber la solución a mi dilema.

—Oye —dijo Adán, limpiándose los restos de helado contra los tejanos—, ¿nos movemos? Esta plaza me recuerda a la del principio de *Closer*, tan turística y tan apartada. Me gusta pero tengo miedo de que acabemos descubriendo una tumba rara.

—Vale. ¿Dónde quieres ir? Puedo enseñarte el Schilling.

Nos pusimos en pie. Adán, me fijé, tenía los tejanos rotos, una raja en la entrepierna por la que asomaban unos calzoncillos morados. Cruzamos el arco que salía de la plaza y por un segundo estuvimos a salvo de la lluvia.

—Espero no perderme, que al salir siempre me despisto.

Serpenteando por aquellas calles que siempre iban en dirección opuesta a la esperada, me extrañó que no nos cruzáramos con ningún conocido de Adán. No fallaba. Pasear con él conllevaba saludar gente y más gente. Conocía a todo el mundo. En Madrid, nada más entrar al Diurno, Adán tenía que pararse a hablar con un grupito que tomaba unas cañas junto a las palmeras de la puerta. Algunos me sonaban de Facebook, cuando entraba en su muro para estudiar la competencia y se me quedaba cara de gilipollas: bromas que yo creía privadas las repetía con otros. Flirteos descarados, vídeos, canciones que pensaba que solo hablaban de mí. Ahora, esas fotos de perfil se habían vuelto tridimensionales e interactuaban con Adán, hablaban de cosas que no entendía. Adán no me presentaba nunca; tampoco me escondía: yo era alguien que casualmente iba a su lado. Y a mí me gustaba eso. Ir a su lado, sentirme su perrito faldero; podía atarme una correa al cuello, si él quería y así me aseguraba de estar siempre a su lado. Yo saltaría o me sentaría cuando lo ordenara, cualquier cosa con tal de deleitar a

sus amigos y demostrarles lo bien adiestrado que me tenía.

Pronto comprobé que lo de saludar tampoco iba a ahorrármelo en Barcelona. Ya en el Schilling, tuvimos la suerte de encontrar una mesa libre junto al ventanal. No el mismo ventanal de mis primeras citas, al final del pasillo en forma de U, porque esa parte del local ya no existía, sino cerca de la entrada. Una zona codiciada aunque una y otra vez se abriera la puerta y los recién llegados cortasen cualquier intento de conversación.

Adán recolocó las sillas como tenía por costumbre. Aquí, dijo, y entonces sí, pudimos sentarnos. A nuestro alrededor, entre turistas tanteando tostadas de jamón ibérico y reuniones de señoras que tomaban té a las siete de la tarde, varias parejas de chicos compartían el móvil para buscar en Grindr otros chicos que estuvieran cerca. Para ellos, ahora follar y organizar tríos era incluso más fácil que elegir un vino de las estanterías que tenían justo detrás. Pedro y yo habríamos sido una de esas parejas que comentaban, puntuaban, se ayudaban a seleccionar. Algo iba a soltar yo sobre las cervezas que no llegaban, cuando Adán reconoció a alguien y se levantó hacia el gran banco lateral. Podría haberse dirigido a cualquiera de las parejas de chicos que allí estaban.

—¿Te salgo a cero metros o qué?

—Jajaja —se rio uno de ellos, ajustándose los tirantes de su camiseta—. ¡No sabía que estabas en Barcelona! ¿Qué, algún amor tórrido en la ciudad?

—No, he venido a ver un amigo.

Eso era yo, en definitiva: un amigo, nada más, no alguien que Adán pudiera encontrar en Grindr. Para él, siempre estaríamos lejos porque no existía ninguna aplicación de móvil que indicase la distancia entre dos amigos. Sonreí para que nadie me notara triste.

Adán y el chico de los tirantes, tras ponerse al día de las desapariciones de chicos de su gimnasio, se enredaron en una conversación sobre los últimos ligues respectivos. La famosa cita desastrosa, y alguien nuevo, un vecino joven y bien dotado con el que mataba las tardes de domingo.

—Mi propio jardinero de *Mujeres Desesperadas*.

Detalles que Adán ya me había contado antes, cuando sorteábamos charcos de camino al bar, pero que ahora dolían más porque no me los contaba a mí.

—Perdona, ¿qué decías? —me preguntó al volver a la mesa.

Fingí que no me acordaba. No quería que me notase dolido, pero tampoco tuve que disimular mucho porque Adán seguía mirando

hacia el otro chico, media sonrisa aún en los labios. Pensé que ese gesto no se la arrancaría yo ni poniéndome la peluca rosa de Natalie Portman en *Closer*.

Contra todo pronóstico, en Museum no se topó con nadie conocido. Le llevé después de cenar en un burger y alargarlo con varias cervezas en la penumbra de un bar del Raval. No me gustaba aquel barrio y aun así siempre acababa volviendo a él. No sabía por qué.

—¡El famoso Museum! —dijo—. ¿Ya te dejarán entrar sin Javi?

—Cómo no: voy contigo, y eres carne fresca.

Y por lo visto la olían, porque cuando entramos, todas las cabezas se giraron hacia Adán como un resorte. No para fijarse en alguna mancha o un poco de caspa en la camiseta oscura, como me ocurriría a mí, sino para devorarle. Estaba bueno y jamás lo habían visto por ahí y eso no podía ser. Ya me había hecho a la idea de que me pasaría la mayor parte del tiempo bailando a solas y aquello no hizo más que confirmarlo. Pero también me sentí poderoso, como si al desear ellos a Adán, que iba conmigo, yo me volviera más guapo por arte de magia.

—Hoy solo estamos tú y yo —dijo Adán tras dejar la mochila en la barra.

Me hizo feliz el comentario, tanto o más que si me hubiera dicho que me deseaba con locura. Estar con él, a solas: con eso me bastaba. Al final no me haría falta la peluca. El resto de la noche se esforzó por no fijarse en ningún tío. Lo valoré. Me señaló la pantalla en cada nueva canción para demostrar que estaba atento, algunos chicos se le acercaron y él declinó sus flirteos, moviendo la barbilla hacia mí por toda explicación. Brindamos mucho y, al hacerlo, nuestras pajitas se iban en direcciones distintas. Me dio a probar sus copas, siempre más frías y cargadas que las mías.

—Sabe muy bien. ¿Qué es?

—Bebe más —decía Adán, clavando los ojos en mi boca. Y yo le hacía caso para que no dejara de mirarme.

Y sobre todo, bailamos. Como aquella primera noche de Granada. Habían cambiado tantas cosas desde entonces, que al principio no me vi capaz. Dejé que bailara él. No lo hacía bien, pero se movía gracioso y enseguida me sumé yo también, lleno de confianza al verle tan suelto. Dejé de frotarme las manos y bailé. *Indestructible* de Robyn la cantamos a dúo mientras todos los demás, con el polo impecable y el pelo recién cortado, miraban extrañados el vídeo en las pantallas del local. La cantante intubada y Adán gritando aquellas frases conmigo: “I’m gonna love you like I’ve

never been hurt before”. Cantarlo era tan fácil y significaba tan poco.

Dimos el espectáculo, pero la gente solo le miró a él, guapísimo en el centro de la pista. Con Javi lo habríamos señalado en una de nuestras noches.

—Me gusta ese. El de la camiseta con símbolos japoneses. Ve a por él, venga.

—Atrévete tú, ¡no te jode! Leo, ese vampiro juega en otra galaxia. Ni lo mires.

Adán bailaba como si no supiera que sus tejanos estaban rotos, y los demás sonreían alrededor, embobados, como si tampoco se hubieran fijado. Tenía que reconocerlo: incluso rotos, los tejanos le quedaban bien a Adán.

—A los guapos se os perdona todo.

Se lo solté volviendo a casa. Sonó más ofensivo de lo que pretendía. Acabábamos de perder el Nitbús por menos de un minuto y ahora enfilábamos Paseo de Gracia para hacer tiempo. De vez en cuando, yo miraba hacia atrás, por si venía otro. En la distancia costaba distinguir entre el 5 y el 6.

—Un mal afeitado, un desprecio, una llamada que nunca llega. Todo.

—Eso se les perdona a los amigos, ¿no crees? Tengo la suerte de tener buenos amigos.

—No sé si serían tan amigos tuyos si no estuvieras bueno. Todos esos tíos descamisados que tienes en Facebook.

—¿Lo serías tú?

Callé. El semáforo tardaba en cambiar. Adán aprovechó para estudiar los pósters del cine Comedia, en la isla de enfrente. Iban rotando a intervalos dentro del expositor. Nunca entendería por qué el motor dejaba que algunos pósters durasen más que otros. Mientras miraba en la misma dirección que Adán, una tortuga me lamió las bambas con cariño. Esperamos más tiempo. Delante de nuestros ojos, las películas de acción perdían todo rastro de aventura, las comedias pasaban a ser dramas en blanco y negro. Y nosotros no nos quejábamos.

—Mañana podríamos ver alguna peli —dije—. Luego miramos la cartelera del Verdi, a ver cuál te gusta.

Adán asintió sin demasiado entusiasmo. Por fin, todos los charcos se volvieron verdes cuando el semáforo cambió de color, y pudimos cruzar. La tortuga nos adelantó. Seguimos caminando paseo arriba, despacio y en silencio, como si nos hubiéramos perdido. En el siguiente semáforo, Adán no me esperó. Por miedo a

quedarme rezagado, quise llamarle la atención. Dije sin pensar:

—"¿Por qué no te basta con el amor?"

Él se giró.

—Es mi frase favorita de *Closer* —aclaré deprisa.

Riéndose, Adán volvió hacia mí, se colgó de mi cuello y me plantó un beso en la oreja. Otro gesto nuevo. No supe cómo reaccionar, así que no lo hice. Él tampoco se movió. Nos quedamos quietos, a la espera de algo que nunca llegaba. Ni rastro ya del caparazón. Hasta las tortugas se daban más prisa que nosotros.

Al tumbarnos por fin en mi sofá-cama, Adán soltó:

—Gracias. Por ser tan sincero siempre. Él también era muy sincero, ¿sabes? Fran. Y me acusaba a mí de no serlo. De no compartir mis sentimientos.

No me atreví a interrumpirle. A saber en qué desembocaba aquello.

—Cada noche le miraba antes de irnos a dormir y cada noche me maravillaba de tener al hombre más guapo del mundo junto a mí. No sabía cómo decírselo, pero lo sentía.

Estábamos tan cerca. Nuestras cabezas, eso sí, en dos almohadas distintas: la mía, en realidad era un cojín del sofá, más bajo. Y tan duro que me costaría dormir.

—Hoy en Museum, ha sido la primera vez desde entonces que he mirado a un chico con ese mismo asombro. Es el hombre más guapo del mundo y lo tengo delante. No lo habrás visto porque estaba justo a tu espalda. Era perfecto.

Tampoco había visto a Adán mirándole. Continué callado.

—Pero lo de hoy ha sido fuerte, porque me apetecía irme a la cama con él. Sé que durante el sexo, le habría dicho todo lo que sentía.

—¿Y en serio que con Fran no? Erais novios.

—¿Te puedo contar algo? Fran era demasiado guapo para mí. Sentía que mi misión era mirarlo. Admirarlo. Y eso me superaba. A la hora de follar, yo prefería hacerlo con otros. Otros más feos, con los que todo era más sencillo.

—No puedo creer que me estés diciendo esto.

—Para que luego digáis que no comparto mis sentimientos, ¿eh?

Adán se rio, y debía de estar mirando en mi dirección, porque noté el viento de su risa contra mi mejilla. Pero cuando me giré antes de responderle, los ojos de Adán ya se habían enredado con el techo. Yo también me asombraba de tener al hombre más guapo del

mundo junto a mí. Su nariz angulosa y su barba, lo poco que asomaba por la colcha, y todo lo que intuía debajo. Yo no me iría, estaba anclado a aquella cama.

—En una película —retomé la conversación—, Julianne Moore decía una frase que se me quedó grabada: “No salgas fuera a solucionar los problemas de casa”. Nunca hay excusas para poner los cuernos.

—No me estaba justificando. Además, me consta que Fran hacía lo mismo, y no le culpo. Nos olvidamos de querernos, eso es todo. —Tomó aire—. ¿Cómo puedo echarle de menos todavía? He estado con tantos tíos que no lo entiendo. Todavía echo de menos su cuerpo, follar con él. Follábamos poco, pero eran polvazos.

—Aún no has encontrado al sustituto adecuado, supongo.

—Sí. Eso es lo que he pensado en Museum, ¿te lo puedes creer? Que quería un novio. Uno como ese chico. Salir con él y hacer las cosas bien, como hay que hacerlas, y que Fran se entere de que he mejorado. ¿Tú no quieres volver a tener pareja?

—No —y enseguida—: Sí. Sí, tengo ganas. Pero no busco. No quiero encontrar. Dejo la puerta entreabierta, solo por si acaso.

—¿Cómo puedes encontrar algo si no lo buscas? —No esperó a mi respuesta—: Buscando te dejas la piel, pero es la única forma de seguir en el juego. En Madrid pienso dar con alguien como el tío de Museum.

—Solo me dejo la piel por lo que merece la pena.

Cómo contarle que llevaba media vida empalmando relaciones más o menos largas y que ahora que podía dedicarme a mí mismo, esa cadena solo me apetecería perpetuarla con él. Apagué la luz. Para cuando volví al sofá-cama, Adán se había acercado a mi mitad. Nos abrazamos. Estuvimos así un rato, hasta entrar en calor. Luego nos separamos. Rodamos cada uno a su territorio, dos particiones distintas del sofá desplegado, intuyendo a lo lejos la respiración del otro. Tiré de la manta para notar cómo él mantenía la tensión en el extremo opuesto. Me adormiló el sonido de la lluvia a lo lejos, ese mismo sonido que en las noches solitarias me asustaba, por más que me obligara a calmarme pensando que ese sonido nos acercaba a Adán y a mí: estábamos en ciudades distintas pero unidos por la misma lluvia. Eso pensaba y solo ahora que veía que era cierto, que en efecto los dos escuchábamos el mismo martilleo, me daba cuenta de la tontería que era.

—Este te gustaría —soltó él al día siguiente, en la cola del cine Verdi.

Seguí la trayectoria de su mentón mal afeitado y busqué a quién

se refería. Un chico de espaldas. Se hacía el despistado, deduje que intentaba colarse. No le costaría, porque estábamos arremolinados en la calle, y entre los árboles, los bancos de piedra y un hombre que vendía libros de segunda mano en el suelo, no había ningún orden claro. Le bastaría al chico con escurrirse entre varios paraguas, nadie se daría cuenta. Entonces se giró y vi que era mono. Entendí la frase de Adán.

—¿Me estás buscando novio?

—Claro. Hacer de Celestina es divertido.

—No hace falta, en serio, estoy bien.

Volví a mirar el póster de la película que íbamos a ver. La ilustración imitaba las carátulas clásicas de nuestra infancia, como las de esos montones de VHS que aparecían a veces junto a los contenedores. Había propuesto verla con la esperanza de que se convirtiera en una película "de las nuestras". Los amigos no comparten películas, me dije. Ni películas ni canciones ni libros. Ni cama. De reojo, no dejaba de ver a Adán enfrascado con su iPhone.

—Deja el Grindr.

Se lo dije medio en broma. Él sonrió, siguió toqueteando la pantalla. Le envidié porque a él no le costaba elegir. En la discoteca o en el móvil, le bastaba con señalar para que aparecieran sus príncipes azules. O sus fotos, al menos.

—No es Grindr —dijo por fin. Pero aún se demoró otro poco en guardar el móvil—. No sería un buen novio para ti, Leo.

Los demás estudiaban los horarios del cine. Quizá tenían miedo de no haberse fijado bien antes de comprar las entradas. Yo le miré a él, deseando que hubiera dicho lo contrario. Adelante, seamos novios. La previsible escena final de una comedia romántica. Sin saber qué le respondería si de verdad lo dijera.

—Tengo muchos defectos —dijo.

—Pues sí, eso ya lo sé. Anoche me contaste algunos.

—Fran siempre decía que en nuestra segunda cita ya supo que yo no era perfecto. Que le gustaban todos esos defectos. Le pareció adorable lo mal que me afeito. No quería enseñarme, decía, prefería mirarme mientras me cortaba con la cuchilla. Casi parecía que quisiera lamer la sangre. ¿Cómo no íbamos a acabar mal? De una persona, en la segunda cita, solo tendrías que ver las cosas buenas. Ya habrá tiempo para fijarse en los defectos y echárselos en cara.

No pude decirle que para mí no tenía tantos defectos y sí muchas cosas buenas. Aunque era verdad, sonaría falso después de su discurso y mi frase de antes.

La cola avanzó. Ya estábamos cerca de la puerta. Salieron las personas de la sesión anterior y se entremezclaron con la cola, pero no la deshicieron. Criticaban alguna película que ojalá no fuera la nuestra. Adán separó las entradas y me dio una. Volví a darle las gracias por invitarme.

—¿Y ese tampoco te gusta? —preguntó.

Su mentón mal afeitado apuntó ahora hacia un chico alto, pelirrojo. Demasiado pálido. Anticuado como una novela de Agatha Christie en la mesita de la abuela.

—Tampoco, lo siento.

—Oye, ¿quieres decir que la cola para entrar no es la otra?

A la salida de la película, el chico pelirrojo avanzaba apenas unos pasos por delante de nosotros, con un amigo, o quizá su novio. Planificaban próximas visitas al cine comentando los pósters que se exhibían en las vitrinas del pasillo.

—Pero qué buena la banda sonora, ¿no? —dijo Adán—. Ya la había escuchado, me la bajé. La canción del final es maravillosa. Bueno, ¿y qué? ¿Te gusta ahora?

Volvió a señalar con el mentón hacia el chico pelirrojo. Y me fijé más. Su chaqueta de aviador marrón con coderas estaba desgastada, tenía encanto. Llevaba un libro bajo el brazo, antes ni me había fijado. Una edición de bolsillo de *Rayuela*, con dobleces blancos cerca de las esquinas. Usaba un bolígrafo como marcapáginas. Mirando el póster que le indicaba su amigo, se giró lo suficiente para dejarme ver sus dientes. Brillaban. Me lo imaginé cepillándoselos tras cada comida, llegando tarde a la cama a pesar de mis quejas, dándome un beso de buenas noches con regusto a Licor del Polo. Invitándome a creer en el azar y el destino, como en los libros.

—La verdad es que sí. Tiene algo.

Fuera, la gente que esperaba a la siguiente sesión se frotaba las manos bajo los paraguas. Nos miraban con curiosidad, intentaban descifrar en nuestras caras qué película habíamos visto, si era buena o no. A Adán y a mí nos gustaba jugar al revés, adivinar qué película iban a ver, y si les gustaría.

Ya en la plaza, Adán volvió a centrarse en su iPhone. Se detenía en cada balcón para leerlo y, entre uno y otro, lo apretaba contra el pecho, así no se le mojaba la pantalla. Yo iba detrás de él, en línea recta. Si chocaba con algo, quería que fuese con él. Cruzamos medio barrio así.

Acabamos entrando en una librería muy pequeña. No creía que tuvieran ningún libro que le gustara a Adán, pero tampoco se me

ocurrían más lugares donde llevarle. Ya le había enseñado todas las plazas.

—Deberías haber ido tras el pelirrojo.

Miré alrededor, temiendo encontrarme a la pareja del cine junto a una de las mesas o frente a la única estantería. Por suerte, estábamos solos.

—Si no le has visto defectos la segunda vez, es que te atraía de verdad. Y el otro solo era un amigo, seguro. No se han besado en toda la película, ¿te has fijado?

Como nosotros. No lo dije. No dije nada. Me molestaba que intentase encontrarme novio, me recordaba a *Mi vida sin mí*, pero sin la sutileza de la protagonista. Me molestaba y de un modo extraño, también me halagaba.

—Hoy no estoy inspirado —dijo. Y devolvió un libro al montón.

Pensé que a Adán se le pasaría el capricho. Que lo de querer novio sería como aquello de componer música para una productora de cine o grabar una maqueta. Pero no. Adán volvió a Madrid con las pilas cargadas, dispuesto a darle un giro a su vida.

—Ahora follo menos porque solo tengo citas serias —me decía.

La primera cita siempre iba como tenía que ir.

—Un restaurante bueno, velas, dejar que me invite él, ¿o no tengo derecho?

Pero a la segunda cita, máximo a la tercera, Adán se daba a la fuga en cuanto afloraban los primeros defectos. Hurgarse la nariz, vivir con la madre, negarse a practicar sexo seguro. Suplicar que le dieran una paliza.

—¿No hay nadie normal en todo Madrid o qué?

Mientras continuaba su odisea de encontrar novio, se propuso buscar un nuevo piso, uno para él solo, que no tuviera que compartir con Ruth.

—Lo amueblaré a mi gusto. Y recibiré por todo lo alto al novio, cuando lo encuentre.

La siguiente vez que fui a Madrid, me mostró su piso ideal. Tenía que ser un ático. Subimos a la azotea del Círculo de Bellas Artes, me invitó él, y nada más apoyarnos en la barandilla, Adán me lo describió. Un ático con una terraza circular y desbordada de plantas. Creyendo que se trataba de un enigma, lo busqué y lo señalé.

—¿Es ese?

Él asintió. Quedaba cerca del Edificio Metrópolis, esa esquina extraña donde parecía que las barcas y los coches, para no chocar entre ellos, fueran a embarrancar.

Me entraron ganas de explorar el bosque del ático, pero dando un paso atrás vi Madrid entero. Por un lado, la Gran Vía y Alcalá que se hundían en la ciudad; por otro, las casas haciéndose cada vez más pequeñas, hasta que no había manera de diferenciarlas; al fondo, el Parque del Retiro, aún más verde desde las alturas. A pesar de los lagos que la rodeaban y pronto la sepultarían, Madrid se empeñaba en reaparecer, bloques y más bloques de apartamentos en medio de la nada. Nadie se movía a nuestro alrededor. Todos los paraguas de la azotea se habían petrificado ante aquella panorámica. Más tarde me di cuenta de que no eran personas sino estatuas, y los supuestos paraguas, lanzas. Nos vigilaban.

—Guau —fue todo lo que pude decir.

Adán sonrió, satisfecho, creyendo que me refería a su piso soñado.

—La entrada que piden es un buen pico. Por eso estoy ahorrando, no gasto nada de lo que gano en los bolos.

Volví a ponerme a su lado, porque el paraguas lo sujetaba él. Y entonces dijo:

—Al lado de Correos hay otro ático, mira.

Otro edificio coronado por una terraza con muchas plantas. Y un tercero, a la derecha. La naturaleza aprovechaba la lluvia para crecer en cualquier parte. De grietas en las fachadas, nacían flores descomunales, las hojas de las palmeras tapaban edificios enteros y varias lianas colgaban entre los cables de la luz. Madrid se había convertido en un campo de jardines elevados. De uno a otro, chapoteaban sapos gigantes. Empezamos a jugar a *Dónde está Wally*; Adán encontraba los áticos más rápido, pero solo yo los señalaba. Dimos con todos, tachamos todas las casillas.

En silencio, aún aguantamos un rato bajo su paraguas. Ninguno de los dos quería dar por terminado el juego. Me encogí un poco. Temía que en cualquier momento explotase algún cohete sobre el cielo de Madrid. Otro piloto quedándose a medio camino del espacio, otro deseo sin cumplir. Ni siquiera despegó ninguno. Mientras esperábamos, despacio, desde el otro lado de las nubes, la luz rojiza del atardecer tiñó la lluvia. Y esa lluvia de fuego cayó a cámara lenta sobre toda la ciudad, como lava, recordándonos que incluso la pasión más intensa terminaba por agotarse y tenía que volver al suelo.

—También me gusta mucho aquella —dije.

Señalé una torre. Sin terraza ni plantas, pero bonita. Una especie de pagoda. De color naranja, con pequeñas ventanas verdes. Me recordó a otra torre que había visto en Granada, la del

estudio en lo alto. No estaba seguro de con quién querría compartirla, si con Adán o alguien futuro. Pero quería vivir en una casa así, eso sí lo sabía, me lo merecía, y por eso la señalé. Saltando desde otra terraza, un sapo se coló por la ventana de la torre.

—Es imposible no ser feliz en un lugar como ese, ¿verdad? —dijo Adán.

Ya no sujetaba su paraguas tan recto como antes así que, gota a gota, el hombro de mi cazadora vaquera se quedó empapado.

8 - REDES

El techo siempre parecía demasiado bajo en una discoteca. Ya me los sabía de memoria, todos los techos. Los recorridos de las tuberías de Metro y la posición exacta de cada foco en Arena Madre, los ventiladores de Classic, las redes marineras que colgaban de El Cangrejo, las decoraciones a base de purpurina en todas partes, las bolas de discoteca, siempre más pequeñas en esos locales

que en cualquier fotografía. Tampoco es que los suelos fueran mejores: vasos de plástico aplastados, sobres de preservativos. En todo me fijaba con tal de evitar las miradas.

—Me paso toda la noche intentando que se fijen en mí, pero al primer cruce de miradas lo rehúyo como la peste. No sé cómo corresponder a eso. Seguro que en realidad el tío miraba al de atrás, pienso, o a cualquier otro punto de la discoteca donde no estoy yo. Así que en cuanto creo que me miran, les rechazo. Porque rechazar sí es algo que sé hacer.

—No me lo puedo creer. Eres el típico gallito, Leo. De esos que les da asco que otros menos guapos les miren.

Era viernes y hacíamos tiempo antes de entrar a Aire. Allí los cubatas eran más baratos. Acabábamos de pasar por delante, pero aún estaba medio vacío, así que ahora dábamos vueltas por Rambla Catalunya. Nos costaba avanzar porque el agua ya nos llegaba hasta las rodillas. Tan alta estaba que no se distinguía el dibujo de las baldosas del fondo, pero yo solo pensaba en lo incómodo que sería bailar con los zapatos mojados. Los peces se escabullían a nuestro paso. Aunque alargáramos las manos, nunca podríamos pescarlos. No nos habían entrenado para eso.

—Ahora en serio —dije—. Ligar es algo que me preocupa. Con Héctor fue divertido, y me apetece repetir con otro, cómo no, pero aquella vez no tuve que hacer nada, fue él quien se abalanzó sobre mí. No me veo lanzándome así.

—Anda, vamos al campo de batalla, que te vas a enterar del poder de la Fuerza, joven Padawan.

—Antes tengo que ir al cajero, no sé si hoy se paga.

—Ya te invito yo. —Y al chico de la entrada—: Dos, por favor.

—Gracias. —Cogí mi tarjeta para la consumición y aceleré el paso porque el taquillero ya quería atender a los siguientes—. Pues eso, ¿cómo puedo estar seguro de si me están mirando o solo estorbo la trayectoria de sus ojos?

—Hay cuatro tipos de miradas. No falla. Si te miran unas décimas de segundos es que ni siquiera te han visto, te lo ha parecido. Nada más. No entras en su radar. En cambio, la mirada de un segundo significa que te valoran como posible ligue, pero pronto te descartarán. Ni se te ocurra mirarlos.

—Los asustaría, ¿no? —Dejé nuestras chaquetas encima de la mesa de billar, ya cubierta—. A veces abro tanto los ojos que no me extraña que huyan. Debo parecerles un psicópata. De los que no saludan.

—Mejor, mejor. Esos van a la caza de cualquier cosa. Y tú no

eres cualquier cosa. Luego tienes las miradas de dos segundos. Le gustas, repetirá la mirada cada cierto tiempo, un par de canciones de margen, lo justo para asegurarse de que tú también le miras. Coincidís —Javi bebió antes de continuar—, y entonces empieza el juego. Tienes que trabajártelo, pero ojo, sin precipitarte. ¡No te tires encima con las bragas bajadas!

—Mostrar desesperación nunca es demasiado erótico.

—Aprendes rápido, pequeño saltamontes. Busca otra posición estratégica, no le pierdas de vista, y asegúrate de que él a ti tampoco, de que te localiza después de cada cambio. Atráele. Que sea él quien se acerque y te hable.

—¿Y si no lo hace? Puede ser tímido.

—Si ves que la noche se alarga más de la cuenta, da tú el primer paso, qué le vamos a hacer. O por muchas miradas de dos segundos, el otro se cansará, irá a por la siguiente presa. Recuerda que en estos garitos nadie es especial. Todos tenemos ojos y todos buscamos lo mismo. No tienes nada que perder.

—¿Tú cuánto tardas en conseguir que alguien te mire?

—Hombre, depende de la noche. Media hora, una hora como mucho. —Lo decía sin presumir, igual que diría que su polo era verde—. Pero solo una mirada es un fracaso; la doy por incluida en el precio de la entrada: consumición más mirada. Cuando la segunda mirada no llega, toca dar una vuelta, cambiar de sitio.

—La famosa putivuelta.

—¡Sí! Es como jugar al Risk. Eres un peón de infantería y quieres convertirte en la ficha del cañón. Redistribuyes las tropas. Dos miradas ya es otra cosa: un pequeño éxito, te puedes dar con un canto en los dientes. Bravo por el look, bravo por las horas de gimnasio. —Y levantando el brazo, todo músculos, al ritmo de Jennifer López—: ¡Adoro esta canción! Ya pueden decir misa. “I wanna dance, and love, and dance again!”

—Sabía que iba a sonar ahora. Todas las noches, las canciones las ponen en el mismo orden.

—Esta es un subidón, no me digas que no.

—Pues sí. ¿Y alguna vez —le pregunté cuando terminamos de mover las caderas— has llegado a tres miradas?

—¿Tres? Eso no lo han visto mis ojos. —Recuperamos nuestros cubatas, brindamos, chin-chín—. Bueno, sí. Una vez. Es una gran noche. Una noche única, tienes la discoteca a tus pies. Puedes elegir, y en la vida, elegir es lo más importante, ya lo sabes. Ahora puedes pasártelo bien sin más, hasta que se acerque la hora de cierre y te decantes por uno o por otro. Baila a tu bola. No te pases

tampoco, no vayan a pensarse que vas pasado de vueltas. A nadie le pone un tío con la mandíbula desencajada.

—Buf, cada vez los cargan más, los cubatas.

—Jajaja, pero si a eso venimos, Leo. Mañana me voy a reír en el despacho.

—Te imagino hablándoles sobre los beneficios del comercio justo con tus ojeras y la copa aún en la mano.

—No te rías, que va a ser más o menos así. Vienen de una productora, quieren grabar un documental y que nosotros colaboremos. ¡Me voy a morir! Ah, y el domingo tengo una carrera. Si es que aguanto... Apúntate, anda.

—Ya no estoy para esos trotes.

—Joder, desde que cumpliste los treinta me tienes abandonado.

—A todo esto, ¿no decías antes que hay cuatro tipos de mirada? ¿Cuál es la cuarta?

—Ah, sí —Javi ya había establecido contacto visual con su primera presa de la noche—. Me faltaba una, sí. Se trata de una leyenda urbana, ni más ni menos: la mirada que dura un minuto. En ese caso, enhorabuena: se acaban de enamorar de ti. Espero no encontrármela nunca, por favor. ¡Qué miedo! No quiero acosadores. Y además, hazte a la idea: nunca nos enamoraremos en ninguno de estos antros. Por estadística podría llegar a ocurrir, digo yo, pero es que no venimos a eso. Aquí la gente viene a follar. Las miraditas largas déjatelas en casa, gracias.

—Pero entonces, para conocer a alguien que merezca la pena, si no es aquí, ¿qué nos queda?

—Nada —Y con una ingenuidad que no le pegaba, restregándose contra la columna para exhibirse delante del otro, añadió—: Confiar en las casualidades.

—¿Y cuando pase el tiempo?

—Reza para que la tormenta llegue antes y arrase con todo, o tendremos la mala pata de convertirnos en esos vejestorios de los que ahora nos reímos, porque nos miran con sus ojos de cordero degollado. O los empujamos, que a veces son tan babosos que te ponen perdido. ¡Quita, bicho!

—Javi, me estás hundiendo. —Una chica de pelo corto me apartó para abrirse paso entre el gentío. Protegí mi copa—. Ya solo falta que pongan Adele.

—Es lo que hay. Bienvenido a la vida nocturna. No se aceptan reclamaciones.

—No, en serio, ¿dónde ligaremos si no es aquí?

—En Grindr. Pero tranquilo —dijo—, que esta noche

conseguiremos dos miradas de dos segundos. Yo no trabajo bien si no follo. Y Camboya me necesita.

—Me conformaría con una mirada.

—Arriba esos ánimos, coño. Que me espantas la clientela. Sonríe. ¡Sonríe! Así.

—Es que hoy no me siento nada atractivo.

—No se trata de cómo te sientas. Eres como eres, y tú eres guapo.

—Pareces Verónica. En serio, ¿no hay mañanas que te levantas y te miras al espejo y te asustas?

—Sí. Pero entonces me acuerdo de todos los tíos que me he follado y de lo bien que se lo pasaron conmigo. Y mira, me siento mejor. Bueno, ¿qué? ¿A dónde iremos, al final? ¿Metro o Arena?

—Uf. Qué bien me lo pones. —Miré alrededor—. ¿Qué pasa, ya has perdido de vista a tu ligue?

—No es eso, tengo ganas de bailar otra vez Jennifer López y seguro que en Metro me la ponen.

—Segurísimo, entre un remix chunda-chunda y el siguiente.

—¡Que Metro no está tan mal! Tiene su Lado Oscuro, nada más.

—Es como una nave industrial con el techo derrumbado.

—¿Y Arena? Venga, si vamos a Madre seguro que alguna guiri se despelota y se sube al podio. Cruzan media Europa para eso. —Javi dejó la copa vacía en los reposaderos que rodeaban la columna—. Pero tú quieres la VIP, yo lo sé. Quieres jovencitos.

—Jajaja, pues no te creas, no me importaría.

—Por cierto, que el trío bien, gracias. Les di buena caña. Y cómo estaban, madre mía. Imagínate, hacían kick-boxing: estaban fibrados no, lo siguiente.

—Javi —dije.

—¿Qué? —Buscando un sustituto del ligue de antes, sus ojos surcaban la sala, otra vez medio vacía: casi eran las dos y la gente se daba prisa para entrar gratis en Arena—. Dime.

—Un tío me acaba de sobar el culo.

—¿Qué dices, quién? ¿Estaba bueno?

—No lo sé, dímelo tú. No me atrevo a girarme. ¿Me giro? Me giro.

—Shhh. Calma. Que no te noten ansioso, recuerda. Las gacelas tienen que ver al león pero nunca temerlo.

—Tiene que ser uno que antes miraba hacia aquí. Uno con una camisa de rayas, no muy alto tampoco. Pero yo creía que te estaba mirando a ti.

—Tú siempre piensa que te miran a ti hasta que se demuestre lo

contrario. Ah, ya sé quién es. Sí, me miraba a mí. ¡Y a ti, y a todos! Anda, pásame mi chaqueta. A ver si mojándonos se nos aclaran las ideas y decidimos dónde vamos.

—¿Has follado con él? —pregunté, ya en la calle. Nos colocamos las capuchas y echamos a andar hacia Arena Madre, nuestra ruta por defecto.

—No lo sé. No me acuerdo. Es un tío que suele ir pasadísimo, en los lavabos de la Classic le hace una paja al primero que se le pone a tiro.

—¿En serio? Nunca le he visto.

—Se mete de todo. Y tú no necesitas eso, tú necesitas que te metan a ti. —Nos reímos—. Ahora que lo pienso, igual sí que me lo tiré. Hace años, cuando él aún era un… *buen chico*, vamos a llamarlo.

—Eres increíble, los conoces a todos.

—Es que al final conoces todas las caras. O ya has follado con ellos o podrías hacerlo, si quisieras. A la mayoría te da vergüenza verlos a la semana siguiente. Están en el mismo sitio de la pista, con la lengua fuera y les saludas desde lejos o te haces el loco. Aunque para locos ellos, ojo, que algunos se ponen histéricos por WhatsApp. "¿Pasas de mí, pasas de mí?" Sí, ¡de ti y de tu puta cara!

—Jaja, como esa parte de la familia política a la que no quieres ver. La verdad es que a Héctor me daría vergüenza encontrármelo. O a Raúl, el de los tatuajes.

—Qué envidia te tengo, chico. Tú aún te acuerdas de todos los nombres. Por cierto, antes de que se me vuelva a pasar: Héctor desapareció hace un par de semanas.

—¿Él también? ¿Y eso?

—Ni idea, dicen lo de siempre. Que conoció a alguien, que le salió trabajo en otro país. Héctor, Raúl… Qué envidia. Ya te llegará, ya, el día que no te acuerdes del nombre de nadie. Solo los identificarás por la ropa. De todos, acabas conociendo su repertorio de camisetas. Sabes con cuál marcan más músculos, cuál les favorece la cara. La camiseta de Batman o la de Las Vegas. Con cuál se sienten más confiados. Por cómo se quitan el abrigo, ya ves venir su humor esa noche, la forma en la que bailarán, cuántos cubatas tomarán antes de despendolarse del todo.

—Menudo jaleo, Javi.

—Es que a lo tonto son muchos hombres y mucha ropa. Ya sabes cuál es mi única norma.

—¿No repetir jamás de un mismo plato?

—No repetir jamás de un mismo plato, exacto. No es fácil, que

tampoco somos tantos y todos tenemos mucha hambre. Bueno, ¿qué? ¿Entramos a Arena?

—Me acaban de dar este flyer.

—¿DBoy? ¿Y a mí por qué no me lo han dado?

—Tengo dos, tranquilo. Los repartía el chico del semáforo. Pero no le has visto porque mirabas el culo del tío de delante.

—¡No es verdad! Bueno, sí. Es que mira qué culo. De ese plato no me importaría repetir, fíjate lo que te digo. Anda, entremos a la Classic, sé un buen amigo.

—¿Por qué no probamos en DBoy?

—Pero si eso es carísimo.

—Tenemos los flyers.

—Lo que hay que hacer por la vida sexual de un amigo. Venga, tira. ¡Tira!

—¿Has ido alguna vez?

—Me llevó un tío de un chat hace siglos, cuando aún era Salvation. No sé qué le echaron a mi bebida, pero acabamos montándonos un cuarteto en la sauna. Muy siniestro todo.

—Porque ya sabemos que tú a una sauna, en condiciones normales, jamás irías.

—Hoy te estás portando fatal conmigo. Encima que te acompaño.

—No sabía que quedara tan lejos. ¿Quieres que volvamos a Arena?

—No, hombre, tira p'alante. Si ya casi estamos. ¿No querías techos altos? Vas a flipar en DBoy. Y desabróchate un botón más, anda, que te luzca bien ese pecho toro.

—Pecho toro tú, con ese polo que te lo marca todo. Yo como mucho, peso pluma.

—Eh. ¿Qué te tengo dicho? Eres como eres, y tú eres guapo. Créetelo.

—"Tú me has enseñado a ser una leona" —bromeé con voz sexy, imitando un vídeo del APM—. No, en serio, gracias. Te voy a hacer caso. Hoy voy a estar follable a tope.

—"¡Oy, me estoy poniendo perraca!"

—Perraca voy yo. Que a lo tonto, lo de Héctor fue hace tres meses. Ya me duele la mano.

—Mira, te voy a contar un truco. ¿Aquello es Urquinaona? Ya casi estamos, ¿ves? Esos dos van a DBoy seguro, les van a explotar los tirantes con tanto músculo.

—Habló de putas La Tacones.

—La carne hay que enseñarla, ya te lo he dicho. Pero lo de ellos

es exagerado, no me digas que no. En fin, como te decía, mi briconsejo de hoy: para desprender feromonas a tope, hazte una paja antes de salir de casa.

—¿Qué estás diciendo? —me reí.

—Lo digo en serio. Te pones Xtube, el mejor vídeo que encuentres y, hala, a darle al manubrio. Ojo, a los cinco minutos paras. No te corras. Te enfundas los calzoncillos, te terminas de vestir y vienes conmigo a la discoteca. Ya verás, desprenderás tanto sexo que todos se girarán hacia ti y querrán follar contigo ahí mismo. Y tú irás tan cachondo que te dejarás de remilgos.

—Oye, Javi, creo que voy a pasar por casa un momento…

—El plan B es hacerte la paja en el baño.

Por fin entramos a DBoy, pagamos, bajamos la escalera, giramos a la izquierda, pedimos la consumición y aún no habíamos brindado, que Javi ya se despedía de mí. Ni siquiera me dio tiempo a decidir si le acompañaba fuera. Luego pensé que mejor así. Bastante cara era la entrada, incluso con el descuento del flyer, como para desperdiciarla.

—No me encuentro bien, algo me habrá sentado mal. He cenado deprisa.

No terminé de creérmelo porque había usado la misma excusa otras veces. Lo más probable era que hubiera ligado por Grindr. O que le hubiese entrado sueño. O que por una vez le vinieran remordimientos por tener que trabajar en pocas horas.

—¡Disfruta por mí! ¡Y a darle al manubrio!

Se fue. Mi cubata por empezar, el suyo encima de la barra y la inmensa pista principal de DBoy ahí delante. Desde la barra, se veía caótica. Con sus columnas de espejos y los láseres trazando jeroglíficos azules en el aire y esos gigantes que surgían entre el humo, sin camiseta, torsos depilados aquella misma mañana y torneados tras años de ejercicios y muchos batidos de proteínas. Para ellos, la entrada a DBoy debía de ser algo así como una extensión de la cuota del gimnasio. Pagaban para lucirse junto a otros hombres tan musculosos como ellos. Hablaban entre ellos, pero yo no les oía. Sus piernecitas apenas podían aguantar tanto peso. Los ritmos machacones que brotaban por toda la sala anulaban cualquier otro sonido y el olor de la máquina de humo se tragaba sus colonias, también la mía. Los DJs parecían camareros, los vi en su cabina, apenas se movían. Para ellos no existíamos. En la tarima del centro, dos gogós iban disfrazados de algo dorado que podía ser japonés o egipcio. Su máscara de maquillaje no cambiaba de expresión. Sin nada mejor que hacer, los observé durante diez

minutos, a solas en la pista de baile abarrotada. Ellos tenían la ropa seca, no como yo que chapoteaba a cada paso: jugaban con ventaja. Los gogós se movían a cámara lenta y predecían el patrón de las luces estroboscópicas: de pronto estaban en otra postura, no les había visto moverse. Como en *Dragon Ball*, cuando luchaban tan rápido que solo se veían los golpes. Nadie me miraba. Y ni siquiera me apetecía bailar, con ese ritmo extraño no sabía cómo hacerlo. Por dónde empezar. Si mover los brazos o las piernas. Solo se me acercó una pareja para pedirme droga. Me la pidió uno de ellos; el otro me miró como si la cosa no fuera con él. Decidí que le haría caso a Javi, su truco de pajearme un poco en el baño. A ver si exudando feromonas rompía el hechizo y alguien me hacía caso. Apuré mi copa, comprobé la hora en el móvil mientras sorteaba los empujones de los gigantes. Me apartaban como hierbajos en la selva. Todos llevaban la misma camiseta de tirantes blanca, la misma camisa blanca, el mismo polo blanco a punto de reventar. Eran guapos y sin duda les sentaba bien aquella ropa, pero yo estaba orgulloso de mi camiseta de monstruillos de colores. Para llegar al baño, tenía que atravesar otra vez la pista y eso me dispuse a hacer. Pero entonces ocurrió algo curioso. Los láseres azules se volvieron rojos.

Y noté que la canción cambiaba.

Un cambio sutil de ritmo. Cierto orden en esas pulsaciones aplastantes. Formaban bucles de cuatro golpes. Como mi corazón. Pum pum pum pum. Con cada bucle, tenía que mover el cuerpo. Girar el cuello, cambiar la dirección de los brazos, de los hombros, de los pies. Como los gogós. Ahora lo entendía. Era una coreografía ordenada, nada que ver con el desmadre de otros locales.

Mi cuerpo seguía siendo escuálido comparado con todos los atletas olímpicos que me rodeaban, pero ahora yo también bailaba. Sin que me importaran los pantalones húmedos ni los zapatos empapados: ya se secarían. Las columnas aparecieron fijas entre el humo, los láseres rojos y las luces lilas las hacían brillar. Eran columnas descomunales. Allí el techo estaba altísimo, ya me lo había advertido Javi. Había espacio de sobra para levantar los brazos. Y eso hice, coincidiendo con un subidón de la música: entraba la voz de Dido. Logré identificar la canción con el móvil en alto: un remix de *Everything To Lose*. Mañana se iría directa a mis favoritas.

Cerré los ojos sin dejar de moverme. Pertenecía a aquel lugar. A sus pum-pums. Dido me daba la razón con sus cantos casi místicos. “I loved to be alive but I was not afraid to die.” El humo no era

niebla, eran nubes antes del amanecer. Habría jurado que la Alhambra estaba al otro lado, velándonos como en el bar de Granada.

Al volver a abrir los ojos, con toda la intención de pedir otra copa aunque no me la podía permitir, descubrí que en medio de la masa musculada, había otras personas como yo. Acababan de aparecer. Cuerpos normales vestidos con camisetas normales, algo sueltas, meciéndose al ritmo del baile y los golpes de aire. Aquellos chicos se sonreían unos a otros, para sentirse menos cohibidos entre tanto músculo.

Sí, aquello no estaba tan mal. Era divertido. Los chicos normales nos mirábamos. Feliz, me acerqué a la barra y el camarero me sirvió tan pronto que por un momento pensé que se dirigía a alguien que estaba a mi espalda. Luego lo entendí, me había abalanzado sobre la barra con toda la decisión del mundo. No le había dado opción a no verme. La copa llena, los hielos casi saliéndose del vaso, sin pajita, porque allí dentro usar pajita parecía un sacrilegio, regresé a la pista.

Cuando los focos menguaban, se oían gritos sueltos a los que se iban sumando otros más entusiastas al volver la luz y subir la música y desatarse la euforia. Levanté el brazo libre, me uní a los gritos, moví la cabeza a un lado, a otro. Para hacerlo no hacía falta drogarse, aunque allí muchos fueran puestos hasta las trancas. En plena coreografía, uno de los gogós me señaló con su abanico gigante. Te elijo a ti. El gesto duró solo un bucle, cuatro golpes de percusión. Seguí bailando. Cuello, brazos, hombros, pies.

Y el más guapo de los chicos normales me miró. Y supe que Javi tenía razón. Eres como eres, y tú eres guapo. Si ese chico me miraba era porque yo le gustaba de verdad; de lo contrario, no me miraría. El intercambio de miradas duró dos segundos exactos. Al cabo de poco volvieron a coincidir. Me cambié de sitio y en cada nueva posición volvimos a mirarnos.

Fingiendo que iba más borracho de lo que en realidad iba, reuní fuerzas para acercarme hasta él. Los zapatos no hicieron ruido porque ya estaban secos. Confiado, le dije algo y él me susurró que yo era el que mejor bailaba de toda la discoteca. Exageraba, claro, pero me lo tomé como un piropo sincero.

El chico no se movió de mi lado. Sacudía los hombros, daba patadas. Tan agarrotado como bailaba yo mismo hasta no hacía tanto. Le miré a los ojos durante otros dos segundos, aunque no hiciera falta. Ya estábamos tan cerca como podíamos estar. A base de sonreírle, le animé a que se soltara. Tímido, me siguió con los

brazos, luego los pies se le fueron solos. Nos pusimos a bailar al unísono aquellos ritmos predecibles. Y por fin sus hombros encontraron un movimiento suave. Su propio baile. Le besé y él sonrió como si fuera la primera vez que le besaban y enseguida volvió a buscar mis labios. No sabía su nombre. Daba igual. Yo tampoco le había dicho el mío. Le besé más fuerte. Con más ganas y más saliva. No se trataba de magia. Era algo físico. Nada más. La revolución sexual en carne y hueso.

9 - ACUARELAS

Creyó que le estaba riñendo. Adán me miró a medio camino de recoger el pincel. Acababa de tropezar con el caballete de mi estudio y no entendió que solo estaba siguiéndole la broma, como cuando llegábamos a su casa y sin darle tiempo a encender las luces, yo corría por el pasillo porque prefería esperarle en el sofá. No chocaba con nada: tan pocas visitas y ya me había aprendido la geografía de su piso. Después de guardar nuestras chaquetas, él se plantaba en la puerta del salón y daba la luz.

—¿No sabes dónde está el interruptor o qué? —se reía.

Y yo no sabía qué responderle.

—Tú conoces bien lo que significa ser un náufrago —dijo Verónica—. Quizá por eso ahora valoras tanto tener, también en Madrid, un piso donde sentirte acogido.

Sí, acomodarme en aquel sofá y ver cómo Adán encendía las luces entre risas. El microsegundo que tardaba en pasar de silueta a persona. Ese momento lo justificaba todo. Los viajes de ida y vuelta, los billetes comprados a última hora, cortarme el pelo, ropa nueva, otra colonia, la cabeza burbujeante de expectativas. Esos detalles que Adán valoraba, sí, aunque no con el entusiasmo que yo quería.

—Apenas os veis dos o tres veces al año. ¿Qué se puede construir con eso?

Él dejó el pincel en su sitio y se disculpó. Iluminado por la lámpara, le vi llenarse el vaso con agua del grifo y beber en silencio. Se quejó del sabor a mar. Regresó a la cama despacio para no chocar otra vez. Esperé a que volviera a tumbarse junto a mí, sano y salvo, antes de apagar la luz. Entonces Adán se transformó en una montaña que durante la noche ocultaría el piloto rojo de la tele. Yo ya no sabía en qué ciudad nos encontrábamos: estaba con Adán, era suficiente.

La mañana siguiente la pasamos en el sofá. Debía de ser agosto

porque no había otra cosa que hacer aparte de pasar calor. Mientras Adán twitteaba en pantalones cortos, sin calzoncillos debajo, a veinte centímetros de aquel paisaje yo intentaba distraerme con Bob Esponja. Luego cambié de canal y daban los Simpson, ese episodio del minigolf, con la pelota que tenía que pasar por entre las aspas de un molino.

—Acabo de acordarme —dije— del minigolf de mi infancia. Íbamos todos los fines de semana con mis padres. Íbamos al del final del pueblo, había uno más céntrico, pero era mucho más pequeño. Nos gustaba más el otro. Me pasé media vida aprendiendo a golpear bien. Medía la intensidad del golpe, la curvatura del terreno, a veces la pelota caía al agua y luego se le pegaba la tierra artificial, no había forma de quitarla. Lo más difícil fue aceptar que existía un número máximo de intentos. Y siempre esa ilusión de hacer el recuento de las puntuaciones, escritas a lápiz, aunque supiera que había perdido. Hasta que me hice mayor y cerraron los dos.

Adán seguía sumergido en su iPhone. Lo apretaba entre sus manazas como si le diera igual romperlo.

—No te olvides de mirar lo de la exposición —dije.

—Cierran a las nueve, tenemos tiempo de sobras. Bueno —se desperezó—, lo prometido es deuda. Jueces del jurado, ¿preparados para valorar mi famoso pisto al curry?

Nos las dábamos de interesantes yendo a museos, pero luego nos divertíamos con las cosas más sencillas. Cocinando, por ejemplo. Y yo agradecía aquellos momentos de cotidianidad para coger perspectiva. Estábamos tan acostumbrados a ir juntos a sitios bonitos, bares con encanto y exposiciones deslumbrantes, que a menudo me preguntaba si estaba enamorado de Adán o de esos escenarios que compartíamos.

Se arremangó las mangas que no llevaba, porque iba sin camiseta, y pasó a la parte del estudio que yo llamaba cocina. Le había dejado las cosas a la vista, para ahorrarle el tener que buscarlas. Tragué saliva cuando se puso a cortar las verduras medio desnudo. Tan concentrado. El cuchillo lo clavaba sin importarle la cantidad de piel y carne que se llevara por delante. Como el troglodita más atractivo de todos los tiempos. Se me iban los ojos sin querer. No decía nada para no romper el hechizo. En la tele, seguían dando los Simpson, luego el telediario, gráficos del paro e inundaciones apocalípticas que parecían muy lejos en aquel piso, con el olor a curry bañándolo todo.

—Esto ya casi está. ¿Hoy te atreverás con los palillos?

En mi siguiente viaje a Madrid, Adán también cocinó. Y cuando me pidió que pusiera la mesa, descubrí que aún me quedaban rincones de su piso por conocer.

—Busca en el segundo cajón.

No supe por dónde empezar, si todo el salón estaba lleno de muebles con cajones, pero abrí uno, y otro, y otro, hasta que encontré los cubiertos. Aparecieron por el camino serpentinas de la fiesta de la noche anterior, libros de los que Adán no me había hablado, un disco de Céline Dion, también una foto de un chico alto y canoso que debía de ser Fran. No tuve tiempo a examinarla porque Adán ya salía de la cocina con la sartén humeante en la mano. Cerré el cajón y dispuse las servilletas y los cubiertos. Nunca me acordaba del lado correcto para cada pieza. Así que lo coloqué todo junto y alisé después cada servilleta.

—Ay, la base de madera —dijo Adán.

Corrió a la cocina para buscarla. En Barcelona también se la había olvidado. Seguro que sin invitados no la ponía nunca y en esos cajones que me quedaban por abrir, encontraría una colección de manteles agujereados por culpa de ollas y sartenes demasiado calientes. Fui tras él para ayudarle a encontrar la base.

—¡Cuidado!

Al risotto, Adán le había echado medio sobre de queso para pizza que quedaba en la nevera. Algunos grumos mohosos flotaban entre el arroz. Los apartó enseguida con una cuchara.

—Era queso azul —mintió, tan tranquilo—. Suerte que lo has visto, no me gusta mucho.

De repente recordé que Pedro sí era bueno cocinando. Y me odié un poco por desear de aquella manera a alguien menos habilidoso. Por lógica, uno siempre debería aspirar a algo mejor, me dije. Tampoco es que quisiera evitarlo: de Adán, me gustaba hasta la torpeza.

Subió una foto a Instagram antes de servir el risotto. Con filtro Nashville, como siempre, tras probar todos los demás filtros. El pie de foto: combatiendo la resaca en la mejor compañía. No me etiquetó ni hizo referencia a mí. Yo no era uno de esos críos que ahora lo acompañaban a tantos eventos con photocall.

—Perdona, ¿quién eres?

Eso me había soltado Ruth, la compañera de piso de Adán, dos días antes, nada más abrirme la puerta. Era el cumpleaños de Adán y yo llegaba el último. En realidad no pretendía ir, me había prometido que me distanciaría de Adán, menos mensajes y menos pensar en él. Que me centraría en los tíos

de Barcelona que sí me hacían caso. Pero Adán llevaba toda la semana intentando convencerme. Cómo iba a faltar yo, que era tan importante para él, si además podía aprovechar que el lunes era fiesta. Y al final había comprado un billete. Sin decirle nada, como la primera vez, para darle una sorpresa.

Ruth fingió que me reconocía, me saludó efusiva, hola, hola, llegas a tiempo, mientras en la cabeza hacía inventario de todas las personas que yo podía ser y no era. Y entonces, a medio pasillo, se giró con una mezcla de curiosidad y desconfianza, como si pudiera ser un vecino cotilla. Y me preguntó aquello, quién eres, todo lo borde que pudo.

—Soy Leo. —Y luego—: De Barcelona.

—Ah, sí, sí. El misterioso amigo de Adán en Barcelona. Por fin nos conocemos. Me ha hablado mucho de ti.

Una de esas frases que se decían para que el recién llegado se sintiese menos fuera de lugar.

—¿Es un regalo para Adán? —señaló el paquete que llevaba en las manos.

—Sí, me sabía mal venir sin nada.

—Dame, que lo guardo. Te cojo la mochila también. Pasa, pasa, están todos en el comedor. ¿Sabes dónde está? Una copa, toma. Está limpia. Sírvete tú mismo.

Ruth era minúscula. Sus muñecas huesudas siempre se movían porque siempre estaba alterada y siempre parecía a punto de morder el aire con su dentadura de caballo. Aquella tarde entendí por qué salía con la boca cerrada en todas las fotos que había visto repartidas por el piso.

En el salón, me esperaban muchas caras desconocidas. Bailando, hablando, dando vueltas. A lo suyo. Sonaba de fondo un disco de Rihanna. Adán me saludó desde el sofá, atrapado en una conversación entre dos críos. Sus acompañantes de Instagram. Parecían gemelos. Le miraban con deseo. Uno de ellos ya no podía desabrocharse más botones de la camisa sin que se le abriese entera.

Fui a servirme una copa de vino. Antes de que pudiera dar un sorbo, Adán me tocó la espalda.

—¿Qué tal vas? Perdóname, que se han puesto a hablar y me sabía mal cortarlos. Qué sorpresa, no te esperaba.

—Estoy entretenido. —Y mirándole a los ojos—: Me encanta esta canción.

Era *We Found Love* y su letra me hacía pensar en nosotros. Mi comentario no dejaba de ser una indirecta, otra más, pero nunca lograría que Adán la comprendiera. Luego me enfadaría

con él, cuando la culpa la tenía yo por enredarme en indirectas y doble sentidos, en vez de decirle de una vez y sin tapujos lo que sentía. Me frenaba, como siempre, el miedo al rechazo. Prefería aquel tira y afloja porque al menos no tenía final.

—No sabía que fueras fan de Rihanna —dijo él, con la sonrisa ancha que yo tanto había echado de menos.

—Bueno, solo esta canción.

—A mí ella entera me vuelve loco. Es tan hortera. La adoro. Me quedé sin ir al concierto y casi me muero.

—Qué raro que no tuvieras entradas esta vez. En realidad sí me gustan unas cuantas canciones suyas.

Ahí estábamos hablando de Rihanna cuando lo que yo quería era que buscásemos una cafetería medio mona donde contarnos nuestras últimas semanas. Los libros y el cine y la música, los ligues respectivos, los descubrimientos tontos, un tema desembocando en otro. Conversaciones de las nuestras, que en cinco minutos parecían curarlo todo, compensar todas las penas.

Sin darme cuenta, su brazo había acabado rodeándome los hombros, como si yo fuera la persona a la que más ganas tenía de ver en aquella fiesta. En cuanto vio que me había percatado de su gesto, Adán retiró el brazo.

Fui a decir algo gracioso, pero entonces llegó la última explosión instrumental y alguien subió el volumen al máximo. La gente de la fiesta se puso a saltar a nuestro alrededor. Vinieron los dos críos de antes y arrastraron a Adán hacia la pista de baile. Él ya me había olvidado y enseguida le perdí de vista. “We found love in a hopeless place”, repetía el estribillo con insistencia. Todos saltaban pero solo yo lo cantaba.

Patas arriba y con veinte personas invadiéndolo, ahora el piso parecía más grande. Mucho más grande que en nuestros fines de semana a solas. Aún quieto, miré el móvil. No me molesté en desbloquearlo. Luego fui a la mesa de bebidas para rellenar la copa. Luego me acerqué a la otra mesa, donde había perritos calientes y nachos. Mordí una salchicha, pero la dejé a medias. Estaba cruda.

—Es que míralo —dijo Ruth a mi lado, y me giré asustado hacia ella—, Adán está en su salsa.

Lo localicé. Bailaba con sus amigos, tiraba serpentinas y llevaba un collar hawaiano al cuello. Asentí. Ni en Delirio le había visto pasárselo tan bien.

—Ruth —se le acercó una chica—, ¿cuándo le daremos eso a Adán?

—Enseguida saco el pastel. Seguro que se descojona.

En sus bocas, el nombre de Adán sonaba más auténtico. No tenían que adornarlo con efectos especiales, como hacía yo, porque ellas lo trataban a diario, conocían al Adán real. No el que visitaba museos y componía música y recomendaba las mejores películas, sino el Adán que se despertaba tarde por culpa de la alarma, que no había sonado.

Ruth entró en la cocina. La otra chica se quedó a mi lado. Nos encogimos de hombros, sin saber qué decir. Me preguntó si conocía a Adán y le contesté que sí. Cómo no. Entonces se soltó. Como una presa desbordada, me contó que ella había ido con él al conservatorio, rememoró sus días de juventud.

—Antes aún era más guapo. Todas las compañeras, y cuando digo todas son todas, estábamos enamoradas de él. Cuando salió del armario, casi abandono la música. Del disgusto, figúrate. Fue él, al final, el que lo dejó porque tocando en el metro le irían mejor las cosas. Eso decía...

Dejé de hacerle caso en cuanto vi a Ruth volver al comedor con una bandeja metálica. La llevaba con sumo cuidado, y eso que no parecía haber ningún pastel, solo cuatro velas en las esquinas. Alguien apagó las luces. La gente se puso a cantar Cumpleaños Feliz, fui viendo sus caras al pasarles la bandeja por delante, seguían como yo la luz de las velas. No conocía a ninguno de esos fantasmas. Si ahora me esfumara, me dio por pensar, nadie se fijaría. Adán no era ni una sombra: solo me imaginaba dónde podía estar por la trayectoria temblorosa de la bandeja.

—Este año no dio tiempo de encargar una de esas tartas red velvet que tanto te gustan —dijo Ruth—, pero entre todos te hemos traído esto. Es nuestro regalo. Feliz cumpleaños, cariño.

Ruth dejó la bandeja en la mesa Lack que había delante del sofá. Adán ya se había sentado, dispuesto a soplar las velas y entonces vio el contenido de la bandeja y, pasada la sorpresa, se frotó las manos.

—¡A punto de nieve! ¡Mis favoritas!

Alguien encendió las luces de nuevo y al fin pude ver qué había entre las velas de la bandeja. Bolsitas con un polvo blanco. Adán abrió una de ellas, vertió parte del contenido sobre la superficie de la bandeja, usó el dedo meñique para formar cinco montones, los cortó con una tarjeta de crédito rosa, decorada con girasoles, sacó de alguna parte un tubito metálico y esnifó la primera de las rayas. Había vuelto a empezar el disco de Rihanna e incluso por encima de la estridente parte instrumental de *We Found Love*, escuché cómo la nariz de Adán esnifaba la cocaína. Echó la cabeza atrás, soltó un

gemido. Me excité porque jamás le había oído gemir así.

El tubito pasó de mano en mano. Rechacé mi turno y nadie me insistió ni dijo venga, pruébalo, no seas cagado. Allí les daba igual lo que yo hacía o dejaba de hacer. Pero lo más sorprendente era Adán: seguía siendo el mismo a pesar de haber esnifado un par de rayas. Yo, en cambio, ahora veía tontos sus gestos, esa forma de rascarse el pecho o cómo doblaba el codo para rascarse el cogote.

Más tarde, alargando la fiesta en el Atril, escuché su risa inconfundible, entrecortada, como si le vinieran a la vez el hipo y un eructo, y comprendí que era su risa drogada. Esa a la que tanto cariño le tenía, porque solo él reía así. Sonaba normal cuando no iba drogado, deduje.

Me separé de los demás para pedir una cerveza. En realidad me apetecía algo más fuerte, pero solo me quedaban algunas monedas y se acercaba final de mes, mejor no sacar más dinero del banco. Le di cuatro euros al camarero, ahora el billetero apenas abultaba. Protegiendo la botella contra mi estómago, me abrí paso a empujones. Algunos creyeron que les metía mano y se volvieron para sonreírme, por si acaso.

Avanzar por el Atril era como caminar por la Luna. El suelo estaba cubierto de cáscaras de pipa que amortiguaban mis pasos. Aterricé junto a Adán. Estaba hablando con alguien. En mi camiseta continuaba marcada la silueta de la botella. La alisé. Intenté unirme al ritmo del grupo, ponerme a bailar la canción a medias. Imposible: entre las drogas y las ganas de pasárselo bien, ellos botaban más que nadie.

Una mano me rozó el culo justo por encima de donde terminaban mis tejanos. Era Adán. Clavó en mí su sonrisa traviesa.

—Oye, que estaba hablando de ti con Nando y me he dado cuenta de una cosa.

—Encantado, Nando. Soy Leo.

Era uno de los dos críos de la fiesta. El de la camisa. Ahora la llevaba más abotonada, aunque igual de arrugada. Adán le agarraba por los hombros y él se dejaba hacer.

—Hola —contestó sin despegarse de la copa ni dejar de mirar a Adán.

—Decíamos que es curioso, pero tú y yo nunca nos hemos acostado, ¿verdad? ¿Cómo puede ser?

De verdad Adán me estaba preguntando eso.

—Cosas que pasan —dije para salir del paso.

Ellos retomaron su conversación. La chica del conversatorio me sonrió desde el otro lado del grupo, como si se mirase al espejo en

busca de respuestas. Pero ni ella ni yo nos atreveríamos a hacer jamás las preguntas exactas. Fingí un repentino interés en la decoración del local. El piano y las columnas.

—Ahora volvemos —dijo Adán, aprovechando una pausa entre canciones.

Y se adentró en el baño con el crío cogido de la mano. El otro gemelo les miró huérfano.

—Adán, no… —dijo Ruth.

—Déjale que disfrute, que es su noche —le contestó uno de los amigos de Adán.

No recordaba que me lo hubieran presentado. Las letras de su camiseta, TOXIC, brillaban en la oscuridad.

—Pero si es que esa marica mala podría ser su hijo.

—Ahora le molan así. Cuando le contamos que Fran se había largado con un niñato, juró que se vengaría. No pararé, dijo, hasta tirarme a un instituto entero. Acuérdate.

Rieron por encima del ruido. Y entonces Ruth se dio cuenta de que yo ya estaba allí y se le torció el gesto.

—Vaya, qué rápido. Pensaba que aún estabas pidiendo.

Le sonreí, bebí un trago de cerveza, seguí bailando. Pretendí entusiasmarme con la siguiente canción, pero ni siquiera la escuchaba. Solo oía el pum-pum de la música tal como debía de oírse desde el baño. Adán no salía. El otro chico tampoco. Y las cáscaras se pegaban en las suelas de mis bambas y el chico que tenía a mi espalda bailaba tan mal que no paraba de darme codazos.

No tenía derecho a estar celoso, pero lo estaba. Porque yo no podía ser uno más, alguien de usar y tirar. A veces, Adán me había hablado de cruising en el bosque junto al Templo de Debod y de tríos en cabinas de sex-shops. Peroratas sobre lo mucho que follaba desde que tenía Grindr. Solo ahora lo comprendía: Adán hacía todo eso.

El mismo Adán que me hablaba de arte mientras visitábamos la última exposición de la Casa Encendida. Me lo imaginé de rodillas, entre charcos de meado y restos empapados de papel higiénico. Lamiéndosela hasta ahogarse a ese crío que ni siquiera era guapo, por mucho que lo disimulase dejándose barba. Y el crío marcaba el ritmo, agarraba a Adán por aquel cabello castaño que yo apenas tocaba de refilón al abrazarnos en los saludos y las despedidas. Adán con los ojos llorosos ya de tanto tragarla hasta la tráquea, el otro arañando la pared llena de frases obscenas, teléfonos falsos y citas filosóficas escritas en rotulador o tippex, Adán masturbándose

con la ropa puesta, una polla dibujada por un niño creyéndose ingenioso, los movimientos y los jadeos cada vez más acelerados.

Me fui para no imaginarme el final. Aproveché un barrido del recogevasos, la gente agachándose para esquivar su caja cargada de vasos vacíos. Los demás ni me vieron. El chico de la camiseta fluorescente, el otro crío, incluso Ruth o la chica del conservatorio, todos los amigos estaban inmersos ya en sus procesos de ligoteo. A eso habían ido al Atril, porque era domingo y follar era la mejor forma de terminar la semana. Quién sabía si el futuro les brindaría otra oportunidad de hacerlo.

Estuve uno, dos, tres minutos removiendo chaquetas, bolsos, jerséis mojados que no eran míos. Por fin apareció mi abrigo azul. Lo había dejado junto al de Adán, pero ahora estaba solo. No me lo puse hasta sentir el frío exterior. En la calle, la gente fumaba acurrucándose unos con otros, sus cigarrillos formaban un único humo.

Intentando orientarme, esquivé una lancha que se abría paso a cualquier precio entre las calles estrechas de Madrid. Sus focos hacían aparecer más lluvia. Llegué al teatro de la Latina y di marcha atrás, creí recordar que Lavapiés quedaba justo en la otra dirección. Allí todo parecía más cerca que en Barcelona, cerca, pero no en línea recta. En el mp3, saltó *Uninvited* de Alanis Morrisette, esa canción que Pedro odiaba y que ahora me recordaba a Adán. “You’re not allowed, you’re uninvited.” Aceleré el paso. Quería refugiarme bajo el balcón de casa de Adán. Le esperaría allí. No le había dado mi regalo, al final; uno de los libros de música que vendían en la librería del museo. Tendría que haberme guardado el dinero para mí. Esquivé postes y empedrados salidos, ignoré a los negros que me ofrecían droga, no me fijé en los escaparates de las tiendas de antigüedades, pero seguro que ya no tenían los mismos artículos de otras veces, alguien con más dinero los habría comprado hasta vaciarlos, y aceleré más, cuanto pude, empujado por el torbellino final de la canción, me daban igual los balcones y los puentes, dejaría atrás todos esos locales de comida asiática donde la gente seguía tapeando y charlando, sonrientes con sus copas de vino, ajenos a todo, salté sobre los ríos furiosos sin saber si en el fondo no sería mejor que alguno me arrastrara hacia cualquier otra parte.

Adán me esperaba delante de su portal. Se había teletransportado hasta allí. La farola de enfrente le alargaba la sombra contra la fachada, se la deformaba tanto que parecía tener garras. No reconocí su sonrisa. Sus labios brillaban, quizás acabara

de relamerse. Era la primera vez que veía su cara post-coito, pero quien jadeaba era yo, recuperándome aún de la carrera por medio Lavapiés. Apagué el mp3.

—Qué calentita es tu chaqueta, ¿no? —dijo. Con voz ronca, por el frío o la coca.

Solo entonces me di cuenta de que yo llevaba puesto su anorak. Los había confundido al irme del Atril porque ambos eran azules. Sonaron sus llaves y me relajé al ver los colmillos del llavero de Mordisquitos. La cadena que lo sujetaba estaba suelta, pronto necesitaría un llavero nuevo. Me quité su anorak y se lo di. No dije nada. Tampoco en el ascensor, que subió a trompicones, como en la mina más profunda. Nos secamos, nos fuimos a dormir. Lo agradecí, porque en el viaje en autobús no había dormido.

Pero Adán habló en la oscuridad de su habitación. Su aliento apestaba a alcohol y a tantas cosas.

—¿Nunca —preguntó— has pintado un cuadro feo?

—¿Cómo, feo?

—Feo, sí. Con la intención de serlo. Yo qué sé: casi todo negro…

—El negro me gusta. Es un color bonito. Estéticamente.

—…o trazos torcidos, gruesos, de esos que se notan hasta los pelos del pincel. Un cuadro en el que des lo peor de ti. Que lo veas terminado y pienses: qué horror.

—Nunca. Me gusta mejorar. Saberme capaz.

—Por eso mismo te lo recomiendo, Leo. Para saber hasta dónde puedes llegar, para conocerte del todo. Como en *Cisne Negro*. Yo no supe que de verdad me gustaba mi música hasta el día que logré componer lo más espantoso que te puedas imaginar, puro ruido, mezclé de todo, saturé instrumentos. ¿Quién querría escuchar ese espanto? Pero lo grabé. Aquello sí, ¿entiendes? Otras obras ni siquiera las memorizo: las toco, me emocionan, y ya está. Pero esta aún la conservo. La escucho de vez en cuando y me digo: puedo. ¡Puedo! Estoy vivo.

—Me gustaría escucharla. Seguro que no es tan horrible como la pintas.

—No te gustaría. De verdad, te deja con los tímpanos locos durante un par de días. ¿Quieres que mañana te toque lo que compuse justo después?

No lo hizo. Solo una vez tocó para mí. En el penúltimo viaje. Apartó el incensario de encima del piano, lo abrió. Tensó los brazos, hizo crujir las articulaciones de los dedos. Un gesto de Pedro, antes de sentarse al ordenador. Me estremecí.

—Todas las relaciones son ecos de otras —habíamos teorizado una vez.

—¿Por eso acabamos repitiendo gestos, tradiciones...? Da tanto miedo.

Y temblando, nos abrazamos entre esas sábanas que habían olido a tantos hombres.

—Adelante —le pedí para despejar los recuerdos—, toca.

Posó sus diez dedos enormes sobre las teclas diminutas. Diez libélulas que acariciaban sin hacer presión. Adán fruncía el ceño y miraba hacia adelante, no hacia el teclado sino un poco más arriba. Con la camiseta de tirantes y los pantaloncillos cortos, parecía a punto de hacer máquinas en el gimnasio. Y empezó a tocar.

Al principio titubeó y las notas parecían las de *Uninvited*. A punto estuve de decirle qué casualidad, la última vez que vine me la puse. Pero entonces los dedos ganaron confianza y dejé de reconocerla. Era una melodía distinta. Se aceleraba la música, se aceleraban los dedos de Adán hasta volverse finos como una varita de mago al agitarse rápido. Cuántas notas era capaz de enlazar. Le escuché apoyado en el marco de la puerta. La madera se me clavaba en un costado y a mí me daba igual porque por fin comprobaba que era verdad, Adán era músico y tocaba bien. Sus labios, los veía de perfil, parecían a punto de dar un beso.

—Es bonita, ¿qué es? —pregunté cuando acabó—. Me gusta mucho.

Los labios se le deformaron en una mueca que le hizo viejo. Apartó las manos del teclado, se rascó el pecho como solía hacer sin pensarlo, apoyó las manos en los muslos, entre las piernas, y de ahí las devolvió a la tapa del teclado, para cerrarla.

—Vaya —dijo, al fin.

—¿Qué pasa?

Dejé de apoyarme en el marco, pero no me acerqué. Me quedé allí, entre el pasillo y el resto de la habitación. Siempre esa tierra de nadie entre nosotros.

—¿De verdad no te acuerdas? Es algo así como nuestra canción.

—Ah —fingí acordarme—. Lizz Wright. Ya decía yo que me sonaba. Nuestra canción, la del concierto. Jo, si ya sabes que la escucho mucho, tengo el disco, pero así en instrumental, pues no caía. Qué bonita…

—No —dijo, esperando a que yo me callase—. Era Chopin.

—¿Chopin?

—Chopin —repitió.

Lo que sonaba en la librería Kafka de Granada la tarde de nuestro encuentro. Resultaba que a veces Adán sí se acordaba de detalles nuestros, y les daba importancia, y yo me sentía imbécil por no acordarme. Se suponía que tenía que ser yo quien memorizara cada detalle, incomodar a Adán al evocárselos.

Eran esas cosas pequeñas las que nos alejaban. Qué sentido tenía que hablásemos de "nuestra canción" si para cada uno era una canción distinta. Y luego yo me olvidaba del libro de Murakami que me recomendó en la última llamada, pero al vernos fingía que sí, me lo había leído. Qué sorprendente el final, qué bien escribe el tío, te transporta a su mundo. O me contaba un cotilleo, algo de una serie de las muchas que miraba, puede que *Gossip Girl*, yo no le entendía, pero le seguía el hilo, sí, sí, decía, hasta que me pillaba y me miraba con esa cara suya, como si fuéramos extraños en un vagón de metro y de repente no supiera por qué estaba hablando conmigo. Era una sensación horrible porque, cuantas más veces ocurría, más obligado me sentía a fingir la próxima vez que sí, que le comprendía como nadie, que conectábamos.

Me pregunté si ya habría abierto mi regalo, el del viaje anterior, si ahora sería uno más de todos esos libros que había en el cuarto, amontonados en estanterías. Pero Adán no se movía. Seguía con los hombros caídos, mirando el piano que acababa de cerrar, a la espera de que el director le diera la orden de moverse o hablar. De repente, había recuperado su atractivo.

—Espera —susurré. No quería asustarle—. Voy a pintarte.

—¿Ahora? Es muy tarde.

Pero volvió a sonreír. Su sonrisa ancha de dientes rectos.

Corrí a mi mochila, en mi lado de la cama, el izquierdo, y también corriendo volví al umbral, armado ahora con un bloc de dibujo y mi estuche de acuarelas. Usé el vaso de agua que ya tenía preparado en mi mesita para humedecer el pincel.

—No te muevas. Estás perfecto así.

Eso sí le gustó a Adán. Que le dijera que estaba perfecto. Asintió. Y supe que Fran, por más que durmiera en el mismo lado de la cama que yo, nunca le había dicho aquello. Era mi pequeña victoria.

—Así, no te muevas. Bueno, un poco: las manos, sobre la tapa. Genial.

Gotas de colores convirtiéndose en un dibujo de Adán sentado, feliz aunque su sonrisa no acabara de verse bien, en parte por un exceso de agua que lo diluía todo, en parte porque Adán salía casi de espaldas, mirando hacia el piano. El único ojo que se le veía lo dejé en blanco. Algunas cosas fallaban, sí, pero en cambio otros trazos brotaron solos, la curva de sus hombros, una postura parecida a la que tenía el chico del mirador de Granada. Me envalentoné. Añadí árboles, la silueta de la Alhambra, el humo del cohete. Pinté una chaqueta encima de su camiseta de tirantes. El dibujo era un batiburrillo, no terminaba de inmortalizar ninguna escena concreta. Se lo regalé a Adán, de todos modos.

—Llevaba años sin pintar nada —confesé—. Pero qué raro. No me ha costado.

—Ya me lo imaginaba, que no pintabas. Parezco a punto de evaporarme, en el cuadro, ¿no?

—Como *El Principito*.

—¿Sabes que no lo he leído? Gracias por el dibujo. Me fascina.

Me besó en la mejilla, tan cerca de mis labios que su barba los rozó. Nunca lo bastante cerca, sin embargo. Después, mientras yo ya me metía en la cama, él fue a encender una barrita de incienso. Usó un mechero rojo. No se prendió a la primera, tuvo que intentarlo varias veces porque no había manera de que se entendieran la barrita y la llama. Y entonces, cuando Adán protestó porque la ruedecita del mechero ya le quemaba los dedos, magia: el incienso se encendió de golpe. Al final, él siempre conseguía las cosas.

—Es de sakura —dijo, con una mano en el interruptor. Y aclaró—: Flor de cerezo. Lo tenía reservado para cuando vinieras.

Apagó la luz y se transformó en sombra. La cama ondeó al recibir su peso, una piscina de olas a medio gas. Le abracé sin tocarle demasiado. Otros ya se habrían lanzado a meterle mano, pero yo no. Estábamos bien así, interpretando el papel de viejos amigos que se tenían mucho cariño y dormían juntos. De la calle, nos llegó el canto de varios delfines, como en Granada. Agudos como alarmas que nadie sabía apagar.

—Un día iremos a Japón —dijo Adán en la oscuridad—, ¿verdad?

Y se mezcló la menta de su pasta de dientes con el olor del incienso. Me aguanté las ganas de besarle. Nunca habían sido tan grandes como en aquel momento y por eso mismo no quise estropearlo.

Fui a responderle que sí, que en adelante ahorraríamos en serio

y en poco tiempo podríamos viajar a Japón, pero Adán ya se había dormido. A mí me costaría más. Como llevaba pantalón largo, las sábanas me iban levantando las perneras y tenía que mover los pies para recolocarlas. Me dio por contar, uno a uno, a través del pijama, los pelos de cada pierna de Adán, a ver si así me llegaba el sueño. Los notaba todos rozando la tela y eso me tranquilizaba.

El incienso, en la oscuridad de la habitación, no era más que un puntito rojo. Quise convencerme de que a la mañana siguiente seguiría en la misma posición, como el piloto de mi tele. Pero descendía sin remedio. Calculé que aún tardaría unos veinte minutos en consumirse del todo. Se desprendió un trozo grande y entonces la llama cayó más de la cuenta. Debía disfrutar de lo que sí tenía, aunque no fuera perfecto. No con esas palabras, pero algo de eso intuí aquella noche, amarrado a Adán, mecido por su respiración.

Solo nos vimos una vez más.

10 - PERLAS

El timbre del teléfono quebró mi trazo. Una línea recta, negra que partía el lienzo en dos. Un horizonte sin esperanza. Aún no sabía cómo continuaría después de eso. Con la inspiración rota, corrí a coger el móvil sin soltar el pincel. Llamaba Ruth, cómo no.

—Está contigo, ¿verdad?

Ni siquiera me dejó saludarla. Su voz sonaba aún más irritante por teléfono. Me imaginé sus dientes mordiendo el micrófono.

—¿Quién, Adán?

—¿Quién va a ser, sino? Pareces bobo. Sé que está contigo. No sabes lo que me ha costado conseguir tu número.

—Lo siento, pero no está aquí. No le veo desde —hice memoria— hará un par de semanas, cuando vino a Barcelona.

—Dile que se ponga. Tiene a su madre de los nervios, joder.

—¿Qué ha pasado? Ahora soy yo el que se preocupa. ¿Dónde está?

—Adán siempre decía que un día se plantaría en Barcelona. Que se largaría de Madrid, decía, aunque fuera con una mano delante y otra detrás.

No supe qué decir. Costaba creer que Adán hubiera dicho algo así. El pincel, me fijé, chorreaba pintura. Ahora tenía los dedos pringados y no había comprobado si quedaba aguarrás. A mis pies, iba formándose un charco de tinta negra. Pronto podría ahogarme en él.

—Te ha pedido que le cubras las espaldas, ¿verdad? —insistió Ruth—. Piensa que aquí no podemos más, llevamos casi veinte días sin saber de él. Dile que llame a su madre, al menos.

—De verdad que yo no sé nada, Ruth. No está aquí.

—¿En serio? Vaya.

Colgó.

Me quedé un rato de pie, agarrado al móvil como si fuera la parte más importante de mi cuerpo. Dejé el lienzo tal como estaba. Ya en la cama, repasé el Facebook de Adán. El último año se lo había pasado de fiesta en fiesta: checkins en discotecas, carteles de eventos. Hacía tres semanas que no publicaba nada. En Barcelona,

mientras estuvo conmigo, cosa extraña, no usó el móvil. Y desde entonces, la gente le había colgado canciones, algún enlace. Tenemos que vernos, le decía un amigo en común, dónde te metes. Sin respuesta todo. Su última publicación propia era una foto. Se la había puesto como imagen de perfil. Al lado de una mesa de mezclas, abrazado al DJ, Adán sonreía a cámara como sonreía siempre la gente desaparecida. Nadie salía triste en su última foto.

Ruth volvió a llamarme al día siguiente, y el resto de la semana, como si de repente fuéramos los mejores amigos. La preocupación la había amansado.

—Tú no te agobies —decía—.Ya verás cómo está bien. Al final siempre aparece.

Eran conversaciones cortas porque ninguno de los dos había descubierto nada, ni tampoco nos atrevíamos a preguntarnos oye, qué tal estás. Colgábamos sin decir adiós. Por si acaso. Supersticiones de quienes esperaban malas noticias.

A la semana siguiente, la policía encontró el coche de Adán, abandonado en el arcén de una carretera secundaria de Zaragoza.

—En los Monegros —dijo Ruth—. No saben si iba o venía. Es tan típico de él.

Vinieron a interrogarme dos policías de uniforme. Uno alto y calvo, y otro que me recordaba a un actor francés. Solo hacían preguntas absurdas, una tras otra para no dejarme pensar. Y lo que habíamos hecho Adán y yo el último día no podía contárselo. Lo que habíamos descubierto. Así que me lo inventé. Les conté esa última cita perfecta que jamás tendríamos. Una película subtitulada en los cines Icaria, un café en el Starbucks del Maremagnum, siempre íbamos ahí, de subida por el Gótico compramos un libro, como siempre, y cenamos cerca de casa y al final dejamos lo de tomar un cóctel para otro día, porque Adán estaba cansado.

—Y además yo tenía que trabajar —dije—. Por eso no le acompañé a la estación.

Solo era verdad hasta la parte del cine. Por una vez, el que se quedó dormido fui yo. Ni el roce de nuestros codos en el reposabrazos me mantuvo despierto. Adán no podía creérselo, porque a él le había encantado la película. Fascinado, se corrigió.

—Peor me ha sentado a mí, con lo que cuesta la entrada.

—¡Qué imágenes! Y lo que cuenta. Pobre Sean Penn.

A medio camino del Maremagnum, nos interrumpió un rugido. Un cohete despegaba a escasos metros de nosotros, entre los edificios del centro comercial, entre los mástiles blancos y las palmeras. Estábamos tan cerca que pudimos ver todos los detalles

del fuselaje. Junturas y tornillos y piezas sueltas. Un golpe de combustible me calentó la cara y a Adán le levantó el flequillo mojado; por un momento, pareció que llevase tupé. El rugido aumentó. Contuvimos la respiración. La pasarela vibró, sus tablones de madera crujieron. Como si pudieran partirse en dos y nosotros caer al agua.

—Oooh. Desde aquí, se lo ve enorme.

Pero más que volar, el cohete tiritaba. Las distintas partes estaban sujetas con algo que tenía toda la pinta de cinta aislante. No soportarían mucho tiempo aquel ajetreo. El combustible dejaba tras de sí una estela de humo, una cicatriz en las nubes negras. Nosotros éramos un ejército de capuchas que miraban al cielo, siguiendo su trayectoria. Con los dedos índice, centímetro a centímetro, contra la lluvia, uníamos los puntos.

Un último empujón, un último temblor.

Y entonces, el cohete explotó. Tan arriba estaba que desde el nivel del suelo no se escuchó. Solo una chispa y después nada. Un poco de humo deshilachándose entre las nubes, trozos despeñándose a lo lejos, sobre la playa, sangre quemada.

Era ilegal, pero corrimos a ver los restos caídos. Nadie nos siguió. Deshicimos parte del camino para llegar a la playa de la Barceloneta. Allí nos descalzamos y la arena húmeda se nos metió entre los dedos. La lluvia caía con fuerza y formaba dunas. Por toda la playa había cascotes. Humeantes los más recientes; el resto, cubiertos de moho verde. Al fondo, el Hotel Vela parecía una base lunar y nosotros los últimos exploradores. Los nubarrones retumbaron como advirtiéndonos de algo. Me giré hacia el paseo vacío.

—¿Seguro que no nos vamos a meter en problemas? Pronto vendrán los bomberos.

—En Casa de Campo los veo despegar cada dos por tres, ¿y sabes quién recoge los restos de los cohetes que explotan? Nadie. No les importan una mierda.

—Pero se supone que los pilotos son la gente que tiene que salvarnos.

—Pues ya lo ves, ¿no? Ellos quieren resultados, no mártires.

Señaló los restos de un ala. Entre los hierros, un revoltijo empapado, las ropas deshinchadas de un piloto. Y una calavera. Que nos observaba. Me estremecí.

Y salté al oír un chirrido a mi espalda. Era Adán tocando uno de los cascotes. Una mole de metal más alta que nosotros. Se había mecido un poco al tocarla, nada más. La punta asomaba, pero el

resto del cohete estaba bien enterrado en la arena. Entre las piezas y los tornillos, corrían mil cascadas diminutas creadas por la lluvia. Adán rascó el óxido. Apareció una inscripción que no llegaba a leerse bien.

—No toques eso —dije—, que dicen que es tóxico.

—Dicen, dicen. Si lo es, mala suerte.

Y trepó a lo alto del fuselaje. Con facilidad, como si toda la vida se hubiera entrenado para eso. Yo quise seguirle, pero se levantó viento y resbalé una y otra vez en las escalerillas y salientes. Entonces Adán me tendió la mano y fue más fácil. Llegué a lo alto, junto a él. Desde allí, sintiéndonos poderosos gracias a las alturas, jugamos a contar cuántos fragmentos podíamos distinguir entre la arena. Uno, dos, tres, trece, veintiocho. Perdimos la cuenta enseguida. Por toda la playa, había un reguero de fragmentos de cohetes, algunos flotaban incluso en el mar negro. El clamor de las nubes iba en aumento. Contemplábamos una marina de Turner en versión apocalíptica.

—Al final —dijo—, me he convertido en uno de ellos.

—¿Ellos? ¿Los pilotos?

Se giró para mirarme, y estábamos tan cerca intentando mantenernos en equilibrio, que aquel giro suyo podría haberse transformado en un beso, pero me aparté a tiempo. No caí porque seguíamos cogidos de la mano. Como siempre, sus dedos separaban los míos.

—No. Como Fran y los demás. Como todos los vampiros de Chueca. Llevo años alimentándome de los niñatos que se abren de piernas a poco que los mire más de dos segundos en el Delirio. Me empapo de su energía. Cada vez que se muerden los labios cuando les penetro, o cada vez que me miran arrebatados de amor mientras me la meten a mí. Cada instante de esos para mí es un segundo más de vida. Cada gemido suyo, cada orgasmo. Un segundo, y otro, y otro. Años saliendo de fiesta para cazarlos y sentirme vivo. Para seguir vivo.

—¿Años, dices?

—Años. De bar en bar, se pierde la cuenta de los días. Y ya estoy tan cansado, Leo. —Soltó aire. Con fuerza, como si fuese la última vez que respiraría en su vida—. ¿Sabes lo que más me hubiera gustado?

Su pregunta se dispersó por la playa. Jamás habíamos hablado en un lugar tan amplio. Sentí vértigo y no estuve seguro si se debía solo a la altura. No le dije nada. No le dije que exageraba, que tampoco hacía tanto que Fran se fue. Pero sobre todo, no le dije

que envidiaba un poco a todas sus víctimas.

—Enamorarme de ti —se respondió a sí mismo—. Eso me hubiera gustado. Todo habría sido más fácil así, ¿verdad? Pero no supe hacerlo, Leo.

Ahí estaba. La respuesta a esa pregunta que nunca logré formular. Tantos mensajes borrados a medio escribir, pulgares que tecleaban decididos pero nunca lo bastante valientes para pulsar la tecla de envío. Por un momento, tuve la sensación de haber escuchado la grabación de un holograma; en un futuro lejano, podría reproducirlo mil veces. No era, desde luego, la respuesta que ansiaba oír, pero era una respuesta, y eso me serenó. Dejé de buscar palabras mágicas. No existían. Recordé lo simples que habían sido las cosas al principio. Cuando todo fluía en la dirección deseada y parecía tan al alcance de la mano. Nuestro mundo de posibilidades, construido a golpe de intuición. No lograba entender qué nos había ocurrido. En qué momento nos habíamos apartado del camino principal a pesar de todas las señalizaciones. Por qué habíamos tenido que convertirnos en esos turistas tan concentrados en sus mapas desplegables que terminan perdidos en extremos opuestos de la misma ciudad. Y como ya no podíamos volver al punto de partida, le sonreí en silencio. Feliz de estar con él, al fin y al cabo, en lo alto de ese cohete. Adán también sonrió, y asintió, y me apretó la mano. Más fuerte. Como si quisiera asegurarse de que continuaba a su lado, ahora que él y yo estábamos más lejos que nunca. Me di cuenta de que mis dedos también separaban los suyos; siempre había sido así.

Antes de que pudiéramos decidir qué haríamos a partir de entonces, qué nos diríamos si no quedaba nada por decirnos, un relámpago cayó sobre la torre del teleférico, a nuestra derecha. Sus hierros saltaron por los aires. El trueno estalló poco después y con él las gotas se volvieron más densas. Casi sólidas, negras. Impactaban contra la arena como meteoritos, creaban una cortina que venía hacia nosotros. Más allá, el Maremagnum y la montaña ya no existían. Los nubarrones habían crecido, cambiaban de forma y se enroscaban, engullían todo el paisaje. Despeinados por el viento, Adán y yo nos buscamos las miradas una última vez. Sabíamos que aquello tenía que ocurrir tarde o temprano y aun así no dejaba de sorprendernos. Al final, la temida tormenta había llegado.

—¿Vamos al agua? —preguntó Adán.

—¿Al agua?

—Claro. Al mar. ¿Se te ocurre un plan mejor? ¿No lo ves, ahí

delante?

—Qué gracioso eres, si está prohibido bañarse.

—¿Y estar aquí arriba no? —Señaló toda la playa desierta, las nubes que nos acorralaban—. No nos verá nadie. ¿No confías en mí? Vamos.

Y de un simple salto bajó del cohete. Echó a correr hacia el mar, oscuro y atrayente como en una canción que me había pasado él días atrás. Quise comentárselo, pero no me acordaba del título. La había marcado como favorita, eso sí, incluso antes de escucharla, porque las canciones que me iba mandando me recordaban a él y eso las hacía un poquito mejores. Luego me puse a hacer la cena y para cuando quise prestarle atención, ya estaba sonando otra.

Adán había llegado a la orilla. Para demostrarle que sí confiaba en él, aceleré el paso a pesar del viento que quería impedírmelo. Noté la lluvia aporreándome la piel. Las gotas borraban mis pasos en cuestión de segundos, los de Adán ya ni siquiera se veían. Desde el paseo, debíamos de parecer un par de tornillos sueltos a punto de que se los tragara el mar. Abrí la boca para recibir dos, tres gotas. Porque estar con Adán era aquello: correr bajo la tormenta y que no me importase.

—No sé nadar —me acordé a solo dos pasos del agua.

Adán rio, ya chapoteaba. No frené a tiempo. Grité cuando mis pies se hundieron en el agua helada y levantaron espuma y una ola me tumbó y di vueltas y pensé que ya no saldría de esa, un tornado de burbujas y arena. El sabor y el olor de la sal: el mismo impacto. Al escapar, aspiré por la boca cuanto pude. Era como volver a respirar por primera vez. No lloré. Adán seguía ahí.

—¡Ven! —gritó desde lejos.

Le seguí. A mi ritmo. Impulsándome con los pies, sobre todo, y tragando agua salada. Un pato descubriendo el mar después de toda una vida en el lago. Tendría que acostumbrarme a las olas. Además, aquí la ropa pesaba mucho más que en la orilla. Mis movimientos se volvían ortopédicos por momentos. Como los de Lara Croft al llegar a la piscina de su mansión la primera vez que jugué a un *Tomb Raider*. Mis dedos intentaban adaptarse al mando gris, dar con los botones exactos y la precisión justa. Lara giraba demasiado o demasiado poco.

Y Adán se alejaba. Miré hacia la costa, una línea en la que solo sobresalían los cascotes a modo de rocas. Desde donde estaba, Barcelona entera parecía una maqueta. Iba desapareciendo entre las nubes monstruosas. No merecía la pena volver. Mejor ir con Adán allá donde quisiera arrastrarme.

Moví un brazo, luego otro. Recordando que sí sabía nadar. Me había enseñado Padre en la piscina de los abuelos. Y había participado en campeonatos del colegio. Y nadando, había huido de Pedro. Solo tenía que respirar en el momento justo. Pensé en Madre, sentada en la hamaca, preguntándome cuándo me había comido el bocadillo, no me fuera a dar un corte de digestión. El temor aún hoy de que me ocurriera en la ducha.

—¿Exploramos el fondo? —preguntó Adán. No sobresalían más que su cabeza y sus hombros—. A ver qué encontramos.

Le seguí hacia allí abajo. Desaparecimos de la superficie negra. Por dentro, el mar era azul. En un primer momento, la falta de aire me golpeó en el pecho. Pero pronto me acostumbré. De alguna manera, podíamos respirar. Como si hubiéramos activado algún truco en el juego. Tragábamos agua y expulsábamos burbujas. Después de soportar tanta lluvia, me pareció lo más normal del mundo.

Me esforcé en perseguir el rastro de burbujas que dejaba Adán al sumergirse más y más. Tenía que luchar con cada brazada, impulsarme hacia abajo para no regresar al exterior. Cada brazada la sentía como la última. Perdía a Adán y le reencontraba y le volvía a perder entre la bruma azul, esa niebla que en los videojuegos antiguos ocultaba las partes del nivel que todavía no se habían cargado.

Tras muchas pulsaciones de botón, la niebla dejó de ser niebla. Flotando a varios metros, Adán con cara de sorpresa o susto, o un poco de ambas cosas, señalaba algo a nuestros pies. Lo remarcó con un movimiento de mentón. Seguí la trayectoria de aquel gesto, como hacía siempre. Entonces vi lo que él estaba viendo y copié su expresión de sorpresa y susto.

En las profundidades había una ciudad. Decenas de cuadrículas cubiertas de algas y atravesadas por la Diagonal. Una segunda Barcelona. La recorrían medusas; bombeaban a través de sus calles, emitiendo destellos de colores que se entrecruzaban como las luces de los coches. Tengo que dejarle *El Principito*, pensé, tiene que leerlo. Mi mente saltaba a otros temas porque se negaba a procesar que el desastre hubiera ocurrido otras veces. Que antaño había existido otra ciudad como la mía. Otra Torre Agbar. El consolador gigante brillaba entre auroras boreales, lo cubrían miles de lapas fosforescentes. Sus tonos de neón, verdes, azules, rojos, imitaban los del edificio original cuando lo encendían por la noche.

Adán ya sobrevolaba una Sagrada Familia de la que solo

quedaban en pie cinco torres. Nadaba tras un banco de peces. Había ajustado su movimiento al de ellos. Viéndole así, por fin lo entendí. Algo que, en realidad, siempre había sabido. El movimiento de los peces no era caótico sino una coreografía que se podía imitar. Me amoldé como hacía Adán. Lograrlo fue más sencillo de lo que pensaba. Pronto me olvidé de que tenía brazos y piernas. Buceando, les seguí a todos hacia el fondo.

En las ruinas de Paseo de Gracia, esquivamos un tiburón. Golpeó un semáforo oxidado con su cola y lo desplomó sin hacer ruido. No teníamos arpón en el inventario, pero no sentí pánico. Estaba con Adán, no me iba a pasar nada. Sí se asustaron varias rayas gigantes. Cubrían islas enteras del Eixample. Nadaron lejos, más allá de un arrecife de coral con forma de anillo.

Quería ir hacia allí a investigar, pero Adán acababa de colarse por una ventana y tuve que ir tras él. No quería perderle de vista. De toda la ciudad sumergida, aquella era una de las pocas ventanas que las algas no habían cubierto por completo. Pertenecía a la Casa Batlló; la reconocí por el lomo del dragón que la coronaba. Tuve miedo de que el monstruo cobrase vida. Pero a pesar de eso, entré y al hacerlo noté el cosquilleo de los peces que se colaban conmigo. Ahora me seguían ellos, como confirmándome que iba por buen camino.

Dentro, la decoración de madera y los muebles modernistas estaban a medio pudrir. Las columnas resistían. Cruzamos salones, pasillos atestados de anémonas. Volamos sobre las escaleras, atravesamos patios de luces convertidos en caleidoscopios porque los corales filtraban la luz desde lo alto, nos detuvimos en una habitación donde varias conchas gigantes se abrían a nuestro paso para que pudiéramos acariciar las perlas que cobijaban. Encontramos una biblioteca perdida. Allí los peces ya no se atrevieron a adentrarse. Nosotros sí. Adán señaló cierto libro entre los miles que había y yo fui a buscarlo. Se reconocía desde cualquier punto del laberinto porque tenía las tapas brillantes, color salmón.

—Leeré la primera frase en la playa —dije al regresar con el libro.

No se oyó nada. De mi boca solo salió una burbuja gigante que enseguida se deshizo. Pero Adán me entendió. Sonrió. Qué cerca estaba. Era yo, que había llegado por fin a su lado. Sin darme cuenta, las corrientes submarinas me habían transportado hasta él y ahora nuestras pieles compartían el mismo tono verdeazulado. No había sido tan difícil, eso de seguirle. A él no podía controlarlo con

ningún mando, pero para alcanzarle bastaba con eso: querer seguirle y dejarme llevar. Convertirme en pez. Nada de brazadas agotadoras contracorriente. Confiar que al final de cada partida, Lara siempre encontraría el Scion.

—¿Volvemos? —pregunté, ahora que ya no nos iríamos de vacío. Más burbujas.

Él asintió, levantó el pulgar y me cogió el libro. Así me dejaba las manos libres. Empezó a ascender. Deprisa, porque sus caderas se impulsaban con la agilidad de la Sirenita. Subí tras él aprovechando el rebufo. Sus burbujas me hacían cosquillas por todo el cuerpo. Solo al final me angustié, cuando los pulmones me arañaron el pecho al ver rayos de luz filtrándose desde arriba. Ya fuera, di una gran bocanada y, tras pasarme las manos por la cara, todo dejó de ir a cámara lenta.

—Ahora entiendo por qué no nos dejan bañarnos —dije, entre risas.

Pero estaba solo en medio del mar. Calmándose sobre la superficie oscura, cuatro ondas que podían ser o no ser de Adán. Le llamé sin éxito. Ni rastro de él o del libro asalmonado. Me rodeaban los cascotes de varios cohetes, flotando a merced de la marea. Como si no pesaran. Al parecer, la tormenta había pasado de largo y ahora unos rayos de sol asomaban por el horizonte. Nadé un poco, pero la orilla no se acercó. La misma línea negra de antes. Adán acababa de desaparecer para siempre.

11 - CENIZA

—Lo que más me duele —dijo Verónica en la playa, de noche, despeinada por la brisa— es que no me duela tanto como tendría que dolerme. “Cómo lo siento, Verónica, ¿cómo estás?, muchos ánimos, un abrazo muy fuerte, ¿necesitas algo?”. Tantas cosas que me decís todos cuando os lo cuento y yo me lo tomo como si fueran mensajes para otra persona. Todavía no he llorado. Te lo juro, ni poniéndome cada noche *Missing* de los Everything But The Girl. Que era nuestra canción. —Me miró—. ¿Soy un monstruo?

Eso último me lo dijo con los ojos húmedos y la voz distorsionada. Casi me lo contagió. Yo tampoco había llorado, todavía, desde la desaparición de Adán.

—“And I miss you…” —cantó Verónica, más serena—. Nada.

—Supongo que la pena te irá calando poco a poco. Como la lluvia.

Una lluvia que ya no caía. Desde hacía una semana, y sin previo aviso, había dejado de llover. Seguíamos cargando con nuestros paraguas y de vez en cuando estudiábamos las nubes densas que aún cubrían el cielo. No nos fiábamos. Paseábamos con capucha, los hombros encogidos. Los fumadores se apelotonaban en las puertas de los bares, por fin sin mojarse, pero todavía buscando por instinto el cobijo de los balcones. Las cadenas de televisión habían suspendido sus partes meteorológicos hasta nuevo aviso.

—Míralos. Tendríamos que unirnos a ellos.

Verónica señaló hacia la orilla, toda esa gente que reía y saltaba y lanzaba petardos, confetis alrededor de las hogueras. Celebraban Nochevieja. El primer fin de año sin lluvia. Algunos encendían farolillos y los depositaban en el mar con miedo a que la negrura se los tragara. Tras recolocarse las perneras de sus pantalones, volvían corriendo con los demás. Había en toda la ceremonia un halo de urgencia, como si en cualquier momento las nubes pudieran cambiar de opinión y soltar de golpe toda la lluvia

que se habían guardado esa semana.

—Festejan el final de año y el final de la lluvia. Supongo que es normal. Solo nos preocupa el final de las cosas.

—¿Crees que va a volver? —pregunté.

—¿Ese? —Verónica ya no lo llamaba Jaume—. Ese no vuelve. Se llevó hasta el cepillo de dientes, que se lo compré yo. Su lado de la habitación es un desierto. Arrambló con todo. Menudo bruto está hecho.

De algún velero que no veíamos, salieron disparados unos fuegos artificiales. Aunque no eran un cohete, lo parecían: uno en miniatura que rasgara la noche. La luz naranja y luego verde duró un instante. Se convirtió en humo. La explosión aún retumbó un poco más, como un trueno anunciando tormenta. Pero ya no podía ser eso.

Dejamos de vigilar el cielo. Brindamos con té; Verónica había traído un termo. Tras el brindis, se arregló el pelo y continuó:

—Éramos tan distintos. Creía que por eso funcionaría. Como nos enseñaron en el cole: los polos opuestos se atraen. Y al final, mira: hemos acabado como todas las parejas. Diciéndonos te odio. Resulta que no hay fórmulas maestras. Algunas historias tienen que salir bien y otras no. No hay más.

—¿Te arrepientes? —pregunté—. De haber cambiado tu vida por él.

—No. Por supuesto que no. ¿Que es un cerdo? ¿Que se está tirando a otra y siempre tienes que pedirle que escurra bien la pasta si no quieres que te agüe todas las salsas? No te lo discuto. Estas últimas semanas no se las deseo a nadie, pero han sido unos años bonitos.

Apoyé la cabeza en su hombro, que olía a vainilla. Como las velas de su casa. Un mechón de pelo suyo iba y venía con el viento y me hacía cosquillas en la oreja.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Volverás a Cadaqués?

—Tal como se están poniendo aquí las cosas, me dan ganas de coger la cámara y la mochila y de largarme fuera. La nómada contraataca. No sé. Por ahora seguiré en Sitges. Ya veremos.

Desde nuestra posición, unas rocas al final de la playa, solo nos llegaban algunas risas y los pitidos de varios matasuegras. La gente no se cansaba de celebrar.

Verónica me palmeó la pierna.

—Bueno, ¿y tú cómo estás? ¿Cómo fue por Madrid?

Le habían montado una especie de funeral a Adán. Me llamó Ruth para invitarme. Un funeral sin cuerpo que enterrar, sin

elementos religiosos, sin lluvia. Solo la familia y cuatro amigos contados. Nos reunimos en el Retiro. A los pies de un pino con forma de cerebro, varias personas fueron turnándose para leer cartas de despedida. La madre, un hermano del que nunca me había hablado, Ruth, la chica del conservatorio. Repetían mucho "allá donde estés" y por una vez no sonaba a frase hecha.

Apenas conocía a nadie, yo. Por la edad, elucubraba si esas personas debían de ser familiares o amigos. Por la intensidad de su tristeza, también. Se abrazaban entre ellos, lloraban, palabras de consuelo en la oreja. Nadie me abrazaba a mí porque yo no lloraba. Busqué a Fran. Ni siquiera para algo tan importante se dignaba a aparecer. Y según Ruth, no habían conseguido localizar a los misteriosos compañeros de bolos.

Sobre nuestras cabezas, los árboles por fin siseaban con el viento en vez de repicar bajo la lluvia. Le di vueltas a lo que diría cuando me llegara el turno. Mi despedida de Adán. No la llevaba escrita. Quería que sonase improvisada y para eso tenía que medir muy bien las palabras. Aprendizaje, tirar hacia adelante, música. Esas cosas diría. Sobre todo tenía que evitar su último viaje a Barcelona, no fueran a descubrir que Adán desapareció estando conmigo. A saber qué pensarían entonces.

Terminaron todos de hablar. Alguien tosió. La gente llevaba flores, pero nadie sabía dónde dejarlas porque no había ataúd. Su madre se decidió a colocar una rosa en el suelo, apoyada contra el árbol más cercano. Usaba el paraguas cerrado a modo de bastón. Los demás la imitaron, una procesión lenta de flores. Comprendí que nadie me invitaría a despedirme de Adán. De qué extrañarse, si no me conocían. Como yo no llevaba ofrendas, crucé las manos a mi espalda, por hacer algo, y la cabeza hacia arriba, moviéndola de lado a lado a intervalos, como en el trabajo, cuando me quedaba solo en alguna de las salas y no quería que me confundieran con una de las esculturas.

Como colofón, tenía que sonar algo de música. Ruth había traído un reproductor y un CD con un tema a piano compuesto por Adán. Uno que *siempre* decía que era su favorito. A mí no me había hablado de él. La idea era buena, pero nadie había previsto que en los parques no existían tomas de corriente.

Aguantamos en silencio un rato más. Nos mirábamos con cara de esperar instrucciones, un pelotón indeciso, como si alguien supiera qué había que hacer en estos casos, si ya estaba, si ya podíamos irnos. Alguien sollozó. Quizás una de las tías, protegida por unas gafas de sol enormes.

Mientras me apartaba las hebras de pino que el vientecillo nos lanzaba a la cara, yo solo era capaz de mirar el radiocassette. Manchado de barro, el cable perdiéndose entre la hierba y las piñas caídas. Se lo olvidarán, pensé. Nos iremos todos y aquí seguirá, hasta que algún operario de la limpieza lo encuentre y se lo lleve a casa, para la habitación de su hija, que tirará el CD de Adán para poner algo de Miley Cyrus.

—Puedes coger lo que quieras —me dijo Ruth después.

La familia la había designado para repartir las pertenencias de Adán. Estuve a punto de coger su ejemplar de *Algo supuestamente divertido*, el primer libro del que me había hablado en Granada. El lomo estaba doblado ya de tantas veces que lo habría leído, pero las hojas todavía aguantaban, bien encoladas. Se notaban los dobleces en las esquinas donde Adán había marcado el punto por el que iba o alguna frase importante que yo no encontré. En la primera página había una dedicatoria de Fran, cómo no. Siempre Fran en medio. Al final opté por coger el incienso de cerezo, las dos cajas que quedaban. Le pedí una bolsa a Ruth, para llevármelas. Fue a buscarla a la cocina.

—¿Seguro que no quieres llevarte nada más? Una foto, alguna de las pelis que visteis juntos. Qué sé yo, algo.

Pero no quería desvalijarle la habitación. Quería volver algún día y poder sentarme como tantas otras veces en el borde de la cama, ya en pijama, los pies encogidos para no notar tanto el frío del suelo, sentarme mientras escuchaba a Adán cepillarse los dientes más allá de la puerta entreabierta. Se tomaba su tiempo. Yo aprovechaba para recorrer su habitación con la mirada, despacio, deteniéndome en todos esos objetos que para Adán serían comunes y que a mí me fascinaban, libros y trofeos inesperados, ediciones especiales de series de las que aún no habíamos hablado, fotos de gente que ya no salía en su Facebook. Los objetos cambiados de sitio de un viaje a otro; me hablaban de una rutina entre semana, cuando yo no estaba: el cuaderno sobre el escritorio, la tapa del piano abierta, el orden de las partituras que guardaba en la esquina de una de las estanterías. Tocarlo todo sin desordenarlo, para que al volver no notase que le había espiado.

De regreso a Barcelona, quemé todas las barritas de incienso a la vez. Pensaba que así duraría más el olor, pero duró lo mismo que si solo hubiera encendido una. El mismo montón de ceniza sobre mi mesa que en el incensario de Adán. Cualquier golpe de viento, incluso una manga mientras me vestía, lo desintegraría.

—Hiciste bien en ir —dijo Verónica de noche, en la playa—.

Hay que decir adiós para pasar página.

Llegaron unos golpes desde la ciudad. Rítmicos. Puede que las campanas de alguna iglesia. A media secuencia, el viento volvió a soplar en dirección a tierra, así que se evaporaron cuando solo nos había dado tiempo a contar cinco. Buscamos el origen del sonido entre las luces de las farolas y las casas lejanas. Después perseguimos con la mirada unas gaviotas. Las primeras que se dejaban ver. Blancas y orgullosas.

Verónica fue a decir algo, pero dudó un momento más, como si antes necesitara encontrar en el vuelo de las aves o en aquel horizonte invisible las palabras exactas.

—En el fondo —dijo—, sí le echo un poquitín de menos. A Jaume. Cuando me apartaba el pelo de la cara, antes de irnos a dormir. Ese mechón mío entre sus dedos.

Sonreí. El viento nos trajo una última campanada. Suelta, insignificante.

—Yo también. Sigo mirando el móvil cada mañana, esperando su whatsapp de buenos días. No salgo de la cama que ya cojo el teléfono y activo los datos. Y pensar que me hacía el digno, antes. Recibía un mensaje y tardaba horas en respondérselo.

—Qué tontos somos, a veces.

Me apretó un poco más la pierna. Yo le di un beso en la mejilla. Durante un rato, seguimos contemplando el mar. Sin decir nada ni movernos siquiera. Sin estar seguros de en qué año estábamos. En aquellas rocas, rodeados de negrura. Decidimos quedarnos a dormir allí.

Al día siguiente, uno de enero, lo que nos despertó no fue la lluvia sino el sol. Nos hacía cosquillas en la piel. El cielo estaba limpio como en las postales que atesoraba Madre. Ahora las casas eran blancas y los edificios más altos sobresalían entre tanto azul. Calles a contraluz, baldosas relucientes que los rayos del sol señalaban. Por toda Barcelona aparecían nuevas rutas: tiendas desconocidas, un portal que conducía a un parque con sombra. Costaba creer que siempre hubieran estado ahí. Escondidos pero tan cerca. De descubrimiento en descubrimiento, como en medio de un videoclip, pude volver a casa sin pisar ninguno de los rincones que le había enseñado a Adán. Por lo visto, mis miedos de tener que recordarle en cada esquina eran infundados: siempre habría rutas nuevas, si las buscaba. Y el sol me las señalaría.

12 - SUSHI

Pensábamos que sin lluvia todo mejoraría. Que por arte de magia nuestras vidas se llenarían de colores como si acabáramos de aterrizar en Oz y descubriéramos al fin la intensidad de los rojos, verdes y amarillos del Technicolor. Pero sin lluvia todo se hundió muy rápido. Los árboles y las plantas se secaban sin remedio, empezó a escasear el agua y aumentaron las protestas, desaparecieron los ríos mientras Adán seguía desaparecido. Y entonces estalló la crisis de verdad. Dejó de ser solo algo de lo que se hablaba en Twitter o para llenar conversaciones tontas.

Me echaron del museo, un ajuste de personal debido al recorte de subvenciones. Al menos, así lo justificaron. Tuve la suerte de quedarme con un paro decente, la recompensa después de tantos años encadenando trabajos basura sin pedir la prestación. Mis padres se ofrecieron a ayudarme. Otra vez Madre y sus platos de pasta los domingos, otra vez Padre con sus inesperadas muestras de apoyo, la mano en el hombro. Me prometí que esta vez saldría adelante yo solo. Sin ayuda. Por orgullo, conservé mi piso, esa cueva a la que ya me había acostumbrado porque en Gracia lo tenía todo a mano: las tiendas bonitas y la charcutería. Pero por más que me hiciera el digno, las cuentas no salían y mes tras mes tenía que pedirles dinero a mis padres para pagar los gastos del piso.

Ahora todo el mundo regateaba en cualquier tienda. Pedíamos descuentos con todo el morro, comprábamos la marca blanca de ese producto que tanto nos gustaba, la salsa pesto, por ejemplo, o los yogures. Esos céntimos de diferencia que antes daban igual y ahora suponían un mundo. Dejé de ir al cine, dejé de tomar café en el desayuno, dejé de comprar pizzas, dejé de tomar postre por las noches. Continué, eso sí, saliendo de fiesta, porque algo había que hacer.

—Tranquilo hombre, ya te invito yo. Ya me lo devolverás.

La gente que aún trabajaba siempre quería invitarme al primer

mojito. Se lo aceptaba, pero al segundo ya tenía que negarme, de lo contrario entraríamos en una dinámica enfermiza. Ambos sabíamos que por ahora sería incapaz de devolverles el dinero. De hecho, pedía mojito porque era lo más barato y a menudo regalaban nachos si pedías dos. Poco duraban en el plato. El resto de la noche, no bebía.

Con Javi ya nunca quedaba. Su ONG se encargaba de construir un pozo en Camboya que había que proteger de las guerrillas y las gestiones le robaban todo el tiempo. Por suerte, me contó, le ayudaba con la organización un nuevo becario.

—Muy, muy mono. Pronto viajaremos a la zona. ¡Y dormiremos juntos! Estoy un poco nervioso.

Así pues, empecé a quedar en plan amigos con algunos chicos de Grindr, y con otros chicos que había ido conociendo y ahora volvían a mi vida. Con Óscar, por ejemplo, el excompañero oso del museo, al que odiaba porque él sí seguía trabajando allí. Pero me hablaba de fotografías eróticas y de películas en blanco y negro, me hacía reír enumerando los peinados de todas esas divas muertas y usando sus frases para criticar a los hombres con los que se acostaba.

—Después de semejante alcachofa… ¡A Dios pongo por testigo que nunca más volveré a pasar hambre!

De vez en cuando también salía con Raúl, el chico de los tatuajes, que al final resultó ser majo. Ya no hacía tríos con su novio porque lo habían dejado. De hecho, el otro se había ido sin dejar rastro. Y ahora íbamos a Arena, Raúl y yo. Era graciosa la forma en que levantaba los brazos tatuados en medio de las luces estroboscópicas, su piercing de la nariz moviéndose al ritmo de lo último de David Guetta. La mayoría de las noches acabábamos en mi sofá-cama. Fumábamos porros. Follábamos. Para no oír el jaleo de la calle, él ponía Marilyn Manson y yo le dejaba hacer. Eran polvos cortos que daban el placer justo. Solo a él le permitía quedarse a dormir porque a él lo sabía inofensivo; para mí, no era más que un divertimento sin importancia. Jamás podría desestabilizar mi mundo.

Al día siguiente, nos gustaba desayunar en la cafetería de la plaza, en la terraza. Ahora los toldos protegían del sol, no de la lluvia, y las sillas de hierro estaban secas y quemaban los brazos al apoyarlos. Fue allí, con la mirada perdida, quizá contando los ladrillos de la fachada de la iglesia, donde a Raúl le dio por soltar cosas profundas que parecían imposibles en la fiesta donde nos conocimos. Le escuché mientras cortaba mis huevos fritos con beicon. Las yemas se desparramaron por todo el plato. De un

puntapié, asusté a una paloma que intentaba saltar a la mesa.

—Creo que estoy maldito —dijo Raúl—. Soy como ese árbol torcido, tío. Se me secan las ramas y al final se partirán. O las cortarán. Sé que no conoceré a ningún otro tío que merezca la pena. No me dará tiempo.

—Seguro que sí, las cosas se alinearán. Algo aparecerá. Una señal.

Repetía en voz alta los mantras de Verónica. Pero todo lo que veía alrededor era aquello: árboles que se desplomaban, balcones derrumbándose, personas que tropezaban con las raíces que iban brotando del asfalto. Y a los siete meses de sequía, impusieron restricciones: prohibido poner la lavadora a partir de las ocho, prohibido ducharse más de una vez al día. Los grifos perdían presión semana tras semana. Era una lenta agonía de la que nadie hablaba en voz alta. La impotencia de seguir tirando hacia adelante en el desierto porque quedándonos quietos, la muerte sería aún más inevitable.

Así que acepté la beca enseguida. Ni me lo pensé. El cartel lo vio Óscar saliendo de un bar, la típica noche que el exceso de cervezas y tapas invitaban al nihilismo.

—Valiente estafa, jaja —dijo Óscar.

Señalaba un cartel en la puerta de una pastelería. Ni la mismísima Hepburn iría, siguió riéndose él, pero yo me lo tomé como una señal. Aquella beca era justo lo que necesitaba. La ofrecía el gobierno de Japón a todos aquellos artistas que quisieran capturar la belleza del país. Antes de que la sequía la destruyese, les faltó añadir.

Rellené los formularios, mandé las cuatro muestras que pedían, cuatro garabatos que tenía a medio hacer y que intenté arreglar sin demasiada gracia. Peor sería no enviar nada. Cuando por fin me la concedieron, sentí una mezcla de sorpresa y satisfacción. Quizá no me la merecía, pero me venía tan bien. Tanto hablar de Japón con Adán, y de repente todo se había alineado para que no tuviera otra opción que irme. Sueños de una vida ideal convertidos en el único tablón a la deriva.

Acepté muy a mi pesar el dinero que me dieron mis padres para usarlo de cojín durante los primeros meses en Japón. Padre se había encargado incluso de cambiarlo a yenes. Abrí el sobre y lo volví a cerrar, como si me hubieran dado dinero falso. Esta vez Madre no lloró, pero preguntó en pleno abrazo:

—Es solo temporal, ¿verdad, cariño?

Llegué a Japón después de una escala en Ámsterdam y

un vuelo de doce horas. En el avión, no dejaron de traernos comida. La devoré. Galletas dulces y saladas, alubias con tomate, patatas fritas, caramelos varios, pollo al curry con arroz. Cada hora teníamos una nueva ración. Nada de bebida. En cierto momento, las azafatas corrieron las cortinas y yo ya no sabía si cenaba o desayunaba o qué. Y horas después las descorrieron de nuevo. Debería ser de noche, pero ya era de día. Y aterrizamos.

Bajé del avión despacio. Pendiente de las cámaras que delatarían algún reality show de bromas pesadas. No estás despedido, vuelves al museo. Apretaba el billete contra el pecho para no perderlo, aunque solo fuera de ida. Lo que dejaba atrás lo tenía claro. Huía de la sequía, de la ausencia de Adán, del sentimiento de culpa por su desaparición, de las preguntas de los policías, de esas ansias por bailar eufórico, de tanta gente triste en las terrazas porque tomarse unas bravas era el único placer que ahora podían permitirse. Me rendía. Volvería a empezar de cero. Claro que decirlo era fácil. Pero volver a empezar por dónde. Aquel vértigo ya era un viejo conocido.

Llegué a tierra firme. Mis pies levantaron una nube de polvo en el asfalto agrietado de la pista de aterrizaje. En ese momento despegó un cohete a lo lejos. Los primeros meses sin lluvia habían dejado de verse cohetes. Ahora volvían a aventurarse en el espacio de vez en cuando. Cada vez más, de hecho. Para encontrar agua, nos decían. Entusiasta, aquel aparato rasgó el cielo nipón y dejó un rastro de humo que seguiría flotando durante horas porque apenas soplaba viento. No había explotado y me lo tomé como una buena señal. Otra más.

Todo iría mejor en Japón. Tenía que ser así, porque más lejos no podía huir.

Dentro del aeropuerto de Narita, recuperé enseguida las maletas. Todo estaba bien indicado, en inglés además de japonés. Tuve un momento de pánico cuando el inspector de inmigración me preguntó el motivo de mi estancia en Japón. No encontraba el papel de la beca. El funcionario mordisqueó algo mientras yo removía medio equipaje en busca del documento. Cuando por fin lo encontré, tuvo una sonrisa para mí, manchada de chocolate. Acepté las chocolatinas que me ofrecía.

Las escaleras mecánicas me dejaron en un tren. Bajé en Ueno. Para escapar de aquel caos de pasillos, seguí a la riada de gente. Los japoneses sabrían qué salida tomar. El método funcionó hasta que ellos, todos hincando el diente en mochis que se estiraban hasta lo obsceno, dejaron de ir en grupo y se repartieron entre

varias puertas y escaleras. Estaba solo en aquella encrucijada. Allí ya no había nada escrito en inglés. Números y kanjis se mezclaban con enormes pósters de publicidad del último *Final Fantasy*. Me gustó que aquel hombre virtual de pelo azulado me diera la bienvenida al país.

Por el suelo, serpenteaban líneas amarillas identificadas con letras. Elegí la línea de la K. A alguna parte llevaría. Subí escaleras, bajé rampas, imité a los hombres de negocios que avanzaban por aquel pasillo con pasitos rápidos, como de geisha, giré y volví a girar, hasta que una puerta me golpeó en la espalda y me obligó a salir.

En la calle hacía calor. Aparté el aire a manotazos. Continuaba haciendo calor. Creí que me derretiría esperando a que se pusiera en verde el semáforo. En medio del cruce, un delfín daba sus últimos estertores. Respiraba a ráfagas. La piel le temblaba, bajaba y subía, rebozada con una capa de arena que también le cegaba los ojos. Tres cuervos se abalanzaron sobre él. Entonces empezó a sonar una música infantil, indicaba que ya podíamos cruzar, la gente de mi alrededor echó a andar, me arrastró con su coreografía ordenada, perdí de vista el delfín y los cuervos, y así llegué a la otra acera.

Apareció un mapa, un enorme plafón metálico junto a la entrada del parque. Las hojas formaban dunas por toda la acera. Crujieron al dejar las maletas en el suelo, como en los otoños de Las Ramblas que evocaba Madre. Pero era primavera. A lo lejos, distinguí un estanque anegado de nenúfares que se tostaban al sol. Chisporroteaban como copos de bonito seco en una sopa ramen. Mientras descifraba el plano, varios japoneses fueron parándose junto a mí. Miraban el mapa un momento y se alejaban con la misma cara de despiste, como si no hubieran entendido nada. Se secaban el sudor con unas toallitas cuadradas; tendría que preguntarles dónde las vendían.

Mi hotel estaba a solo tres calles. O eso entendí al comparar aquel mapa con los que yo llevaba impresos. Al tercer cruce, en vez de la avenida que esperaba, apareció un callejón polvoriento. El decorado de una película que no se había llegado a filmar. Pequeños porches que servían de entrada, un cubo rojo, una bicicleta tirada en el suelo. Tenía torcida la rueda frontal, quizá por un golpe, o por efecto del calor. Seguí caminando. Crucé más callejones, salté por encima de varios árboles caídos y por fin llegué a la avenida. Tal como había indicado el mapa, en la esquina encontré un 7 Eleven. Varios colegiales se peleaban junto a una

máquina de refrescos. Chillaban muy agudo para disputarse la última lata de Fanta de melón. Había una mochila cuadrada sobre el asfalto, con las asas rotas. Los dejé atrás.

De repente: una explosión de colores y luces y tipografías, cables cruzando de un edificio a otro, rascacielos que se alternaban con templos que parecían incrustados en la ciudad. Tokio era como esos libros pop-up que a mi abuela le gustaba comprarme, primero nada y al pasar la página, un mundo entero cobrando vida y relieve. Había decenas, cientos de letreros. Tantos sitios por ir, pero solo uno sería mi hotel.

Me llevó media hora localizarlo. Después de dejar las maletas, me conecté al wifi del vestíbulo y actualicé mi estado de Facebook. Ya estoy en Japón, puse. Como si eso significara algo. Esperé cinco minutos para ver los primeros me gusta de la publicación. Ya ninguno era de Adán, pero yo seguía confiando en el milagro.

Antes de irme, le pregunté al recepcionista por qué no aparecían todas las calles en los mapas. Asintió despacio, como si estuviera a punto de revelarme un secreto nacional. Con un inglés que costaba seguir, me contó que en Japón, los planos no estaban hechos a escala, que obviaban zonas enteras y calles sin nombre. Dibujaban una ciudad que no existía.

—¿Y cómo voy a orientarme?

—Aprenderás —dijo—. A todo te acostumbras.

Quizá tuviera razón, pero yo no quería comprobarlo. Por suerte, en la capital solo me quedaría los primeros días, mientras acababan de tramitar mi beca. Tendría que buscar sitios de referencia mientras tanto. Las tiendas, los edificios emblemáticos más cercanos. Como el 7 Eleven. Era un sistema que, por puro instinto, ya había utilizado en Barcelona; incapaz de memorizar si venía antes Villarroel o Casanova, me fijaba en el teatro de una y la hamburguesería gourmet de otra para ordenarlas. Pero Tokio tenía demasiadas avenidas y demasiados rascacielos. Me abrumaba explorarla.

Como me abrumó Granada al principio, pensé. En un intento de recuperar aquel ímpetu, me dejé caer en Akihabara, el barrio más cercano. Allí removí entre cestos de ofertas de videojuegos y electrónica, descubrí que tiendas distintas, una de música y una de manga, por ejemplo, se comunicaban mediante escaleras y galerías sofocantes. Los demás clientes me miraban solo un segundo antes de volver a señalar las figuras de *Mazinger Z* y las consolas retro que abarrotaban las estanterías. En la quinta tienda, llegué a sentirme invisible. O peor que eso, porque no tenía ningún camuflaje ahí,

donde todos eran japoneses menos yo. No les interesaba, sin más. Para ellos, yo era un cartucho que ya no funcionaría, por más que lo soplasen antes de encender la consola.

Por aquello de integrarme, entré en un salón de pachinko, las recreativas que allí causaban furor. Tuve dolor de cabeza en cuanto se abrieron las puertas corredizas. El escándalo de mil bolas golpeando al unísono. Cayendo, saltando, rebotando, repicando, activando miles de melodías y efectos de *Evangelion*. Imágenes de los personajes girando en las ruletas, sus robots también. Filas y filas de japoneses con traje, como si los fabricaran en serie para trabajar día y noche allí dentro. Tan concentrados que controlaban las máquinas con la mente, o eso parecía.

Probé suerte. Hice girar una manija y cayó una bola. Se activó un sonido festivo acompañado de un destello. Me animé. Repetí el movimiento otra vez, y otra, y otra, hasta que en menos de un minuto se agotaron las veinte bolas y se me quedó cara de tonto. Fin de la partida. Los demás jugadores seguían estudiando su tablero, accionaban la manija con fuerza. Para ellos, el pachinko significaba más que veinte bolas que se gastaban deprisa. Ellos veían estrategia.

Corrí mejor fortuna en un centro recreativo SEGA que había al lado. Por cien yenes, conseguí un llavero con la caca de Arale. Un gancho del que solo había que tirar, premio seguro. Varias parejas, felices de estar juntas, se atrevían con otras máquinas más complicadas. Ellos se esmeraban manejando el gancho y ellas aplaudían. Entre partida y partida, lamían unos polos de color azul; lo hacían a toda velocidad, para no mancharse sus uniformes de instituto o para que nadie se los robara.

—¿Me consigues un Sonic?

Se lo habría preguntado a Adán frente al puesto de tiro al blanco del parque de atracciones de Madrid. El premio eran esos peluches enormes que parecían inalcanzables, aunque luego nos cruzáramos con dos o tres niños que los abrazaban muy fuerte. Él habría contestado que no, que se le daba fatal. Si me hubiera atrevido a preguntar.

No lo hice. Y como en Japón tampoco tenía a nadie por conquistar, me conformé con mi llavero de la caca rosa. Lo usaría para las llaves de mi futuro piso japonés.

Jadeé al volver a la calle. No había comido nada desde el desayuno en el avión, pero en vez de adentrarme en uno de esos restaurantes con banderolas franqueando la puerta, fui a un McDonald's. Tuve que leer el menú dos veces. Sí, había una

hamburguesa de gambas. No me arriesgué y pedí una hamburguesa teriyaki, ya la había probado en Barcelona. La chica se disculpó porque no me podía servir bebida. Tenían la máquina averiada, fue la excusa oficial. Mantuvo la sonrisa hasta que me fui.

Tragué como pude, cada mordisco de hamburguesa era una piedra rasposa que me obligaba a ensanchar la garganta. Alrededor, todo estaba limpio, como si acabasen de abrir, aunque ya fuera media tarde. Un japonés se levantó para ir al baño y dejó desatendido su portátil. Pasaron varias personas junto a la mesa, pero nadie se fijó en el ordenador. Minutos después, el hombre regresó, terminó de limpiarse las manos con una toallita y siguió tecleando. No comprobó el maletín. Envidié su tranquilidad, yo era incapaz de soltar mi bolsa y eso que no llevaba nada de valor en ella. Me pregunté si él también habría sopesado beber de la cisterna. Si le habría asustado, como a mí, ese rumor de que el agua corriente la envenenaban para que la comprásemos embotellada.

Un camarero se acercó a mi mesa con una silla. La colocó justo enfrente, en el hueco que quedaba. No me miró en ningún momento. Dudó, estuvo a punto de volver a llevársela, pero por último la dejó allí. Una silla vacía. Adán la habría movido de sitio antes de sentarse en ella, habría recolocado la mesa también. Aquí sí, diría, y ese aquí sería solo dos centímetros más a la derecha.

Huyendo del McDonald's, me topé con un cine. Por qué no, pensé, acordándome de esos "Dos cines y un par de conciertos" con Adán que se quedaron en nada, enterrados en la arena. La mayoría de películas eran japonesas: pósters en tonos pastel, con paisajes muy verdes y fotos edulcoradas de actores y actrices de cabellos caoba.

La taquillera ladeó la cabeza cuando le pedí una entrada. Tras comprobarlo en la guía de conversación, lo repetí.

—*Hitotsu, kudasai.*

—¿Una entrada? —preguntó ella ahora, en inglés, alargando la última sílaba, forzando la sonrisa para no parecer impertinente, pero pareciéndolo justo por eso.

—Sí, una.

Dio un saltito en la silla, pestañeó. Le extrañaba que pidiera una entrada sola, y no dos, o cuatro. Porque lo normal era que la gente no fuera sola al cine. Pero en cuanto se le recompuso el flequillo, y en vistas que yo no cambiaba de opinión, la mujer se encogió de hombros y me dijo el precio: mil ochocientos yenes. Tuvo que arrancarme el billete de las manos porque yo no lo soltaba, demasiado ocupado calculando cuánto llevaba gastado desde el

aterrizaje.

—*Arigato* —dije, al reaccionar.

Hice un amago de reverencia con la cabeza. Se me empezaban a pegar los gestos locales. Así de rápido.

La sala era enorme y estaba más llena de lo que creía. Busqué un sitio donde no tapase a ninguna de las cabezas que asomaban de los asientos redondeados y negros. Dejé las palomitas en el asiento contiguo. Pensándolo bien, hacía años que no iba solo al cine. Desde antes de Pedro. Tres asientos más allá, había dos chicos. Japoneses, cómo no. Iban juntos. Uno de ellos llevaba una mascarilla blanca, tan fuera de lugar como la de Michael Jackson. El otro se tapaba la nariz y la boca. Me olí con discreción los sobacos. Pero no, no era yo. Me encogí para esconderme, como si por haber hecho eso, ahora todos estuvieran mirándome o burlándose del asiento vacío que tenía al lado.

En los tráilers confirmé lo que ya sabía: no iba a enterarme de nada. La película sería en japonés y los actores no harían el esfuerzo de hablar en castellano, no repetirían frases ni pondrían subtítulos. Justo cuando iba a levantarme, terminó un anuncio antipiratería con una cámara de vigilancia que cobraba vida y la película arrancó y las primeras palabras en japonés sobre fondo negro me atraparon en aquella butaca y en algún momento dejé de ser consciente de los dos chicos que se tapaban la boca y la nariz, de todas las cabezas y los pocos asientos vacíos, de las palomitas que masticábamos a crujidos y que nos iban secando la boca. Ni siquiera me importó escuchar cómo alguien sorbía las últimas gotas de un refresco. Nadie se abalanzó sobre él. Ya solo existía la película. Las actrices lloraban mientras sonaba una música a piano y los actores gritaban despacio, con voz profunda, como si se gritasen a sí mismos.

Cuando a la actriz más guapa la lanzaron contra el mármol de la cocina, supe lo que echaba de menos de Barcelona. Me había ido a Japón, me había metido en tiendas, pachinkos, un centro recreativo, un McDonald's y un cine para no admitirlo. Quería sexo. Quería descargar, sentir algo parecido a la compañía. Que me empotraran contra el mármol, como a la protagonista.

Me había ido de Barcelona prometiéndome que estaría un tiempo sin follar. El último polvo había sido con Raúl. A esas alturas, predecía sus gemidos, forzaba los míos. Cuando me corrí no sentí nada, como esas pajas de adolescente que llegaban mis padres a casa cuando estaba a punto de correrme y les saludaba de un grito, pero terminaba rápido y mal la paja, más concentrado en que no me oyeran o no se acercasen a la habitación. Me habría dado

igual que Raúl desapareciera de mi cama en ese momento.

Los últimos meses habían sido un festín de sexo. Desde que ligaba en las discotecas, cada polvo me devolvía un pedazo de autoestima. Los contaba: una media de tres por semana. Como si jugar al tres en raya sirviera para algo. Empecé a no acordarme de sus nombres, tal como había predicho Javi. Después les evitaba en las discotecas cuando se acercaban a saludarme más sonrientes incluso que la noche anterior. Yo me giraba con los ojos en blanco, como tantas veces antes me lo habían hecho otros a mí, porque no entendía para qué perder el tiempo saludándonos si ambos sabíamos que el polvo no había sido para tanto y ni él ni yo pensábamos repetir.

Cuando averigüé que, en efecto, los lavabos de Arena Madre eran mejores para follar que el resto, me bajé Grindr. Una pulsación y tenía un catálogo de hombres ofreciéndome sexo. Lejos quedaban los días de sentirme único en el mundo. A pocos metros había otros hombres que buscaban lo mismo. Pero aquellas fotos eran de unos robots anatómicamente perfectos que preguntaban cosas a las que no sabía cómo responder. Me quedaba mirando sus qué buscas y tienes más fotos igual que Indiana Jones descifraría unos símbolos antiguos para desarmar una trampa. Los primeros días le pedí consejo a Óscar, que se reía al responder.

—Diles lo que les soltaría Marlene Dietrich. Algo directo. Lo que dirías de verdad, vamos, si hablaseis aquí, en el bar.

Así de fácil: no buscaban literatura sino sexo.

—Como tú, como yo, como todos, querido.

La noche que conseguí que viniera el primero a casa, estaba tan nervioso que cené demasiado, me notaba el estómago pesado. Contesté al timbre y no supe si abrirle o preguntar antes quién era. Al final le dije hola al telefonillo, el hola más simpático que me salió, y desde abajo, el otro me respondió con otro hola que sonó también natural, como si de golpe ninguno de los dos conociéramos otra palabra. Le abrí.

Di un último repaso al estudio. Ya subían los pasos por la escalera. Había escondido las llaves, la cartera, el móvil, las cuatro cosas de valor. Todo en el armario, detrás de una caja con regalos de Adán, como las revistas porno de adolescente. Más pasos, más cerca. No sabía por qué lo había invitado a mi casa, si no me fiaba de él. Había memorizado, incluso, la posición de los cuchillos más grandes, por si resultaba ser un psicópata y tenía que correr hasta allí para defenderme. Los pasos llegaron al rellano y le pedí coraje al cuadro del samurái. Cuando abrí la puerta, me encontré un chico

normal, más bajo de lo que parecía en las fotos, pero también más agradable de lo que dejaban entrever sus frases escuetas.

No estuvo mal el polvo. Duró una hora y nos corrimos a la vez. Él me lo pidió. Me impactó, eso sí, el cuidado que tuvo luego para no olvidarse nada en mi piso. Le observé en silencio desde la cama, los ojos entrecerrados. El chico se puso primero el reloj de pulsera y entonces removió prendas por el suelo hasta localizar sus calzoncillos. Acabó de vestirse enseguida, como si ahora llevara menos ropa que al desnudarnos. Acompañó la hebilla metálica del cinturón con la palma de la mano para no hacer ruido. Se palpó los bolsillos, repasó mi habitación por última vez. Yo con miedo de que me robara algo y él temiendo dejárselo. Deseé que se estuviera olvidando de un calcetín, del abono del metro, que hubiera confundido mis calzoncillos con los suyos, cualquier cosa con tal de tenerle ahí, delante de mi espejo, durante uno, dos segundos más. Una pequeña eternidad y no sus pasos ya precipitándose hacia la puerta para dejar claro que no, él tampoco pensaba quedarse a desayunar. Pero mejor así, pensé después, ya solo; si el chico acababa desapareciendo, nadie le relacionaría conmigo. Ni siquiera había dejado una mancha en las sábanas.

En la ducha, hice cálculos: me había ahorrado los doce euros de la entrada de Arena y los dieciséis de los cubatas. Salía a cuenta, sin duda. Así que seguí recurriendo a Grindr para los momentos de calentón. Y si no había suerte, sabía que podía llamar a Raúl, siempre a mano.

Polvo a polvo, perdí complejos, relativicé defectos. Todos teníamos un grano, una cicatriz o unos pelos en la espalda que nos avergonzaban. Y por eso, aunque en mi estudio nos hartáramos de sudar, sin aire acondicionado ni ventilador, ellos temblaban. Como regalos que, sin envoltorio, perderían cualquier encanto. Sigue buscando, tenían tatuado en la ingle. Buscando qué. No tenía respuesta para eso, así que me divertía catalogándolos: el tímido que se transformaba en la cama, el moderno gritón, el que se corría demasiado rápido si no vigilaba mis movimientos, el que la tenía corta.

—Chupársela era como sorber un fideo —le conté a Óscar.

Él se rio. Le divertía que le hablara de mis escarceos. Enseñaba sus dientes separados al reír y, palmeándome la rodilla, pedía más detalles. Ni rastro del chico arisco del museo.

—No sabía que Grindr sería así de sencillo. Con un click descarto todos esos rostros sonrientes y torsos desnudos. En cuanto me aburren, ¡puf!

—De un manotazo, como si fueran mosquitos y no hombres, ¿no? Subimos nuestras mejores fotos y ya nos creemos con la licencia de comportarnos como animales.

En los últimos tiempos, mientras esperaba que confirmaran mi traslado a Japón, nos dio por frecuentar la Penúltima, con sus barbudos murmurándose secretos al oído aunque la música apenas se oyera. Había que ir pronto o enseguida se llenaba de guiris que te daban la espalda y te aprisionaban contra las botas de vermú.

Con Óscar, habíamos cogido la costumbre de apuntalarnos en un rincón junto a la barra. Ahí charlábamos hasta la hora del cierre. Conversaciones fluidas; no tanto como lo habían sido con Javi, pero casi. Bajo aquella luz tenue, me gustaba imaginar que un día él y yo acabaríamos acostándonos sin necesidad de mediar con una pantalla. Cada noche los taburetes estaban más cerca y mi pierna ya rozaba su paquete.

Hasta que él dijo la frase fatídica.

—Me gustaría, sabes, tener novio —dijo. Y señaló a alguien con el mentón, como Adán—. Aquel parece un buen partido. Con su bigote a lo Clark Gable.

Óscar me miró en busca de aprobación, lo miré, sonreí, no supe qué decir, porque ya me había acostado con ese y no quería desilusionarle. Decirle que tan bien arreglados que se los veía en la Penúltima, todos con su camisa y su pajarita, y luego suplicaban que les escupieras en pleno polvo, que les pegases, que te corrieras en sus caras. Así que por no hablar, comí los pocos frutos secos que quedaban, rebañé las cáscaras y la sal con el dedo, lo chupeteé todo. Pedí más. Me mostraron el bote vacío.

—¿A ti no te gustaría? —insistió él—. Vamos, un novio que te lleve a desayunar a Tiffany's después de emborracharte a base de vermús.

—No —dije, abriendo el Grindr—. Es lo último que me apetece ahora.

Óscar me miró con la misma mirada de Verónica cuando le juraba que ya apenas pensaba en Adán.

—Al final, querrás.

Él acabó la noche con el chico del bigote y yo con uno de Grindr que vivía cerca de la Penúltima. Para demostrarle a Óscar que se equivocaba conmigo, no me quedé a dormir con ese. Y a la mañana siguiente, como no tenía nada para desayunar, invité a otro tío a casa a cambio de que trajera croissants. Me dijo que vendría con su novio y le contesté que mi cama era grande, que cuántos más mejor.

—¡En Europa folláis mucho! —rieron los tres japoneses.

Acababa de conocerlos a los tres en un bar de Nichome. En la guía de sexo que me había comprado, lo llamaban el barrio gay de Tokio, pero no era más que un cruce de dos calles más o menos anchas. Y menudo antro, el local: diminuto y situado en un sótano. A pesar del aspecto, entré solo. Ni me lo pensé. La mitad del espacio lo ocupaba una barra en forma de L, base de operaciones del camarero, enorme y sonriente, una especie de yakuza retirado. Se le marcaba una cicatriz en la mejilla al sonreír. Hacía las veces de Celestina: ponía en contacto a sus clientes porque tenía el poder de saber quién te gustaba incluso antes de que te dieses cuenta de que lo estabas mirando. Cuando fui a pedirle la primera copa, me abrí paso entre los hombres que fumaban acodados en la barra y el camarero se interesó por mi viaje, mi beca. No dejó de abrillantar los vasos mientras hablaba conmigo. Sin pretenderlo, en cinco minutos le había soltado media vida y un inventario de mis intereses.

—Ve con ellos —señaló una mesa—, encajaréis. También son artistas. Y saben inglés.

No les extrañó que me acercara. Moví la silla para alinearla con los tablones de madera del suelo. Entre risitas, los tres saludaron al camarero; uno de ellos le pidió otra ración de frutos secos, aunque eso lo supe después, cuando vino a traérnosla. Fueron presentándose uno a uno. Asentí tras cada nombre, miré a los ojos de cada chico, como asegurándole que lo había entendido y que intentaría memorizarlo. Ya era más de lo que había hecho con algunos tíos de Grindr. Nunca dejó de sorprenderme que fuera incapaz de recordar sus nombres y sí, en cambio, detalles insignificantes como la única marca de desodorante que podían utilizar.

—Es que las demás me irritan la piel.

Como si eso importara. O volviera más humanos nuestros movimientos posteriores. Conversaciones íntimas que se nos escapaban, dos extraños atrapados en una cama en vez de un ascensor. Y las repetíamos con otros, quizás incluso con las mismas palabras, para romper el hielo. Por eso mismo, al ofrecerles las chocolatinas a los tres japoneses, les expliqué que me las había regalado el funcionario del aeropuerto, al llegar.

—Muchas gracias —dijeron los tres al unísono.

De fondo, sonaba una canción que repetía una y otra vez la misma frase sobre unos sonidos psicodélicos. “Since I left you, I found the world so new.” Evocaba un picnic en el campo y nosotros

en vez de bolas de arroz masticábamos chocolatinas. Pero allá donde mirase, el mundo no parecía nuevo: paredes desgastadas como los tejanos heredados de algún familiar. Sobre nuestras cabezas, pendía un cuadro de Audrey Hepburn con boquilla, fingiendo que fumaba. En cuántos dormitorios lo había visto en Barcelona. Incluso yo había estado a punto de comprarlo. El más feo de los tres dijo que esa canción le sonaba, quizá de haberla oído en el tocadiscos de sus padres. Luego, como una grulla, picoteó del bol de frutos secos. Aún me duraba el sabor del chocolate, pero cogí uno yo también. Era verde, con forma de cacahuete. Y picaba.

—¿Verdad que están buenos?

—Podría pasarme toda la vida comiendo esto.

—Cuidado, llevan wasabi.

Cogí otro. En los altavoces, un murmullo de gente pasándoselo bien sin nosotros. Recordé las palabras del camarero y les pregunté a qué se dedicaban. Si de verdad eran artistas. El único guapo era pintor, hacía pocos meses que se había trasladado a Tokio desde su Nagasaki natal gracias a una beca parecida a la mía, para artistas autóctonos. Le fue fácil conseguirla porque nadie quería pintar las ciudades y en cambio a él le interesaban sobre todo los rascacielos cubiertos de enredaderas y madreselvas. Los dibujaba antes de que su color se confundiera con el de las piedras. El cuadro del que estaba más orgulloso era un edificio de oficinas reflejando unos crisantemos.

—Pronto —dijo—, ni nos acordaremos de cosas como el color rosa en primavera, con los cerezos, verde en verano, hojas rojas en otoño y la blancura del invierno. Están desesperados para que inmortalicemos ese Japón que cambiaba de colores.

Y por eso mismo, tenía que estar tranquilo, me dijo. Seguro que aceptaban mi solicitud; en realidad, la última entrevista era un mero trámite. Asentí. Nos quedamos callados. Otra vez. De fondo, continuaba dando vueltas la canción, hasta que terminó y solo se escuchó el ventilador. En una esquina, sobre la barra, hacía todo lo que podía para airear el sótano, pero las aspas giraban a trompicones. Podían detenerse en cualquier momento. Y entonces moriríamos asfixiados.

—Qué calor.

Lo dijo el del medio como excusa para sacarse el jersey. Se le levantó la camiseta y eso, además del vientre planísimo, nos permitió verle el elástico de los calzoncillos. Eran de algún personaje de manga que yo no conocía. Todos nos habíamos fijado en el gesto. Él sonrió con satisfacción.

Excitados, me pidieron que les hablara de mi vida en Barcelona. Anécdotas sexuales. Me sorprendió su interés, porque Japón no era como las novelas de Murakami, donde los personajes no paraban de follar y hablar de sexo; desde que había llegado, no había visto ningún beso en público, pocas parejas japonesas se cogían de la mano. Pero si ellos me lo pedían, tendrían sexo. Sobre todo les hablé de mis últimos meses, las conquistas en las discotecas, los polvos fáciles. Me escuchaban encantados, gritaban, se fingían escandalizados. Reían tapándose la boca, como lo haría una estudiante japonesa.

—Oye, nos caes bien. Te vamos a llevar a un lugar que te encantará.

—Seguro que no lo conoces, es un sitio secreto.

—Pero tú tranquilo. Como conocemos al dueño, te dejará entrar seguro.

Dejamos atrás el cruce de Nichome. Me había olvidado la guía en el bar, pero daba igual, ahora tenía a tres japoneses para guiarme por esos callejones oscuros. Las partes traseras de las casas se alternaban con tugurios que tenían la puerta cerrada. Los farolillos encendidos delataban su actividad. Saltamos sobre bicicletas caídas y zuecos de madera abandonados. Pisé algo blando. Un nido con los cadáveres de varias crías de pájaro. Al lado, la rama seca que no había podido aguantarles el peso. Las crías seguían con la boca abierta, como si aún esperasen que viniera su madre a alimentarlas. Me limpié la suela contra el bordillo.

El atajo nos llevó a otro barrio, Shinjuku. Allí, las luces de neón tiñeron de morado y rosa nuestra ropa. Mientras peleábamos por abrirnos paso entre la gente, los porteros de los locales nos abordaron para ofrecernos drogas y chicas. En los pósters y anuncios de las paredes no aparecían geishas sino japonesas casi adolescentes, desnudas. Cientos de chicos con ropas extravagantes y el pelo decolorado entraban y salían de esos sitios. Perdido entre las músicas y los gritos, me sentí otra bola de pachinko.

Entramos por fin en uno de aquellos locales. Desde fuera, nada lo distinguía del resto. Pero algo tendría de especial. Imaginé una habitación gigantesca donde habrían organizado una orgía, quizá un bukkake de los que tanto abundaban en internet. Por fin lo vería sin que pixelaran las pollas. Bajamos por una escalera recién fregada hasta un sótano. Lo iluminaban un par de lámparas de papel. Una mujer enfundada en un kimono marrón nos dio la bienvenida con una inclinación de cabeza. Alargando la reverencia, asomó una mano por la manga del kimono y deslizó un biombo que

no había visto hasta ahora. Era educada y silenciosa, como sacada de una obra de teatro nô.

Sin embargo, la puerta secreta solo conducía a un restaurante. Mesas largas rodeadas de cojines. Nada más. Desconcertado, seguí a los otros tres hasta un rincón y tomé asiento, de rodillas. Ya había otras personas sentadas alrededor de nuestra mesa. Todos esperaban cabizbajos, no les pude ver bien la cara. Llegaba de algún lado el tufo de un incienso y la lámpara que colgaba encima de nuestra mesa era tan potente que oscurecía el resto de la habitación. Como una mesa de operaciones. Busqué a mis tres acompañantes para que me contasen qué hacíamos allí, pero ellos también habían bajado la cabeza. La mujer de antes nos trajo un plato y un par de palillos a cada uno. Sirvió salsa de soja en unas salseras cuadradas que no hacían juego con el resto de la vajilla. En un rincón, dos sombras se pelearon por beber la salsa. Yo me contuve. Todavía tenía que llegar la comida.

Entró entonces un chico. Tendría dieciséis años, como mucho. Se desnudó. La mujer le ayudó a subir a nuestra mesa y después desapareció, llevándose su albornoz. Él se tumbó bocarriba, como si estuviera en la playa a punto de tomar el sol. Iba depilado. Unos camareros sin rostro lo cubrieron entonces con unas hojas muy verdes. Parecían de plástico; más tarde, descubrí que eran de papaya. Enseguida apareció otro camarero con decenas de piezas de sushi y las fue distribuyendo sobre las hojas, que hacían de mantel. El chico aguantó la respiración para que no cayera el sushi.

—Nantaimori, le llamamos a esto —me explicó el único guapo, con los palillos ya en alto—. Las hojas sirven para que no se enganche la comida a la piel.

La clave era que el cuerpo humano mantenía la comida a la temperatura ideal. El salmón y el arroz brillaban, los makis los habían enrollado con esmero, pero no me atreví a coger nada. Tan escenificado estaba todo que yo solo veía piezas de juguete, como las que exhibían en la entrada de los restaurantes.

A mi lado, una ricachona de piel cuarteada pinzó los palillos con ansia. Sus dientes eran más blancos que el arroz. También había ejecutivos trajeados en plena cena de negocios, y padres de familia, y chicas jóvenes, bien vestidas, demasiado monas para estar celebrando una despedida de soltera. Todos habían levantado la cabeza al oler el sushi fresco. Pasados unos segundos de cortesía, se abalanzaron sobre el cuerpo. También los tres chicos que iban conmigo. Una maraña de brazos y palillos alargándose hacia el cuerpo desnudo del adolescente. Acapararon en pocos

segundos todas las piezas, las engulleron.

A alguien aún se le oía masticar cuando el camarero nos trajo una segunda tanda de sushi. Y otra tercera aunque la anterior la tuviéramos a medias. Los makis y nigiris amenazaban con caerse del cuerpo del chico. Este seguía sin respirar y no apartaba los ojos del techo, como un cadáver, pero pestañeaba cada once segundos.

—Come, come —dijo el más feo.

Y me metió en la boca un trozo de sushi. Mordí el alga nori, que crujió, mordí el arroz, que soltó jugo, y mordí los palillos de madera lacada. Di por fin con el atún, tierno pero tan consistente como los muslos del chico-bandeja. Estaba bueno.

—Hay que aprovechar porque pronto no quedará sushi —dijo el único guapo—. En el mundo, me refiero.

—Es que los peces se están muriendo —explicó el otro.

Cacé con los palillos un rollo California a punto de caer de la hoja de papaya. Los reflejos de *Karate Kid* al cazar una mosca. Yo mismo me sorprendí de la soltura que había alcanzado, no hacía tanto que aprendí a usarlos con Adán. Mastiqué como masticaban los demás, con la boca abierta, sin importarme que cayeran granos de arroz sobre la mesa o las piernas del chico. No me había terminado esa pieza que ya mordía la siguiente. Los probé todos, incluso los que no me apetecían. Y cuando se terminó el sushi, trajeron más comida: tempura, carne, okonomiyaki, encurtidos, los udon más gruesos que había visto jamás.

—No te preocupes —dijo el único guapo, mirándome—. Después te llevaremos a otro sitio.

—Es que hay más locales así —explicó el del medio.

—Muchos, por todo Tokio —dijo el más feo.

Entre sus dientes quedaban restos de alga nori. Tuve ganas de morderle los labios. Me acordé de Raúl, de las canciones de Marilyn Manson que tanto le gustaba poner mientras agitaba una bolsa llena de pastillas. Cantaba: “I don’t like the drugs, but the drugs like me”, una y otra vez, antes de desnudarse y venir a la cama. Lo cantaba buscando mi mirada, como si yo tuviera que entender algo. Pero hacía mucho tiempo que sus indirectas veladas habían dejado de interesarme. Solo aceptaba su lengua y la pastilla que me entregaba porque era fácil. Ni siquiera tenía que moverme, solo tragar y esperar a que estallara el placer. Sin dejar de comerme con los ojos, el más feo se relamió la boca, el único guapo ya se había desabrochado cuatro botones de la camisa y el otro no podía meterme más al fondo sus palillos para que degustara unas bolas de pollo embadurnadas de salsa agridulce. Sí, en algún momento de la

noche nos hartaríamos de comer y me llevarían a un love hotel donde follaríamos los cuatro. Los imaginé en fila, a cuatro patas. O quizá dos de nosotros nos follaríamos a los otros dos. El feo y el otro eran pareja, algo así me habían contado en el bar. Mejor. Las parejas eran más manipulables. Obedecerían. Podríamos comérnoslos a ellos enteros si se lo proponíamos. Abrirles en canal mientras sonreían agradecidos, y devorar sus tripas, saciarnos con su sangre humeante.

Pero entonces escupí los trozos de carne a medio masticar. Y cerré la boca. Lo que ellos me ofrecían ya lo había tenido en Barcelona. Sexo sin más, como el aceite que sobraba tras freír carne y tirábamos por el desagüe.

De qué servía cruzar medio planeta si la desazón seguía siendo la misma.

Así que me fui. Les dejé en plena lucha de palillos para apoderarse de los últimos fideos, enredados en los pies del chico-bandeja. No me dio pena no despedirme de ellos. El camarero volvería a hacerles de Celestino a la noche siguiente, y la otra, y todas las siguientes, mientras les servía más y más cacahuetes cubiertos de wasabi.

Por la mañana, nada más subir al tren hacia Kawagoe, el pueblecito que me habían asignado los funcionarios de la beca tras la entrevista, pedí un zumo de naranja. Medio vaso a precio de oro. Lo pagué con una reverencia y lo terminé de un trago. Boqueé como un pez que volvía a casa. Así que era eso: desde hacía días, semanas incluso, no tenía hambre. Tenía sed.

Con la garganta curada, volví a mi asiento junto a la ventanilla. Por primera vez en mucho tiempo, me vi capaz de conformarme con esa vida que no deseaba porque otros la habían organizado para mí. Trabajar a media jornada, aprender japonés y pintar. Pintar un poco, por las noches. Nada más. Quizá no fuera lo que un día imaginé, pero era lo que había llegado a mis manos, y tenía que aprovechar esa oportunidad.

Durante el resto del trayecto, me limité a disfrutar de las vistas. A pesar de tantísimos árboles secos y un Monte Fuji ya ocre, sin nieve en la cima y sobrevolado por nubes de cuervos, también había buenos augurios: los campos amarillos salpicados de casas con techos de paja, las flores rojas emergiendo entre los mares de arena, alimentando con su néctar a las hormigas. Sí, incluso la sequía podía crear nuevos paisajes.

13 - ECLIPSE

Él era venezolano y le gustaba ordenar las estanterías. Alinear botes de ramen instantáneo, poner precios a los paquetes de mochis con cuidado de no aplastarlos. Canturreaba mientras lo hacía y nos animaba a canturrear nosotros también.

Lo conocí el mismo día que entré a trabajar en el conbini. El encargado me estaba explicando los pormenores de la atención al público, cómo tenía que servir el cambio en la bandeja, el volumen de voz exacto que debía utilizar, cómo identificar a los ladrones de bebidas y cómo defenderme de ellos. Y entonces le vi, aquel chico medio rubio, inclinándose ante unos clientes japoneses con una sonrisa que le ensanchaba el bigote.

—Pon su mismo entusiasmo —dijo el encargado.

El chico mantuvo la reverencia hasta que oyó cómo se cerraban las puertas automáticas. Entonces me miró sonriendo aún, como si ya me hubiera visto antes. Se dirigió a un estante para ordenarlo. Cuando el encargado por fin dejó de avasallarme con sus tutoriales, avancé entre todas las estanterías para acercarme hasta el chico.

—Soy Leo. Encantado.

—¿De España? —preguntó—. Ustedes también huyen del barco.

Reí por reír. Algo contrariado, en el fondo, porque esperaba que la conversación derivase en algo más profundo. Que me hablara de lo hondo que le había llegado cierta frase del libro que se estaba leyendo, por ejemplo. Pero en la realidad nunca pasaban cosas así. Le ayudé a colocar unas figuras de Hello Kitty junto a las de otras mascotas japonesas. En silencio, hasta que todas las cajas formaron un único bloque. Un ejército de gatitas con lazo rojo, inexpresivas.

Más tarde, me sorprendí buscando su uniforme verde mientras atendía a mis primeros clientes en el mostrador. Le vi al fondo,

entre dos revisteros, poniendo precios a voluminosos recopilatorios manga, y solo entonces me tranquilicé y pude especificar en correcto japonés el dinero que me entregaban y el que yo devolvía, tal como le había oído hacer antes. Muchas gracias, muy buenas tardes.

Todos los empleados llevábamos el mismo uniforme, pero a él le quedaba mejor porque era del mismo color que sus ojos. Me di cuenta aquella noche, a la salida, sus ojos verdes flotando en la oscuridad de la calle, como dos semáforos que jamás cambiarían de color. Pensé en los ojos de Adán, quizá también habían sido verdes, y los ojos del venezolano me traían la respuesta tiempo después, miles de kilómetros más lejos.

Me balanceé. Bajo nuestros pies, el asfalto aún temblequeaba por culpa del terremoto del día anterior. Pude contar cientos de grietas por toda la calle. Los japoneses ni se fijaban, corrían de una tienda a otra. En ninguna encontraban nada y al poco salían con las manos vacías.

—Pues bueno —dije—, buenas noches.

—Buenas noches, Leo.

Desde ese día, empecé a ayudarle cuando ordenaba los estantes, aprendí sus técnicas ensayadísimas para ir más rápido y al mismo tiempo ser más meticuloso reponiendo, alineando, etiquetando. Su cuerpo pequeñito parecía diseñado para esos gestos rápidos y eficientes. Y tenía buenos pulmones; todos los compañeros nos girábamos al oírle vociferar *irashaimase* cada vez que entraba un cliente. Nadie le dedicaba tanta energía como él a aquel grito de bienvenida.

—El secreto —me reveló una noche al salir de trabajar — es alargar la última “e” cuando todavía no has bajado la cabeza.

Aclaré la garganta. Abrí la boca. Miré al frente, una hilera de árboles quemados.

—*Irashaimaseeee* —gritamos a la vez.

Nos sentíamos importantes cuando nos lo gritaban a nosotros al entrar en una tienda. Él miraba los productos sin tocarlos y yo tampoco tocaba nada porque sabía que él tendría la tentación de ordenarlo todo, también allí. En público me incomodaría. Y de todos modos, no podíamos permitirnos comprar ahí.

Trabajábamos por un sueldo miserable. Más horas de las que anunciaron al concedernos la beca y un sueldo muy inferior. Nos alcanzaba para poco más que pagar los apartamentos asignados, donde apenas teníamos espacio para extender nuestro futón. Pero

con el pequeño sueldo y el pequeño apartamento íbamos tirando. Y dábamos gracias de que así fuera.

—Al fin y al cabo —decía él con una sonrisa— lo que gano sí me da para algunos caprichos. Y hoy se me antoja cenar en este restaurante. ¿Entramos?

La puerta, medio oculta por unas cortinillas cuadradas, daba a un callejón. Los platos con sus respectivos precios estaban escritos en tiras de papel colgadas por todo el local. Mientras nos atendían, usábamos aquellos carteles para aprender nuevos kanjis que aún no nos habían enseñado en las clases de japonés. Mira aquel, dijimos, significa salmón, y aquel gamba. Al final, elegimos el plato más barato: ramen con pollo.

—Me gusta este sitio —dijo él al sorber sus fideos.

—Y a mí. Es acogedor.

Empezamos a ir algunos viernes, después del trabajo. Casi cada viernes, en realidad. Y así, sin planearlo, aquellas cenas se convirtieron en el mejor momento de la semana.

A ratos, el local se llenaba de humo porque el cocinero preparaba los platos a la vista de todos. Las nubes blancas se perdían entre las vigas de madera. Nosotros comíamos y hablábamos a intervalos: cuando yo levantaba el bol para sorber el poco caldo que nos echaban, dejaba de verle, solo le oía; cuando él levantaba el suyo, yo seguía hablando mientras sus ojos desaparecían tras el bol, buscándome hasta el último momento. Algún día le pintaría así, justo en el instante en que su rostro desaparecía, y lo titularía *Eclipse*.

Cena a cena, descubrí que aquel chico podía hacerme reír. Eran sus gestos, sobre todo. Su forma de aletear las manos o cerrar los ojos cuando salía el vapor de la sopa al levantar la tapa. Su forma de comer los fideos con cuchara, enrollándolos como si fuesen espaguetis. Algunas gotas de sopa se desperdigaban por la mesa, muy brillantes a causa de la grasa que llevaba el caldo. Eso de comer con palillos ni siquiera lo intentaba. Sí, me hacía reír y yo le hablaba de Barcelona. Él siempre sacaba la punta de la lengua, apenas un centímetro, mientras me escuchaba.

Nuestra ropa, al salir, olía a semillas de sésamo. Espolvoreaban demasiadas encima de los fideos y cuando las intentaba apartar, se pegaban a mis palillos. Después caminábamos juntos un buen trecho, hasta la esquina del parque donde nos despedíamos. Atrás quedaba la calle principal de Kawagoe, con sus edificios de madera oscura que parecían sacados de una cápsula del tiempo.

—Me fascinan esas casas negras. Con sus banderolas y sus

carteles rústicos, sus puertas correderas de papel…

—Son de los pocos edificios de antes de la guerra que quedan en Japón. Dicen que al verlos tan oscuros desde el cielo, los aviones no los bombardearon.

—Vaya, y ahora solo son tiendas. Y la gente va corriendo de una a otra para comprar cualquier cosa. Qué pena.

—Sí, y nosotros pasamos por ahí en medio sin kimono ni nada, como extraterrestres despistados.

—O como los personajes de *Lost in Translation*.

Nos divertía pintarnos como seres desvalidos. Pero a base de deambular cada noche entre aquellos almacenes aún en pie y a través de callejones mal iluminados, no tardamos en trazar una ruta que nos iba bien a los dos. Caminando juntos, ni siquiera el canto lúgubre de los cuervos lograba asustarnos.

—Algún día —le gustaba bromear— tendríamos que ir a un karaoke. Alquilamos una cabina para nosotros dos, me pongo una peluca rosa y cantamos a pleno pulmón.

—Sí. Hasta que nos llamen para decirnos que se nos ha agotado el tiempo.

Cada noche, un campanario que no veíamos daba una campanada. El sonido se esparcía por toda la oscuridad. Aceptando que ya era muy tarde, nos despedíamos con dos besos en la mejilla. Los primeros llegaron gracias a mí, que me lancé, me sentía a gusto y me apetecía, pero fue él quien, noche a noche, se atrevió a avanzar milímetros. Notaba el roce de su bigote más y más cerca de mis labios. Después del beso, nos quedábamos uno delante del otro sin decir nada. Él rompía el momento asegurándose de que yo llevara la chaqueta bien abrochada. Luego, en señal de aprobación, daba dos golpecitos en mi pecho.

—Hasta mañana, Scarlett.

—Hasta mañana, Bill.

Me gustaba que me llamase Bill. En eso pensaba yo cuando él se daba la vuelta como un robot. De un segundo al otro yo dejaba de importarle. Sabía que a la mañana siguiente, en el conbini, volvería a sonreírme, pero hasta entonces me conformaba con ese sonido, el de sus pasos partiendo las hojas secas al alejarse.

De regreso a casa, a veces tenía que dar un nuevo rodeo por culpa de un corrimiento de tierras o escalar otro árbol caído que bloqueaba las calles estrechas. Después correteaba por los tejados inclinados, como un ninja, y más allá de las tapias podía ver ventanas iluminadas donde las familias se reunían felices alrededor de una enorme olla de sukiyaki. Cuando por fin llegaba a mi piso,

por más vueltas que diera no conseguía dormir bien.

Hasta que una noche le dije a su espalda menguante:

—Espera.

Y él se giró y volví a importarle. Carraspeé. Teníamos fiesta al día siguiente, era nuestro primer festivo desde que habíamos empezado a trabajar en el conbini. Se me acababa de ocurrir que estaría bien invitarle a casa esa noche y así el día siguiente pasarlo juntos. Ir de tiendas o hacer alguna excursión por los bosques de los alrededores. Pero no sabía cómo proponerle dormir juntos sin que sonara sexual, un follemos encubierto. Aquello era lo último que entraba en mis planes.

Para ganar tiempo, me senté en un banco de piedra. Saqué del bolsillo de mi chaqueta el paquete de Kit-Kat que había robado del conbini para desayunar al día siguiente.

—¿Te apetece un poco? —pregunté.

Asintió. Se sentó a mi lado. Estábamos a tres farolas del final del parque. Cada farola solo era un círculo de luz y el resto oscuridad. Los mosquitos revoloteaban encima de nuestras cabezas. Querían llegar a la bombilla y solo topaban una y otra vez contra el cristal protector. De alguna parte, llegó el sonido insistente de un grillo. O quizás hubiera más de uno.

—¿Qué ocurre, Leo? ¿Qué miras?

Por toda respuesta, rasgué el envoltorio del Kit-Kat y se escapó un olor dulzón, como de mantequilla. Según la foto del plástico, debería tener sabor a boniato. Le di una de las dos barritas. La estudió antes de morderla. La luz de la farola intensificaba su color amarillo.

—Vaya. Aquí —dijo— existen todos los sabores.

Era verdad. Me había costado elegir el Kit-Kat. En el conbini también los vendíamos de fresa, de té verde. En Japón gastaba media hora eligiendo un producto y otra media hora decidiendo la variedad. A veces echaba de menos las limitaciones de España, elegir solo entre un refresco de naranja o de limón, Kit-Kat normal o de chocolate blanco.

Sin hablar, seguimos masticando aquellas barritas amarillas. Yo aún le daba vueltas a mi idea de invitarle a casa. Con cada mordisco, sopesaba una frase distinta para proponérselo. No recordaba que los boniatos supieran así, la verdad, claro que tampoco comía ninguno desde la última castañada en el colegio. Y de todos modos, ese Kit-Kat recreaba el sabor de un boniato japonés, por fuerza tenía que saber distinto.

—Parece un helado.

—Aquí a todo le dan sabor de helado.

Aquel comentario tanto podía ser una crítica como una alabanza.

Él terminó de comer primero y restregó los dedos contra el banco para limpiárselos. Me rozó la mano. Luego la apartó. Yo seguí mordisqueando lo que quedaba de chocolatina. Una mujer cruzó en bici por delante del banco; la rueda delantera levantó algunas piedrecitas y el crepitar del caucho contra el suelo de grava siguió oyéndose durante unos segundos más.

—Nosotros no tenemos tanta prisa, ¿verdad? Vaya suerte tener fiesta mañana.

Asintió, sonrió. Qué mono era cuando sonreía. Quería verle así por la mañana. Fue ese pensamiento lo que me animó por fin.

—Oye, ¿te apetece dormir hoy conmigo?

Aceptó tan rápido que enseguida me arrepentí de habérselo propuesto así. El chico debía dar por hecho que nos íbamos a acostar nada más cruzar la puerta.

—Pero hemos de dormir mucho —dije—, que mañana quiero que aprovechemos el día. Podríamos ir a algún lado.

—Fantástico, vamos.

Se puso en pie primero, sin dejar de sonreír. Le seguí un trecho y luego me adelanté; al fin y al cabo, tenía que guiarle yo.

En el puño, notaba todavía el tacto grasiento del envoltorio. A saber cuándo encontraría la siguiente papelera; por alguna extraña razón, en aquel país tan limpio apenas había sitios donde tirar las cosas. Me resignaría hasta que llegáramos a casa. Poco a poco, el envoltorio se amoldó a la palma de mi mano y dejó de crujir.

Tardé menos de un minuto en enseñarle los tres espacios de mi apartamento.

—Voy a entrar —había dicho él en la puerta. Y entonces dio un primer paso.

Su cuerpo indefenso se reflejó en el espejo de la entrada, donde a mí me gustaba tan poco mirarme.

—A la derecha, un pequeño lavabo.

Tan pequeño que al sentarme en la taza se me congelaban las rodillas: una tocaba la ducha y la otra el lavamanos. El grifo goteaba, cada gota, un poco menos de mar. A la izquierda quedaba la cocina, tan pequeña que mientras cocinaba tenía que dejar la ventana abierta para no ahogarme con el humo o los olores intensos. Y a dos pasos, el salón-comedor-cuarto-para-todo. Allí amontonaba las cuatro cosas que me había traído de Barcelona:

unos pocos libros y mi escueta colección de películas. Guardaba algunas fotografías dentro del armario de puertas corredizas.

—Es grande —dijo, con la chaqueta en la mano porque no sabía dónde colgarla.

Se la cogí y la dejé encima de una caja con algo de ropa. Me senté en el tatami, junto a una mesa que había encontrado en la calle. Le cojeaba una pata.

—No está mal, ¿no? En España, con nuestro sueldo no podría pagar ni la mitad.

Era cierto, sí, pero ocultaba que en Barcelona mi sueldo había sido mejor y el estudio de Gracia, más espacioso. Y también más acogedor, con sus paredes recién pintadas. Él no lo sabía, así que sonrió. Después, echó un vistazo a los lienzos y las pinturas y los pinceles que tenía en un rincón, medio cubiertos por una sábana.

—Los famosos cuadros.

Me sonrojé. No quería enseñarle que solo había dos o tres lienzos terminados, el resto estaban a medias o en blanco. Se conformó con que le enseñara uno a modo de ejemplo. El esqueleto de un cerezo quemado.

—Ramas rotas y pétalos carbonizados —dije—: en estas cosas me fijo ahora. Naturaleza muerta.

—Es bonito. Me gusta, sí.

Luego se tumbó a mi lado y cruzó los brazos bajo la cabeza. Un poeta contando estrellas en el cielo. Pero el techo era blanco, un blanco turbio, como mis lienzos y las paredes de papel.

—Es muy bonito —dijo. Y aclaró—: El techo.

—Eso no lo dice Scarlett en la película.

Se incorporó con los ojos verdes abiertos, verdes como el tatami y la franja inferior de las puertas correderas.

—¿Quieres verla? ¿La tienes aquí?

Le dije que no, que no la había traído. No pareció importarle. Se sabía diálogos enteros. Recitó algunos. Después se puso a repasar la selección de canciones. Imitó la escena del karaoke, fingiendo tener un micrófono entre las manos y moviéndose como los personajes. Tenía memorizado cada gesto. Yo le miraba cantar desde el suelo. Sus labios casi parecían la versión masculina de los de Scarlett Johansson. Le faltaba la peluca.

—Cuidado con eso.

Me salió sin pensarlo, seco como Pedro. Con tanto bailoteo, había estado a punto de tirar un regalo de Adán, una corchea gigante que reproducía sonidos según cómo la tocabas o sacudías. No la había vuelto a encender desde el día que Adán la compró en

Malasaña. Ni siquiera sabía si le aguantaban las pilas.

—Fue un regalo.

—Oh, lo siento de veras.

—Tranquilo —dije, colocándola bien—. No pasa nada.

Volví a sentarme. Él se quedó de pie, en el centro de la habitación, lejos de la mesa, de las cajas, de los estantes medio vacíos, del caballete y los lienzos, de todo lo que podía tirar si se movía un ápice. Antes de que soltara otra vez que el techo era bonito, dije:

—La verdad es que la chocolatina me ha dejado con hambre. ¿Quieres sushi?

Asintió. Se me había ocurrido que era un buen momento para enseñarle a comer con palillos. Saqué una bandeja de sushi de la nevera y un par de palillos.

—Tienes que cogerlos así.

Apoyé el primer palillo entre el pulgar y el índice, y con el otro hice pinza.

—No demasiado arriba, o se te resbalará, ni demasiado abajo, o no harás suficiente fuerza.

Lo ejemplifiqué llevando un maki hasta su boca, la abrió al máximo para recibir todo el sushi en su boca, se lo tragó de un bocado, su bigote contraído, sus labios de Scarlett Johansson cerrándose alrededor de los palillos hasta que estiré un poco y los saqué.

—Solo tienes que acostumbrarte —dije.

Probó a cogerlos él, le corregí la postura de los dedos, que los tenía fríos y quizá por eso no terminaba de hacer pinza. Abrí mi boca, pero el segundo maki también se lo comió él, lo depositó en su lengua con pulso tembloroso. No se le cayó.

Saqué dos latas de cerveza que también había robado del conbini. Ahora él estaba sentado cerca de una estantería. Examinaba mis libros y DVDs. La bandeja de sushi, en la que ya solo quedaban diez makis, seguía encima del tatami, pero los palillos habían rodado por el suelo hasta chocar con un pincel que creía perdido. Los recogí.

En cuanto le di la lata, bebió un sorbo, largo y ruidoso. Yo me limité a abrir la mía y escuchar el siseo de las burbujas.

—¿Qué quieres cenar? —pregunté. Ya no me apetecía más sushi —. Puedo hacer un salteado de verduras, ¿qué te parece? Sin ajo, tranquilo, que no me gusta.

No me contestó. De espaldas a mí, todavía sorbiendo la lata, continuó el examen de mi estantería. Tocó el iPod que me regaló

Pedro, leyó la inscripción personalizada que tenía detrás y acarició el libro que había junto al aparato, *Ahora es el momento*, el mismo ejemplar que había comprado en Granada con Adán. Seguía sin leérmelo. Él quiso hojearlo y de entre sus páginas cayó un CD. Antes de que pudiera impedírselo, lo puso en el reproductor. O quizá no quise impedírselo, quizá me apetecía regresar a aquellas canciones olvidadas. Sonó la última, la que aprecié demasiado tarde, cuando su letra ya no servía ni como indirecta, de esas que me gustaba lanzarle a Adán: "Whatever I feel for you, you only seem to care about you."

Y entonces, por primera vez, le hablé de ellos. De Adán y también de Pedro. Porque ambas historias iban ligadas. La de Adán no tenía sentido sin el prólogo de Pedro y al revés, la de Pedro exigía hablar del cambio que supuso conocer a Adán. "Is there anything I could do just to get some attention from you?" Sobreponiéndome a la voz seductora de Woodkid y a las percusiones que nos envolvían, le hablé de los viajes con Pedro y sus infidelidades. De Adán en Granada, de Adán en Madrid y de Adán unas pocas veces en Barcelona. De su desaparición. Tan decisivas que sentí ambas historias y ahora condensaba esos años en menos de cuatro minutos. Dolía. Dolía no ser capaz de extenderme más. Como si ya no me importara nada de todo aquello. Logré aguantar las lágrimas cuando emergió la oleada nostálgica de la orquestra. Y eso fue lo más doloroso, en realidad: comprobar que todo se acababa superando. Tantas horas sufriendo por algo que ya había dejado atrás.

—A menudo me llamas así… —dijo el venezolano—. Adán.

Pensé al principio que estaba leyendo el título de una película, alguna que él conocía o que le apetecía ver conmigo. Hasta que lo entendí. De repente, el nombre de Adán revoloteaba encima de nuestras cabezas como los mosquitos del parque. Siempre había sido así, como antes el de Pedro.

—Está a punto de caducarme el visado —dijo tras apurar la cerveza, sin girarse, ordenando mis estanterías.

Yo buscaba qué decir, buscaba el tono correcto. Quería que entendiera que, en cierta manera, él también me importaba.

—Tendrás que ir a Corea, ¿no? Salir para volver a entrar y pedirlo.

—No lo sé, no lo he comprobado.

—En el blog de un chico que vive en Japón leí que lo suele hacer así. Ya lleva diez años, creo, puede que alguno más, viviendo en Japón.

—De todos modos, no sé si podría pedir días libres para ese viaje.

—Seguro que sí. Son estrictos, pero esto es importante. Lo comprenderán. Puedo acompañarte a hablar con el jefe, si quieres. Tienes que seguir en el conbini. Te echaríamos de menos.

—*Drácula* —dijo. Y retornó el DVD a la estantería—. Siempre me atrajo ese personaje.

Por fin se giró hacia mí. No lloraba, pero bajo la luz mortecina de mi habitación, sus ojos, en vez de verdes, parecían marrones. Ya no le sentaría tan bien el uniforme.

—El visado caduca la semana que viene.

—Todo se arreglará —dije.

Corrí a la cocina para preparar la cena. Como si dándome prisa pudiera solucionar algo. Las verduras tenían la piel arrugada. Las pelé y las corté en trozos lo bastante grandes para que se pudieran coger con palillos. Me hacía ilusión que pusiera en práctica las técnicas que acababa de enseñarle. Apenas diez minutos después, saqué la cena con una sonrisa, todo dispuesto en los mejores boles que tenía. Me disculpé porque no había nada de postre.

Él continuaba en la misma posición. Me pidió un tenedor. Con pena, se lo di. Le observé comer antes de atacar mi propio plato. Nunca me había dado cuenta de que la mesa fuese tan grande. Nos dejaba a cada uno en una punta de la habitación. A su espalda, vi los lienzos abandonados.

—Mañana podríamos ir a Tokio —propuse—, a pasar el día.

—Te vendrá bien para inspirarte, ¿verdad?

—Sí. Podemos pasear un poco, ir a algún templo o ver tiendas en Shibuya, si quieres. —Y bromeé—: Mirar es gratis.

—Me parece bien.

Lo dijo como si estuviéramos hablando de negocios.

Terminó su ración de verduras. Al dejar el bol sobre la mesa, este se deslizó hacia mí debido a la pata inestable. Yo todavía iba por mitad. Como estaba utilizando palillos en vez de tenedor, iba más despacio.

—Estoy cansado —anunció.

—¿No decías que querías ver una peli?

—Sí, pero tengo sueño. Y si mañana madrugaremos para coger el tren…

Me habría apetecido ver algo juntos, compartir la manta tirados en el tatami, algo corto, un capítulo de *Cómo conocí a vuestra madre*, aunque ya me supiera la serie de memoria y los misterios estuvieran resueltos. Podría mirarle un segundo antes de cada “legen… dario”

para ver su reacción, su risa de principio a fin. En vez de eso, me encogí de hombros.

—Pues vaya, como tú quieras.

Después de cepillarnos los dientes, me ayudó a recoger la mesa. La apartamos. Saqué los dos futones del armario, el de los invitados todavía estaba por estrenar. Lo sacamos juntos del envoltorio y, cien crujidos de plástico después, lo desplegamos al lado del mío. Una franja de cinco centímetros de tatami separaba ambas camas.

—Lo que me falta es un cojín. Toma —le di la manta—, si la enrollas, te servirá.

Me dio las gracias. Se desnudó deprisa, un fantasma blanco con calzoncillos blancos, y se metió en el futón. Le había dado tiempo para ordenar su ropa junto a la cama. La camiseta y los pantalones bien doblados, el cinturón enrollado y las bambas alineadas al lado. Parecía que de las prendas colgasen aún las etiquetas con el precio.

Apagué la luz. A punto de dormirme ya, me fijé en la sombra de la bombilla, un punto revoloteando todavía en el techo, como el incienso de Adán.

—Hasta mañana, Scarlett —dije.

Él balbuceó algo. El goteo del grifo del baño no me dejó escucharlo bien.

A medianoche, me desvelé porque se había agarrado a mí, muy fuerte, como si tuviera miedo de que me evaporase o a él se lo tragara la tierra. Quise abrazarle, pero no podía porque lo estaba haciendo él. Cada vez apretaba más. Iba a apartarle cuando llegaron unos ruidos del techo y él se encogió. Los ruidos crecieron deprisa. Eran los vecinos de arriba, follando. Gemían por turnos. Nosotros nos quedamos quietos durante unos minutos, arrebujados en mi futón, escuchándoles en la oscuridad.

—Se les oye a veces —dije contra la almohada.

—Ah —dijo contra mi oreja.

Se acercó un poco más. Y otro poco. Milímetro a milímetro. Pronto taparía con su mano la cara de Madonna de mi camiseta agujereada. Antes de que eso ocurriera, le arranqué los calzoncillos. Me lo tiré porque era lo que él ansiaba y yo conocía bien el daño que hacía quedarse con las ganas. Le tapé la boca. El futón ni se movió. Tampoco se escucharon los muelles de la cama de la pareja que vivía arriba, solo sus gemidos: primero se aceleraron los de él, luego un poco los de ella, él subió de volumen con cada embestida, ya gritaba casi, se corrió, y ella calló como si la hubieran estrangulado.

Después, el venezolano se escurrió de regreso a su futón. Entró

algo de frío por el hueco que había dejado su huida, así que me enrollé mejor en las sábanas. Pensé que él era como aquellas casas negras que los aviones no bombardearon al creerlas quemadas. Tan vulnerable, tan indefenso, que no tenía ningún mérito haber descargado mi artillería sobre su cuerpo.

Nos despertó de golpe el tren al salir del túnel. Como en un parque de atracciones del futuro, nos deslizábamos sobre la bahía de Tokio, kilómetros y más kilómetros de arena ahora que el mar había retrocedido tanto. A pesar de haber dormido poco, decidimos seguir adelante con nuestro plan de ir de excursión a la capital. Había cambiado mucho desde mi llegada. No quedaban árboles y los edificios más cercanos a la costa empezaban a resquebrajarse. Los niños correteaban por aquella playa interminable, chutaban sus pelotas cuesta arriba, escalaban dunas de arena y siempre se sorprendían de que al otro lado quedase un poco de agua.

Al fondo, nuestro destino: la isla artificial de Odaiba. Un pedazo de tierra ganado al mar que habían tenido que apuntalar con vigas y andamios. El tren cruzó a toda velocidad el túnel acristalado. En cuanto salimos de la estación, nos rodearon los rascacielos. No se veía la cima de ninguno.

Como era festivo, aquello estaba muy concurrido. Algunas familias con niños y muchos turistas, todos llevaban coloridos kimonos florales y se secaban la frente sudada con una toallita cuadrada. Los más ricos bebían botellines de agua. Delante de una réplica en miniatura de la Estatua de la Libertad o en medio de calles demasiado anchas donde no había sombra, en todas partes sonreían todos a cámara, los labios partiéndoles la cara en dos, como si hubieran viajado hasta Odaiba para hacerse una foto justo allí. No dejaban de sonreír. Pero al girarse para continuar la ruta, las ramas les arañaban sus caras de susto, les rasgaban las mangas de los vestidos como si fueran Blancanieves en el bosque.

Nosotros habíamos olvidado la cámara en mi piso, al final, y ninguno de los dos teníamos móvil, así que nos quedaríamos sin foto que subir a Instagram. En vez de eso, dedicamos toda la mañana a pasear entre grandes almacenes, centros recreativos, estudios de televisión. Nada especial, pero ante todo exclamábamos. Cuando nos cansamos de aquello, fuimos a apoyarnos en una barandilla. Abrasaba. No nos quejamos. Él clavó sus ojos verdes en la bahía. Pensé que se habría fijado en los barcos atrapados entre las dunas, en el óxido de los fuselajes. Pero no. Miraba los aviones que aterrizaban en un aeropuerto cercano, tras la noria roja que dominaba el paisaje.

—Nunca había estado aquí —dije—. Es impresionante.

—Yo sí, una vez, nada más llegar. Me trajo una amiga. No está mal, no. Aunque si lo piensas bien, es un sitio absurdo.

—¿Por qué? A mí me gusta mucho.

—Pues porque le robaron terreno al mar, construyeron ese tren modernísimo para sobrevolarlo, planificaron una ampliación de vanguardia para la ciudad, lo nunca visto, diría algún directivo en la junta de accionistas, pero al final lo llenaron todo con las mismas cosas que ya había en tierra. Las mismas.

No dije nada. En el túnel de cristal por el que habíamos llegado se vio el destello de un tren. Seguía llegando gente a Odaiba.

—Todos estos centros comerciales iban a ser especiales. Ahora son un lugar más al que venimos a comprar y hacernos fotos y decir "No está mal, me gusta". Y tienen que apuntalarlo para que no se hunda. Como si pudiera perderse gran cosa.

Lejos de Odaiba, justo en el centro de aquel mar en retroceso, descubrí, saliendo a flote, unas ruinas. Eran rascacielos medio torcidos, cubiertos de una densa capa de algas y moluscos. Conservaban todavía su forma de edificios de oficinas. Destacaban en medio del paisaje, pero no los había visto hasta ahora. Muchos otros aún debían de seguir sumergidos. Las noticias no hablaban de otra cosa: por todo el mundo, las antiguas ciudades salían a la superficie a medida que el agua se agotaba.

Los sobrevolaban gaviotas enormes. Sus graznidos nos los traía el viento, imponiéndose a los gritos de los turistas. Uno de los pájaros se lanzó en picado, cual kamikaze, contra una de las paredes peludas, y arrancó algo entre las algas. Algo granate, como si le hubiera hincado el pico al edificio hasta hacerlo sangrar. Lo engulló.

En una de las azoteas, distinguí la silueta de dos chicos. Habían logrado nadar hasta allí y trepar a lo más alto. Ahora contemplaban el paisaje que los rodeaba con la postura orgullosa de los conquistadores. Llevaban lanzas para defenderse de las gaviotas. Podríamos haber sido Adán y yo, pero en vez de eso, me encontraba apoyado en una barandilla, a cientos de metros de aquella azotea, en tierra firme, con las manos en los bolsillos.

—Yo también quería hacer algo importante —dijo él, cuando ya casi me había olvidado de su presencia—. Por eso me vine a Japón. Para averiguar qué tenía que hacer.

—¿Y ya lo sabes?

—Sé que no quiero trabajar en un conbini todo lo que queda de año. Ni después tampoco.

Lo pensé un segundo y sin apartar la mirada de aquellos dos conquistadores, con voz firme, solté:

—Yo quiero pintar.

Me miró. Sus ojos tan verdes como esa hierba que ya no existía. Era la primera vez que me miraba así de cerca. Tuve un escalofrío. Temí que soltara algo inconveniente.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó—. ¿Por qué no pintas? ¿Acaso no viniste a eso? Eso me decías al principio, vaya.

—Sí que pinto. —El alarido de un cohete me interrumpió—. A veces.

—Ya. A veces. ¿Piensas que ayer no me fijé en los lienzos, medio tapados?

Busqué el cohete. Había despegado cerca de la noria. El humo de su reactor se elevaba en el cielo despejado. Lo señalé, seguí su trayectoria con el dedo. Abajo, en la plaza, de espaldas al cohete, la gente continuaba haciéndose fotos.

—Es el noveno cohete que veo en Japón —dije—. O el décimo, no me acuerdo.

—Mi padre pintaba —anunció él. Tampoco le hacía caso al cohete—. Durante algunos años, fue uno de los mejores pintores de toda Venezuela, las galerías peleaban por exponer sus obras. Vivíamos muy bien.

Tan arriba había llegado el cohete, que ya solo era un punto tembloroso en el cielo. Quizás este tendría suerte.

—Un día tuvo un accidente de coche. Nada aparatoso, no te creas. Chocó contra un árbol caído. Por suerte, iba a poca velocidad y tuvo tiempo de frenar, redujo el golpe. Pero un trozo del parabrisas saltó y le cortó dos dedos de la mano derecha. El pulgar y el índice. Zas. Ya no podía coger un pincel. Intentaron enseñarle a pintar con la otra mano. Era muy fácil, le decían. Cuestión de acostumbrarse, le decían.

En lo alto, no se veía más que el azul del cielo. El cohete había desaparecido. Sano y salvo. Sonreí.

—Él no quiso. No quiso. Dijo que él quería pintar con la mano de siempre y si no podía ser así, no pintaría. Durante un tiempo, las galerías todavía expusieron sus cuadros. Luego pararon, se aburrieron de exponer siempre lo mismo. Ayudé a mi padre a colocar los cuadros que iban devolviendo, en el trastero, hasta que lo llenamos. Y entonces me vine aquí.

El cohete explotó cuando ya parecía que no iba a explotar. En Odaiba nadie se asustó. Continuaban atentos a sus bolsas de la compra, sus polos azules a medio derretir, sus cámaras. Supe que

borrarían todas las fotos nada más llegar a casa. Otro día para el olvido. En el cielo, no tardó en diluirse el rastro de humo.

—Aquí todo parecía tan lleno de posibilidades, al principio. Tan bonito.

—Y sigue siéndolo.

Más para convencerme a mí mismo que para convencerle a él, saqué la mano del bolsillo y le mostré el perfil de la ciudad que teníamos enfrente. Los edificios nuevos y los que emergían del mar cubiertos de algas. Enseguida la arena le ganaría terreno a todo aquello y solo los niños seguirían atreviéndose a corretear entre todas esas ruinas de la playa, sus sombras se enredarían con las de los antiguos rascacielos, las algas se secarían y las torres se torcerían tanto que alguna acabaría por desplomarse. Y nadie querría pintarla así, chafada contra el desierto, tan negra y sin respiración como una ballena muerta. Y sin embargo, dije:

—Reconócelo, nunca habías visto nada tan bonito.

Forzó una sonrisa para darme la razón. Luego, se colgó de mi brazo. Le daba igual lo que pensaran esas familias y parejas felices que avanzaban por el centro comercial sin cogerse de la mano. Quería estar bien conmigo. A cualquier precio. Y yo también con él. Pero algo me lo impedía. Fue en ese momento cuando comprendí a Adán. Por más que lo intentara, nunca sabría cómo sentir algo que no fuera una especie de cariño tibio hacia aquel chico. Como mucho, si me esforzaba, él sería otro capricho pasajero. Y no se lo merecía.

—¿Vamos a comer? —preguntó—. Ramen, se me antoja ramen. ¿Y a ti?

—Pues sí, pues sí —sonreí.

Adán tenía razón: todas las relaciones eran ecos de otras anteriores. Solo cambiaba el papel que interpretábamos. Ahora aquel buen chico también podría cantarme a modo de indirecta: “Is there any chance you could see me too?”. Lo imaginé como no le vería nunca, subido a la tarima del karaoke, luciendo al fin la peluca rosa, señalándome mientras se desgañitaba con aquel estribillo de Woodkid, igual que yo me había regodeado con él en la soledad de mi estudio.

—“Cause I love you.”

Unas escaleras mecánicas nos arrastraron lejos de allí. De regreso a tierra firme, mientras la canción se apagaba despacio pero sin remedio, comimos ramen como si fuese un viernes cualquiera y hablamos de nuestras tonterías y volvimos a Kawagoe y llegamos hasta el parque quemado como cada día y nos despedimos con

sendos hasta mañana. Eso sí: esta vez sin Scarlett, sin Bill. Solo hasta mañana. Ambos sabíamos que sería mentira.

Y aun sabiéndolo, no me giré para ver cómo se alejaba para siempre el chico mono del conbini. Tenía que permitirle marchar. Justo cuando sus pasos dejaron de partir las hojas, el campanario dio una última campanada. Entonces solo quedó el silencio y ya ni siquiera estuve seguro de que él hubiera tenido los ojos verdes. Quizá fueran marrones y siempre me confundí con el color del uniforme. Le quedaba tan gracioso.

Escalón a escalón, subí la escalera metálica del edificio de apartamentos donde vivía. Comprobé el número de mi puerta para diferenciarla de las decenas de puertas clónicas que había en ese mismo rellano. Entré en el piso. Vacío excepto por los dos futones arrugados sobre el tatami. Dos islotes paralelos y blancos que habíamos dejado sin desmontar por la mañana. Me daba pereza, pero como al despertar preferiría encontrármelo todo en orden, enrollé su futón. Encajó con sorprendente facilidad en la funda de plástico. Lo guardé al lado de las demás mantas que jamás utilizaba. Tal como él me había enseñado, alineé todo el contenido del armario antes de cerrarlo deslizando la puerta de papel.

14 - TIERRA

Derribaron la puerta de una patada. Venían a buscarme. Como en una novela de Kafka, irrumpieron en el comedor cuatro armaduras negras. No tenían cara, llevaban máscaras. Pensé que venían por el grifo. Goteaba y eso era una infracción. Perdón, dije. Inútil. Sin palabras, me arrastraron cogiéndome de las axilas y las piernas con unos guantes rígidos que hacían daño. Se me llevaron y solo quedó en el suelo un lienzo a medias, un pincel rodando sin cabeza, un último trazo torcido y negro en el tatami.

—Puedes hacer una llamada de despedida —dijo uno de los cuatro.

Pensé que me encerrarían en una celda de paredes blancas. En vez de eso, después de un breve viaje en coche, me dejaron en una especie de recibidor. Tenía un jarrón con flores en un rincón y sobre la mesita baja reposaba un teléfono de los antiguos que funcionaba con rueda de números. Una llamada a quién, pregunté. Despedirme por qué.

—Puedes hacer una llamada de despedida —repitió.

Y se fueron por la única puerta a la vista. Valoré escaparme, pero sabía que me los encontraría de pie, custodiando la puerta, a la espera de que terminase de llamar.

Me acordé de Verónica. Cómo estaría. Desde que me había instalado en Japón no hablábamos, y como en el piso no tenía internet, ya ni siquiera interactuábamos por Facebook. La llamaría a ella. Giré la rueda para marcar cada número, admirado de que ese sistema funcionase, como de niño en casa de los abuelos.

Los tonos del teléfono sonaron temblorosos, como si pudieran evaporarse tras cada pitido. Mientras esperaba, acaricié el libro que estaba junto al teléfono. Tenía las páginas muy amarillas. Era *Un saco de huesos* de Stephen King. No recordaba si me lo había comprado, al final. El punto de libro marcaba una página al azar.

Los tonos murieron. Me costó entender que al otro lado habían

descolgado y que aquel nuevo ruido era una voz. Sonaba muy lejos. Una voz que no era la de Verónica sino la de un anciano. Me habré equivocado, pensé.

—¿Diga?

—¿Verónica? —pregunté, preparado para colgar en cuanto confirmase el error.

—¿Verónica?

—Sí. Creo que me equivoco, disculpe.

—¿Verónica Sans?

—Sí. ¿La conoce?

No recordaba que Verónica me hubiera hablado nunca de un abuelo con vida. Quizá lo estaba cuidando.

—¿Llama por la exposición?

—¿Exposición?

—La retrospectiva de Verónica Sans. Era la anterior inquilina, ¿sabe usted? Qué orgullo vivir donde vivía ella…

Sonreí. Seguía siendo una nómada, Verónica. Ya decía ella que su piso en Sitges no era definitivo.

—Una señora majísima. Y su marido también, ojo.

Me hizo gracia que se refiriera a mi Verónica como señora. Las señoras no llevaban el pelo suelto al viento ni sonreían como ella, tan a menudo y con una sonrisa tan ancha. Lo del marido tampoco me extrañó, sería algún novio reciente, pero mucha gente mayor prefería creer que las parejas convivían en sagrado matrimonio.

—¿Por casualidad no sabrá dónde vive ahora Verónica? El teléfono de ahora. Soy un amigo suyo, estoy en Japón y…

—¿Verónica? Verónica ya no tiene teléfono, pobrecita mía. Murió hace… qué sé yo, once, doce años. Dos meses después que Jaume. De pena, supongo…

—Jaume…

—Sí. Pero no el primer Jaume, ojo. Otro Jaume. Uno nuevo. Mejor. Ya sabe a qué me refiero…

Colgué. El temblor movió un poco el libro y crujieron aquellas páginas amarillentas. Me había equivocado de número. Hablaba de otra Verónica. Otra Verónica Sans. El viejo estaba loco. Con dedos que intentaban aparentar serenidad, volví a marcar el número, asegurándome de que pulsaba bien cada cifra, clavando cada tecla hasta el fondo, como si solo haciéndole daño al teléfono fuera posible llamar al número correcto. Contestó la misma voz y volví a colgar.

Antes de que cualquier presentimiento tomase forma,

marqué el número de Javi. Javi sabría, Javi hablaría, bromearía, ahogaría las lágrimas como siempre hacía con sus risotadas y sus comentarios soeces, me hablaría de sus últimos polvos, del pozo que habrían terminado de construir en Camboya. Una melodía extraterrestre me informó de que ese número ya no existía.

Me habría gustado llamar a Adán, pero cuando desapareció, no se llevó el teléfono y siempre tuve miedo de que si le llamaba, al otro lado estaría la policía. Y a Pedro no sabría qué decirle. Así que llamé a mis padres. Su número tampoco existía.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Golpeé la puerta, les pregunté la fecha a los cuatro hombres que esperaban fuera. No me contestaron. Solo entraron unos segundos después y desmontaron el recibidor. Uno arrancó el teléfono, otro se llevó la mesita, otro el libro y el cuarto me cogió de la mano. Mis dedos entre ese guante negro que me estrujaba.

—No he podido despedirme de nadie —dije—. Decía que no existían los números, quizá no me acordaba bien. En casa tengo una agenda, si me dejáis volver…

—Casi nunca responden. Después de tantos años, todos se han cambiado ya de teléfono. O han fallecido.

Y entonces encajé las piezas. Estaban muertos. Mis padres, Verónica, Javi, Pedro, todos ellos. Adán.

—¿Qué día es hoy?

Tampoco esta vez me respondió. Descubrí la fecha poco después, en el coche, cuando uno de sus compañeros cambió de canal en la radio. Hablaban de Europa, noticias lúgubres: además de la sequía y la hambruna, se extendían por todo el continente guerrillas de grupos terroristas enfrentados entre sí. Pero no me impactó eso sino la fecha que, de pasada, mencionó el locutor. Porque habían pasado cincuenta y siete años desde que dejó de llover. Llevaba dos tercios de mi vida instalado en Japón.

—¿Cómo puede ser? —pregunté.

No me contestaron. Por el retrovisor, me miraron sus máscaras negras como si ya tuviera que saber la respuesta. Yo no me reflejaba.

Aparté la mirada. Al otro lado de la ventanilla se veían campos de golf devastados donde figuras cadavéricas se empeñaban en seguir jugando. Con cada golpe, levantaban arena y las pelotas se perdían en la neblina. Los hoyos habían desaparecido. Postes y cadenas sujetaban los árboles a ambos lados de la carretera, para que no cayeran. Algunos troncos humeaban tras haberse quemado durante la noche. Combustión espontánea, lo llamaban. Derrotados

por el calor, multitud de pájaros raquíticos se desplomaban a cámara lenta, como nieve negra. Hasta la naturaleza quería desaparecer cuanto antes.

Qué rápido había pasado el tiempo. Quizás ahora fuese inmortal y por eso continuaba vivo. Pero era un poder que no me servía de nada. Solo me rodeaba aquel desierto. Todo estaba seco. Y así seguiría. Me arrepentí de no haber llamado a Verónica, o a Javi, o a mis padres, o a cualquier persona mientras aún vivían. Como tampoco pinté las plantas cuando todavía conservaban su color verde.

Si algo había aprendido de la ruptura con Pedro era que no tenía que dejar las cosas para más adelante. O las decisiones. El próximo año sería demasiado tarde, lo sabía, pero pensaba que la semana siguiente habría tiempo. Y de semana en semana habían pasado cincuenta y siete años. Al final había perdido la cuenta de los días, como me advirtió Adán en la playa, antes de desaparecer.

Estuvimos horas dentro de aquel coche. Se turnaron para conducir bordeando acantilados que se alzaban sobre el desierto. Llegamos a alguna parte y me dejaron llorando en una barraca dentro de una parcela dentro de un campo de concentración gigantesco. Lo sobrevolaban bandadas de cuervos, nubes negras que cambiaban de forma, a cual más siniestra. Solo aquellos cuervos sobrevivían al calor. Bajo su dominio, se extendían cientos de parcelas en las que se alineaban otros cientos de cohetes, todos imperfectos y distintos, todos a punto de caerse a pedazos. El sol hacía brillar las puntas torcidas de las carcasas. Despedían humo y yo sudaba. Me senté a la sombra del porche para no deshidratarme.

Desde esa posición, vi que en mi parcela no había ningún cohete, pero sí una rampa de lanzamiento. Tenía veintiocho escalones metálicos. Los conté varias veces.

En algún momento, el cohete de la parcela contigua despegó. Estalló diecisiete segundos después. También los conté. Tosí porque con la explosión todo se había llenado de humo. Retumbaron algunos cascotes contra el tejado de mi cabaña.

—Es de los que más ha aguantado.

Lo dijo entre toses un chico que se asomaba por la valla de otra parcela. Estaba tan sudado como yo, pero más moreno. Entre la humareda, me tendió una mano llena de cicatrices. Sus dedos eran tan finos que tuve miedo de apretar demasiado.

—Edgar.

—Yo soy Leo, encantado.

—¿Italiano?

—No. De Barcelona. —Fue extraño pronunciar el nombre de una ciudad que no pisaba desde hacía décadas.

—¿En serio? Soy de Girona. Creo que nos colocan por regiones, no sé. Cuando me cogieron, yo estudiaba en Suecia, tan tranquilo, y ahora me veo rodeado de españoles. Al otro lado hay otro chico gallego, pero apenas habla. Solo le oigo balbucear por las noches. No sé si llegará a despegar: entre lo que suda y lo que llora, poco le queda.

—¿Cuándo despegaremos? ¿Sabes algo?

Negó con la cabeza. Encima nuestro, graznó un cuervo.

—No tengas prisa —dijo—. Es aleatorio, creo. Antes de que tú llegaras, había otro chico en tu parcela, de un pueblecito de Murcia, no sé, pero llegó más tarde que yo y despegó ayer. En cambio, el del otro lado, el llorón, lleva meses aquí, o eso he calculado, y hasta hace dos días no tuvo su cohete.

—A mí todavía tienen que traerme el mío.

Despegó otro cohete a lo lejos. Explotó. Este había aguantado incluso menos: nueve segundos. Nos buscamos la mirada.

—¿Has visto algún despegue con éxito?

Levantó un dedo. Solo uno.

—Pero no tenía pinta de aguantar mucho más, la verdad.

—El tuyo aguantará —dije—. Las piezas parecen bien soldadas.

Edgar sonrió cuando señalé su cohete. Alto, robusto. Y su sonrisa traviesa, acentuada por esos ojitos que cerraba aún más al sonreír. Se le arrugaba la nariz un poco, también, y los dos dientes delanteros le asomaban entre los labios.

—Oye Leo, me voy a dormir. —Pero se volvió hacia mí —. Por cierto. Si necesitas un enchufe, lo encontrarás debajo de la cama. Hasta mañana.

Encontré el enchufe donde había dicho. Conecté el ventilador. Cené un par de pastillas con sabor a pollo que encontré en el suelo. Mientras masticaba, de alguna parte empezó a sonar una suave melodía. Primero pensé que se habría encendido el mp3 en mi bolsillo, pero no: me lo habían quitado todo. La música parecía venir de la caseta de Edgar, llegaba también una luz azul desde su ventana. Atravesando la distancia, como humo a punto de desvanecerse, distinguí una voz masculina y una guitarra. Imaginé que hacia el final irrumpía una segunda voz, la de una chica, y me puse a cantar una letra de Kings of Convenience que creía olvidada: “You and me alone, sheer simplicity”. Necesitaba formar parte de

aquel momento mágico. Y entonces la música terminó de golpe. Quizás Edgar me había oído cantar. Callé. La luz también se apagó. Cuando quedó claro que nada más iba a ocurrir, me puse el pijama nuevo que aguardaba encima de la cama. A pesar de un día tan demencial y de aquel colchón de hierro, con la brisa del ventilador me quedé dormido. Y las perneras tiesas del pijama no se subieron.

Me despertaron al día siguiente tres explosiones consecutivas. Tres cohetes. Lo primero que vi al salir de la barraca no fue todo el humo en el cielo sino el tupé de Edgar asomándose por la valla. Me acerqué para darle los buenos días. Lo descubrí haciendo fotos. Manipulaba una cámara que no funcionaba, no llegué a entender si porque se le había acabado la batería o porque era muy vieja. En cualquier caso él sonreía haciendo clics aquí y allá.

—¿Y qué harás con las fotos? —le pregunté—. No puedes revelarlas, ni pasarlas al ordenador.

—Es que me da igual cómo salgan. Bueno, no me da igual, me gustaría verlas, pero como eso aquí no es posible, me conformo con hacerlas.

—¿Te hace feliz?

—Se podría decir que me llena. Hay que hacer las cosas que te gustan por el mero placer de hacerlas, ¿no crees? Mis fotos no las verá nadie, vale, ni siquiera sabrán que las hago, pero yo disfruto ya solo con jugar al encuadre, disparar el obturador.

Y la verdad es que sí, tenía que reconocérselo, se le veía satisfecho haciendo fotos, de un lado a otro de su parcela para buscar nuevos rincones. Le envidiaba. No parecía que hubiera tantas cosas por fotografiar en aquella extensión de terreno, pero Edgar se entretenía con las flores y la rampa de lanzamiento y la fachada de su caseta y los trozos de cohete. Luego yo dejaba de ponerme de puntillas y de regreso a mi porción de terreno, me sentía prisionero en un desierto. Uno diminuto donde solo había piedras. Le envidiaba, a Edgar. O mejor dicho, le admiraba. No todo el mundo sabía apreciar la belleza de las piedras.

Cada mañana me asomaba para verle hacer fotos y cada mañana me sorprendía por lo guapo que era. No es que me olvidase, es que por las noches, en mi cama de hierro, mientras no le veía, pensaba que mi mente exageraba el recuerdo. Pero no: era guapo, muy guapo. Y por eso empecé a sonreír ya solo con oírle hacer clic, clic, clic. Significaba que ya había salido de su caseta. Podía asomarme y mirarle. Y sonreía al hacerlo. Había olvidado la sensación de disfrutar al volver a ver alguien.

Edgar solo hacía fotos de su propia parcela. No se fijaba en lo que había más allá de la valla. Así que para intentar cambiar eso, dediqué una mañana entera a decorar mi terreno. Con una piedra, tracé líneas por todo el suelo, usando la arena y el polvo como lienzo. Creé un árbol donde no había nada y se lo enseñé a Edgar.

—Es precioso, Leo.

Lo dijo como si el árbol fuera de verdad y sus hojas verdes nos dieran sombra en medio de aquel descampado. Por un momento no se oyó nada, ningún cohete despegando. Solo el clic de su cámara. Después, el eco.

—Esta sería la segunda foto que revelase.

A partir de entonces, cada mañana me despertaba pronto, deshacía el dibujo, cuatro patadas en la arena, y dibujaba el mismo árbol. Me salía cada vez mejor, día a día le cogía soltura a aquello de pintar con una piedra. Y de cada árbol sacaba Edgar una nueva foto.

—Este sí, este es el mejor que has hecho.

De todos lo decía. Edgar no se daba cuenta, o en todo caso era lo bastante humilde para no mencionarlo, pero las ramas de los árboles las trazaba para que formasen una E gigante.

Un día me hizo una foto a mí mientras rascaba la arena con la piedra. Le sorprendí apuntándome con la cámara y me acordé de Verónica, de su historia con Jaume, la emoción al saberse fotografiada por el hombre que le gustaba. Me acordé de las señales y de las cosas que siempre llegaban, porque según Verónica las cosas tenían esa manía: llegar. Cuando no las esperabas, pero tampoco les habías cerrado la puerta a cal y canto. Edgar terminó de buscar el mejor encuadre y sonrió, sus dientecillos de conejo travieso asomando entre los labios. Hizo la foto. Otro clic.

—Esta sí que espero que me haya salido bien.

—¿Por qué?

—Para recordarte cuando esté en el espacio.

—Vaya, ¿por fin sabes cuándo despegas?

—Todavía no. No me preocupa, sé que llegaré al espacio. Y tú también, ¿eh? Te volveré a ver allá arriba.

Sentí el impulso de abrazarle. Saltar la valla y abrazarle, besarle, susurrarle cosas al oído. Me vuelves loco, por ejemplo. Exageraciones, quizá, pero me hacía feliz tener tan cerca a alguien que me decía las cosas que necesitaba oír.

Luego le vi enfrascado con su cámara y me quedé apoyado contra la valla viéndole así, despreocupado, al margen de mí.

Haciendo fotos de piedras. Sonriente ante cualquier imprevisto. Comprendí que nunca extendería ninguno de sus largos dedos para invadir mi espacio. Él ya estaba conforme con esa situación. Qué sentido tendría saltar la valla si solo yo quería hacerlo.

Tres o cuatro días después, vinieron a la barraca los hombres del primer día. Esta vez llamaron a la puerta en lugar de derribarla. Llevaban puestas las mismas armaduras negras. Me traían más pastillas de pollo. Tragué saliva, al menos hice el gesto, porque ni saliva me quedaba, y les dije que quería despegar. Que quería hacerlo ya, cuanto antes. Las máscaras asintieron.

Me agarraron por las axilas y me llevaron hacia una fortaleza en lo alto de una montaña. Desde allí, entre cipreses secos, se veían hileras y más hileras de cohetes a la espera de su turno. No tuve tiempo de localizar mi parcela vacía porque enseguida penetramos la muralla y ahora seguíamos a un cuervo a través de unos jardines y pisoteamos las pocas hierbas que quedaban allí y al final me lanzaron al interior de un pequeño palacio. Director, indicaba una placa en la puerta. De rodillas, levanté los ojos y me mareé al verme rodeado de columnas. Me habían abandonado en el centro de un patio. El cuervo graznó. Ansioso, fue a posarse en una pequeña mesa redonda. Parecía robada de la terraza de un café parisino. No la había visto antes a pesar de tenerla a apenas dos pasos y tampoco había visto al hombre que esperaba sentado junto a ella. Movía las manos, pero como me daba la espalda, no pude distinguir lo que hacía. Quizás estuviera alimentando al pájaro.

—Acércate —dijo entonces. El Director se giró hacia mí y me preguntó—: ¿Qué quieres?

No era japonés. Tendría unos ochenta años, el pelo rizado y blanco, y llevaba una desgastada chaqueta color burdeos que le hacía parecer aún mayor. Me miraba a través de sus gafas como si yo le estuviera estorbando la contemplación de las columnas que nos rodeaban. Iba dando vueltas, clac-clac, a un vaso de whisky con cubitos gigantes. Era el whisky y no comida lo que había atraído al cuervo. Allí todos teníamos sed.

Yo seguía sin decir nada. Me puse a contar cuántas baldosas había en el suelo, algunas gris claro y otras gris oscuro. Vi una moneda entre dos de ellas. Creí reconocer aquella imagen, pero no la ubiqué en ese lugar.

—Habla, ¿qué quieres? Porque quieres algo. Siempre queréis algo.

—Pues sí. —Me aclaré la voz—. Quisiera despegar ya, por favor. Supongo que necesitaré un cohete.

Dejó el vaso sobre la mesa, para alegría del cuervo. Se ajustó las gafas por el puente de la nariz y después por las patillas. Las lentes brillaron un momento. Y él soltó una risotada.

—Al final todos acabáis pidiendo lo mismo. Qué poca originalidad.

Pensé que me lo denegaría. En vez de eso, el Director mandó entrar de nuevo a los hombres enmascarados y les hizo una señal. Me llevaron en coche hasta un desguace. Ahí uno de ellos abrió la puerta y otro me dio una patada. Caí en medio de muchos bultos oscuros. Me hice daño en la rodilla, pero no me quejé.

—Constrúyetelo tú mismo —ordenó el tercero de los hombres.

El cuarto seguía al volante. Vi su silueta desde el suelo. Vigilándome. Los faros del coche atravesaban el aire como flechas y lo volvían todo más oscuro. Me habían dado una linterna, al menos, y tenía pilas. La encendí. Enfoqué los montones de piezas que se perdían en todas direcciones. Emitían un resplandor rojizo, como si estuviéramos en el vientre de una bestia.

Eché a caminar. A los dos pasos, me falló la rodilla y resbalé cuesta abajo. Detuve la caída clavando las uñas en la tierra gruesa, que estaba caliente. Entre los hierros se alzaban virutas de humo. Todo eran bultos extraños, mitades descascarilladas, propulsores, compuertas reventadas. Podía parecer un desguace cualquiera, pero no: era un cementerio de cohetes.

Entendí por qué me habían traído hasta allí. Qué esperaban que hiciera. Cavé con las manos hasta que pude extraer una plancha de metal medio enterrada. Ardía. La lancé en medio del valle de chatarra. Había peces muertos alrededor; aguantando la respiración, tuve que apartarlos y no pensar en su carne blanda, que se deshacía entre los dedos, apartarlos para buscar varias planchas más, y tornillos con los que unirlas, y cristales, y alas, y tuberías. Tenía una misión y pensaba cumplirla. Aunque nadie me hubiera enseñado a montar un cohete, de algún modo, sabía qué piezas y herramientas necesitaba. Lo monté con los restos de otros que fracasaron, como si fuera un Lego del que había perdido las instrucciones.

En cuanto terminé, volvieron a agarrarme por las axilas. Me condujeron de vuelta a la parcela que tenía asignada y una grúa colocó mi cohete en la rampa de lanzamiento. Qué pequeño era. Y destartalado, con sus parches de metal y brechas y colores que no casaban, un naranja y un verde extraños. Si te fijabas bien o la mirabas a contraluz, la punta estaba algo torcida. Las alas se sujetaban de milagro, las había unido con esparadrapo industrial.

Aquel amasijo se podía desmontar en cualquier momento, el final de un chiste en una cómica escena de Disney.

No podía imaginármelo volando, el cielo era demasiado grande. Pero no me pidieron que montase uno mejor. Trajeron un cargamento de cajas, las metieron en el cohete y una de las máscaras negras dijo:

—Despegarás en veinte minutos.

Ni días ni horas. Veinte minutos. Los aproveché para dibujar un último árbol en la arena. De vez en cuando miraba más allá de la valla, la parcela de Edgar, su caseta. Ni rastro de su tupé castaño. Su cohete en el lado opuesto, eso sí, más grande y vistoso que el mío. Los materiales parecían buenos, quizá lo habían llevado a otro desguace o él tuvo más suerte con las piezas que encontraba. Llegó el momento de despegar y Edgar no apareció. Tampoco de él podría despedirme.

Antes de subir al cohete, tracé una línea curva en un trozo de papel. Como yo no tenía cámara de fotos, capturaba así la sonrisa de Edgar. Guardé el papel en el bolsillo y subí por la escalerilla. Para él, sonreír era lo más fácil del mundo. Tenía que recordar esa facilidad. Guardarla como un tesoro, el único que tendría allá arriba.

15 - ESTRELLAS

No íbamos al espacio para detener la lluvia ni encontrar agua. En realidad, lo había intuido siempre, llevaba años viendo despegar demasiados cohetes sin éxito. Ni siquiera los hombres enmascarados confiaban en mi misión. Subí al aparato y se despidieron con un gesto vago y rápido, como para disimular la lástima. Me abandonaban a mi suerte. Un chasquido, las compuertas sellándose a mi espalda, la cuenta atrás activada y de repente yo ya estaba condenado. Porque todos los astronautas íbamos al espacio para lo mismo: para morir.

Todo empezó a temblar. Las cajas y las estanterías con todas mis cosas. Las habían cargado en el cohete antes de que me montara. Mis cuadros, mi música, mis libros, mis fotos, mi ropa, mis series, mis películas, mis videojuegos, mis figuras, mis fotografías, mis cómics, mis tazas, todos los recuerdos que fui acumulando durante tantos años de vida. Habían pasado rápido, los años, y ahora había muchas cosas. Intentaron alimentarme todas a su manera, la pintura, la música, la literatura, darme algo parecido a la felicidad, pero nunca fue suficiente. Todas esas cosas que me gustaban las dejé de lado para buscar un algo más que no llegó. Y ahora, allí dentro, no podría huir de ellas. Era Indiana Jones en lo más profundo de la pirámide, atrapado en la cámara mortuoria donde acabará sus días.

Quedaban nueve segundos para el despegue. Los aproveché para enfundarme el traje con parsimonia. Aunque seguía aterrorizado, vestirme era lo que tocaba ahora. Fue fácil. Ya no huía de ninguna cama donde un bulto humano podía darse la vuelta en cualquier momento. Entre cajas que trastabillaban, cuadros a punto de caer, libros tintineantes, di un paso tras otro hasta agarrar el respaldo y sentarme en el asiento. Me abroché el arnés de protección, lo ceñí bien. Aseguré las botas. Ahora ya era un piloto. Todo lo piloto que podía ser alguien que no controlaba nada. La mesa de mandos era

como una lavadora: muchos botones para acabar apretando siempre el mismo.

El despegue había empezado y los temblores se sentían ya como mil tiranosaurios ejecutando un baile tribal alrededor del cohete. Mil tiranosaurios y mil vasos de plástico con el agua ondulante, casi desbordada. Cerré los ojos. Quería cantar *Laika*, pero solo me salía tararear *Happy Ending* de Mika. “This is the way you left me, I’m not pretending.” Se acercaba el punto crítico. Explotaríamos o seguiríamos hasta el espacio.

Era gracioso: aunque estuviera solo, seguía pensando en plural. Me acordé de Edgar. Quise imaginarlo ahora deseándome suerte desde su parcela, fotografiando ese último dibujo que le había dejado de recuerdo, sonriéndole al cielo. Contando conmigo los segundos que el cohete aguantaba sin explotar.

Estuve a punto de mearme encima. Resultaba que aquello podía ocurrir de verdad. Pero los temblores pronto fueron a menos, casi imperceptibles ya. Por la escotilla, vi cómo la Tierra se alejaba. Era una bola marrón, espirales de nubes también marrones, restos de batido de chocolate. El planeta estaba seco, convertido en un desierto esférico donde no podía quedar esperanza.

Al abandonar la órbita terrestre, el cohete cogió velocidad. Una viñeta a doble página con la punta saliéndose del marco. Y ahora mi cuerpo flotaba. Me habían advertido sobre la ausencia de gravedad y sabía cómo restaurarla, pero aun así me sorprendió descubrirme flotando. Tomé impulso hasta la puerta de la cabina. Tuve que agarrarme del marco para frenar. Ya no necesitaba piernas para ir a un lado o a otro. Me sentía como los niños en la hora del té en casa del tío Albert, en *Mary Poppins*. Reí nervioso y, flotando entre tantos jijís y jajás, tuve miedo de morir de risa.

Hasta que volví a sentarme ante la mesa de mandos y se me cortó la risa. El cohete había estabilizado su ruta hacia ninguna parte. La Tierra ya no era ni siquiera un punto. Delante solo veía el espacio infinito. Oscuro, vacío. Allí no quedaban puertas por cruzar o cerrar de un portazo. No tenía ningún destino ni objetivo. Otra derrota. Esta vez, al menos, sería la última.

Y entonces la entendí, en medio de tanta negrura, entendí a Madre. Ella siempre preparaba la fruta antes de empezar a cocinar el primer plato. La dejaba troceada en un bol, plátano con fresas en invierno y melón o sandía en verano. Decía que así le era más fácil pensar el resto del menú, decidirse al fin por una ensalada u otra, elegir carne o pasta de segundo. Teníamos prohibido picotear el postre hasta que no acabásemos de comer. Toda la comida me la

pasaba mirando de reojo el bol, toda esa fruta que contenía, sus colores siempre más atrayentes que mi plato de arroz, pero me lo comía con ganas porque sabía que así llegaría la hora de disfrutar el postre.

En el espacio, vi mi propio bol de fruta troceada. Por delante, tenía una nada inmensa, pero también era una nada nueva. Sobreviviría, como otras veces. Como había hecho siempre. Sin billetes de vuelta, sin mapas. Algo se me ocurriría.

Para empezar, quería una vida tranquila. Quería pintar, leer, ver películas y escuchar música. Hacer todo eso de verdad, y disfrutarlo, no pretenderlo como cuando me inventaba cosas para impresionar a Adán. Sobre todo, quería ver mis cuadros colgados de una pared y sentirme satisfecho al verlos. Y para ello tenía que pintar, ni más ni menos. Algo que llevaba décadas sin hacer con regularidad. Y tenía que hacerlo no para cumplir los requisitos de una beca sino por mí, porque era algo que me llenaba. Era mi forma de entender el mundo. Quería ser feliz en mi pequeño mundo, sí, y tenía todo lo necesario a mi alcance. En las cajas y las estanterías.

Pedro había intentado ayudarme. A su manera, pero lo hizo. Recordaba ahora todas esas veces que me dio ánimos, que estuvo a mi lado. Llevaba años guardándole rencor, acordándome de lo malo. Verónica ya me lo advirtió, que algún día llegarían los recuerdos buenos, y ahí estaban. La mano de Pedro en mi hombro.

—Pinta —decía.

—Ponte guapo —decía.

—Sigue caminando —decía.

Pintar, ponerme guapo, seguir caminando. Ahora lo haría. Lo había aprendido de él. Lo irónico era que estando con él jamás habría podido hacerlo. Demasiado orgullo por mi parte y, por la suya, muy poco cuidado de nosotros. Solo ahora que ya no estábamos juntos podía darle las gracias.

También tenía que agradecerle a Javi todas las veces que me ayudó, adelantándose a que se lo pidiera, sus consejos y su compañía en sitios donde, al principio, jamás me habría adentrado solo. Gracias a Verónica, sus tés y su capacidad para escuchar, para dar siempre con la frase exacta, ese misticismo suyo que tanto me ayudaba a tener los pies en la tierra. Gracias a los polvos fallidos que me dieron el empuje necesario para atreverme con otros mejores que me devolvieron la autoestima. Gracias a Padre y Madre por criarme y malcriarme. Gracias a los abuelos, también. Y gracias a Adán, por supuesto, por esa energía que me contagió para mejorarme y así impresionarle, gracias incluso por una amistad que

no supe valorarla como tal. Todo el cariño que me ofreció y que desprecié por no ser el que yo quería. Gracias al chico venezolano por enseñarme a poner orden y gracias a Edgar por sonreír siempre y ser capaz de admirar la belleza donde otros solo veían piedras.

Había llegado donde estaba gracias a todos ellos. Aquel viaje al espacio no era un fracaso, era un resultado. El aprendizaje de tantos años y tantos acompañantes me había llevado allí. Tenía que aprovecharlo. Iba a morir, cómo no, pero hasta que llegara ese momento, podía vivir. Qué fáciles son las cosas cuando te das cuenta. Todos los recuerdos se arremolinaron, todo mi amor por cada instante irrepetible se unió a ellos y juntos se alejaron, se encogieron hasta desaparecer como la Tierra. Ya no eran míos.

El primer cuadro que pinté fue la escena del Mirador de San Nicolás. Tantos años pensando en esa obra y en el espacio me salió a la primera. Siempre había intentado terminar ese cuadro tal como tenía la imagen en la cabeza, con todos los colores, pero ahora opté por dibujarlo con tinta china, ya que esa era la técnica que había utilizado en Japón para los cuatro cuadros que me salieron. Empecé perfilando el paisaje, luego llegué al banco, y pinté al chico casi de espaldas, y cuando terminé, por fin comprendí por qué me había llevado tantos años terminarlo. La cara. Siempre intenté que fuera la de Adán, pero no lo conseguía. No daba con las facciones exactas. Bastaba con dejar al chico anónimo, perfilado apenas con tinta negra, su silueta importaba más que sus facciones. Porque siempre fue así. Aquel chico del banco con la chaqueta de terciopelo color burdeos no era Adán. Era una idea. Un ideal. Y quise ponerle la cara de Adán, me obsesioné. Solo ahora, que ya no recordaba con exactitud la cara de Adán, podía volver al origen y pintar al chico tal como lo vi. Tal como lo sentí y me removió. Su cara anodina atrayéndome. Su nariz ancha. Así que le añadí un bol de ramen a la imagen, y un árbol, y un piano, y la Torre Eiffel, y gaviotas, y peces, y gafas, y tupé, y dedos finos, y en el cielo un cohete que sobrevivía. Pedazos de otros momentos. Todos podrían haber sido con aquel chico. Pinté trazos hasta que el cuadro se quedó negro.

Y me sentí bien. Si era capaz de eso, podía pintar cualquier cosa.

El resto de cuadros llegaron solos. No me faltó inspiración. Todas las escenas, los paisajes, las sensaciones que llevaba acumuladas brotaron de mí como cascadas. Lo bueno me hizo sonreír. Una pelota verde bajando por una montaña. Y en los cuadros, todo lo dañino parecía menos feroz. Los demonios imponen menos cuando los exorcizas. Como las canciones, como ese disco de Bowie que presidía el salón de Adán y que ahora me ponía

de fondo para pintar.

Pintaba vestido de gala: mi mejor camisa, abotonada hasta arriba, y unos tejanos limpios cada día. Me enfrentaba a cada lienzo blanco como si fuera un amante nuevo. Con la misma inocencia y la misma firmeza, las mismas ganas de reinventarme. Al terminar, limpiaba el pincel sin dejar de mirar el cuadro. El agua oscura se escurría entre mis dedos, y luego tenía que frotármelos bien. Siempre quedaba algo de pigmento entre las uñas, una única mota perdida, a la que irían sumándose otras tantas, de otros colores, según los que utilizase para cada cuadro.

Enseguida me construí una rutina. Nada más levantarme, hacía gimnasia, la gimnasia que jamás hice en la Tierra. Cuatro ejercicios, tampoco gran cosa: abdominales, flexiones, un poco de running por los pasillos blancos. Lo suficiente para sentirme a gusto. Luego desayunaba y ya con energía, preparaba un nuevo lienzo y pintaba durante toda la mañana. Paraba para comer, y después retomaba la pintura hasta la hora de la merienda. Me hacía batidos de sucedáneo de frutas. El resto del día, me ponía series y películas en el proyector. Eran todas en color, por más que yo las recordara en blanco y negro. Y antes de irme a dormir, leía.

Me dediqué a leer de una vez por todas *Ahora es el momento*. La ramita de romero estaba ya seca, raquítica entre sus páginas. Sonreí al acordarme de la profecía de los ojos marrones. Tantos ojos que habían pasado por mi vida y no les había hecho caso porque no eran los de Adán. Aquella rama la usé de marcapáginas, hasta que perdió todas las hojas y fue solo un palo que al final perdí.

Terminé de leer la novela en menos de una semana. Algunos trozos me emocionaron y otros, en cambio, los leí deprisa, como si ya no quisiera perder el tiempo en descifrarlos. Solo tras pasar la última página, me di cuenta: todos mis momentos podían ser ahora. Me había llevado toda la vida averiguarlo, pero por fin lo sabía. Lo que intentó decirme el libro desde el principio y lo que hasta entonces yo había interpretado como más me convenía. Todo era más sencillo. Vivir ahora, sentir ahora. Podía. Incluso si ese ahora era a bordo de un cohete, de camino a una muerte segura. Guardé el libro en la estantería, al final de toda mi colección, ordenada por orden alfabético. Pronto, aquel lomo grueso de color salmón dejó de destacar, ya ni lo veía, camuflado entre los demás lomos toqueteados. Cogí otro libro que nunca había tenido tiempo para leer y lo disfruté. Cada noche uno distinto.

Cuando asomaron las primeras canas en las sienes, opté por descolgar el espejo y guardarlo en un rincón de la sala de

refrigeración. No quería ver cómo me hacía viejo. Me conformaría palpando las arrugas, quitando los cabellos caídos del lavamanos, no fuera a atascarse. Viviría en la ignorancia. Enseguida me di cuenta de que estaba en el espacio. Solo. Si no me aceptaba yo a mí mismo, nadie lo haría.

Volví a colocar el espejo en su sitio y al afeitarme o cepillarme los dientes, estudiaba mi reflejo, un poco más gordo y más pálido que yo, pero nos sonreíamos. Ahora tenía más canas y, al gesticular, las arrugas del rostro se marcaban con una contundencia insólita. Me gustaba. Aceptaría el paso de los años. Y cerraba el grifo despacio, para poder fijarme mejor en mi cara. Así que este soy yo ahora.

Tanto pinté que los lienzos se acabaron. Recorrí todo el cohete buscando alguno más en las cajas que quedaban por abrir, no podía ser que me hubiesen dejado tan pocos. En ningún almacén apareció ninguno. Pinceles sí, y pinturas, muchas, de todos los colores.

Decidí que seguiría pintando en las paredes. Aparté las cajas, aparté los muebles. Dejé todas las paredes a la vista y las pinté enteras. Después llegó el techo, el suelo. Lo pinté todo de árboles y océanos y piedras y motivos nuevos que había ido encontrando por el cohete con colores rojos, amarillos, marrones, morados. Pintaba trazos gruesos, decididos. Usé los dedos, incluso. Un mandala sin líneas que respetar.

Había conquistado mi vida tranquila. Una noche, a punto de acostarme tras terminar *El retrato de Dorian Gray*, eché de menos alguien con quien compartirlo. Hablar del libro en la penumbra. Miré el cojín de al lado, tan duro como el mío, igual de gris, y me imaginé otro astronauta con el que comentaríamos las pequeñas cosas de nuestro día a día, cada noche al acostarnos. Mirándonos embobados a través del cristal de nuestros cascos. Aprendiendo a imaginarnos el uno al otro más allá de esa visión borrosa. Tantas veces que había dicho que no quería otro novio, tanto que me había reído de los demás cuando lo buscaron, y de pronto lo quería. Ya me lo habían advertido.

—Al final, querrás.

Y el final era ahora. Ese medio colchón vacío. La última cama de matrimonio de mi vida y no me servía para nada. Había rechazado todas las oportunidades de estar con alguien. O no había sabido manejarlas. En el fondo siempre pensé que llegaría alguien mejor, que el futuro siempre estaría a la vuelta de la esquina. Tocaba ser sincero: incluso con Adán lo pensé. Había sido una suerte que no cuajáramos, así yo estaría disponible para el siguiente hombre

perfecto. Pero los cuerpos fueron pasando uno tras otro, un desfile de rostros invisibles que nunca fueron perfectos. Podría haberme conformado con un poquito menos y entonces no estaría en un cohete camino de ninguna parte. Ahora, en el espacio nadie me oiría gemir.

Intenté no ponerme triste. Me recordé que cada decisión la había tomado porque no tenía otra manera de sobrevivir Así que me esforcé en disfrutar el doble de mis pequeñas cosas sabiendo que como mínimo eran cosas que se podían compartir. En otras circunstancias, podría hacerlo, sí. Acumulé recuerdos y sensaciones para contárselos a alguien futuro y reírnos juntos.

Justo cuando me convencí de que aquella especie de felicidad sería eterna, sonó la primera alarma. Ruidosa, roja, por todos los pasillos del cohete. Se agotaban las reservas de oxígeno. Pasado el susto, me encogí de hombros. Había aprendido a dejar de rebelarme contra los acontecimientos. Rompí la bombilla roja y continué con mi rutina. Pintar, comer, pintar, merendar, leer, ver películas, dormir.

Cuando el aire del salón se volvió demasiado denso, tuve que desplazarme a otro compartimento. Y de ahí a otro, y a otro. Una a una se iban acabando las salas del cohete. Fui dejando un rastro de paredes pintadas. Tosía y tenía ahogos muy fuertes, pero hasta que no terminaba un cuadro no pasaba al siguiente cubículo.

El segundo aviso de peligro lo provocó una lluvia de asteroides. Una de las piedras chocó contra el cohete, lo hizo dar una vuelta sobre sí mismo, un golpe de gong seguido por un bufido de serpiente. Se produjo una avería. Una fisura. Las alarmas estallaron. Todas a la vez. Pérdida de aire, de presión, de estabilidad. Y se acababa el combustible, también. Volvieron los temblores, esta vez para no irse.

Lo más cómodo habría sido quedarme quieto. Cruzar los brazos mientras llegaba el final. La fisura se haría más grande, el cohete implosionaría. Y yo con él. Pero algo dentro de mí me pidió que arreglara el cohete. Una parte de mí, diminuta, que se negaba a desaparecer. Que no todo estaba perdido, me decía. Lucha.

Tenía preparado un maletín de herramientas junto a la escotilla. Lo cogí como pude, porque pesaba mucho más de lo que me creía capaz de sujetar. Quizás empujado por la adrenalina, pronto me acostumbré al peso; tampoco era tanto, en el fondo.

—A todo te acostumbras.

Salí. Estaba tan seguro de que aquello no sería nada, girar cuatro

tuercas y volver a entrar, que no di un último vistazo al interior del cohete.

Me desplacé por la carcasa agarrándome a las barras metálicas, a modo de escalerilla. Las piernas flotaban. Un número de circo con traje de astronauta en vez de ropa de culturista. A lo lejos, vislumbré la fisura que tenía que reparar, saqué el soldador y una placa metálica. Pan comido, pensé. Y entonces algo falló. Me quedé embobado admirando una gran bola azul que no podía ser Venus, porque me encontraba mucho más lejos. Brillaba con el orgullo del mar en verano. Para cuando quise darme cuenta, ya no me agarraba a ninguna barra. Y el cohete se alejaba sin mí. Se hundía sin remedio en la negrura.

No merecía la pena bucear detrás de él: por más impulso que tomara, no lo alcanzaría jamás. Pensé en sus paredes, esas que yo había pintarrajeado de mil y un colores. Alguien las apreciaría. Alguien que, en el futuro, muy lejos, subiría a bordo de aquel cohete abandonado y abriría los ojos al llegar a la cabina multicolor. Quizá le pondría títulos a mis murales. Con suerte, serían títulos bonitos. El cohete se hizo pequeño, diminuto. Desapareció.

Con él, perdía todas mis cosas. Así que solté también la caja de herramientas. Las tuercas y las llaves inglesas y los destornilladores flotaron alrededor. Dieron un par de vueltas antes de alejarse también en un truco de magia sin espectadores.

"No hope, no love, no glory... no happy ending", cantaría MIKA. Pero ya ni su voz se escuchaba. Ni los coros. Estaba solo. Ahora de verdad. De una forma definitiva. Todo me había conducido hasta ese cementerio infinito donde miles murieron antes que yo. Y yo sería el siguiente. No podía entender la razón, quizá no existiera ninguna. Tenía que ser así. Todos los caminos me habían llevado hasta aquí. Todas mis decisiones. Todos los pequeños errores, todas las veces que me lancé a la aventura convencido de que por fin hacía lo correcto. Al contrario de lo que pensaba entonces, nunca tomé un desvío: paso a paso, había seguido la única ruta posible y este callejón sin salida era mi destino último. Llegar tan lejos para nada. Asumí la ironía.

Pasaron minutos o pasaron horas. Ante la falta de aire, los ojos se me iban cerrando. Despacio, despacio. El final se parecía a dormir, solo que estaba despierto y por eso podía dirigir la cámara de mi sueño.

Decidí quitarme el traje. Qué calor me daba ahora que ya no lo necesitaba. Siseó al abrirlo, se volvió de goma y se escurrió lejos de

mí como una medusa.

Flotar desnudo. Eso, al menos, era fabuloso.

Transformado en pez, podía decidir que estaba flotando hacia arriba y, sin cambiar de dirección, pasaba a flotar hacia la izquierda. Todo estaba cerca y todo se alejaba. Lejos o cerca: yo lo decidía. No existían brújulas, solo yo. Conmigo me bastaba.

Siempre pensé que ese momento final me daría miedo. Y sin embargo, ahí estaba yo, disfrutándolo. En vez de encogerme, desplegué los brazos como el guerrero que sabe que ha llegado su hora y lo acepta.

Tenía mucha sed y también tenía hambre, y tenía que ir al lavabo, y tenía un libro sobre la mesita, y tenía picores en los tobillos, y tenía ganas de decir muchas frases y unas ganas tan locas de sexo, y tenía un cuadro en mente que ya nunca podría pintar, y tenía tantas cosas justo en este lugar, donde ya no tenía nada.

Nadé un rato más, sin rumbo. Pensando que eso debía de ser la plenitud, la famosa luz al final del túnel. Un lienzo todo negro: el mío. Mi gran obra.

Di una bocanada de vacío.

Morir así. Jugando a tocar estrellas. Sí, estaba preparado.

Pero todavía me quedaba un último descubrimiento por abrazar. Porque al final, este viaje hasta lo más recóndito del espacio no lo haría en vano. Fue aquí, ya sin oxígeno ni posibilidad de retorno, donde él y yo volvimos a encontrarnos.

FIN

Barcelona, Agosto de 2011 — Diciembre de 2014

昔しは海で

あったと榾をくべる

Dijo: “Antaño, el mar
llegaba hasta aquí”,
y puso más leña en el fuego

HÔSAI

(Traducción del haiku: Vicente Haya)

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Coque Picó por convertirse en mi primer lector.

Gracias a Jose Soriano por otra portada perfecta. ¡Y las que nos quedan!

Muchas gracias a Vicente Haya por prestarme el título.

Gracias a Aitor Villafranca por señalar el camino de los peces.

También tengo que dar las gracias a todos los amigos que se tomaron el tiempo de leer el manuscrito en sus distintas fases y que, con sus críticas, comentarios y sugerencias, me ayudaron a transformarlo en una novela. Gracias a Fernando Bajón, Aitor Puig, Montse Clanchet, Lidia Cabaco, Carlos García, Toni Alonso, Dan Cérber, Andoni Martín, Ferran Jiménez, Esther Gómez, Daniel Pérez, María Montes, Marta Balaguer, Paco Manso, Rubén Nieto, Xavi Urgell, Pau Figueras, Enric Zapatero, Daniel Fernández, Artur Salvadó, Luis Teijeiro, Jaume Fons, Álvaro Torrescusa, Alberto Schumann, Crowe y los demás compañeros de Vandal, mi madre Marian… ¡Espero no dejarme a nadie!

Gracias a Eduard Mairal por esa portada que soñamos juntos. Se quedó en el limbo pero la atesoraré siempre.

Gracias a David Hernando por intentar que se abrieran tantas puertas.
Gracias a Juan Antonio y Mayte Ruiz-Valdepeñas por ofrecerme una oportunidad y devolverme la fe en este libro.

Y gracias, en definitiva, a todas las personas que durante más de tres años me han escuchado con tanta paciencia cuando yo no sabía

hablar de otra cosa que del mar. Pido perdón si alguna vez no estuve a la altura mientras esta historia me tuvo absorbido.

Sé que sin todos vosotros no hubiera llegado hasta aquí.